



EDICIÓN DE UN AUDIOLIBRO DE NO FICCIÓN COMENTADO

EL BANQUETE de Platón

Anna Caballé Fuguet

Trabajo Fin de Máster.

Modalidad: Proyecto

Tutor: Bernat Ruiz Domènech

Máster de Edición Digital

Junio 2021

Acceso en *streaming* al audiolibro resultante del presente proyecto en el siguiente

[ENLACE](#).



Mi más sincero agradecimiento a todas/os las/los profesionales que han colaborado en este proyecto:

Cynthia Santana como autora.

Arkaitz Ugartemendia y **Sònia Moll** como narradores.

Toni Soriano y **Xavi Mir** como técnicos de sonido.

Gracias a vuestro entusiasmo y profesionalidad el resultado ha sido mucho más que la suma de sus partes.

Resumen

La era digital y la irrupción de las nuevas tecnologías en nuestro día a día han posibilitado la democratización y accesibilidad de todo tipo de conocimientos que ahora están al alcance de la mayor parte de la población. Este proyecto nace del deseo de explorar las características del formato audiolibro para dar un paso más en el acceso cultural de la población acercando, de un modo novedoso, una de las obras más importantes de la filosofía occidental a un público no académico. En la presente memoria se desarrollan todas las fases del proceso de creación y publicación de una nueva edición de *El banquete* de Platón en formato audiolibro. La edición está enriquecida con comentarios destinados a esclarecer los conceptos tratados en la obra, establecer un paralelismo con la sociedad y el pensamiento actual, invitar a la reflexión al lector y motivarle a leer textos filosóficos. Se detallan los retos y decisiones que un editor debe afrontar para publicar un audiolibro de calidad con las peculiaridades asociadas al formato y que diferencian este proceso de una edición tradicional.

Abstract

Globalization of new technologies triggered the start of the digital age, giving high levels of accessibility of all kinds of knowledge to the population. This project started as a wish to explore the possibilities of the audiobook itself, willing to go one step further in the spread of the cultural access to a non-academic audience, of one of the most important occidental philosophy masterpiece ever written. In this text you will find a clear description of the process phases that are involved in the creation and publication of a new edition in audiobook format of Plato's *Symposium*. This new edition has been enriched with clarifying commentaries about philosophical concepts discussed in the book, establishing comparisons among current society and way of thinking. The purpose of this is double; invite the reader to meditate while motivating them to read more about philosophy. Furthermore, the project also covers the challenges and decisions a book publisher has to overcome in order to publish an audiobook with the state of the art levels of quality. Finally, a brief explanation of the unique characteristics of this format is given, comparing this process to the more traditional book making process in physical format.

Palabras clave: audiolibro; no ficción; filosofía; edición digital; accesibilidad; democratización cultural.

Keywords: audiobook; non-fiction; philosophy; digital edition; accessibility; cultural democratization.

Índice

| | |
|---------------------------------------------------------------------------|------|
| 1. Descripción y justificación del proyecto..... | p.1 |
| 2. Contexto: Parténope Editores | p.3 |
| 2.1. Nombre de la editorial y sus colecciones..... | p.4 |
| 2.2. Aspectos visuales..... | p.4 |
| - Logo..... | p.4 |
| - Tipografía..... | p.5 |
| - Diseño de cubiertas..... | p.6 |
| 2.3. Debilidades, Amenazas, Fortalezas y Oportunidades (Matriz DAFO)..... | p.7 |
| - Entorno general: Pestel..... | p.7 |
| - Entorno Específico: Cinco fuerzas competitivas de Porter..... | p.9 |
| - Matriz DAFO..... | p.10 |
| 3. Fases ejecución..... | p.11 |
| 3.1. Adaptación y corrección del texto..... | p.11 |
| 3.1.1. Texto base de la obra..... | p.11 |
| - ¿Por qué <i>El Banquete</i> de Platón?..... | p.11 |
| - Traducción de Rafael Urbano..... | p.14 |
| - Adaptación del texto..... | p.16 |
| 3.1.2. Texto comentarios añadidos..... | p.19 |
| 3.2. Grabación..... | p.20 |
| 3.2.1. Selección de narradores..... | p.20 |
| 3.2.2. Estudio de grabación..... | p.23 |
| 3.2.3. Edición de audio..... | p.25 |
| 3.3. Publicación..... | p.29 |
| 3.3.1. Metadatos, licencia CC y registro ISBN..... | p.29 |
| 3.3.2. Web de la editorial..... | p.32 |
| 3.3.3. Redes Sociales..... | p.33 |
| 3.3.4. Distribución y comercialización..... | p.35 |
| 3.3.5. Cálculo de costes y <i>burn rate</i> | p.39 |
| 4. Valoración..... | p.41 |
| 5. Bibliografía..... | p.45 |
| 6. Anexos. | |
| 6.1. Anexo I – Adaptación texto base de la obra. | |
| 6.2. Anexo II – Comentarios añadidos. | |
| 6.3. Anexo III – Certificado registro ISBN. | |
| 6.4. Anexo IV – Contratos de colaboración. | |

1. Descripción y justificación del proyecto

El proyecto consiste en una edición comentada de *El Banquete* de Platón, en lengua castellana, en **formato audiolibro**, la cual estará destinada a un público hispanohablante no académico. Esta edición se enmarcará en el contexto de una nueva editorial de audiolibros de no ficción.

Se pretenden aprovechar las características del formato audiolibro, cuya popularidad está en auge, para dar un paso más en la democratización y accesibilidad cultural a través de la vanguardia tecnológica. El objetivo de esta edición es ofrecer a un público no académico, con un perfil lector bajo y con poco tiempo libre disponible una nueva manera de acercarse a una de las obras clave del pensamiento filosófico occidental. La obra se concibe como un primer paso que motive al lector a seguir leyendo más obras de no ficción en audiolibro.

El estudio publicado por Dosdoce.com¹ el 4 de marzo de 2019, *Profile of the Spanish audiobook market*,² pone de manifiesto la penetración que el audiolibro ha tenido en el sector editorial en lengua española los últimos años. Cada vez se editan y consumen más títulos en formato audio, existen más plataformas especializadas en este tipo de libros y los grandes grupos editoriales españoles, como Penguin Random House y Planeta, apuestan por el audiolibro como uno de los retos más importantes y prometedores que el sector debe abordar. Las ventas y consumo de audiolibros han mantenido un crecimiento continuo a lo largo de los últimos años, en 2019 las ventas de audiolibros facturaron en España 7 millones de euros (4 millones más que en 2017). Aunque estas cifras marcan una nueva tendencia en los consumidores de España, en otros países la venta de audiolibros se encuentra mucho más consolidada. Es el caso de Estados Unidos, dónde se vendieron 2.500 millones de dólares en audiolibros durante el año 2017 (según el estudio *El sector del libro en España*,³ publicado por el Observatorio de la Lectura y el Libro en 2018)

Aun así, la edición de audiolibros es un sector emergente con un importante potencial para empresas y profesionales del mundo editorial. Una de sus principales ventajas es que se adapta a los nuevos hábitos de lectura y consumo de la era digital. El *Barómetro*

¹ Véase [DosDoce.com](https://dosdoce.com)

² Véase [Profile of the Spanish audiobook market 2019](#)

³ Véase [El sector del libro en España 2018](#)

de *Hábitos de Lectura y Compra de Libros en España 2019*,⁴ publicado por la Federación de Gremios de Editores de España con la colaboración del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, confirma que el 49,1% de los no lectores declara que el motivo por el que no lee con mayor frecuencia es la falta de tiempo y la preferencia para emplear ese tiempo limitado en otras actividades como practicar deporte (31,3%) o pasear (24,3%). En la sociedad acelerada en la que vivimos, cada vez se impone un hábito de lectura fragmentada en cortos espacios de tiempo a lo largo del día, como por ejemplo en el transporte público, en una sala de espera, etc. El audiolibro se adapta perfectamente a esta franja de lectores a la vez que permite combinar la lectura con la realización de otras actividades.

Debemos desechar la idea que los audiolibros son incompatibles con la concentración y el conocimiento, relegando este formato únicamente a obras de ficción y entretenimiento. La experiencia lectora cuando se escucha un audiolibro es distinta a cuando leemos un libro en formato papel, pero no por ello debe ser menos enriquecedora. La oralidad a la hora de contar historias y transmitir conocimientos no es algo nuevo, sino que ha formado parte de nuestra historia como especie desde sus inicios.

La narración oral sigue siendo el formato más antiguo para transmitir conocimiento. Antes de que la humanidad inventara la escritura, y Gutenberg la técnica de impresión tipográfica las historias fueron contadas oralmente, no ilustradas por hojas de papel, sino por el sonido de la voz (Cordón-García, 2018: 176).

Se han realizado numerosos estudios en referencia a los procesos cognitivos involucrados en la comprensión de un texto en audio. Actualmente siguen estando vigentes polémicas y debates en torno a la idoneidad de este formato para la divulgación del conocimiento, si bien está mayormente aceptado su uso para el ocio. No existe ningún estudio concluyente que demuestre que el audiolibro no sea un formato adecuado para la edición y el consumo de libros de no ficción. Y cada vez hay más voces que apuntan que los nuevos lectores presentan un entrenamiento o costumbre cada vez más arraigada a interiorizar textos en distintos formatos sin que por ello decaiga su comprensión.

⁴ Véase [Barómetro de Hábitos de Lectura y Compra de Libros en España 2019](#)

[...] lo interesante del fenómeno es la tendencia hacia la aparición de un tipo de lector “agnóstico” que no piensa en la diferencia entre el texto y la experiencia visual y auditiva (Cordón-García, 2018: 175).

El presente documento, como memoria del proyecto de edición, pretende consignar todas las fases de ejecución del proceso de creación de un audiolibro de no ficción, así como las decisiones editoriales tomadas en cada fase y la valoración del resultado final y su publicación. El libro se ha distribuido con una licencia Creative Commons **CC BY-NC-ND** a nivel mundial. El objetivo es abordar una edición real y profesional de una obra en formato audiolibro como primer título de un catálogo editorial más amplio a seguir desarrollando en un futuro.

2. Contexto: Parténope Editores

El audiolibro cuyo proceso de edición se detalla en esta memoria se ubica en el contexto de la editorial de nueva creación **Parténope Editores**. Como se ha comentado, la editorial nace con el propósito de acercar de un modo novedoso títulos imprescindibles del conocimiento humano, considerados pilares fundamentales de nuestra cultura, a un público general. Pretende editar textos breves (o fragmentos adaptados de obras de mayor envergadura) de no ficción **comentados por especialistas académicos** de cada materia en formato audiolibro. El público objetivo de la editorial son lectores de tipo generalista que se sientan interesados por diversas disciplinas de no ficción pero que, por falta de tiempo o por considerarlas demasiado densas, encuentren obstáculos a la hora de acercarse a este tipo de obras.

De manera mayoritaria, la editorial se dedicará a publicar obras que se encuentren en dominio público que hayan trascendido su época histórica, considerados clásicos por su influencia en la evolución del pensamiento humano. No obstante, se podrán incluir obras contemporáneas si el equipo editorial lo considera necesario dada su importancia o calado social. El criterio de selección de las obras publicadas también deberá valorar la adecuación de éstas al formato audio, teniendo en mente el objetivo principal de motivar a los lectores a redescubrir estas obras clásicas de un modo diferente. El catálogo se estructurará en cuatro colecciones principales cada una de las cuales publicará obras de una disciplina concreta:

- Aulós: Filosofía.

- Cítara: Economía.
- Lira: Psicología.
- Zampoña: Ciencia.

La editorial se empezará a desarrollar a partir de la colección Aulós, dedicada a obras de filosofía, empezando con la publicación (el 21 de junio de 2021) de *El Banquete* de Platón. La previsión es publicar dos audiolibros más a principios de 2022 y mantener un ritmo de lanzamiento de un audiolibro cada seis meses.

2.1. Nombre de la editorial y sus colecciones

El nombre de la editorial está inspirado en las sirenas mitológicas de la antigua Grecia. Estos seres, con cuerpo de ave rapaz y rostro de mujer, atraían a los navegantes con su melodiosa voz. Parténope aparece en la *Odisea* de Homero; cuando Ulises cruzó el mar Egeo de regreso a Ítaca, un grupo de sirenas quiso seducirle con su canto junto a su tripulación. Advertidos por la diosa Circe, los compañeros de Ulises se cubrieron los oídos con cera, pero él no lo hizo. Quería escuchar el canto de las sirenas y, para no sucumbir a su hechizo, se hizo atar al mástil del barco para poder deleitarse con su voz. Los audiolibros de Parténope Editores quieren evocar esa voz de las sirenas llenas de magia y sabiduría que atraen a los lectores hacia nuevos mundos.

Por otro lado, las colecciones llevan nombres de antiguos instrumentos musicales que fueron muy populares en épocas pretéritas. Esta elección remarca al cariz clásico de la editorial enfatizando el concepto del sonido como medio de comunicación humano por excelencia desde el inicio de nuestra civilización.

2.2. Aspectos visuales

-Logo

El logotipo distintivo de la editorial será la huella de un ave rapaz, la huella de la mismísima Parténope. Se representa la huella de la sirena con líneas simples y modernas como un símil del mismo espíritu de la editorial, pues está concebida como un puente entre lo clásico y la actualidad. Este símbolo irá acompañado del nombre de la editorial: **Parténope Editores**.⁵

⁵ En el logotipo de la editorial se utilizará la versión Semi-Bold de la tipografía Cormorant.

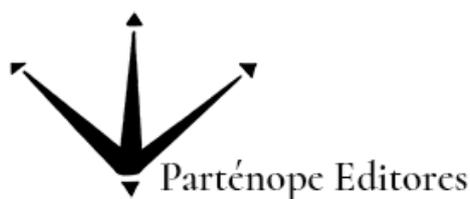


Figura n.1. Logo de la editorial (elaboración propia).

-Tipografía

Para una editorial de audiolibros, la tipografía escogida va destinada principalmente a las cubiertas de los títulos disponibles en las plataformas de venta y en la propia web de la editorial. En este caso no debemos elegir una tipografía pensando en la mancha tipográfica o la legibilidad de un texto largo, sino que la tipografía escogida se destinará a títulos y al propio nombre de la editorial que formará parte del logo de esta. Para nuestra editorial nos hemos decantado por la familia tipografía *serif Cormorant*.⁶

Inspirada en el legado de Claude Garamond y diseñada por Christian Thalmann (diseñador tipográfico con sede en Zúrich, Suiza), Cormorant reúne la esencia de la tipografía romana clásica por excelencia. Se trata de una familia *display*, lo que significa que está diseñada para titulares y textos destacados. La fuerte influencia histórica de sus formas evoca el mundo de la literatura y le confieren un tono sobrio y solemne. Dispone de nueve variantes además de su versión Regular. A continuación, se muestran los glifos básicos de la tipografía:

| | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|----|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| A | B | C | Č | Ć | D | Đ | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N | O | P | Q | R | S | Š | T | U | V | W | X |
| Y | Z | Ž | a | b | c | č | ć | d | đ | e | f | g | h | i | j | k | l | m | n | o | p | q | r | s | š | t | u |
| v | w | x | y | z | ž | А | Б | В | Г | Г | Д | Ђ | Е | Ё | Є | Ж | З | С | И | І | Ї | Й | Ј | К | Л | Љ | М |
| Н | Њ | О | П | Р | С | Т | Ђ | У | Ў | Ф | Х | Ц | Ч | Џ | Ш | Щ | Ъ | Ы | Ь | Э | Ю | Я | а | б | в | г | ѓ |
| д | ђ | е | ё | є | ж | з | с | и | і | ї | й | ј | к | л | љ | м | н | њ | о | п | р | с | т | ћ | у | џ | Ѡ |
| х | ц | ч | ѡ | ш | щ | ъ | ы | ь | э | ю | я | Ă | Â | Ê | Ô | Õ | Ů | ǎ | á | ê | ó | ơ | ư | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | o | ‘ | ? | ’ | “ | ! | ” | (| % |) | [| # |] | { | @ | } | / | & | \ | < | - | + | ÷ |
| x | = | > | ® | © | \$ | € | £ | ¥ | ¢ | : | ; | , | . | * | | | | | | | | | | | | | |

Figura n.2. Familia tipográfica serif Cormorant (Google Fonts).

⁶ Estas fuentes tienen licencia Open Font License y han sido obtenidas mediante Google Fonts. Véase en [Google Fonts - Cormorant](#)

-Diseño de cubiertas

Aunque los títulos de la editorial se perciban mediante la audio lectura, la presentación de cada uno se llevará a cabo de manera visual mediante las cubiertas que aparecerán en las plataformas de comercialización y en la propia página web de la editorial. Se apuesta por cubiertas de líneas sencillas, con un cariz clásico y muy poco recargadas. Para la información textual de la cubierta, se combinarán diferentes versiones de la fuente Cormorant (Regular, Italic, Bold, Semi-Bold...). Cada colección se identificará con un color de fondo (colores claros y con poco contraste) y todas las cubiertas serán muy similares entre sí, con la excepción de la imagen central. Se pretende que todos los libros sean identificables a primera vista como parte de una misma línea editorial. Las cubiertas serán cuadradas tal como establece el estándar más aceptado para cubiertas de audiolibros (las plataformas de venta y distribución, como Audible, suelen pedir cubiertas de 500x500 píxeles).

La siguiente imagen corresponde a la portada del primer título de la editorial (dentro de la colección Aulós) cuya edición se aborda en este proyecto:⁷

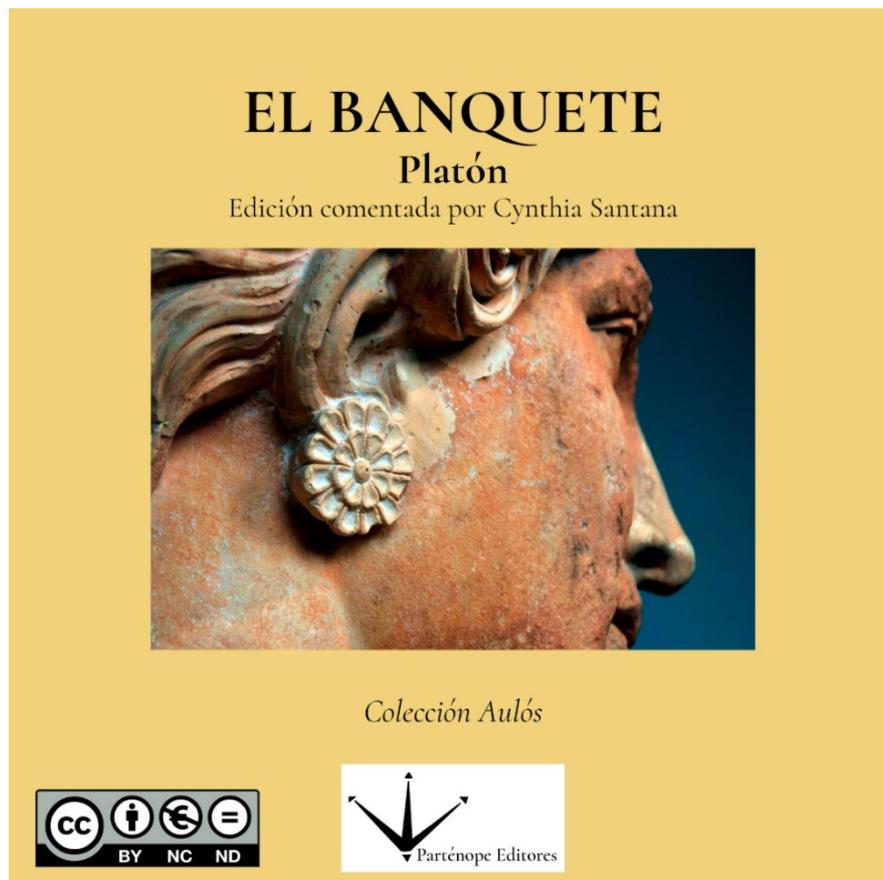


Figura n.3. Cubierta del audiolibro (elaboración propia).

⁷ La imagen central que se ha utilizado para el diseño de la cubierta de *El Banquete* de Platón proviene del banco de imágenes [Pixabay](https://pixabay.com/) y tiene una licencia Creative Commons.

2.3. Debilidades, Amenazas, Fortalezas y Oportunidades (Matriz DAFO)

La matriz DAFO es una herramienta de análisis que permite evaluar cada uno de los elementos que forman el acrónimo (Debilidades, Amenazas, Fortalezas y Oportunidades) para una determinada empresa. La información que nos proporciona es la situación que ocupa el proyecto ante su entorno actual y nos orienta respecto a las estrategias que son necesarias adoptar, así como sus probabilidades de éxito y supervivencia.

A menudo vemos la matriz DAFO como un documento único y aislado. Sin embargo, recoge la información arrojada en dos análisis del entorno que deben realizarse con anterioridad. Estos son el análisis del entorno general y del entorno específico (Pérez, 2018).

-Entorno general: PESTEL

Para elaborar un análisis del entorno general utilizamos la herramienta PESTEL (acrónimo de los factores Políticos, Económicos, Socioculturales, Tecnológicos, Ecológicos y Legales). En esta fase del estudio se incluyen aquellos elementos relevantes que afecten a todas las empresas por igual en el momento actual (Chapman, 2004).

Factores Políticos

- Desarrollo de políticas de reindustrialización y digitalización empresarial dentro del seno de la Comunidad Europea como medidas de recuperación de la crisis de la COVID-19. Es un buen momento para empresas que deseen recapitalizarse o para empresas de nueva creación que adopten los valores sociales y medioambientales impuestos por la UE.

Factores Económicos

- El modelo empresarial ha ido sufriendo diversas modificaciones a lo largo de su historia. Si bien el siglo XIX vio nacer a la empresa capitalista (la gran corporación) que dominó el panorama empresarial hasta finales del s. XX, el s. XXI dio a luz a la empresa flexible (González, 2003). Es el modelo clásico de las *StartUps*, empresas profundamente tecnológicas, con *staffs* muy reducidos y procesos de desintegración vertical (delegación de tareas en terceras empresas subcontratadas).

- Desarrollo de nuevas teorías dentro de la economía de la atención y la información.

Factores Sociales

- Cambios en el consumo que favorecen el uso de un producto (escucha en *streaming*, por ejemplo) a la posesión de este (la compra de un objeto físico como un libro de papel).
- Aparición de nuevos hábitos de lectura como la lectura multiformato o la lectura fragmentada que obligan a replantear el consumo de contenidos. Especialmente en aquellas empresas cuyo *core business* es precisamente la creación de contenido.

Factores Tecnológicos

- Desarrollo de nuevos proyectos tecnológicos como Möbius⁸ que buscan redefinir el concepto de libro y la manera de consumirlo.
- Importancia creciente del *mobile responsive* en SEO. Así, por ejemplo, Google ha comenzado a evaluar las *website* en primer lugar como *mobile responsive* y solo posteriormente como formato web.
- Consolidación del formato audiolibro como un producto de consumo más allá de su uso para invidentes o en el ámbito educativo.

Factores Ecológicos

- Enorme sensibilidad al cambio climático que se refleja actualmente en el ámbito político (como el *European Green Deal*)⁹ y empresarial a través de la importancia creciente que conceden los consumidores a las RSC (Responsabilidad Social Corporativa).

Factores Legales

- Desarrollo de leyes internacionales sobre el tratamiento de datos de los usuarios. Existen dos posiciones fundamentales; mientras Europa mantiene una postura proteccionista respecto a los datos sensibles de los usuarios, países como China

⁸ Véase [MÖBIUS](#).

⁹ Véase [A European Green Deal](#).

o Estados Unidos despliegan leyes más favorables a la explotación de estos mismos datos.

-Entorno específico: Cinco Fuerzas Competitivas de Porter

Diseñada por Michael Porter esta herramienta de análisis permite evaluar la rentabilidad de un entorno específico de manera despersonalizada. Es decir, no desde el punto de vista de una empresa en concreto, sino como la especificidad de un sector (Porter, 2008).

Rivalidad entre los competidores existentes

- El sector del audiolibro en español está dominado por grandes multinacionales que copan grandes cuotas del mercado hispanohablante (como por ejemplo la Editorial Planeta, Penguin Random House o Audible, quien acaba de aterrizar en España con una fuerte estrategia de producción propia). Esta fuerte competitividad provoca una lucha de precios que afecta negativamente a la rentabilidad del sector.

Amenazas de nuevos aspirantes

- La amenaza de irrupción de nuevos aspirantes es pequeña. El audiolibro es un producto complejo, que requiere de una importante inversión de tiempo y dinero por unidad producida. Este hecho provoca que la barrera de entrada para nuevos competidores resulte elevada.

Amenazas de productos o servicios sustitutivos

- Si bien el audiolibro se presenta como un producto sustitutivo del libro tradicional, nuevos productos o servicios pueden ejercer un papel muy similar. Estos sustitutivos pueden ser *podcast* o ciertos canales de YouTube. Por este motivo, el peligro es alto.

Poder de negociación de los proveedores

- El principal proveedor para una editorial de audiolibros son los agregadores de contenidos, puesto que es necesario recurrir a ellos si se desea estar presente en todas las plataformas de distribución disponibles a nivel global. Estas empresas manejan catálogos enormes de títulos y poseen un gran poder de negociación.

Poder de negociación de los compradores

- El usuario actual tiene una gran oferta donde escoger a precios muy asequibles (especialmente a través de plataformas de *streaming*). Resulta obvio que el usuario también posee un gran poder de negociación.

-Matriz DAFO

Procedemos a elaborar la matriz DAFO para nuestro proyecto editorial específico

Parténope Editores:

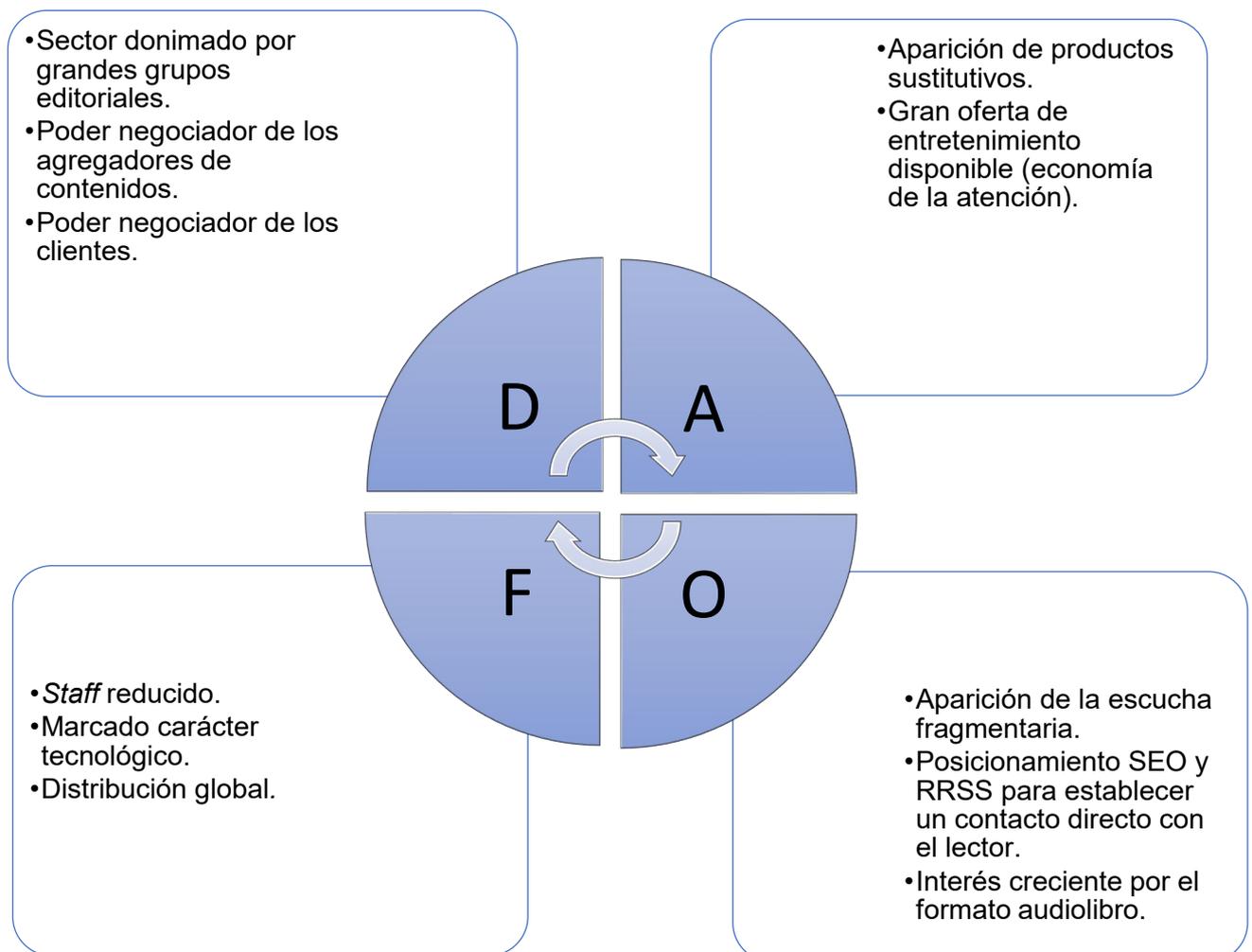


Figura n.4. Matriz DAFO (elaboración propia).

3. Fases de ejecución

A continuación, se adjunta el plan de trabajo esquemático que engloba todas las fases previstas para la realización del proyecto:

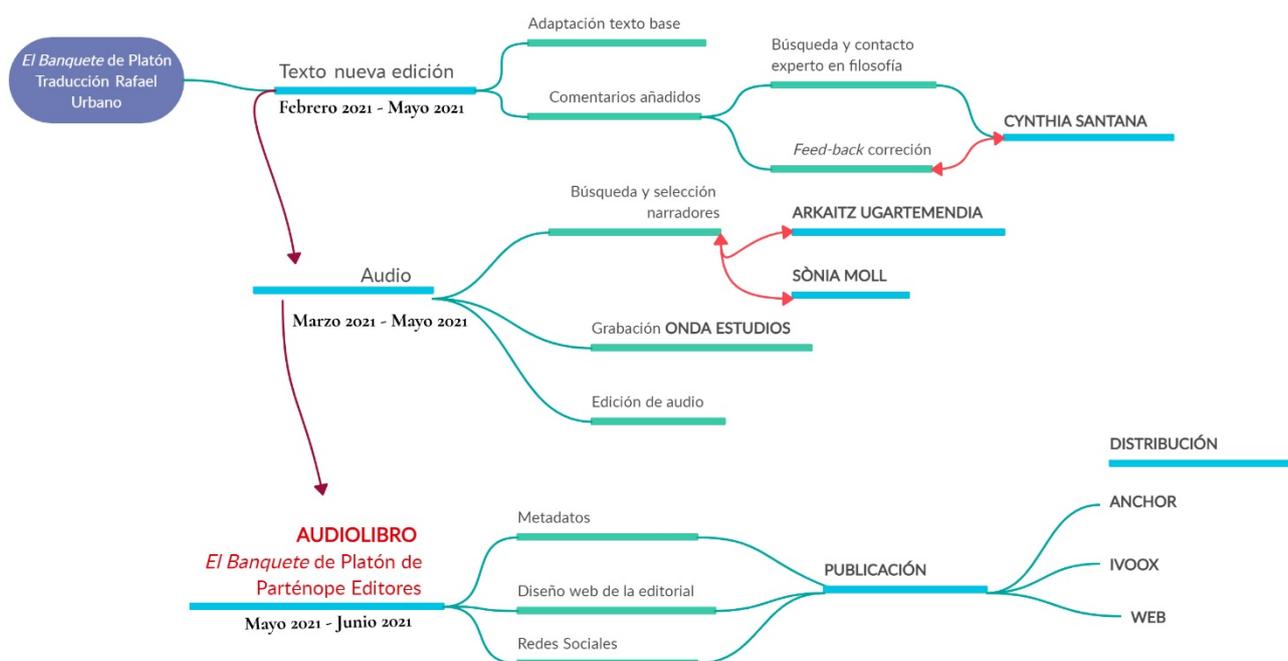


Figura n.5. Plan de trabajo (elaboración propia).

3.1. Adaptación y corrección del texto

3.1.1. Texto base de la obra

- ¿Por qué *El Banquete de Platón*?

Las ideas de Platón han moldeado nuestra tradición cultural durante milenios. No de forma directa, sino a través de la asimilación que hizo el cristianismo de diferentes conceptos filosóficos. Al tratar de cumplir con su misión de difundir el evangelio, el cristianismo entró en contacto con otras culturas y se abrió a sus influencias. Así lo señala el catedrático de Filosofía Medieval y Árabe, Rafael Ramón Guerrero, en su obra *Historia de la Filosofía Medieval*:

Hecho decisivo fue la propagación de su mensaje en un mundo dominado por la civilización y la lengua griegas, de manera que hubo de adoptar las mismas formas de expresión usuales en ese mundo. La consecuencia fue la introducción en la doctrina cristiana de conceptos y categorías intelectuales que nada tenían que ver con las primitivas de la nueva religión. Así, la cristianización del mundo griego significó, a su vez, la helenización del cristianismo, tesis sostenida por W. Jaeger y discutida por algunos, pero que pudo ser cierta si pensamos en que la helenización ya había comenzado a ser preparada por los judíos de la diáspora, muchos de los cuales fueron los primeros en aceptar la nueva predicación (Guerrero, 2002: 17).

Es fácil encontrar esas influencias en los textos que aparecen recopilados en la Biblia. Célebre es el inicio del *Evangelio de Juan*: «En el principio era ya el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios» (Jn 1:1-3).

Es de dominio público que el término Verbo como aparece en la cita anterior obedece a la traducción al latín que contempla la *Vulgata*. Originalmente, la palabra utilizada era Logos, en griego, y que tiene claras connotaciones filosóficas. Nos encontramos ante una proposición ontológica, algo que es sorprendente en una religión que nace como una serie de creencias que debían definir la relación del hombre con Dios. Aún más sorprendente es cuando se identifica este Logos o Verbo con el propio Jesús como un ser de origen metafísico: «Y para eso el Verbo se hizo carne» (Jn 1:14). Se abrió así un camino dual que era preciso recorrer con la fe, pero también con la razón.

De hecho, las escrituras veterotestamentarias no se hacen eco del concepto de alma inmortal y numerosos son los ejemplos:

No hay hombre que viva siempre, ni que pueda presumirse esto. Con todo, hasta el perro que vive, vale siempre más que el león ya muerto: pues los vivos saben que han de morir, y pueden disponerse; pero los muertos no saben ya nada, ni están en estado de merecer, y su memoria ha quedado sepultada en el olvido. Asimismo el amor, y el odio, y las envidias se acabarán juntamente con ellos, y no tendrán ya parte ninguna en este siglo, ni en cuanto pasa debajo del sol (Ecl 9:4-6).

En efecto, la inmortalidad del alma humana dentro del cristianismo es un concepto tomado del platonismo. Miguel de Unamuno sostiene al respecto:

Recordad el Fedón platónico y las elucubraciones neo-platónicas. Allí se ve ya el ansia de inmortalidad, ansia que no satisfecha del todo por la razón, produjo el pesimismo helénico. Porque, como hace muy bien notar Pfeleiderer (*Religionsphilosophie auf geschichtliche Grundlage*, 3, Berlín, 1896), «ningún pueblo vino a la tierra tan sereno y soleado como el griego en los días juveniles de su existencia histórica...; pero ningún pueblo cambió tan por completo su noción del valor de la vida. La grecidad que acaba en las especulaciones religiosas del neo-pitagorismo y el neo-platonismo consideraba a este mundo, que tan alegre y luminoso se le apareció en un tiempo, cual morada de tinieblas y de errores, y la existencia terrena como un periodo de prueba que nunca se pasaba demasiado de prisa». El nirvana es una noción helénica (Unamuno, 1984: 41).

Llegados a este punto, es fácil comprender la importancia de leer y conocer a Platón para poder entender nuestra propia cultura. El platonismo es como un eco sonoro que se va repitiendo a lo largo de toda la historia occidental. Así «Fue el platonismo -el neoplatonismo- el que le permitió descubrir el mundo de la interioridad humana y el que le hizo ver en el mal sólo un defecto o privación del bien» a San Agustín (Guerrero, 2002: 30). Cosme de Médicis fundó la Academia Platónica Florentina en el s. XV entre cuyos integrantes encontramos a gente como Marsilio Ficino o Giovanni Pico della Mirandola. Dante sitúa a Platón en el primer círculo del Infierno, que es donde está ubicado el Limbo. Son de un tremendo significado las siguientes líneas del texto:

—¿No me preguntas qué espíritus son los que estamos viendo? Quiero, pues, que sepas, antes de seguir adelante, que éstos no pecaron; y si contrajeron en sus vidas algunos méritos, no es bastante, pues no recibieron el agua del bautismo, que es la puerta de la Fe que forma tu creencia. Y si vivieron antes del cristianismo, no adoraron a Dios como debían: yo también soy uno de ellos. Por tal falta, y no por otra culpa estamos condenados, consistiendo nuestra pena en vivir con el deseo sin esperanza (Alighieri, 1983: 30).

Así han perdurado las ideas de Platón a lo largo del tiempo en nuestra cultura. Todavía hoy está presente en muchas ideas de nuestra sociedad. Es llamativo el caso de Philip K. Dick, escritor de títulos como *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* o *El*

hombre en el castillo, quién elaboró unos diarios personales donde recogía diferentes experiencias filosóficas y religiosas. Dichos diarios fueron publicados en 2011 bajo el título *Exegesis of Philip K. Dick* y en sus páginas aparecen menciones y reflexiones sobre Platón.

De esta manera se constata el modo en que las ideas de origen platónico vertebran el sentir espiritual y religioso de la cultura occidental. Por eso la edición de un texto de Platón nos resulta una obligación más que una elección. Se ha escogido *El Banquete* por ser un texto básico y representativo de su filosofía para elaborar el primer audiolibro de la editorial. No solamente es uno de los trabajos más célebres del filósofo, sino que además recoge elementos muy presentes en nuestra sociedad. Como ejemplo de esto tenemos las expresiones «encontrar nuestra media naranja» o «amor platónico» que tienen su origen en *El Banquete*.

Por otra parte, su redacción en forma de diálogo aproxima el texto a la narrativa y facilita su adaptación al formato audiolibro. Además, es uno de los principales textos donde queda recogida la dialéctica platónica como una iniciación ascendente y recoge así mismo, la mayéutica socrática. Son todos ellos motivos suficientes para escoger *El Banquete* como texto inicial del proyecto editorial.

- Traducción de Rafael Urbano

El texto base de la edición en audiolibro de *El banquete* de Platón que se desarrolla en esta memoria es una adaptación de la traducción realizada por Rafael Urbano publicada en 1923 por Francisco Beltrán que actualmente se encuentra libre de derechos (Rafael Urbano falleció en 1924).

Hemos trabajado sobre la traducción de Rafael Urbano por la fuerte dimensión social, cultural y política que este autor confería a la traducción de los textos de Platón que fueron publicados un año antes de su muerte.

Rafael Urbano (Madrid 1870 – Madrid 1924) fue un escritor, traductor y periodista. Trabajó como redactor en numerosas revistas socialistas del primer cuarto del s. XX como *El Socialista* o *Vida Socialista y Conciencia Obrera*. Fue editor y director de la revista *Fabio*, autor de *Historia del socialismo, parte antigua, la conquista utópica* y preparó las traducciones de *El Banquete o del Amor*, *Eufitón*, *La Defensa de Sócrates* y *Critón*, todas ellas obras de Platón. También tradujo el ensayo *El Filósofo* de Ralph Waldo Emerson y *Discurso sobre las pasiones del amor* de Blas Pascal. Encontramos

en sus palabras el reflejo del pesimismo y decadencia de su época, así como el desprecio por la moral conservadora.

Para Urbano, el acceso a la filosofía clásica era una necesidad cultural, un derecho que se le estaba negando al pueblo e intentaba paliar esta carencia por sus propios medios.

Podemos leer en el prólogo que escribió para su traducción de *El Banquete*:

Hace tiempo que las obras de Platón no están en el mercado, porque se han hecho raras las escasas versiones que tenemos de ellas, y porque una exagerada preparación por algunos editores para hacerlas venales se obstina en sustraerlas al público, hasta poder ofrecerlas de un modo irreprochable y perfecto.

A pesar de esos propósitos, no nos darán jamás a Platón. Y lo serio de tal determinación no puede ser una cosa más absurda ni egoísta. Mientras esos doctos maestros estudian el arte de cortar una camisa, la gente queda desnuda y aterida de frío.

Si queremos incorporarnos de veras al movimiento cultural de los pueblos civilizados, no sólo Platón, toda la antigüedad clásica, griega y romana, debe colocarse en el mercado cuanto antes para que la cultura futura de nuestros sucesores tenga un soporte más firme que el que nos dejaron para la de hoy nuestros infelícísimos maestros (Urbano, 1925: 7).

Para cumplir con esta misión Rafael Urbano huye del farragoso formalismo de la época y acepta las críticas que pueda recibir, «porque no se presume de un helenismo académico, universitario, ni solitario y oficioso siquiera». Lo que pretende es romper todas las barreras ideológicas y morales que alejan al pueblo del conocimiento. Especialmente obsceno debía considerarse en su época el discurso de Alcibíades por sus explícitas descripciones del cortejo homosexual, pues tras referirse al mismo podemos leer:

Si no fuera realmente escabroso este diálogo de Platón para una civilización cristiana que ha renegado del elogio de la fecundidad, olvidando la maternidad de la Virgen, sería, desde luego, más popular y conocido (p. 15).

En conclusión, la traducción de Rafael Urbano es un intento de salvar un pueblo y de acercarlo al conocimiento, de ofrecerle una educación sabiendo que así se pondrá en contra a moralistas e intelectuales. Ante la intensidad de sus argumentaciones, da la sensación de que el periodista acometiera la publicación de los textos platónicos como un acto de heroísmo contra el caciquismo y el conservadurismo. Como prueba de ello y para cerrar esta sección se recogen las últimas líneas del prólogo a *El Banquete*:

En cuanto a la indignación de los que quieren prohibir el uso de esta Biblia pagana a las gentes, siento un soberbio regocijo inventando para ellos el *odio platónico*, la *rabia platónica* y la *imbecilidad platónica*.

He profanado una obra divina; pero no puede venirme por ello más que la cólera de algunos hombres.

Los dioses saben que no he querido hacer un mal (p. 16).

- Adaptación del texto

En líneas generales, en la adaptación del texto base de esta edición de la obra se ha intentado respetar al máximo el espíritu y el rigor de la traducción de Rafael Urbano en la cual nos hemos basado. No obstante, se han tomado varias decisiones editoriales con el objetivo de adecuar el texto para ser narrado en formato audio y actualizar el lenguaje a un tiempo más actual.

Se han realizado varias versiones modificadas hasta llegar a la versión final; en el **Anexo I** se adjunta el texto original de Rafael Urbano y la versión final lista para su grabación en audio. A continuación, se detallan los cambios efectuados más significativos:

- *El Banquete* de Platón narra un diálogo mantenido por diversos comensales, entre ellos Sócrates, en el transcurso de una cena. En la traducción de Rafael Urbano, las conversaciones entre los personajes son presentadas como en una obra de teatro indicando el nombre de cada personaje cada vez que habla y apostillando la escenografía. Veamos el ejemplo de un fragmento del texto original:

ARISTODEMO – (Vuelve la cabeza a varios lados buscando al maestro, y no encontrándolo se extraña.) Sí...no. Ha venido conmigo mismo... ¡Si he sido invitado precisamente por él a la cena!

AGATÓN – Has hecho bien; pero ¿dónde está?

ARISTODEMO – Es el caso que venía hace un momento detrás de mí. Me extraña. No sé dónde podrá estar.

AGATÓN – (A un esclavo) Busca a Sócrates y hazle entrar. Tú, Aristodemo, siéntate ahí, junto a Erixímaco.

Un esclavo entra con los administrículos necesarios y lava los pies a ARISTODEMO.

UN ESCLAVO – Sócrates se ha metido en una habitación inmediata y no quiere venir.

AGATÓN – Qué cosas más raras dices. Anda, llámale, y no le dejes hasta que venga.

ARISTODEMO – (Interrumpiendo) Dejadlo, tiene esa costumbre. A veces se queda en cualquier sitio, donde le ocurre, y se detiene un momento. Pero vendrá enseguida. No le molestéis. Vendrá.

AGATÓN – Bien; dejadlo. Si lo crees así...¹⁰

Este tipo de narración (que imita un guion teatral) no funciona en formato audiolibro pues puede llegar a ser muy cansado para el oyente. Por este motivo, la primera modificación efectuada fue cambiar esa estructura por un diálogo más narrativo quedando el fragmento así:

Aristodemo volvió la cabeza a varios lados buscando al maestro, y al no encontrarlo a su lado exclamó:

—Sí...no. Ha venido conmigo mismo... ¡Si he sido invitado precisamente por él a la cena!

—Has hecho bien; pero ¿dónde está? —insistió Agatón.

—El caso es que venía hace un momento detrás de mí. Me extraña. No sé dónde podrá estar.

Agatón se dirigió entonces a un esclavo:

—Busca a Sócrates y hazle entrar. Tú, Aristodemo, siéntate ahí, junto a Erixímaco.

Mientras lavaban los pies a Aristodemo, según la costumbre en estos casos, el esclavo que había salido en busca de Sócrates volvió a la estancia y dijo:

¹⁰ Véase **Anexo I**, p. 4.

—Sócrates se ha metido en una habitación inmediata y no quiere venir.

—Qué cosas más raras dices —replicó Agatón—. Anda, llámale, y no le dejes hasta que venga.

Aristodemo interrumpió a Agatón diciendo:

—Dejadlo, tiene esa costumbre. A veces se queda en cualquier sitio y se detiene un momento. Pero vendrá enseguida. No le molestéis. Vendrá.

Agatón, no muy convencido, contestó:

—Bien; dejadlo. Si lo crees así...¹¹

- En las revisiones se han ido marcando y cambiando expresiones poco naturales en nuestro tiempo y maneras de hablar demasiado arcaicas que demuestran la época en la que fue hecha la traducción.

Por ejemplo, el texto original de la traducción de Rafael Urbano habla de **las largas y las breves** en referencia a las notas musicales y al ritmo. En la presente edición lo hemos clarificado con **las notas rápidas y lentas**.¹²

Otro ejemplo de cambio realizado con el objetivo de obtener un texto con expresiones más actuales y claras, lo vemos en la expresión del texto original: «El discurso de Agatón me ha hecho recordar a Gorgias, **de suerte** que me ha sucedido verdaderamente lo de Homero». En la versión final esta oración se ha modificado por: «El discurso de Agatón me ha hecho recordar a Gorgias, **de modo** que me ha sucedido verdaderamente lo de Homero».¹³

- Se ha detectado un error de coherencia en el Epílogo: Apolodoro concluye la historia en primera persona como si él hubiera estado presente cuando al principio de la obra deja claro que él no estuvo en el banquete, sino que toda la historia se la contó Aristodemo. En otras traducciones consultadas de *El Banquete* no aparece esta confusión entre Apolodoro y Aristodemo. Este error ha sido subsanado para el texto del audiolibro.

- A lo largo del texto se han corregido erratas y pequeños errores de coherencia. En algunas ocasiones se ha modificado la puntuación para darle un ritmo más adecuado para ser narrado.

¹¹ Véase **Anexo I**, p. 50.

¹² Véase **Anexo I** p. 14/ versión final p.60.

¹³ Véase **Anexo I** p. 24/ versión final p. 70.

3.1.2. Texto comentarios añadidos

Para la redacción de los comentarios añadidos a la obra original se ha establecido un contrato de colaboración con **Cynthia Santana** como autora de esta parte del libro. Cynthia Santana es pasante de la licenciatura en Filosofía en la Universidad de Guadalajara (México) y administradora y creadora de contenido en varios canales de difusión de la filosofía en línea. En su canal principal, *Laberinto del pensamiento*,¹⁴ realiza *podcasts* que pretenden acercar la filosofía a un público general no académico. También difunde audiolibros de los principales filósofos de la cultura occidental en su canal secundario *Audiolibros Santana*¹⁵ y es colaboradora habitual del blog *Filosofía en la red*.¹⁶ Su labor como divulgadora de filosofía a un público hispanohablante general, junto a sus conocimientos en la materia, encaja perfectamente con el objetivo del presente proyecto.

Se encargó de realizar la parte comentada que se incluye en el audiolibro junto al texto de la obra de manera intercalada. Estos comentarios complementarios van destinados a esclarecer los conceptos tratados en la obra, establecer un paralelismo con la sociedad y el pensamiento actual e invitar a la reflexión a un lector no académico. Es decir, aportan valor a la presente edición. También tienen como objetivo motivar la curiosidad de los lectores y sus ganas de seguir leyendo textos filosóficos.

Las consideraciones legales y características concretas que regulan la aportación de Cynthia Santana a la edición final se especifican en el contrato entre la editorial y la colaboradora firmado el **10 de marzo de 2021** que se incluye en el **Anexo IV**.

A lo largo de dos meses se realizaron varias reuniones virtuales con Cynthia Santana para establecer un *feed-back* conmigo como editora y realizar un trabajo de corrección de los textos añadidos a la obra. En este aspecto se ha llevado a cabo un trabajo exhaustivo para determinar el tono justo de los comentarios adecuados al tipo de audiolibro que se quería publicar. Como editora he realizado un papel activo para determinar junto a la colaboradora el estilo de texto que se ajustaba al objetivo de este audiolibro, buscando un equilibrio entre el rigor filosófico y la función divulgativa que requiere esta edición. El reto fundamental ha sido encontrar el tono, el lenguaje (no muy formal pero riguroso), la cantidad y la extensión justa de comentarios para enriquecer el

¹⁴ Véase [Laberinto del pensamiento](#)

¹⁵ Véase [Audiolibros Santana](#)

¹⁶ Véase [Filosofía en la Red](#)

texto a la vez que consiguen interesar a un lector no académico sin cortar demasiado el ritmo de la narración.

En los primeros encuentros con la autora se le facilitaron una serie de *tips* sobre los que poder desarrollar los comentarios:

- **Prefacio:** Sitúa al lector y contextualiza la obra.

¿Por qué es importante esta obra?

¿En qué momento de su vida la escribió Platón?

¿Qué lugar ocupa dentro de sus obras filosóficas?

¿Qué nos vamos a encontrar en el texto?

- **Discursos:** Análisis de la postura de cada personaje tras su discurso.

- **Diotima:** Análisis de la figura de Diotima con una perspectiva de género. Es interesante un personaje femenino con tanta autoridad (está ilustrando a Sócrates) en un texto principalmente masculino y en una sociedad tan centrada en el hombre como la Grecia Clásica. Es un personaje interesante para un lector actual.

- **Alcibíades:** ¿Qué función tiene en la obra? Aparece al final y crea una disrupción con el elogio a Sócrates. Interesante reflexión sobre su papel en la obra.

A partir de estas premisas, la colaboradora realizó varias entregas parciales que fueron revisadas tanto desde el punto de vista estilístico como de contenido hasta llegar a unos comentarios finales para añadir a la obra.

El texto final de la obra enriquecida con los comentarios se incluye en el **Anexo II**. En el mismo anexo se añaden algunos comentarios como ejemplo de *feed-back* de corrección entre la colaboradora y la editora.

3.2. Grabación

3.2.1. Selección narradores

Elegir los narradores cuyas voces encajen con el audiolibro que queremos publicar es una decisión editorial de vital importancia en este tipo de proyectos. El narrador no se limita a leer en voz alta, es el intérprete que con su voz marca el ritmo, la entonación, la

pronunciación, las pausas y las inflexiones que conformarán la forma final de nuestra publicación.

Los elementos de legibilidad y de discriminación en un audiolibro tienen que ver con la necesaria existencia de un narrador, lo que implica una planificación, una técnica de representación, y un estilo determinado, diferente según el género, la edad y el formato. El resultado será siempre el de la conjunción de dos sensibilidades artísticas, la del autor, y la del narrador que interpreta a este (Cordón-García, 2018: 178).

Por este motivo, la selección de los narradores y el trabajo posterior entre ellos y el texto hasta la grabación del audiolibro ha sido fundamental en el proyecto. Tal como remarca Roa Velasquez (2019), parafraseando a Puckett (2016), sobre el papel del narrador en la realización de un audiolibro, el trabajo en equipo entre distintos profesionales (locutores, técnicos de sonido, etc.) y el papel del editor como coordinador de todos ellos cobra especial relevancia en esta fase del proceso:

Lo primero que señala Puckett, es que detrás de cada acto narrativo hay un trabajo consensuado de muchas personalidades, puesto que se trata de “dar voz” a un libro en su versión de audio (Puckett, 2016, p.18). El esfuerzo que está detrás de esa materialidad auditiva tan esperada por los lectores oyentes, se resume en la posibilidad de llevar a cabo un buen trabajo en equipo, entre ingenieros que pasan a ser productores, narradores que toman el lugar de escritores, y editores que reúnen el trabajo de unos y otros, de manera que el producto pueda pasar a la siguiente fase (Roa Velasquez, 2019: 49).

Ante la edición de un audiolibro en español, destinado a un público hispanohablante de todo el mundo, es imprescindible reflexionar sobre en qué variante de español va a ser narrado cada audiolibro publicado. El español denominado *neutro* suele hacer referencia al que se habla en los países del norte de América Latina y es el más común en las comunidades de hispanohablantes de EE. UU., pero también podemos optar por narrar el audiolibro en el español propio de un país concreto (México, Argentina...) o en español peninsular. En el informe 2020 *Evolución del mercado digital (ebooks y audiolibros) en España y América Latina*,¹⁷ que Bookwire.es realiza en colaboración con Dosdoce.com, queda manifiesto que la tendencia a producir audiolibros en español latino y neutro está al alza incluso en libros que son producidos en España. Debemos

¹⁷ Véase [Informe Bookwire 2020](#)

tener en cuenta que la mayoría de los hablantes de español del mundo reside en el continente americano y que allí el consumo de audiolibros está mucho más consolidado que en España presentando, por ejemplo, un crecimiento anual del 20% en el mercado hispano de Estado Unidos. Ante esta decisión editorial los grandes grupos como PRH o Planeta, al disponer de más poder de inversión, están optando por publicar varias versiones del mismo audiolibro narrado en distintas variantes de español.

Sea cual sea la variante elegida el audiolibro llegará a los lectores, pero esta riqueza y diversidad debe tener cabida en un proyecto como Parténope Editores. Se pretende que sea una editorial global, que englobe a profesionales y lectores de todo el mundo, por lo que se pretende que el catálogo de la editorial, una vez vaya creciendo, se componga de audiolibros narrados en las distintas variantes de español según cada caso.

El Banquete de Platón, cuya edición se documenta en la presente memoria, ha sido narrado en español peninsular al tratarse de un texto adaptado de un traductor español. Pese a que la autora de los comentarios es mexicana, se ha querido dar uniformidad a la narración optando por gabar todo el libro en una misma variante. No obstante, se ha respetado el estilo propio de la autora en los comentarios que reflejan expresiones y vocabulario propio del español latino.

Se decidió que el audiolibro contaría con dos voces distintas; una (masculina) para el texto de la obra y otra (femenina) para los comentarios añadidos. De este modo el lector tendrá muy claro el cambio de registro y en qué momentos está leyendo la obra original de Platón y en qué momentos está en la parte de reflexión y análisis añadida. En formato papel ese cambio se marcaría con un cambio claro en la tipografía, pero en el formato audio señalamos las dos esferas de la obra con el cambio de voces. El cambio de género en ellas enfatiza en mayor grado su contraste. En la grabación no se añadirán efectos de sonido o musicales, sino que prevalecerá únicamente el sonido de la voz.

El texto base de la obra ha sido narrado por **Arkaitz Ugartemendia** y los comentarios añadidos por **Sònia Moll**. Sus voces combinan a la perfección y crean una sensación agradable, por su contraste, en el oyente.

Arkaitz Ugartemendia es cantante y guitarrista desde hace más de veinte años. Ha participado en propuestas artísticas muy diversas consolidándose como cantautor de flamenco. Ha estudiado con Joaquín Herrera para perfeccionar sus técnicas vocales. Esta ha sido su primera vez como locutor de audiolibros.

Sònia Moll es poeta, filóloga, traductora, profesora y asesora lingüística. Ha publicado varios libros y colabora en diferentes publicaciones digitales como *La Directa*. Ha realizado varias locuciones de poesía y recitales siendo éste es su primer audiolibro.

Antes de iniciar las sesiones de grabación, se realizaron varios ensayos con los narradores con el objetivo de poder trasladarles, como editora, el modo como debían afrontar la interpretación de la obra. Las directrices a seguir fueron narrar la obra de un modo natural, sin forzar ni impostar voces a los personajes (a excepción de algún matiz concreto entre ellos para facilitar que el lector pueda diferenciarlos) para garantizar una escucha placentera y homogénea en el lector. Se quiso potenciar el contraste entre la narración de los comentarios, más neutra y contenida, y la interpretación del texto principal de la obra que presenta más personajes y dinámica vocal.

Por otro lado, se practicó con los narradores la dicción, el ritmo, la velocidad de lectura y algunos nombres griegos de difícil pronunciación.

En ambos casos se estableció un contrato de colaboración en calidad de intérpretes cuyas condiciones se especifican en los contratos incluidos en el **Anexo IV**.

3.2.2. Estudio de grabación

Desde la misma concepción del proyecto se ha buscado realizar una edición lo más profesional posible con un alto nivel de calidad en el sonido. Tras asistir al Webinar impartido por Eva Güell¹⁸ y organizado por la UOC *Com produir un audiolibre. Consideracions editorials, tècniques i comercials*, quedó patente que, en la actualidad, los grandes grupos editoriales que más están invirtiendo en la edición y publicación de audiolibros delegan totalmente la fase de grabación en los estudios de sonido. La externalización que se produce es completa, pues son estudios especializados en este tipo de producciones quienes contactan con los narradores, dirigen la grabación en sala y editan el audio final entregando el libro acabado a la editorial. Tal desapego por parte del editor en esta fase de producción del audiolibro produjo un dilema en el enfoque del proyecto, ya que partimos de la creencia que es el editor quien debe, en todo momento, tomar el rol de coordinador entre los diversos perfiles profesionales que intervienen en un proceso editorial en cualquier formato. Es obvio que la publicación de un audiolibro abarca una parte técnica que debe delegarse en especialistas, pero el editor es quien debe tener en mente el libro que quiere publicar y ejercer de director de proyecto en

¹⁸ Véase [Com produir un audiolibre. Consideracions editorials, tècniques i comercials](#)

cada una de sus fases. Con este convencimiento y para tener una experiencia formativa más completa, en el presente proyecto se tomaron las siguientes decisiones:

- Realizar las grabaciones en un estudio profesional con un técnico de sonido para supervisar la parte técnica de la misma.
- Asistir como editora a todas las grabaciones y tomar un papel activo como directora de grabación orientando a los narradores en la interpretación requerida.
- No externalizar la edición del audio posterior y realizarla en la misma editorial.

De este modo se ha obtenido una visión más profunda del proceso de creación de un audiolibro, viviendo en propia carne las dificultades y retos que un editor debe afrontar en este tipo de publicaciones.

Las grabaciones se han llevado a cabo en Onda Estudios¹⁹ (situado en Barcelona) con su fundador Toni Soriano como técnico de sonido y la colaboración de Xavi Mir como técnico colaborador. Este estudio, en activo desde hace 22 años, ha realizado varios audiolibros para Storytel y para la editorial Planeta. Toni Soriano realizó un trabajo impecable como profesional aportando su experiencia y orientando con sus consejos la parte más técnica del proyecto.

El equipo utilizado para la grabación del audiolibro se compone de:

- Micrófono AKG 414
- Interface MOTU 896 HD.
- Preamplificador de micrófono Focusrite ISA One.
- Altavoces Dynaudio BM6A.

La grabación se ha realizado en una sala insonorizada (Sonido seco - RTmid: 0,07s) a 44.1 kHz en modo Mono. Se ha llevado a cabo un primer tratamiento del audio obtenido con el software Pro Tools almacenando los archivos grabados en formato .wav y agrupados siguiendo la estructura de capítulos de la obra.

En primer lugar, se dedicaron tres sesiones a la grabación del texto base de la obra sumando un total de 8 horas en sala:

1. 08 de abril de 2021: 2 horas.
2. 19 de abril de 2021: 3 horas.

¹⁹ Véase OndaEstudios.com

3. 29 de abril de 2021: 3 horas.

La grabación de los comentarios añadidos se realizó en una única sesión de grabación de dos horas:

1. 10 de mayo de 2021: 2 horas.

3.2.3. Edición de audio

Pese haber obtenido un sonido limpio y de alta calidad en el proceso de grabación en estudio, fue necesario realizar un tratamiento de audio posterior para garantizar un nivel profesional y una escucha cómoda en el futuro lector. Como decisión editorial se optó por buscar un resultado de voz lo más natural posible, respetando ciertas pausas y dinámicas tonales, buscando una experiencia cercana a la sensación de contar una historia al oído para el oyente. En este sentido, nos desmarcamos de la tendencia a realizar una edición agresiva de la voz por la que apuestan grandes grupos editoriales a la hora de editar audiolibros. Este tipo de tratamiento del sonido con una compresión elevada y la eliminación excesiva de las pausas entre palabras da como resultado, muchas veces, una voz demasiado robótica que se quiso evitar.

El software utilizado para la edición del audio del libro ha sido **Reaper**²⁰ junto a la instalación del *drive* **Asio4all**²¹ que actuó como interfaz de sonido. Se han aplicado los siguientes *plugins*:

- **Ecuualizador**: Para recortar o realzar rangos de frecuencias según lo percibido por el oído humano (entre 20 y 20.000 Hz).

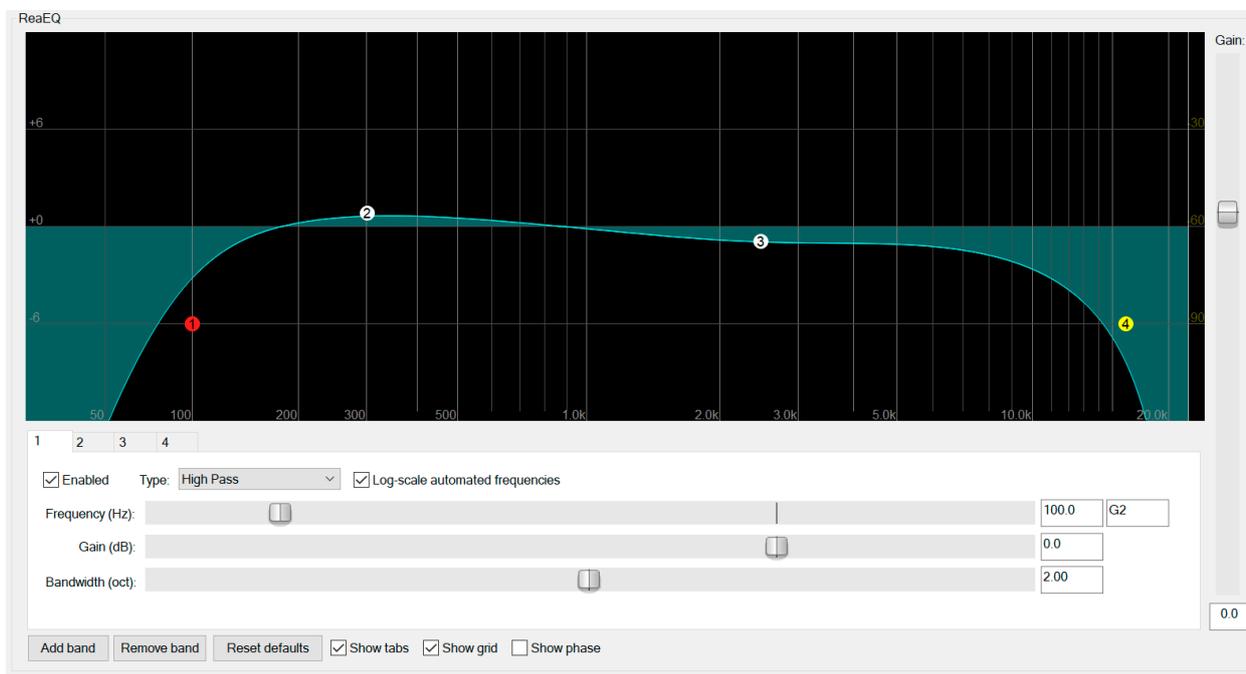


Figura n.6. Proceso de edición de audio (elaboración propia).

- **Puerta de ruido (Noise Gate):** Elimina los ruidos y sonidos que estén por debajo de determinado umbral, lo cual es muy útil para depurar el sonido en las pausas y silencios.

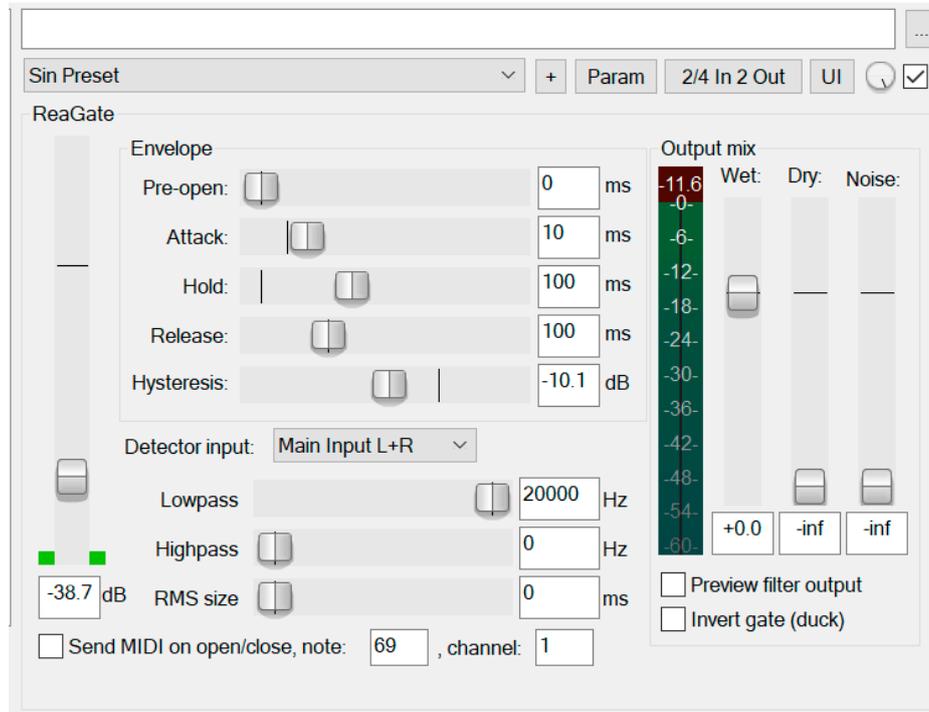


Figura n.7. Proceso de edición de audio (elaboración propia).

- **Compresor de audio:** Reduce el margen dinámico de la señal, reduciendo los picos y compactando la voz para que esta sea más homogénea a lo largo de todo el audio.



Figura n.8. Proceso de edición de audio (elaboración propia).

- **De-Esser:** Controla la sibilancia excesiva (el sonido exagerado de la "s") evitando que éste sea molesto para el oyente. Inhibe ciertas frecuencias (entre 5-8 kHz en voces femeninas y entre 3-6 kHz en voces masculinas) asociadas a este sonido para depurar la voz.

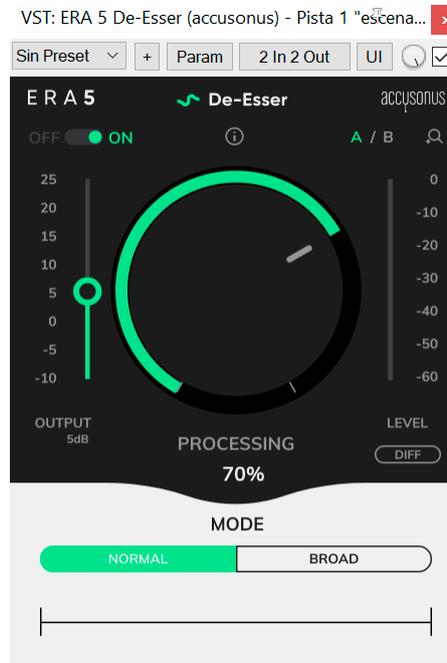


Figura n.9. Proceso de edición de audio (elaboración propia).

- **Mouth De-Clicker:** Al igual que el *plugin* anterior, este controlador atenúa o inhibe los chasquidos o *clicks* (comprimiendo determinadas frecuencias) que se producen con la lengua al hablar. Este *plugin*, como el anterior, son imprescindibles en la edición de voz, ya que todos esos sonidos que depuran son muy molestos para un lector que escucha una voz de manera ininterrumpida durante un periodo de tiempo largo. El no eliminarlos podría provocar el abandono de la escucha por parte del oyente.

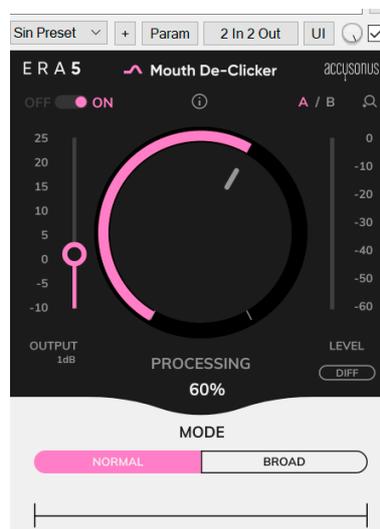


Figura n.10. Proceso de edición de audio (elaboración propia).

- **Limitador:** El limitador controla el volumen de la voz evitando picos que sobresalgan de un determinado umbral de dB. El resultado es una voz más uniforme en todo el audiolibro.²²

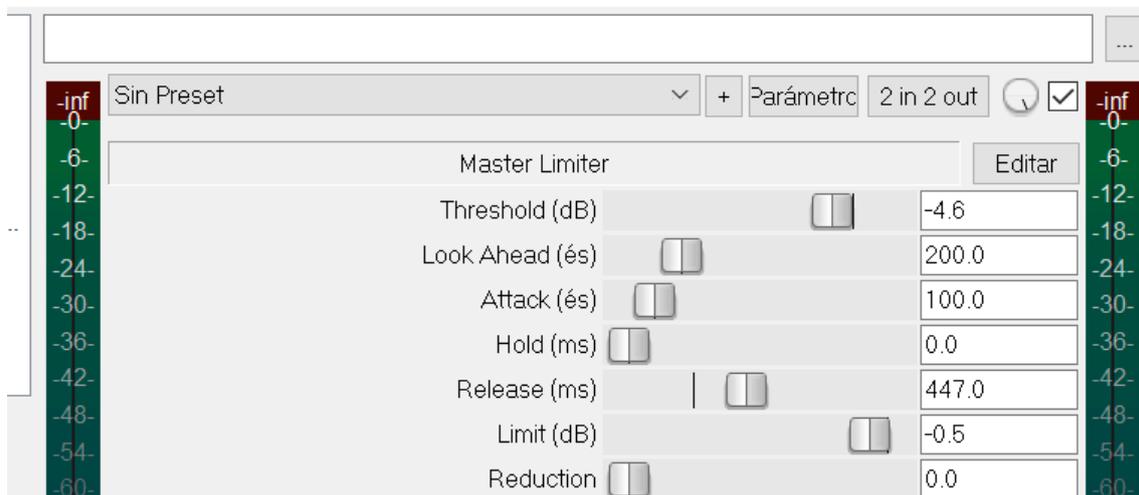


Figura n.11. Proceso de edición de audio (elaboración propia).

Para finalizar, se realizó un proceso manual de revisión y ajuste de las pausas entre oraciones y se intercalaron los comentarios en los puntos establecidos del texto original. Tras finalizar el proceso de edición de audio se ha obtenido un audiolibro resultante en formato .wav y .mp3. Con una duración total de 2 horas y 50 minutos, está estructurado en los siguientes capítulos:

- Créditos: 00:23
- Prefacio: 4:00
- Prólogo: 5:40
- Escena Primera: 01:51
- Escena Segunda: 00:26
- Escena Tercera: 1:23:41
- Escena Cuarta: 31:47
- Escena Quinta: 30:49
- Epílogo: 1:52

²² Todas las imágenes de los *plugins* utilizados han sido extraídas del proceso real de la edición de audio de este audiolibro. Los parámetros concretos de cada controlador se han ajustado a la voz de cada narrador.

- Postfacio: 8:13
- Créditos Finales: 0:23

3.3. Publicación

El audiolibro resultado del presente proyecto fue publicado el 21 de junio de 2021 y se encuentra disponible para su escucha en línea en el siguiente [ENLACE](#).

3.3.1. Metadatos, licencia CC y registro ISBN

A la hora de publicar y distribuir un libro en cualquier formato, debemos asegurarnos de acompañarlo de la información necesaria (descriptiva, estructural, técnica, etc.) para que quede bien catalogado e indexado en la red y sea descubierto con facilidad por los algoritmos de búsqueda. Los metadatos cumplen esta función asegurando que nuestro libro será encontrado por nuestros lectores potenciales y facilitando la gestión y el trasvase de datos entre los actores que forman la cadena de comercialización del libro: plataformas de distribución, puntos de venta, prescriptores, gestión de derechos, etc.

Los metadatos que acompañan un audiolibro deben responder las siguientes cuestiones:

- ¿Qué libro es?: Título, cubierta, autor/a, colaboradores, narradores, ISBN.
- ¿Cómo es?: Especificar que se trata de un audiolibro digital, el formato del archivo, el tamaño de éste, si se comercializa en *streaming*/descarga, duración y capítulos.
- ¿Cuándo se ha publicado?: Fecha de publicación, número de edición.
- ¿De qué trata y para quién?: Resumen, fragmento, idioma, público objetivo, marcado de materias.
- Derechos de autor: Tipo de licencia de comercialización y territorio donde se comercializa.
- Precio.
- Información extra relacionada con el libro: Reseñas, premios, productos relacionados.

Es muy recomendable elegir la opción de «metadatos ricos» en la obtención del ISBN para ampliar los datos bibliográficos básicos que quedan registrados en DILVE.²³ De este modo el audiolibro está registrado con metadatos de calidad, que cumplen los estándares oficiales, en la plataforma ISBN/Dilve ofreciendo a la cadena comercial acceso a todos los datos de la publicación (para títulos no comerciales que se distribuyen de manera gratuita esta opción no está disponible en la Agencia del ISBN). La gestión de datos ricos mediante la plataforma ISBN/Dilve es una alternativa para editoriales pequeñas o editores independientes a la cuota anual de registro en DILVE más adecuado para editoriales con catálogos más extensos.

-Licencia Creative Commons

El audiolibro fruto de este proyecto se distribuirá bajo una licencia Creative Commons, sin coste alguno para los lectores, como despegue de Parténope Editores para dar a conocer la editorial al mayor número de gente posible. Las siguientes publicaciones de la editorial sí que entraran al circuito comercial.

Las licencias CC²⁴ son una alternativa a licencias más restrictivas (*copyright*) de protección de los derechos de autor. Ofrecen la posibilidad de controlar el uso permitido de la obra fuera de los canales comerciales habituales. Se crearon bajo el marco legal de Estados Unidos, pero ahora se aplican en el ámbito internacional.

Existen seis tipos de licencias Creative Commons con diferentes niveles de protección que especifican lo que los usuarios pueden o no hacer con la obra:

| | | |
|-----------------------------------------|---------------|---------------------------------------------------------------------------------------|
| Atribución | (CC BY) |  |
| Atribución-Compartir Igual | (CC BY-SA) |  |
| Atribución-No Derivadas | (CC BY-ND) |  |
| Atribución-No Comercial | (CC BY-NC) |  |
| Atribución-No Comercial-Compartir Igual | (CC BY-NC-SA) |  |
| Atribución-No Comercial-No Derivadas | (CC BY-NC-ND) |  |

²³ Plataforma española de gestión y distribución de información bibliográfica y comercial del libro. En su página web se pueden obtener guías y manuales de «Buenas prácticas» para mejorar los metadatos de las publicaciones. Véase Dilve.es

²⁴ Véase Creative Commons.org

El Banquete de Platón de Parténope Editores se distribuye bajo una licencia **CC BY-NC-ND**. Los usuarios pueden escuchar y compartir el audiolibro libremente mientras atribuyan su autoría, no lo modifiquen en ningún sentido ni le den un uso comercial.

Licencia seleccionada

Reconocimiento-NoComercial- SinObraDerivada 4.0 Internacional



Figura n.12. Obtención de licencia Creative Commons (www.creativecommons.org).

-Registro ISBN

Como se indica en la propia página web de la Agenda del ISBN²⁵, el propósito del sistema internacional del ISBN es facilitar la comercialización de las publicaciones a través de los canales de venta. Legalmente no es obligatorio asignar un código ISBN a una publicación (el Real Decreto 2063/2008 del Ministerio de Cultura sobre el ISBN, publicado en el BOE número 10, del 12 de enero de 2009, en su “Disposición derogatoria única a)”, **derogó la obligatoriedad** de consignar el ISBN en las publicaciones, fijada por Decreto 2984/1972) pero es muy necesario para entrar en el circuito comercial editorial. Todos los libros publicados en España (en formato físico, digital o audiolibro) disponen de un código ISBN asignado si van a ser comercializados. En el caso de un audiolibro con una licencia Creative Commons que se va a distribuir libremente, registrar un código ISBN no es tan necesario. No obstante, al registrar una publicación en la Agencia del ISBN ésta queda catalogada en la base de datos de los libros editados en España, MECD y Todostuslibros.com. Dado que las próximas publicaciones de la editorial sí entrarán en el circuito comercial, se decidió que era más ventajoso obtener un ISBN para nuestra edición de *El Banquete* de Platón.

Se realizó el registro telemáticamente a través de la página web de la Agencia del ISBN obteniendo como ISBN de la obra el número **978-84-09-30979-5**. A parte de los

²⁵ Véase Agencia del ISBN

metadatos más importantes mencionados en el apartado anterior, en el registro del ISBN pudimos clasificar la obra dentro del sistema global de clasificación Thema como QDHA (Filosofía antigua griega y romana) y en el sistema IBIC como HPCA (Filosofía occidental: antigua). Al marcar esta publicación como no comercial, no se pudo acceder a la gestión de «datos ricos» mencionada anteriormente. En el **Anexo III** se adjunta el certificado del registro.

3.3.2. Web de la editorial

La página web de la editorial debe ser el punto de partida para dar a conocer nuestros audiolibros y debemos potenciar que los lectores que nos conozcan por diferentes canales acaben accediendo a ella. Se pretende que sea algo más que un escaparate de nuestro catálogo y ofrecer al usuario contenido relacionado con las obras publicadas, contacto e información con los autores de los comentarios añadidos y, poco a poco, irlo enriqueciendo como un entorno de descubrimiento. Para empezar, la focalizaremos en la colección Aulós dedicada a audiolibros de filosofía con *El Banquete* de Platón como primera publicación.

Para crear la página web se compró el dominio www.partenope.es para alojarla y se contrató un servicio de *hosting* mediante Arsys²⁶ obteniendo varias direcciones de correo propias de la editorial como la dirección de contacto: info@partenope.es

La página se ha diseñado con Wordpress buscando un diseño sencillo, directo e intuitivo para los usuarios. La página tiene un diseño *mobile responsive* y se puede acceder a ella desde cualquier dispositivo.

Para hacer crecer la web se realizarán publicaciones periódicas (integradas en forma de blog) en el apartado *¿Quieres saber más?* sobre temas relacionados con el contexto de las obras publicadas. También se enviará una *newsletter* periódica a los suscriptores que dejen su correo en el formulario habilitado a tal efecto.²⁷

Para la publicación del audiolibro de *El Banquete* de Platón, los lectores disponen de un fragmento de éste en la web y la posibilidad de descargar el texto original de la obra de Platón en formato .epub y .pdf por si quieren completar su experiencia lectora (los

²⁶ Véase ArSYS.es

²⁷ En la página web se especifica la política de privacidad y tratamiento de datos de acuerdo con la LOPD.

comentarios añadidos sólo se encuentran en el formato audiolibro). El audiolibro completo puede escucharse en *streaming* desde la web de la editorial.

Mediante una estrategia de marketing de contenidos, a medida que el catálogo vaya creciendo, se pretende ir optimizando la web para conseguir un mejor posicionamiento en buscadores a partir de palabras clave (SEO) y crecer orgánicamente. Realizar campañas de anuncios de pago (SEM) para mejorar nuestro posicionamiento en buscadores también es una estrategia que debemos abordar en una primera fase de promoción.

Hemos incluido en la web el código de seguimiento de Google Analytics para medir la cantidad, comportamiento y origen de los usuarios que la visiten.

3.3.3. Redes sociales

La lectura siempre ha tenido una dimensión social de gran importancia; comentar lo último que has leído con un amigo, recomendar una lectura, leer o escribir la crítica de determinado título, formar parte de un grupo de debate sobre textos filosóficos o los clubs de lectura son prácticas que sociabilizan el acto individual de leer. En la actualidad, estas actividades de intercambio entre personas alrededor de los libros se han potenciado y trasladado a la Red donde las barreras de la geolocalización se han esfumado.

Entendemos por «lectura social» aquella que se desarrolla en entornos virtuales en donde el libro y la lectura propicien la formación de una «comunidad» y alguna forma de intercambio, un espacio de intercambio de información y de comunicación horizontal, donde las obras se evalúan y califican, además de compartir puntos de vista acerca de un texto, participando en grupos de discusión y/o elaborando por escrito comentarios y anotaciones sobre las obras y sus autores (Alonso-Arévalo & Cordon-García, 2014: 28).

Las redes sociales se han convertido en el principal espacio de comunicación e intercambio entre usuarios y cualquier editorial de nueva creación debe buscar su espacio en ellas para crear una comunidad de usuarios alrededor de su catálogo y usarlas como trampolín para difundir su contenido.

Para Parténope Editores se han creado perfiles en **Instagram** (@partenopeditores), **Twitter** (@PartenopeEdit) y página en **Facebook** (Audiolibros Parténope Editores). Son tres de las redes más utilizadas en el mundo donde millones de usuarios se comunican e intercambian contenido diariamente, utilizándolas para prescribir o hablar sobre libros en muchos casos (sobre todo en Instagram donde el fenómeno de los *bookstagramers* está muy extendido). Los objetivos que la editorial se propone conseguir a través de estos perfiles sociales son:

- Establecer un diálogo directo con nuestros lectores publicando contenido relacionado con la filosofía que incite al debate, la opinión y la valoración de nuestros títulos.
- Llegar a un público más amplio con intereses relacionados con nuestro catálogo y redireccionarlo a la web.
- Utilizar las redes para dinamizar encuentros virtuales entre nuestros lectores y nuestros autores mediante directos. De hecho, ya se está organizando el primer directo de la editorial que realizaremos en Instagram (utilizando su herramienta Instagram Live) junto a nuestra autora Cynthia Santana a finales de julio del presente año. Este evento tendrá como finalidad presentar la nueva publicación y responder dudas de los lectores que podrán interactuar conmigo como editora y con la autora de los comentarios añadidos a la obra.

Para conseguir los objetivos marcados y hacer crecer una comunidad alrededor de la editorial, seguiremos tres estrategias iniciales teniendo en cuenta que nuestros perfiles son de nueva creación y debemos darlos a conocer:

- Seguir cuentas de divulgación filosófica: Los seguidores de este tipo de perfiles son nuestro público objetivo; si seguimos su contenido, ellos seguirán el nuestro y ocasionalmente compartirán nuestras publicaciones generando más visibilidad a nuestra cuenta entre sus seguidores.
- Aprovechar la presencia en redes de nuestros autores: En nuestra primera publicación, *El Banquete* de Platón, hemos contado con la colaboración de Cynthia Santana como autora quién tiene una presencia muy activa en redes. Su actividad como divulgadora de la filosofía potenciará la visibilidad de los perfiles de nuestra editorial entre su comunidad de seguidores.
- Utilizar la publicidad en redes para darnos a conocer: Las herramientas de promoción que nos ofrece cada una de las redes sociales donde hemos creado un perfil nos permitirán llegar a más lectores potenciales creando tráfico hacia nuestra página web. La publicidad de pago en redes es importante en esta

primera fase de darse a conocer, ya que nos permite segmentar el público que verá nuestros anuncios focalizando la inversión que hagamos hacia nuestro *target* específico (personas hispanohablantes no académicas interesadas en la filosofía).

En esta primera etapa de la editorial, antes de diseñar estrategias de marketing más concretas para cada libro, nos centraremos en dar a conocer nuestro proyecto a un público potencial interesado. A largo plazo, apostaremos por un marketing de contenidos tanto en redes sociales como en el blog de la web buscando crear entre los usuarios debate y curiosidad por la filosofía y las disciplinas que vayamos añadiendo al catálogo.

3.3.4. Distribución y comercialización

En primer lugar, debemos diferenciar la estrategia de distribución que seguiremos para el audiolibro editado en este proyecto, teniendo en cuenta que va a ser distribuido con licencia libre *Creative Commons* como primer título para dar a conocer a la editorial, de la opción de distribución para el resto de los audiolibros que publicaremos que sí entraran en el circuito comercial.

Para lanzar un catálogo de audiolibros al mercado y comercializarlo podemos optar por distintos modelos de negocio que van a determinar como el lector accederá a nuestros libros:

- **Suscripción con tarifa plana:** Presencia en plataformas donde el consumidor abona una tarifa fija mensual y tiene acceso ilimitado (en *streaming*) a todos los audiolibros de la plataforma (Audible, Spotify, Deezer, Scribd entre otros presentan este modelo).
- **Suscripción por créditos:** El usuario abona una cuota mensual que le da opción a elegir la escucha de una cantidad limitada de audiolibros al mes (Rakuten Kobo comercializa los audiolibros bajo este modelo en combinación con la venta unitaria).
- **Venta unitaria:** El sistema más tradicional que vende cada audiolibro de manera individual bajo un precio que el usuario abona para descargarse el libro. Este tipo de venta puede realizarse en la misma página web de la editorial o mediante tiendas online especializadas como Audioteka o Google Play (Penguin Random House retiró todos sus títulos en formato audio de las plataformas de suscripción optando únicamente por este modelo para comercializar sus audiolibros).

- **Bibliotecas:** Las bibliotecas comúnmente adquieren licencias de uso a las editoriales (mediante agregadores especializados) para ofrecer en préstamo sus audiolibros a los usuarios. No obstante, el modelo de compra de contenidos depende de cada biblioteca y no siempre se realiza a través de licencias.

En todos los casos (a excepción de las licencias de uso) las plataformas o tiendas digitales abonan a la editorial una cantidad por cada escucha o descarga del audiolibro.

Los datos del reciente informe Bookwire 2021 (elaborado en colaboración con DosDoce.com) *Evolución del mercado digital (ebooks, audiolibros y pódcast) en España y América latina*²⁸ consolidan las plataformas de suscripción con tarifa plana como el modelo más rentable para comercializar audiolibros, representando el 86% del total de ventas digitales de libros en formato audio a lo largo de 2020.

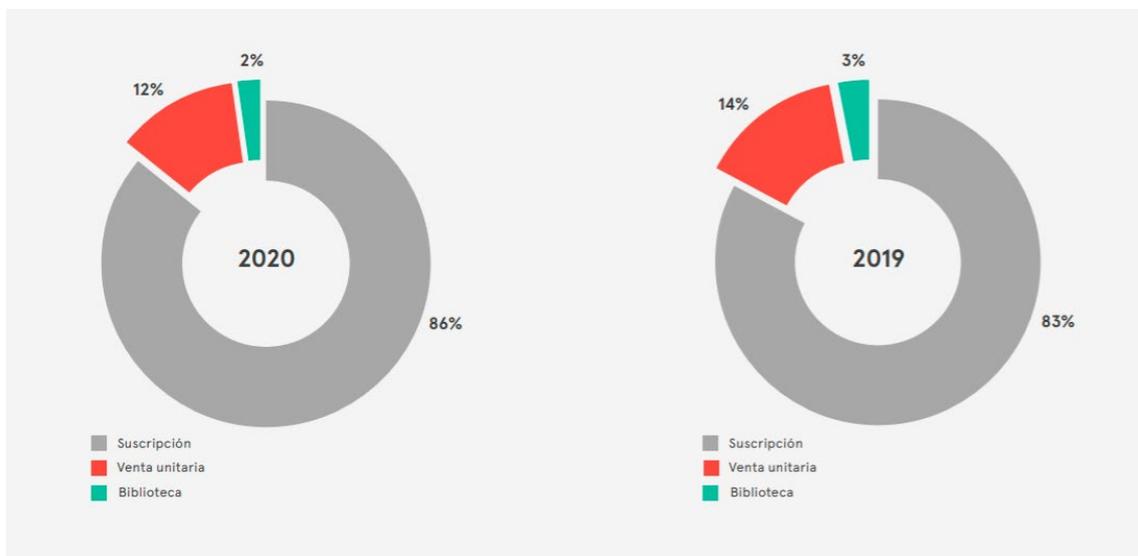


Figura n.13. Análisis específico de las ventas de audiolibros en los mercados en español (Informe Bookwire 2021, gráfico 3; pág. 20).

Aunque estos datos están afectados por la situación de confinamiento que vivimos a nivel mundial a raíz de la pandemia de la Covid-19, esta es una tendencia que ya se reflejaba en los informes de años anteriores.

Como editorial digital de nueva creación, en Parténope Editores se nos ofrece la opción de no tener que elegir entre los distintos modelos expuestos a la hora de comercializar nuestros títulos, sino que nuestros audiolibros pueden llegar a todas las plataformas y puntos de venta realizando la distribución a través de un agregador de contenido digital.

²⁸ Véase [Informe Bookwire 2021](#)

El 21 de mayo de 2021 se mantuvo una reunión virtual con Giulia Lo Monaco (Product Manager Audio) de **Bookwire**²⁹ para estudiar las condiciones, ventajas e inconvenientes de utilizar este distribuidor para nuestro futuro catálogo de audiolibros.

Bookwire es una empresa distribuidora de contenidos digitales (principalmente e-books y audiolibros) que ofrece a nuestra editorial un gran alcance para nuestro catálogo pues éste estaría disponible en las principales tiendas y plataformas online del mundo (incluidas bibliotecas) llegando a millones de lectores y obteniendo mejores condiciones de negociación con cada plataforma y una mayor agilidad de gestión. También debemos destacar la funcionalidad BASS (Bookwire Audio Stream Snipping) que nos ofrece este distribuidor. Este sistema *fragmenta* los audiolibros de larga duración con el fin de obtener mejores contraprestaciones económicas en los principales portales de *streaming*. Es decir, el lector no experimenta ningún cambio en su experiencia de audio lectura pero, a la hora de monetizar dichas escuchas, la plataforma contabiliza los fragmentos escuchados abonando a la editorial la parte consumida por el usuario, aunque éste no llegue al final del capítulo o del audiolibro (la compensación económica que los editores obtienen en estos portales está basada en el número de escuchas por parte del lector). Bookwire abonaría a la editorial el 80% de las ganancias por ventas o escuchas en los diferentes portales quedándose un 20%.

El principal inconveniente de los intermediarios (entendiendo como intermediarios no sólo los distribuidores o agregadores de contenido como Bookwire sino también las grandes plataformas de venta) en el sector editorial digital es la barrera de comunicación entre lector/usuario y editor. La gran interacción entre editoriales y lectores que se ha desarrollado en los nuevos canales digitales de venta puede verse distorsionada cuando dominan el mercado grandes plataformas que diluyen la identidad de cada editorial, sobre todo en los casos en que ésta es pequeña. No obstante, creemos que debemos priorizar el alcance de nuestros audiolibros al máximo de lectores posible, facilitando el acceso a éstos para todo tipo de usuarios. Por ejemplo, poder llegar a las bibliotecas nos parece importante dado el carácter de divulgación del conocimiento de la editorial. Ante esta situación se plantea una estrategia para paliar la invisibilización de nuestra identidad digital realizando un trabajo importante de promoción de la página web para que ésta sea un punto de interacción con los lectores. Nuestros objetivos principales son llegar al mayor número de lectores posible mediante una distribución a través de Bookwire y conseguir que quién escuche uno de nuestros audiolibros (sea en la plataforma que sea) acabe visitando la web. El acuerdo con Bookwire no impide la

²⁹ Véase Bookwire.es

comercialización de nuestro catálogo en nuestra web, aunque sí tiene carácter de exclusiva en referencia a otros distribuidores.

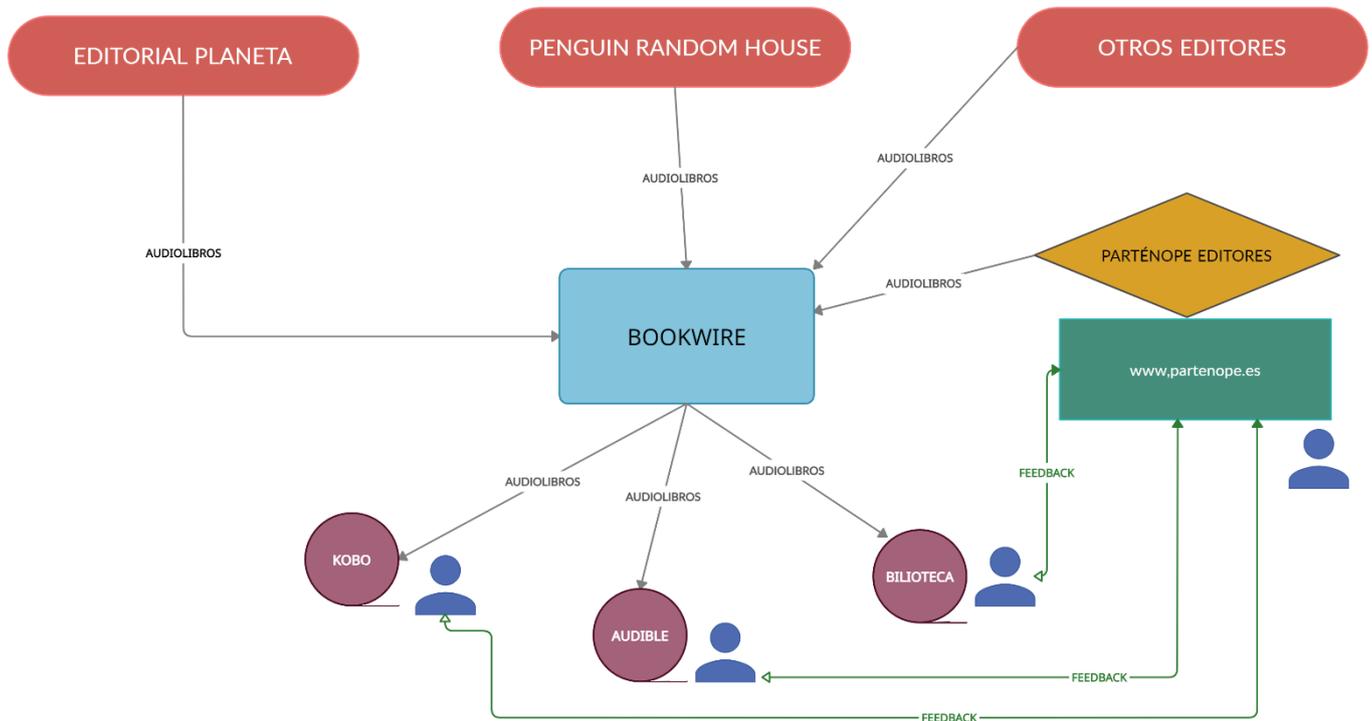


Figura n.14. Plan estratégico flujo de usuarios (elaboración propia).

Para ello se deberán utilizar las redes sociales (con una buena estrategia de *Social Media Marketing*) para generar tráfico a nuestro *site*, animando a los lectores a opinar sobre nuestros audiobooks e incluso proponer qué títulos quieren ver editados. Fidelizando a los usuarios a partir de una auténtica conversación entre ellos y la editorial, estos buscarán nuestros libros en su plataforma de uso habitual asociando Parténope Editores con audiobooks de calidad.

La edición de *El Banquete* de Platón comentada por Cynthia Santana, que hemos editado en este proyecto, se distribuye con una licencia *Creative Commons*, por lo que no puede entrar en el circuito comercial a través de Bookwire. En este caso, como lanzamiento especial de la editorial, el audiobook está disponible para escuchar de manera gratuita en nuestra [página web](#) y se ha distribuido mediante **Anchor**³⁰ a las siguientes plataformas:

- Spotify – Acceso en el siguiente [ENLACE](#)

³⁰ Anchor es una aplicación gratuita que Spotify creó para distribuir podcast. Véase <https://anchor.fm/>.

- Google Podcasts – Acceso en el siguiente [ENLACE](#)
- Castbox – Acceso en el siguiente [ENLACE](#)
- Pocket Casts – Acceso en el siguiente [ENLACE](#)
- Breaker – Acceso en el siguiente [ENLACE](#)
- Radio Públíc – Acceso en el siguiente [ENLACE](#)

También se encuentra disponible en iVoox³¹ - Acceso en el siguiente [ENLACE](#)

3.3.5. Cálculo de costes y *burn rate*

Cualquier proyecto necesita un tiempo donde la actividad tan solo genera pérdidas, esto es natural y no hay nada negativo en ello. Sin embargo, es vital estimar antes de iniciar cualquier inversión cuánto dinero será necesario gastar antes de que nuestra empresa pueda comenzar a generar ingresos y con ellos flujos de caja positivos. Este cálculo recibe el nombre de *burn rate* o quema de caja y es uno de los puntos más sensibles y problemáticos para cualquier nueva aventura empresarial (Dobaño, 2019).

Después de publicar nuestro primer audiolibro tenemos una visión bastante exacta de los costes que representa producir una unidad y dado que Parténope Editores tiene vocación de continuidad, este es el momento de hacer un resumen de los costes y de elaborar el cálculo de nuestro *burn rate* hasta el 31 de diciembre de 2022.

En primer lugar, ofrecemos los **gastos directos** que han sido necesarios para producir el audiolibro *El Banquete* de Platón:

| GASTO | CONCEPTO | PERIODO |
|--------------------|---------------------------------------------------|--------------|
| 40,00.-€ | Cynthia Santana - Lectura/análisis | x Audiolibro |
| 120,00.-€ | Comentarios Cynthia Santana | x Audiolibro |
| 200,00.-€ | Arkaitz Ugartemendia - Intérprete 1 voz | x Audiolibro |
| 200,00.-€ | Sònia Moll - Intérprete 2 voz | x Audiolibro |
| 70,00.-€ | Estudio grabación (08-04-21 2horas) Onda Estudios | x 2 horas |
| 100,00.-€ | Estudio grabación (19-04-21 3horas) Onda Estudios | x 3 horas |
| 100,00.-€ | Estudio grabación (29-04-21 3horas) Onda Estudios | x 3 horas |
| 70,00.-€ | Estudio grabación (10-05-21) Onda Estudios | x 2 horas |
| 45,00.-€ | ISBN | x Audiolibro |
| Σ 945,00.-€ | | |

Tabla n.1. Elaboración propia.

³¹ Véase <https://www.ivoox.com/> .

Una vez listados los gastos que han influido directamente en la producción del audiolibro, procedemos a enumerar los **gastos indirectos** (aquellos en los que incurrirá la editorial tanto si publica cero audiolibros como veinte o enésimos audiolibros).

| GASTO | CONCEPTO | PERIODO |
|--------------------|-----------------------------------|------------|
| 10,00.-€ | Registro dominio - Arsys | Anual |
| 44,00.-€ | Hosting básico web - WP | Anual |
| 188,89.-€ | Licencia Comercial – Reaper (DAW) | Pago único |
| 99,00.-€ | Plugins ERA - Edición Audio | Anual |
| Σ 341,89.-€ | | |

Tabla n.2. Elaboración propia.

En último lugar, elaboramos el *burn rate* de los ejercicios 2021 y 2022.

- *Burn rate* desde el 1 de febrero de 2021 al 31 de diciembre de 2021.

| GASTO | CONCEPTO | PERIODO |
|----------------------|-------------------------------|----------|
| 945,00.-€ | El Banquete (Gastos Directos) | Unitario |
| 341,89.-€ | Gastos Indirectos | Anual |
| Σ 1.286,89.-€ | | |

Tabla n.3. Elaboración propia.

- Para calcular el cuadrante del ejercicio 2022 deberemos hacer unas consideraciones previas:
 - Los costes indirectos tendrán una minoración de 188,89.-€ ya que la compra del software DAW consta de un único pago.
 - Tal como se detalla en el apartado 2 dedicado al contexto, la previsión para el ejercicio 2022 es publicar 3 audiolibros.
 - Por cada audiolibro tomaremos el valor prestado de los costes directos de *El Banquete*, aunque somos conscientes de que puede haber importantes diferencias dependiendo de la extensión del texto o de las horas de estudio de grabación necesarias.
 - Por lo que respecta a las cuotas de autónomos, resultaría lógico incluirlas en los costes indirectos. Sin embargo, hemos preferido segregarnos asumiendo que es un gasto de la editora y para facilitar la claridad de los cálculos. No se han incluido las cuotas de autónomos en el ejercicio 2021, ya que el primer audiolibro de la editorial (cuya edición refleja esta memoria) no ha entrado al circuito comercial, sino que se ha distribuido con una licencia CC para dar a conocer nuestro proyecto al público.
 - Del mismo modo, los libros publicados en 2022 dispondrán de la opción de gestión de «datos ricos» en la plataforma ISBN/DILVE, véase apartado 3.3.1, por lo que debemos añadir este gasto por cada audiolibro.

| GASTO | CONCEPTO | PERIODO |
|----------------------|-------------------------------------|--------------|
| 2.835,00.-€ | Producción x 3 Audiolibros | x Producción |
| 105,00.-€ | Gestión Datos Ricos x 3 Audiolibros | x Producción |
| 153,00.-€ | Gastos Indirectos | Anual |
| 3.468,00.-€ | Cuota Autónomos x 12 mensualidades | Anual |
| Σ 6.561,00.-€ | | |

Tabla n.4. Elaboración propia.

Podemos establecer que el *burn rate* hasta 2022 es de **7.847,89.-€**. Es decir, es necesario desembolsar esta cifra para poder iniciar el proceso de comercialización de Parténope Editores hasta que el proyecto comience a generar flujos de ingresos.

4. Valoración

A finales de mayo del presente año, se celebró en modo virtual el evento *All About Audio - Digital Audio Summit 2021*,³² un conjunto de conferencias organizadas por Bookwire que congregan a los principales especialistas en la industria del audio a nivel mundial. Uno de los temas tratados, por el ponente Mark Mulligan (MIDiA Research), fue el análisis del consumo de audio entre el segundo y el cuarto trimestre de 2020. Un dato sorprendente, ya observado en informes anteriormente mencionados, es que el consumo de audiolibros creció un 49% (respecto al año anterior) y superó el crecimiento de consumo de podcasts por parte de los usuarios. Debemos tener en cuenta que los datos del año 2020 se ven afectados por la extraordinaria situación de confinamiento a la cual se enfrentó el mundo, por lo que es posible que este crecimiento exponencial no se mantenga en 2021. No obstante, los participantes al evento coincidieron en prever una tendencia al alza en el consumo de audiolibros en los próximos años, ya que la pandemia aceleró un cambio en los hábitos lectores de los consumidores que empezó a producirse antes de ésta. Una de las conferencias incluidas en el evento giró completamente alrededor de la industria de audiolibros en el mercado de habla hispana. Los ponentes; Juliana Rueda,³³ Juan Baixeras³⁴ y Carmen Ospina³⁵ conversaron sobre las grandes oportunidades que el audiolibro ofrece a los editores de contenido en el mercado hispano, hablando en términos de estar viviendo un auténtico *boom* del

³² Véanse todas las conferencias en el siguiente [ENLACE](#).

³³ Fundadora de [MiutBooks](#), estudio de producción especializado en audiolibros situado en Barcelona.

³⁴ *Country manager* de Audible España.

³⁵ Directora de marketing, publicidad y desarrollo comercial de Penguin Random House y jefa de la división de audiolibros de Penguin Random House Grupo Editorial.

audiolibro. Carmen Ospina destacó que el momento actual es propicio para invertir en audiolibros, pues el contenido que actualmente se ofrece en este formato es relativamente pequeño en comparación con otros; es decir, existe un camino virgen por delante que los editores debemos explorar.

Como se afirmó al inicio del proyecto, los lectores del presente y del futuro son consumidores de contenido multiformato que buscan que éste se adapte a sus necesidades en tiempo y espacio. Un formato, como el audiolibro, que permite su consumo mientras se realizan otras actividades, se adapta a la lectura fragmentada, no presenta barreras de accesibilidad y permite una distribución global y un acceso inmediato, tiene muchas probabilidades de establecerse en los hábitos de consumo de los lectores y convivir con otros formatos de lectura.

El proyecto en el cual se engloba el audiolibro editado, Parténope Editores, presenta dos grandes fortalezas para hacerse un hueco en la era de la economía de la atención, donde el desafío radica en hacer que unos contenidos sean visibles entre la gran cantidad de oferta que reciben los lectores/usuarios.

En primer lugar, es una editorial que crea contenido específico para publicar en audiolibro. Crear contenido original para publicar únicamente en audio es muy común en el universo de los podcasts, pero hasta el momento la mayoría de las editoriales españolas publican en formato audiolibro contenido que simultáneamente van a distribuir en formato papel y en libro electrónico. Los comentarios de autores especialistas, que nuestra editorial aporta a las obras clásicas que publica, son un valor añadido que se crea específicamente para ser escuchado en un audiolibro y marca nuestra seña de identidad. En segundo lugar, la editorial da respuesta a una demanda que ahora mismo no está cubierta ofreciendo un producto muy concreto a un *target* específico en una lengua que hablan 567 millones de personas en el mundo. La editorial ofrece una nueva manera de acercarse a obras cumbre del conocimiento humano a personas que, por falta de conocimientos o tiempo, no saben cómo hacerlo y las herramientas digitales nos permiten llegar a ellas estén donde estén.

No obstante, siempre debemos tener en cuenta que estamos ante un mercado dinámico y global para poder crecer adaptándonos a los cambios que estén por venir. El audiolibro y la experiencia lectora asociada a él han nacido para perdurar y formar parte de la industria del libro y la vida de los lectores, pero como neonatos que son aún tienen mucho camino por recorrer.

Este mismo año, EURECAT (Centre Tecnològic de Catalunya) ha iniciado el **proyecto Möbius**³⁶ que pretende rediseñar el formato de libro digital y revolucionar el sector editorial planteando una experiencia lectora más inmersiva y potenciando el papel de los prosumidores en los procesos de creación. Con una inversión de 5,5 millones de euros y 11 socios en varios países europeos, este proyecto supondrá un paso más en la evolución de los formatos de lectura que hoy conocemos. Los editores tenemos un gran reto por delante para experimentar, aprender y probar nuevos modelos de negocio ante la oportunidad que nos ofrece tanto el formato audiolibro como los nuevos formatos que estén por llegar.

Como conclusión, quisiera destacar el proceso global de aprendizaje que como editora he realizado en la edición de este audiolibro. En esta experiencia he experimentado la importancia del editor como nexo de unión entre los distintos profesionales implicados en la edición de un libro. La parte técnica asociada con la producción y edición de audio han hecho que en el momento actual muchos editores opten por delegar completamente esta parte del proceso en estudios de grabación especializados. En mi opinión esta estrategia constituye un error y pone de manifiesto que, al menos en España, el mercado del audiolibro aún no está maduro.

Es muy importante que el equipo editorial se rodee de especialistas técnicos que le guíen y le apoyen en el proceso de edición de un audiolibro, pero el editor en ningún caso puede desentenderse de una de las partes más cruciales en la creación de un libro en formato audio. El editor es como un director de orquesta que debe guiar a los demás profesionales hacia el producto final y único que su editorial ofrecerá a los lectores. Por ello, es de vital importancia que participe en la selección de narradores, trabaje con ellos el texto, esté presente en la grabación como director de sala, supervise la edición de audio, etc. Todas las pequeñas decisiones editoriales que se van tomando en cada parte del proceso de edición determinan el resultado final que se va a publicar.

El auge repentino que este formato ha tenido en el sector del libro en español ha hecho que muchos editores se sientan perdidos ante un escenario nuevo de conocimientos técnicos que se escapan a su ámbito profesional. Por otro lado, los profesionales del audio, que tienen experiencia en campos como el doblaje y la producción musical, han aprovechado la oportunidad y ofrecen a los editores soluciones globales transformando en audiolibros los títulos que las editoriales editan en otros formatos. Mi experiencia en este proyecto me lleva a creer que estos dos mundos no deberían permanecer

³⁶ Véase entrevista con Patricia Castillo, directora de la Unidad de Preparación y Coordinación de proyectos europeos del centro tecnológico Eurecat, en el siguiente [ENLACE](#).

separados, ya que el editor debería dirigir a un equipo multidisciplinar de profesionales que se coordinaran de manera orgánica para editar cada audiolibro. No basta con que una editorial entregue un texto a un estudio para que le devuelvan un archivo en audio, pues editar un audiolibro no debe entenderse como un mero cambio de formato. Es un nuevo medio de contar historias y de comunicar conocimientos que genera experiencias lectoras completamente nuevas. El editor debe tenerlo presente en cada fase del proyecto de creación de un audiolibro para unir con este propósito el trabajo realizado por todos los profesionales implicados en su edición.

Para finalizar la presente memoria recupero unas palabras escritas por el semiólogo y escritor Umberto Eco en su ensayo *Apocalípticos e integrados* que, aunque se concibieron en 1964, siguen teniendo plena vigencia:

[...] toda modificación de los instrumentos culturales, en la historia de la humanidad, se presenta como una profunda puesta en crisis del «modelo cultural» precedente; y no manifiesta su alcance real si no se considera que los nuevos instrumentos operarán en el contexto de una humanidad profundamente modificada, ya sea por las causas que han provocado la aparición de aquellos instrumentos, ya por el uso de los propios instrumentos (Eco, 2014: 58).

5. Bibliografía

La bibliografía se presenta dividida en referencias que ahondan en el aspecto teórico del formato audiolibro; su penetración en la industria editorial, el marco teórico del contexto y de la obra elegida, y referencias sobre el aspecto técnico que comporta la edición y grabación de un audiolibro (en este caso existe poca bibliografía disponible al tratarse de un formato aún novedoso). También se indica el software utilizado a lo largo del proyecto.

Bibliografía teórica

Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado. *Real decreto 2063/2008, de 12 de diciembre, por el que se desarrolla la Ley 10/2007, de 22 de junio, de la Lectura, del Libro y de las Bibliotecas en los relativo al ISBN*. Boletín Oficial del Estado n.º 10 (2009).

<https://www.boe.es/eli/es/rd/2008/12/12/2063>

Alighieri, D. (1983). *La Divina Comedia*. S.A. de Promoción y Ediciones Club Internacional del Libro.

Alonso-Arévalo, J., Cordón-García, J. A. (2014, 16 de mayo). *Lectura Social, metadatos y visibilidad de la información*. XLV Jornadas Mexicanas de Biblioteconomía, Monterrey, México.

<http://eprints.rclis.org/23095/1/Lectura%20Social%20corregido2.pdf>

Best, E., Clark, C., Picton, I. (2020). Children, Young People and Audiobooks before and during Lockdown. National Literacy Trust Research Report. *National Literacy Trust*.

<https://eric.ed.gov/?id=ED607856>

Bookwire GmbH. (2020). *Evolución del mercado digital (ebooks y audiolibros) en España y América Latina*. DosDoce.com.

<https://www.dosdoce.com/wp-content/uploads/2020/04/INFORME-BOOKWIRE-2020.pdf>

Bookwire GmbH. (2021). *Evolución del mercado digital (ebooks, audiolibros y pódcast) en España y América Latina*. DosDoce.com.

<https://www.dosdoce.com/wp-content/uploads/2021/05/Informe-Bookwire-Dosdoce-2021-Mercado-ebooks-y-audiolibros-en-espa%C3%B1ol.pdf>

Bookwire GmbH. (2021, 21 de mayo). *All about audio – Digital Audio Summit for Media Companies* [vídeo en línea]. Youtube.

<https://www.youtube.com/watch?v=CntBlpv8vVY>

Castillo P. (2021, 27 de mayo). Vamos a llevar el formato “eBook” de nuevo a la mesa de diseño [entrada de blog]. *EURECAT*.

<https://eurecat.org/es/patricia-castillo-vamos-a-llevar-el-formato-ebook-de-nuevo-a-la-mesa-de-diseno/>

Chapman, A. (2004). Análisis DOFA y análisis PEST [entrada de blog]. *deGerencia.com*.

https://degerencia.com/articulo/analisis_dofa_y_analisis_pest/

CONNECTA. (2019). *Hábitos de lectura y compra de libros en España* [informe de resultados]. Federación de Gremios de Editores de España.

<https://www.gremieditors.cat/wp-content/uploads/2020/02/200221PRE-FGEE-Ha%CC%81bitos-lectura-presentacio%CC%81n.pdf>

Cordón-García, J. A. (2018). Leer escuchando: reflexiones en torno a los audiolibros como sector emergente. *Anuario ThinkEPI*, 12, 170-182.

<https://recyt.fecyt.es/index.php/ThinkEPI/article/view/thinkepi.2018.23>

Dobaño, R. (2019, 9 de octubre). ¿Qué es el *burn rate* y por qué es tan importante?

[entrada de blog]. *Quipu*.

<https://getquipu.com/blog/que-es-el-burn-rate-y-por-que-es-tan-importante/>

DosDoce.com. (2019, 04 de marzo). *Profile of the Spanish audiobook market*.

<https://www.dosdoce.com/2019/03/04/profile-of-the-spanish-audiobook-market/>

Eco, U. (2014). *Apocalípticos e integrados*. DeBolsillo. Penguin Random House Grupo Editorial.

Fundación Pablo Iglesias. (2011). Rafael Urbano García. En *Diccionario Biográfico del Socialismo Español*. Recuperado el 10 de abril de 2021.

https://fpabloiglesias.es/entrada-db/3878_urbano-garcia-rafael/

González León, C. (2003). COLLER PORTA, Xavier. La Empresa Flexible. Estudio sociológico Del Impacto De La Flexibilidad En El Proceso De Trabajo. *Papers: Revista De Sociologia*, 71, 173-180.

<https://raco.cat/index.php/Papers/article/view/25760>

Guerrero, R. R. (2002). *Historia de la Filosofía Medieval*. Ediciones Akal.

Larson, L. C. (2015). E-books and audiobooks: Extending the digital reading experience. *The Reading Teacher*, 69(2), 169-177.

<https://ila.onlinelibrary.wiley.com/doi/full/10.1002/trtr.1371>

Magadán-Díaz, M., & Rivas-García, J. I. (2020). El audiolibro en España: ¿industria o modelo de negocio? *El Profesional de La Información*, 29(6), 1–13.

<https://doi.org/10.3145/epi.2020.nov.25>

Morris, T. (Productor). (2014, 2 de enero). Plato's Symposium [Audio en podcast]. *BBC Radio 4*.

<https://www.bbc.co.uk/programmes/b03mhyzk>

Moyer, J. E. (2012). Audiobooks and e-books: A literature review. *Reference & User Services Quarterly*, 51(4), 340.

<http://www.jstor.org/stable/refuseserq.51.4.340>

Observatorio de la Lectura y el Libro. (2018). *El sector del libro en España*. CEGAL.

<https://www.cegal.es/wp-content/uploads/2018/05/El-Sector-del-Libro-en-Espa%C3%B1a.-Abril-2018.pdf>

Pérez M. (2018). *Análisis FODA o DAFO*.

<https://foda-dafo.com/>

Platón. (1925). *El Banquete o del Amor*. Francisco Beltrán Editor.

Porter, M. (2008). Las cinco fuerzas competitivas que le dan forma a la estrategia.

Harvard Business Review, 86(1), 58-77.

Puckett, J. (2016). Narrative Arc: Behind the scenes in an audio recording studio, many hands make a title speak with one voice. *Library Journal*, 141(9), 1-21.

Roa Velásquez, L. D. (2019). *El audiolibro como agente atemporal dinamizador del ocio, la lectura, la cultura y el sujeto homogeneizado*. [Tesis de maestría]. Facultad de ciencias sociales. Pontificia Universidad Javeriana Bogotá.

<https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/43757>

Rubery, M. (Ed.). (2011). *Audiobooks, literature, and sound studies* (Vol. 31). Routledge.

Unamuno, M. (1984). *Del Sentimiento Trágico de la Vida*. Ediciones Orbis, S.A.

Vallorani, C. (2011). *La oralidad tecnológica-digital: estudio pragmático-comunicativo sobre la oralidad en el audiolibro*. [Trabajo de fin de máster]. Estudios Literarios. Universidad de Alicante.

https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/19656/6/cecilia_vallorani.pdf

Vivar, J. L. (2020, 1 de diciembre). El audiolibro: Futuro inmediato. *CE Noticias Financieras*.

<https://www.proquest.com/wire-feeds/el-audiolibro-futuro-inmediato/docview/2466250548/se-2?accountid=15299>

Bibliografía práctica

SDE – Servei de Desenvolupament Empresarial. (2021). *Guia per a la producció d'audiollibres*. ICEC.

https://issuu.com/icec_generalitat/docs/guia_audiollibres?fr=sMml3MDc3MDAy

Smolinski, G. (2017). *Cómo grabar audiolibros*. Gutenberg Reloaded.

Soriano, T. (2017, 06 de noviembre) Cómo grabar una locución: Los 3 pasos que debes seguir [entrada de blog]. *Onda Estudios*.

https://ondaestudios.com/como_grabar_una_locucion/

UOC – Universitat Oberta de Catalunya (UOC). (2021, 10 de marzo). *Com produir un audiollibre. Consideracions editorials, tècniques i comercials* [vídeo en línea]. Youtube.

<https://www.youtube.com/watch?v=QXIBpQCmPIY&t=147s>

Vozalia. (2020, 22 de abril). El trabajo de grabación para audiolibros. Voz de audiolibros [entrada de blog].

<https://www.vozalia.com/trabajo/el-trabajo-de-grabacion-para-audiolibros-voz-de-audiolibros/>

Software utilizado

Accusonus. (2013). *ERA Bundle Standard* (v1) [software].

<https://accusonus.com/>

Avid Technology. (1989). *Pro Tools* (v2021.3.1) [software].

<https://www.avid.com/es/pro-tools>

Cockos. (2006). *Reaper* (v6.28) [software].

<https://www.reaper.fm/>

Tippach, M. (2004). *Asio4All* (v2.9) [software].

<https://www.asio4all.org/>

ANEXOS

Anexo I – Adaptación texto base de la obra

TEXTO BASE: *El banquete de Platón* – Traducción de Rafael Urbano (publicada por Francisco Beltrán en 1923):

PRÓLOGO

En las afueras de Atenas. APOLODORO, UN AMIGO suyo y el CORO

APOLODORO– Creo que conozco el asunto sobre el cual me preguntáis, porque justamente yendo yo hace unos días desde mi casa de Falereo a la ciudad, viéndome un amigo que venía tras de mí, llamándome desde lejos, bromeando por mi lento andar, gritó:

- Eh, falereo, Apolodoro, no corras tanto, espérame.

Me paré y aguardé.

- Precisamente – dijo – hace poco te buscaba, porque quería saber y me contaras los discursos sobre el Amor que se pronunciaron en el banquete que tuvieron Sócrates, Agatón, Alcibíades y los demás que asistieron a la cena; me lo contó uno que lo había oído a Fénix, el hijo de Filipo, y no sabiéndolo decir en concreto, añadió que tú lo sabías. Cuéntamelo, porque es justo que me des a conocer las palabras de tu amigo. Pero antes dime, ¿tú estuviste o no?
- En verdad, respondí, el que te ha hallado, por lo visto, nada te ha contado con certeza cuando crees que esa fiesta se ha efectuado hace poco y que he podido asistir a ella yo.
- Sí; lo creía.
- ¿Y de dónde sacas eso, Glaucon? ¿No sabes que Agatón hace ya muchos años que no ha venido a Atenas; que escasamente hace tres trato a Sócrates, y que procuro más y más cada día saber cuánto hace y dice? Antes de eso yo iba al acaso, de aquí para allí, creyendo obrar razonablemente, siendo, en realidad, mucho más infeliz que nadie por pensar, como tú piensas ahora, que uno debe hacer cualquier cosa antes que filosofar.
- Déjate de bromas – dijo -, y dime cuándo fue esa reunión.

- Siendo yo niño aún, cuando Agatón obtuvo el premio por su primera tragedia, y al día siguiente de celebrar con sus coristas los sacrificios por su triunfo.
- Mucho tiempo hace, según eso. Pero, ¿quién te lo contó entonces? ¿Fue el mismo Sócrates?
- No, por Zeus, sino el mismo que a Fénix: uno llamado Aristodemo de Cidateneo, bajito, y que iba siempre descalzo. Había estado en la reunión, y creo que era uno de los que más amaban a Sócrates entre todos los de su tiempo. Pero también pregunté luego a Sócrates sobre algunas cosas que aquél me dijo y estuvo de acuerdo con lo que me había referido Aristodemo-
- ¿Y por qué no me lo cuentas? – me dijo –. El camino que hemos de andar hasta la ciudad es muy a propósito para ello.

Echamos a andar y fuimos hablando de ello por el camino, de modo que, como os dije al principio, sé de memoria el asunto. Si queréis, pues, que también os lo cuentea vosotros, lo haré con gusto. Cuando hablo de filosofía u oigo hablar de ella a los demás, no sólo encuentro provecho, sino que hasta siento placer. Cuando oigo, en cambio, conversaciones de otro género, sobre todo las de vosotros, los ricos y hombres de negocios, siento disgusto y os compadezco, porque pensáis, amigos míos, que hacéis algo de bueno y no hacéis nada. Vosotros también, acaso, pensaréis que yo soy un desdichado, en lo cual me parece que tenéis razón. Pero yo no sólo lo pienso de vosotros, sino que, además, estoy seguro de ello.

UN AMIGO DE APOLODORO – Eres siempre el mismo, Apolodoro. Hablas tristemente de ti, de los demás, y ya sospecho que tienes por desgraciados a todos los hombres, empezando por ti; absolutamente a todos menos a Sócrates. Has adquirido esa fama de maníaco no sé por qué; pero lo cierto es que siempre eres así en tus discursos. Tratas agriamente a todos, igual a ti que a los demás. Salvo, siempre, a Sócrates.

APOLODORO – Cierto, amigo mío. Pensando así de mí mismo y de los otros, desvarío y estoy loco.

UN AMIGO DE APOLODORO – Bien; no disputemos ahora por ello y haz el favor de contarnos cómo fueron los discursos que te hemos pedido.

APOLODORO – Pues fueron, poco más o menos, así. Pero procuraré contároslo todo desde el principio, tal como Aristodemo lo refirió. Fue de este modo:

ESCENA PRIMERA

Una calle de Atenas

SÓCRATES y ARISTODEMO

SÓCRATES aparece por un lado, limpio y arreglado, como el que acaba de tomar un baño, y calzado con sandalias, contra su costumbre. ARISTODEMO le sale al encuentro.

ARISTODEMO - ¿Dónde vas tan engalanado, Sócrates?

SÓCRATES – Voy a cenar a casa de Agatón. No quise ir ayer a la fiesta de los sacrificios en celebración de su triunfo, temiendo a la gente; pero le prometí que asistiría hoy a la cena. Me he engalanado por eso, para ir elegante a casa del elegante. Y tú, ¿estás dispuesto a venir aunque no te hayan invitado?

ARISTODEMO – Si tú lo mandas.

SÓCRATES – Pues vente, para que no sea cierto el proverbio y le cambiemos diciendo: al convite de los buenos van los buenos, aun sin ser convidados.

Por cierto que Homero no echó por tierra el proverbio, sino que lo despreció. En su poema, después de presentarnos a Agamenón distinguido y esforzado en los combates, y a Menelao flojo y mal guerrero, cuando Agamenón celebra un banquete después de un sacrificio, hace que Menelao vaya a la cena sin ser invitado. Es decir, sienta a un cobarde a la mesa de un valiente.

ARISTODEMO – Quizá me exponga a no ser como tú dices, sino como dice Homero, y siendo un ignorante vaya al convite de un sabio sin ser invitado. Pero tú me llevas y me disculparás, ¿no es eso? Porque yo no digo que voy sin ser llamado, sino convidado por ti.

SÓCRATES – Ya que vamos juntos, antes de llegar veremos lo que hemos de decir. Vamos.

Salen ambos. SÓCRATES, embebido en sus propios pensamientos, se queda un poco atrás. ARISTODEMO se detiene aguardándole y SÓCRATES le hace un signo indicándole que siga. ARISTODEMO marcha y SÓCRATES va tras él lentamente.

ESCENA SEGUNDA

Otra calle de Atenas

ARISTODEMO aparece por un lado y llega hasta la casa donde vive AGATÓN, cuya puerta de par en par permite ver el ir y venir de algunos esclavos y criados. Unos de estos, al notar la presencia de ARISTODEMO sale a su encuentro y le conduce al interior de la casa, donde se nota bastante animación y movimiento.

ESCENA TERCERA

Cenáculo de Agatón

ARISTODEMO, AGATÓN, FEDRO, PAUSANIAS, ERIXÍMACO, ARISTÓFANES,
CRIADOS, ESCLAVOS, UNA FLAUTISTA y luego SÓCRATES.

AGATÓN – A tiempo llegas, Aristodemo, para que cenes con nosotros; pero si te trae otra cosa, déjalo para mejor ocasión. Ayer estuve buscándote, por cierto, para convidarte y no te pude hallar.

Pero, ¿no viene contigo Sócrates?

ARISTODEMO – (Vuelve la cabeza a varios lados buscando al maestro, y no encontrándolo se extraña.) Sí...no. Ha venido conmigo mismo...¡Si he sido invitado precisamente por él a la cena!

AGATÓN – Has hecho bien; pero, ¿dónde está?

ARISTODEMO – Es el caso que venía hace un momento detrás de mí. Me extraña. No sé dónde podrá estar.

AGATÓN – (A un esclavo) Busca a Sócrates y hazle entrar. Tú, Aristodemo, siéntate ahí, junto a Erixímaco.

Un esclavo entra con los adminículos necesarios y lava los pies a ARISTODEMO.

UN ESCLAVO – Sócrates se ha metido en una habitación inmediata y no quiere venir.

AGATÓN – Qué cosas más raras dices. Anda, llámale, y no le dejes hasta que venga.

ARISTODEMO – (Interrumpiendo) Dejadlo, tiene esa costumbre. A veces se queda en cualquier sitio, donde le ocurre, y se detiene un momento. Pero vendrá enseguida. No le molestéis. Vendrá.

AGATÓN – Bien; dejadlo. Si lo crees así...

Pero vosotros, muchachos, servid la comida a los demás. Poned en la mesa lo que queráis, puesto que nadie os dirige ni yo lo he hecho nunca. Haced cuenta que yo, y todos, hemos sido invitados a cenar por vosotros, y cuidad de que todo esté con esmero, para que os prodiguemos nuestras alabanzas.

Los invitados se acomodan en los triclinios y los esclavos empiezan a servir. AGATÓN llama a un esclavo y le da un recado. ARISTODEMO interviene y el criado no sale de la estancia.

Los esclavos sirven los platos. AGATÓN vuelve a llamar a otro esclavo. ARISTODEMO hace signos negativos.

Los comensales comen y charlan.

Ya promediada la cena, aparece SÓCRATES.

AGATÓN – (Levantándose y acercándose al recién venido) Sócrates, ven y siéntate a mi lado, para que se me pegue algo de tu meditación en el vestíbulo. Indudablemente has encontrado lo que buscabas y lo tienes ya, porque de otro modo no hubieras venido aún.

SÓCRATES – (Sentándose al lado de Agatón) Bueno sería, Agatón, que la sabiduría fuera de tal naturaleza que por el simple contacto de unos con otros corriese desde el más lleno al más vacío, como el agua entre dos copas por una cinta de lana.

Si fuera así la sabiduría, tendría en mucho estar sentado junto a ti, porque imagino que habría de verme lleno de la abundante y clarísima sabiduría que posees.

La mía es de poco valor. Muy dudosa. Es como un ensueño; mientras que la tuya, magnífica y esplendorosa ya desde tu juventud, ha brillado anteayer, haciéndose ilustre ante más de treinta mil helenos.

AGATÓN – Burlón estás, Sócrates; pero ya veremos eso más despacio los dos luego, sirviéndonos Dionisios de juez. Pero ahora, cena.

SÓCRATES se acomoda mejor al lado de AGATÓN; cena como los demás; los concurrentes efectúan las libaciones; entonan los himnos a Zeus y beben finalmente.

PAUSANIAS – Veamos, amigos míos, de qué modo hemos de beber sin que nos haga daño. Yo, lo confieso francamente, me encuentro molesto por lo mucho que bebimos ayer, y necesito un poco de descanso. Creo que a vosotros os pasa lo mismo, porque también asististeis ayer; de manera que veamos cómo podremos beber sin inconveniente.

ARISTÓFANES – Dices bien, Pausanias; hemos de procurar moderarnos, porque yo también soy de los que ayer bebieron con exceso.

ERIXÍMACO – Perfectamente; pero falta consultar el parecer de uno. ¿Cómo te encuentras, Agatón?

AGATÓN – Lo mismo que vosotros.

ERIXÍMACO – Tanto mejor para Aristodemo, para Fedro y para los demás si vosotros os dais por vencidos, siendo tan valientes, porque nosotros somos siempre ruines bebedores. No hablo de Sócrates, que bebe siempre lo que le place y no le importa lo que proponemos. Así, ya que no hay nadie con deseos de excederse, seré menos importuno si os digo unas cuantas verdades sobre la embriaguez. Mi experiencia de médico me ha probado perfectamente que es funesto para el hombre el exceso de la bebida. Evitaré siempre este exceso en cuanto pueda y jamás lo aconsejaré a los demás... sobre todo cuando su cabeza está aún mareada por la orgía de la víspera.

FEDRO – Yo acostumbro a suscribir tu opinión sobre todo lo que se refiera a medicina; y en este momento también los demás, si bien lo reflexionan.

Después de estas palabras todos convienen en que se debe beber, asintiendo a las palabras de FEDRO , no para embriagarse, sino para gozar del vino.

ERIXÍMACO – Convenido en que cada uno beba cuanto quiera, no se obligue a ninguno; pero propongo, además, que se despida a la joven flautista que hace poco entró, y que toque para sí o, si lo prefiere, para las mujeres que están allá dentro. Nosotros charlaremos, y si queréis indicaré sobre qué asunto hemos de hablar.

UNOS INVITADOS – Sí,sí.

OTROS INVITADOS – Di el tema.

ERIXÍMACO – Comenzaré por este verso de *La Melanipa*: “Lo que voy a decir no es cosa mía” es de Fedro.

Fedro me dice muchas veces: ¿No es curioso que los poetas hayan dedicado himnos y canciones a todos los dioses menos al Amor, siendo tan grande y excelente dios? En las obras de los sofistas de más mérito, como en las del doctísimo Pródico, se ven elogios de Heracles y de otros. Es más: he encontrado un libro de un hombre sabio, en el que se hacen grandes alabanzas a la sal por la utilidad que suministra. Y por este estilo podría citar la celebración y elogio de muchas cosas de este género.

Fedro creo que tiene razón al decir que muchos han puesto gran cuidado en ocuparse en esos asuntos y que ninguno se ha atrevido a celebrar dignamente el Amor, dejándolo en el olvido. Deseo pagarle por eso mi tributo, y me parece que los que estamos reunidos aquí podemos honrar al postergado dios. Si os parece a vosotros lo mismo, éste puede ser el tema de nuestra conversación. Cada uno debe pronunciar, lo mejor que pueda, un elogio al Amor, comenzando de izquierda a derecha, debiendo empezar Fedro, puesto que está sentado el primero y es también el autor de esta idea.

SÓCRATES – Ninguno, Erixímaco, votará en contra. Yo, que hago gala de saber las cosas sólo por amor, no podré oponerme a ello. Agatón y Pausanias no renunciarán a ello, y Aristófanes, que tiene a Dionisios y a Afrodita por toda ocupación, tampoco, así como ninguno de los presentes

Pero no es la cosa igual para los que estamos sentados los últimos. Sin embargo, nos daremos por satisfechos si los que están delante hablan bien y cuanto el asunto ofrece. Comience Fedro en buen hora y elogie al Amor.

Asienten los asistentes y tras un breve silencio empieza Fedro.

FEDRO - Gran dios es el Amor y digno de admiración, así entre los hombres como entre las divinidades, por muchos y diversos motivos; pero, sobre todo, por su origen, porque es el más antiguo de los dioses. Tanto, que no tiene padre ni madre, ni hay nadie que se los dé. Hesiodo dice que primeramente existió el Caos, después apareció la Tierra con su seno inmenso, base eterna e inquebrantable de todas las cosas...y el Amor. De modo que, según el poeta, al Caos suceden la Tierra y el Amor. Parménides ha dicho que el Amor fué el primer dios concebido. Acusilao ha seguido la opinión de Hesiodo. Hay, pues, como un acuerdo en que el Amor es el más antiguo de los dioses.

También es de todos ellos el que hace más bien a los hombres. No conozco ninguna dicha mayor para un joven que tener un amante virtuoso, ni para un amante que amar un objeto virtuoso. Ni el nacimiento, ni los honores, ni las riquezas pueden inspirar al hombre como el Amor lo que necesita para vivir honradamente: la vergüenza del mal y la emulación del bien, sin cuyas cosas es imposible que un hombre o un Estado hagan jamás nada bello y grande. Así me atrevo a decirlo; un hombre que ama, si ha cometido una mala acción o no ha rechazado un ultraje, tiene más vergüenza de presentarse ante su amado que ante su padre, sus parientes o cualquier otra persona. Y lo mismo le sucede al amado, que jamás se presenta más confundido ante el amante como al cogerle en una falta.

Un Estado o un ejército que por arte de encantamiento se compusiera de amantes y amados, llevaría como ninguno hasta sus límites el horror al vicio y la emulación por la virtud. Los hombres, unidos por un vínculo semejante, aunque fuesen pocos podrían vencer al mundo entero. Porque si hay alguien de quien un amante no quiere ser visto desertado de filas o tirando las armas, es de quien ama. Un amante preferiría morir mil veces antes que abandonar a su amada viéndola en peligro y sin prestarla auxilio.

No hay hombre tan cobarde a quien el Amor no haga valiente y transforme en héroe.

Lo que dice Homero que inspiran los dioses audacias a ciertos hombres de guerra, puede decirse con más razón del Amor mismo que de todos los seres divinos.

Sólo los amantes saben morir el uno por el otro.

No sólo los hombres, sino las mujeres también, han dado su vida por salvar a los que amaban. Un hermoso ejemplo lo ofrece Alceste, hija de Pelías, queriendo morir por su esposo, aunque éste tenía padre y madre.

El amor del amante sobrepujo tanto a la amistad por sus padres, que los declaró, por decirlo así, personas extrañas respecto de su hijo y como si fuesen parientes sólo de nombre. Se han realizado en el mundo muchas acciones magníficas; pero es muy reducido el número de los que han recatado del Infierno a los que han entrado en él. Sin embargo, la de Alceste ha parecido tan hermosa a los ojos de los hombres y de los dioses, que admirados éstos de su valor, la volvieron a la vida. ¡Tan cierto es que el Amor noble y generoso se hace estimar de los mismos dioses!

Orfeo, hijo de Eagro, no fue tratado así, sino arrojado al Infierno, sin acceder a su petición. En lugar de devolverle su mujer, que andaba buscando, le presentaron un fantasma, una sombra de ella, porque como buen músico le faltó valor para morir por el ser amado. Lejos de imitar a Alceste se las ingenió para bajar vivo a los Infiernos, por lo que, indignados los dioses, castigaron su cobardía haciéndole morir a manos de las mujeres. En cambio honraron a Aquiles, hijo de Tetis, y les recompensaron, enviándole a las Islas de los Bienaventurados, porque habiéndole predicho su madre que si mataba a Héctor moriría en el acto, y que si no volvería a la casa paterna, donde moriría cargado de años, Aquiles, sin dudar, prefirió la venganza de Patrodo a su propia vida, y quiso, no sólo morir por su amigo, sino también sobre su cadáver. Y los dioses le honraron más que a todos los demás hombres, mereciendo su admiración por el sacrificio que hizo en obsequio de la persona que le amaba.

Esquilo se burla de nosotros cuando dice que el amado era Patrodo. Aquiles era más hermoso no sólo que éste, sino que todos los demás héroes. No tenía bozo aún y era mucho más joven, como dice Homero.

Verdaderamente, si los dioses aprueban lo que se hace por la persona que se ama, más estiman, admiran y recompensan lo que se hace por la persona de quien uno es amado. El que ama tiene, en efecto, algo más de divino que el que es amado, porque en su alma existe un dios. De ahí que haya sido tratado mejor Aquiles que Alceste, en las Islas de los Bienaventurados, después de su muerte.

Concluyo que de todos los dioses el Amor es el más antiguo, el más augusto y el más capaz de hacer al hombre feliz y virtuoso en la vida y después de la muerte.

PAUSANIAS – (Tras un silencio) No me parece bien, Fedro, la proposición que has hecho de que celebremos sencillamente al Amor. Hubiera sido justa, si no hubiera más que un Amor; pero ese dios... no es uno, y como no es uno habría estado más en razón que nos hubieras dicho, desde luego, qué Amor teníamos que elogiar.

Procuraré, pues, reparar esa falta tuya indicando primeramente qué Amor es el que debe elogiarse y haré luego un panegírico digno de ese dios.

Todos sabemos que Afrodita va siempre acompañada del Amor. De modo que si Afrodita es una, el Amor también debe ser uno, y puesto que hay dos Afroditas, fatalmente debe haber también dos Amores. ¿Y quién puede dudar que existen dos Afroditas? Una, la mayor, hija de Uranos y sin madre, la llamamos Afrodita Celeste (Urania); otra, la más joven, hija de Zeus y de Diane, es la llamada Afrodita simplemente, la Afrodita vulgar. Existiendo ambas diosas, deben tener dos auxiliares, y es justo llamar así: al uno, Amor celeste, y al otro, Amor sólo o Amor vulgar. Mas como es conveniente que elogiemos a todos los dioses, procuraré exponeros el destino de cada uno de los Amores.

Toda acción, como obra, en sí no es buena ni mala. Lo que estamos haciendo ahora: beber, cantar, conversar no es bueno ni malo por sí, pero cualquier acción puede serlo por la manera como se cumpla. Resulta buena si se hace con belleza y justicia; es mala si se efectúa con iniquidad. Eso mismo ocurre al amar. Todo Amor no es por sí loable y bello, sino bello el que nos lleva a amar con belleza. El Amor de la Afrodita corriente es un amor verdaderamente vulgar, no para inspirar otra cosa que acciones sin importancia: es el Amor que experimentan los hombres corrientes, por el que se parecen de buenas a primeras, así de las mujeres como de los jóvenes; es el que prescindiendo del alma se fija sólo en el cuerpo, por el que se atiende sólo a gozar, y no a vivir o no

vivir en belleza; el que les convierte en las más estúpidas criaturas. Los que se entregan al azar en sus relaciones, lo mismo les da lo bueno que lo malo. Su amor procede, efectivamente, más que de la diosa mayor, de la joven, de la Afrodita vulgar en cuya generación participaron un macho y una hembra. La Afrodita celeste no procede de mujer, ha nacido sólo de hombre, y el amor que sugiere no se enamora más que de los jóvenes. Servidor de una diosa de más edad y exenta de arrebatos, ese Amor, habiendo de amar un sexo naturalmente más robusto e inteligente, lleva al macho a quien puede inspirarlos.

En el amor que tienen por los jóvenes es donde se reconoce a los que incita el Amor celeste. No buscan así los demasiado muchachos, sino aquellos cuya inteligencia comienza a desarrollarse; es decir, que ya les apunta el bozo.

Creo que los que se empeñan en ese Amor están dispuestos a quererse toda la vida, a pasarla en común, y de ningún modo a engañar al amante inexperto, que han seducido como un niño, ni a ponerle en ridículo y a dejarle para precipitarse en brazos de otro. Convendría que hubiera una ley que prohibiera amar a los muchachos demasiado jóvenes, para que no se perdieran tantos esfuerzos en obtener un resultado incierto; porque incierto es el fin en que el vicio o la virtud, la mente o el cuerpo orientaran la evolución de la infancia. Las personas prudentes se imponen a sí mismas esa ley, pero habría que obligar a ella a los amantes vulgares, así como les obligamos, en cuanto podemos, a que no amen a las mujeres de condición libre. Éstos son los que han deshonorado el Amor, hasta el punto de que algunos se hayan atrevido a decir que era vergonzoso dispensar favores a un amante. Hablan, sí, reparando sólo en esos amantes vulgares y viendo su proceder e injusticia con sus amados; pues, sin duda, todo lo que se hace honesta y legítimamente no puede censurarse de ningún modo.

No es difícil comprender, por lo demás, las leyes sobre el amor de otros países, porque son precisas y claras. Sólo las costumbres de Atenas y Lacedemonia necesitan explicación. En Elida, y entre los beocios poco hábiles en el arte de la palabra, se admite fácilmente que uno otorgue sus favores a un amante. Nadie, joven ni viejo, lo encuentra vergonzoso. Y es preciso creer que en esos países está autorizada esa costumbre de allanar las dificultades y no tener que seducir a los amados por los artificios de la palabra de que son incapaces. En Jonia y en otras muchas partes donde se vive bajo el régimen de los bárbaros, semejante comercio se reputa infame. Y con la proscripción de este amor como cosa vergonzosa, se proscriben también entre los bárbaros la filosofía y la gimnasia; pues, según creo, de hecho no conviene a los que ejercen el mando que se forme entre los súbditos sentimientos elevados, amistades profundas y asociaciones,

todo lo cual, y otras muchas cosas, sabe infundirlo el Amor. Por experiencia aprendieron esto nuestros gobernantes; porque el amor de Aristogiton y la firme amistad de Harmodio destruyeron su poder. Así es donde se ha establecido que es vergonzoso otorgar favores a los amantes, se ha hecho por maldad de los que hicieron las leyes; esto es, por ambición de los que mandan y por falta de energía varonil en los súbditos; y en donde el uso corriente lo autoriza como bueno, se ha hecho por excesiva indolencia de los legisladores.

Entre nosotros, la legislación amorosa está sabiamente ordenada; pero, como he dicho, nuestras costumbres no son fáciles de comprender. Reflexionando se ve que admitimos mejor el amor públicamente que en secreto, y que es preferible enamorarse de los más nobles y virtuosos, aunque sean a veces menos bellos. Es sorprendente cómo se interesa todo el mundo por el triunfo del hombre que ama; se le anima, lo que no se haría si no se tuviese por cosa buena. Se le aprecia cuando ha triunfado y se le desprecia si no ha conseguido el triunfo. La costumbre permite al amante emplear medios mágicos para llegar a su objeto, y perdería la estimación de los sabios si se sirviese de ellos para otra cosa que no fuera hacerse amar. Porque si un hombre, con el fin de enriquecerse o de obtener un empleo o crearse una posición, se atreviera a tener por alguno la menor de las complacencias que tiene un amante para el que ama; si emplease las súplicas, si se valiese de las lágrimas y los ruegos, si hiciese juramento, si durmiese en el umbral de su puerta, si se rebajase a bajezas que un esclavo se avergonzaría hacer, ninguno de sus enemigos o amigos dejaría que se envileciera hasta ese extremo. Unos le echarían en cara su adulación y esclavitud; otros, ruborizados, procurarían corregirlo. Y todo esto, sin embargo, sienta maravillosamente a un hombre que ama. No sólo se admiten sus bajezas sin tenerlas por deshonorosas, sino que se le mira como un exacto cumplido de su deber; y lo curioso es que se quiere que los amantes sean los únicos perjuros que los dioses dejen de castigar, porque se dice que los juramentos de amor no obligan. Así, pues, los hombres y los dioses aseguran a los amantes una plena libertad, libertad que nuestras leyes locales consagran, estando todos persuadidos de que amar y prendarse de los que aman es seguir un uso bueno y corriente.

Mas viendo también, por otra parte, a los padres imponer ayos a sus hijos para impedir que hablen con los amados; a los amigos y compañeros insultar a esos jóvenes favoritos cuando les sorprenden en tales coloquios, y a los ancianos, no queriendo oponerse a esos insultos y al castigo de sus autores, ¿no se dirá, considerando esas costumbres, que nuestra ciudad mira como una vergüenza amar a los muchachos y ser amados de ellos? Semejante paradoja la resuelvo así: No es el amor una cosa sencilla. Como he

dicho ya, las acciones no son, en sí, bellas ni feas; son bellas, si se hacen en vista de lo bello; feas, si es lo feo quien las provoca. Así, es feo otorgar bajamente sus favores a un ser inferior, y es bello ofrecerlos bellamente al amor de un ser bello. Un ser bajo es para mí un amante vulgar que, más que del alma, está enamorado de la carne. Semejante amador no puede ser constante porque no ama nada constante, y así, en cuanto la flor de la carne se marchita, cesa de amar, vuela a otros amores y falta a su palabra y a sus promesas. El enamorado de un alma bella permanece, en cambio, fiel durante toda su vida, porque ama una cosa permanente. Nuestras costumbres quieren que se examine al bien y lo bello antes de decidirse, que se busque el agradar a los unos y evitar a los otros, y se nos exhorta por eso a buscar a unos y a escapar de otros, según se discierne y comprueba qué clase de amor siente el que ama y el que es amado. Convenimos así, desde luego, que es indigno el entregarse en seguida, y que no lo es ceder al tiempo debido para entregarse de lleno. Es vergonzoso también entregarse a los ricos y a los poderosos, sea por temor o debilidad, ya por conseguir riquezas o situaciones políticas envidiables, porque tales razones para amar no tienen un fundamento sólido ni bastante duradero para engendrar un afecto generoso. Sólo resta un motivo por el que en nuestras costumbres se puede decentemente favorecer a un amante; porque así como la servidumbre voluntaria de una amante hacía el objeto de su amor no se tiene por adulación, ni puede echársele en cara tal cosa, en igual forma hay otra suerte de servidumbre voluntaria que no puede reprenderse nunca, porque la escoge el hombre en vista de la virtud. Entre nosotros se admite de que si uno se somete a servir a otro con la esperanza de perfeccionarse es una ciencia o en cualquier virtud, semejante servidumbre no es vergonzosa ni se considera como adulación.

Es preciso tratar al Amor como a la filosofía y a la virtud, y que sus leyes tiendan al mismo fin, si se quiere que sea honesto favorecer a aquel que nos ama; porque si el amante y el amado se aman mutuamente bajo una ley: que el amante, en reconocimiento de los favores recibidos, esté dispuesto a hacerle al que ama todos los servicios que la equidad le permita; y que el amado, a su vez, en recompensa de los cuidados de su amante para hacerle sabio y virtuoso, tenga con él todas las consideraciones debidas. Si el amante es verdaderamente capaz de dar ciencia y virtud al que ama y éste tiene verdadero deseo de adquirir instrucción y sabiduría; si todas estas condiciones se verifican, entonces sólo es decoroso conceder sus favores al que nos ama. El amor no puede permitirse por ninguna otra razón, y entonces no es vergonzoso verse engañado. En cualquier otro caso sí lo es, pues si con la esperanza de utilidad o de ganancia se entrega uno a un amante que se creía rico, que después resulta pobre, y que no puede cumplir su palabra, no es menos indigno, poniéndose en

evidencia, demostrando que por el interés se arroja a todo, lo que no tiene nada de bello. Por el contrario, si después de haber favorecido a un amante que se le creía hombre de bien, y con la esperanza de hacerle uno mejor por medio de su amistad, llega a resultar que no es tal y carece de virtud, no es deshonoroso verse uno, en este caso, engañado; porque ha mostrado el fondo de su corazón y puesto en evidencia que por la virtud, y con la esperanza de llegar a una mayor perfección, es uno capaz de emprenderlo todo; nada más glorioso que este pensamiento.

Es bello amar cuando la causa es la virtud. Ese amor es de la Afrodita celeste, y celeste por sí mismo es útil a los particulares y a las ciudades, puesto que obliga al amante y al amado a esforzarse en hacerse mutuamente virtuosos.

Todos los demás amores pertenecen a la Afrodita corriente. He aquí, Fedro, todo lo que puedo decir así, improvisadamente, sobre el Amor.

Hace PAUSANIAS una señalada pausa. ARISTÓFANES se inclina sobre la mesa para hablar, pero se detiene y dirígese a ERIXÍMACO.

ARISTÓFANES – Es preciso, Erixímaco, que me libres de este hipo o que hables en mi lugar hasta que haya cesado.

ERIXÍMACO – Haré ambas cosas. Hablaré en tu lugar, y cuando estés bien lo harás tú en el mío. Mientras, procura contener el aliento y cesará el hipo. Si continúa, gargariza con agua, y si persiste, pellízcate la nariz, y estornudando te lo quitarás.

ARISTÓFANES – Adelante. Habla, que te obedezco.

ERIXÍMACO – Ha comenzado muy bellamente su discurso Pausanias; pero no acabándolo como era debido, trataré de completarlo a mi manera.

La distinción que ha establecido entre los dos Amores me parece bien hecha. Pero, gracias a la medicina, que es mi arte, creo haber descubierto que el Amor no reside sólo en el alma de los hombres para llevarlos hacia los más bellos entre sí, sino que reside también, para otros fines, en muchas cosas, como en el cuerpo de los animales, en todo lo que puebla la tierra y en todos los seres, pues por su brillo en todas las obras divinas y humanas he podido reconocer la grandeza y las maravillas de este dios. Comenzaré a demostrarlo por medio de la medicina para honrar también mi arte.

La naturaleza de los cuerpos contiene los dos Amores. En efecto, el estado de salud y el de enfermedad son, indiscutiblemente, dos estados diferentes y desemejantes, y lo contrario ama y desea lo contrario. Además del amor que reside en el cuerpo sano hay el amor que vive en un cuerpo enfermo. El precepto que Pausanias acaba de enunciar:

que es honesto conceder los favores a los hombres buenos y vergonzoso el entregarse a los perversos, es un precepto aplicable también al cuerpo. Bueno y necesario es complacer cuanto hay de robusto y sano en cada organismo. En cambio, es vergonzoso favorecer lo que hay de malo y mórbido en él, no habiendo de tenerse complacencia alguna para tales principios si uno quiere ser un médico experto. La medicina, definiéndola brevemente, puede decirse que es la ciencia de los amores de los cuerpos en lo que afecta a la plenitud y a la evacuación. El médico más hábil es el que sabe diagnosticar mejor, si para tales fines tal amor es bueno o tal amor es malo. El que sabe trocar esos amores, cambiarlos uno por otro e infundir en el cuerpo donde no existe el amor que debe existir y expeler el que hay, ese es el más perito en el arte, pues sabe provocar la amistad entre los elementos más enemigos e inspirar a todos un mutuo amor.

Los elementos más enemigos entre sí son los más contrarios: el frío y el calor, lo amargo y lo dulce, lo seco y lo húmedo, y toda otra cosa semejante. Por haber sabido introducir el amor y la concordia entre todos esos contrarios es por lo que nuestro antecesor Esculapio, según dicen los poetas y yo mismo creo, instituyó nuestro arte. Toda la medicina, me atrevo a decir, está gobernada por este dios, que preside también la gimnasia y la agricultura. Y a poco que nos fijemos, se ve que en el mismo caso está la música, siendo eso lo que Heráclito, quizá sin expresarlo con claridad, quiso decir, indicando que la unidad, oponiéndose a sí misma, se acuerda consigo como la armonía de un arco o de una lira. Heráclito habría proferido un gran absurdo si hubiera querido sostener que la armonía es una oposición o que resulta de elementos simultáneamente opuestos. Tal vez quiso decir, más bien, que la armonía procede de elementos primeramente opuestos, como lo grave y lo agudo, acordada después por el arte músico. De lo grave y lo agudo, mientras se hallen entre sí desacordes, no puede surgir la armonía. En efecto, la armonía es una consonancia y la consonancia, un acuerdo; y un acuerdo de cosas discordes, mientras lo son, es imposible. Lo que discorda y no se pone en consonancia es imposible que armonice. Igualmente las largas y las breves, primero en desacuerdo, acordándose después han originado el ritmo. Y el acuerdo entre todos esos contrarios es aquí la música quien lo establece, engendrando entre ellos el amor y la concordia.

La música puede definirse así, como la ciencia de los amores entre la armonía y el ritmo. En la constitución de ellos no es difícil encontrar el Amor. No se encuentran en ambos las dos clases de amores; pero cuando se trata de valerse del ritmo y de la armonía para crear, lo que se llama composición musical, o de usar acertadamente de las melodías y cadencias ya creadas, lo que constituye la instrucción música, entonces ya

es difícil y hay necesidad de un artista excelente. Y aquí surge otra vez la doctrina anterior de que es preciso corresponder a los hombres virtuosos y conservar hacia los que tratan de serlo el amor honesto, el amor celeste, el amor de la musa Urania. En cuanto al amor vulgar que inspira Polymnia, conviene comportarse con él con cautela y de tal modo, que el placer que proporcione no produzca ningún desarreglo. En el arte médico constituye una gran dificultad el usar discretamente de los manjares delicados, de modo que se disfrute del placer sin daño para la salud. En la música, en la medicina y en todas las cosas divinas y humanas, debemos distinguir cuidadosamente uno y otro amor, porque los dos están en todo.

En la misma constitución de las estaciones del año existen estos dos amores; porque cuando los elementos de que antes hablaba, el calor y el frío, la sequedad y la humedad, se unen en mutuo y moderado amor, guardan entre sí armonía, y nace una temperatura media, traen consigo un año fértil, la salud para los hombres, para los animales, para las plantas, y a nada dañan. Pero cuando el amor intemperante domina con violencia en las estaciones del año, destruye y daña muchas cosas. De ahí las pestes y tantas y tan diversas enfermedades en los animales y en las plantas.

Las escarchas, el granizo, la nequilla en las mieses nacen del predominio y desarreglo que reina en los amores de unos elementos sobre otros, y la ciencia que trata de estos amores, en lo que se refiere al movimiento de los astros y a las estaciones, se llama Astronomía.

Además, todo el arte de los sacrificios, los ritos adivinatorios (ritos y artes que ponen a los hombres en relación con los dioses), no tienen más objeto que conservar el amor bueno y conjurar el malo. Toda impiedad, en efecto, nace de que uno no quiere agrandar al amor ordenado, sino de aplicarnos a honrar, favorecer y reverenciar al desordenado, ya en las relaciones que afectan a nuestros padres vivos o difuntos, ya a los dioses mismos. Está encomendado al arte adivinatorio vigilar y cuidar estos dos amores, y producir, además, la amistad entre los dioses y los hombres por conocer lo que en las indicaciones humanas tiende a la justicia o a la impiedad. Así, pues, el Amor tiene un múltiple, un considerable, un universal poder. Pero el amor que, mediante la moderación y la justicia, cumple el bien, así en cuanto a los hombres como en cuanto a los dioses, tiene ese poder en mayor grado, nos procura la felicidad suprema y hace que podamos tatar unos con otros y con los dioses, que están por encima de todo. Quizá yo también, al elogiar al Amor, haya omitido muchas cosas; pero no habrá sido voluntariamente. Si he olvidado algo, es deber tuyo, Aristófanes, llenar ese vacío; y si piensas elogiarlo de otra manera, hazlo, puesto que ha cesado el hipo.

ARISTÓFANES. – Ha cesado, en efecto, así que he estornudado, y en verdad me maravillo de que hayan sido necesarios un ruido y un cosquilleo como estos para restablecer *el orden en la armonía del cuerpo*, pues en cuanto empecé a estornudar, cesó el hipo.

ERIXÍMACO. – Mira bien, querido Aristófanes, lo que dices. Empiezas ya burlándote, y me obligas, pudiendo hacerlo de otro modo, a escuchar atentamente por si dices algo ridículo.

ARISTÓFANES (*Riendo*). – Tienes razón, Erixímaco; ten mis palabras por no dichas, y no estés en acecho de las que sigan, porque me temo, no decir algo que haga reír – lo que me sería fácil y es natural de mi musa -, sino decir algo que me sea ridículo.

ERIXÍMACO. - ¿Después de lanzar el dardo quieres escapar? Piensa bien lo que vas a decir, y habla como quien ha de dar cuenta de sus palabras. Tal vez así podré dejarte en paz.

ARISTÓFANES. – Bien, Erixímaco, tengo intención de tratar este asunto de distinta manera que tú y Pausianas lo habéis hecho.

Creo que, hasta ahora, los hombres han desconocido de todo punto el poder del Amor, pues de haberlo conocido le hubieran erigido magníficos templos y altares y ofrendado soberbios sacrificios, lo que ahora miso no se hace, debiendo hacerse mejor que con cualquier otro. Y sin embargo, el Amor es el más humanitario de todos los dioses, el protector de los hombres y el médico salvador de todos los males, que una vez vencidos darían a la Humanidad la felicidad suprema. Trataré de explicaros cuál es su poder, y vosotros lo explicaréis luego a los demás. Pero antes de empezar conviene que conozcáis la naturaleza humana y los cambios que ha sufrido.

La naturaleza humana en otro tiempo fue muy distinta de lo que es hoy. La Humanidad se dividía en tres géneros, y no en dos sexos, como vemos. Al lado de los sexos masculino y femenino había un tercer sexo compuesto de ambos, sexo que ha desaparecido, pero cuyo nombre subsiste. Era el andrógino, llamado así porque participaba de uno y otro a la vez. En segundo lugar, el cuerpo de esos hombres era cilíndrico, con la espalda y los costados en forma circular. Tenían cuatro manos y otras tantas piernas, y sobre un cuello también redondo, dos caras semejantes en todo, y una sola cabeza, con las dos caras que miraban en direcciones opuestas; cuatro oídos, dobles los órganos de la generación, y todo lo demás, como puede imaginarse, del mismo modo. Marchaban también en posición recta, como ahora, sin tener que volverse hacia cualquier dirección que quisieran ir. Cuando querían andar más de prisa, se

apoyaban sobre sus ocho miembros y caminaban con gran velocidad por un movimiento circular, a la manera de los que dan vueltas con la cabeza hacia abajo y las piernas arriba, moviéndose en círculo. La diferencia entre estas tres clases de hombres procedía de que el sexo masculino traía su origen del Sol; el femenino, de la Tierra, y el compuesto, de la Luna, porque la Luna participa a la vez del Sol y de la Tierra. Estos andróginos eran de figura circular, como su andar, por la semejanza con sus progenitores. Su robustez y su fuerza eran grandes, y sintiéndose arrogantes, trataron de luchar con los dioses, y lo que dice Homero de Efialtes y de Otos, que intentaron escalar el cielo para sobreponerse a los dioses, lo dice por aquéllos.

Zeus y los demás dioses deliberaron sobre lo que convenía hacer, y se hallaban perplejos; no querían matar ni hacer desaparecer a esos hombres, destruyéndolos con el rayo como a los gigantes, pues habrían cesado al mismo tiempo los sacrificios y los honores que les tributaban los hombres, ni podían dejarlos tampoco perseverar en tal insolencia. Por fin Zeus, después de meditación laboriosa, se expresó en estos términos:

«Creo tener el medio de dejar vivir a estos hombres haciéndolos cesar al mismo tiempo en su petulancia, debilitando sus fuerzas. Dividiré a cada uno en dos, y debilitados los individuos, duplicaré el número de servidores para nosotros. En adelante marcharán así sobre dos pies, y si persisten en su insolencia los dividiré de nuevo, de tal modo que tengan que andar sobre uno».

Y diciendo esto, dividió a los hombres en dos, como los que cortan una serba para guardarla en sal o parten un huevo con un pelo. Pero al paso que los iba dividiendo mandaba a Apolo que les curase el corte y les volviera la cara y mitad del cuello donde se había hecho la amputación, para que viendo la cortadura fuera el hombre menos osado. Apolo puso a la parte opuesta la cara de cada uno, estiró toda la piel hacia lo que se llama hoy vientre, y recogióndola como una bolsa atándola por la boca, quedó en ligadura, que es el ombligo. Aliso casi todas las arrugas de la piel, hizo las articulaciones del pecho sirviéndose de un lujador como el que usan los zapateros para asentar el cuero sobre la horma y dejó sólo algunas arrugas – las del vientre y el ombligo – para recuerdo perpetuo del castigo infligido.

Después de la división del hombre en dos, cada uno, echando de menos a su otra mitad, arrojábase en brazos de ella, permaneciendo firmemente enlazados, por el deseo de volver a la antigua unión, y morían de hambre y de inanición por no querer hacer nada uno sin otro. Cuando moría uno de ambos, el que quedaba pescaba a otro y se abrazaba a él, ya se encontrase con una mitad de un todo mujer, que es lo que ahora llamamos

mujer, ya con la de un todo hombre, y de este modo el género humano se iba extinguiendo.

Compadecido Zeus, ideó otro medio, y les puso delante los órganos de la generación, pues hasta entonces los andróginos los tenían atrás, engendrando y concibiendo, no el uno del otro, sino esparciendo en el suelo la semilla, como las cigarras. Zeus transportó, pues, los órganos de la generación, y ésta se efectuó entonces entre ellos por la penetración del macho en la hembra, a fin de que si en el abrazo se uniese un hombre con una mujer engendrasen y propagasen la especie, y si se uniese un varón con otro viniese la saciedad de estar unidos, y separándose volviesen al trabajo y a las atenciones de la vida. De ahí viene el mutuo e innato amor entre los hombres, que nos hace volver a nuestra naturaleza primitiva, tratando de hacer de dos seres uno y de restablecer la naturaleza humana.

Cada uno de nosotros es, por consiguiente, la mitad de un hombre, como la mitad cortada de un todo, a semejanza de un lenguado; y de uno que fuera se hizo dos. Por esto busca cada uno su propia mitad. Cuantos hombres son mitad amputada de aquel género común se llamaba andrógino, son amigos de mujeres, y la mayor parte de los adúlteros nace de este género; de él nacen también las mujeres apasionadas por los hombres y las adúlteras. Las mujeres que son mitades amputadas de un todo mujer no hacen caso absolutamente de los hombres, siendo más bien aficionadas a las mujeres, y de este género proviene las tribades. Los que son mitad de un todo varón buscan el sexo masculino, y mientras son niños, siendo algo así como pequeñas fracciones de un varón, aman a los hombres y se complacen con estar con ellos y permanecer abrazados; éstos son los mejores entre todos los jóvenes y adolescentes, porque son por naturaleza más varoniles. Se engañan, así, los que les acusan de impúdicos, porque no hacen esto por falta de pudor, sino por doble audacia, por fortaleza e índole varonil, porque aman lo que les es semejante. Una gran prueba de ello es ésta: en la edad adulta son los únicos que se dedican a los negocios públicos, y hechos hombres aman a los jóvenes y no son de suyo aficionados al matrimonio ni a tener hijos, si no son obligados por la ley. Bástales vivir unos con otros y en el celibato.

Un hombre de esta especie es muy amante de los jóvenes y afectuoso con sus amigos, apasionado siempre por lo que es semejante a él. Cuando un amante de los jóvenes o cualquiera otro se encuentra con el que es su propia mitad, ambos se sienten arrebatados por un transporte de afecto, de intimidad y de amor, y no quieren separarse el uno de otro ni un instante. Estos son los que se pasan la vida juntos, y no sabrían decir qué es lo que desean ambos recíprocamente. No es de creer que sea el goce de

la unión sexual lo que les lleve con tanto ardor a esa vida en común. Evidentemente sus almas desean otra cosa que ellos mismo no aciertan a explicarse y que más bien adivinan y conjeturan.

Si, por acaso, hallándose uno en brazos del otro apareciese Hephaisto con los instrumentos de su arte y les preguntase: «¿Qué es lo que queréis que se haga con vosotros dos recíprocamente?» Y no sabiendo ellos qué responder les preguntase de nuevo: «¿Deseáis, acaso, estar los dos juntos de esta misma manera el mayor tiempo posible, de modo que no os separéis ni de día ni de noche? Si esto es lo que queréis voy a fundiros en uno, de tal modo que vendréis a ser uno solo, viviendo una vida sola, y aun muertos, en el Hades, también seréis uno en vez de dos. Ved si esto es lo que deseáis, y si quedaréis satisfechos con lograrlo».

Estoy seguro que si oyesen hablar así a Hephaisto, ninguno rehusaría ni manifestaría querer otra cosa, creyendo oír exactamente lo que hace tiempo desean: unirse y confundirse con el ser amado hasta formar con él un ser único.

Todo ello se debe a que nuestra primitiva naturaleza era así, formando un todo completo. Lo que llamamos hoy amor no es sino el deseo y la prosecución de la unidad perdida. Antes, como he dicho, ya no éramos más que uno; pero después de nuestra caída fuimos separados por Zeus, como los arcadios por los lacedemonios. Y sería de temer que volviéramos a ofender a los dioses, porque entonces seríamos divididos de nuevo, partidos de perfil por la nariz, como las figuras que vemos grabadas en las estelas, lo mismo que las contraseñas de hospitalidad. Así, conviene que todo hombre exhorte a los demás a evitar ese castigo, sirviéndose para ellos del Amor para no hacerse odioso a los dioses. Reconciliémonos con ellos, hagámonos amigos suyos, y hallaremos y conseguiremos cada uno nuestra propia mitad. (lo cual consiguen pocos en estos tiempos.)

No me interrumpas, Erixímaco, para bromear sobre estas últimas palabras, viendo una alusión a Pausanias y a Agatón. Quizá ellos sean de los pocos que lo consiguen, y acaso sean mitades de todo un varón. Pero yo me refiero a todos, así hombres como mujeres, y digo que sería dichoso el linaje humano, si encontrando cada persona su propia mitad se uniera a ella para volver a su primer estado. Si volver a ese tiempo es lo mejor, lo que nos aproxime a ello lo sería también. Pero semejante perfección se adquiere por la posesión de un amante, según su alma.

Si debemos, pues, alabar al dios que proporciona todos esos bienes, loemos al Amor, que al presente nos sirve muchísimo, conduciéndonos al encuentro de nuestra propia mitad, y que para lo futuro nos ofrece, si guardamos a los dioses la veneración debida,

restablecer nuestra naturaleza primera, y cuidándonos de nuestros males, hacernos felices y dichosos.

Este es, Erixímaco, mi discurso sobre el Amor. Muy distinto del tuyo. Y ahora, como al principio, te ruego no te burles de él, a fin de que oigamos lo que dicen los demás; mejor dicho, Agatón y Sócrates que nos quieren hablar.

ERIXÍMACO - Accederé a tus deseos, porque tu discurso me ha encantado, y si no supiese que Sócrates y Agatón son muy sabios en materias de amor, temería que no tuvieses nada que decir, porque la verdad es que se han dicho hasta ahora muchas y muy variadas cosas. Sin embargo, no pierdo la esperanza.

SÓCRATES - Has luchado muy bien en el certamen, Erixímaco; pero si te encontraras en el caso en que estoy ahora, o mejor dicho, en el que estaré después que hable Agatón, lo temerías mucho más y te encontrarías en el mayor aprieto, como yo ahora.

AGATÓN - Quieres fascinarme, Sócrates, para que me turbe al pensar en la gran atención que ya me conceden estos espectadores.

SÓCRATES - No. Flaco de memoria sería yo, Agatón, si habiendo visto tu serenidad y atrevimiento al salir a la escena entre los cómicos, a presencia de un considerable público, al representar tus obras, pensase ahora que pudieras conturbarte por la presencia de unos cuantos hombres.

AGATÓN - ¿Qué dices? ¿Me imaginas de tal modo embriagado por los aplausos que llegue a olvidarme que para un hombre sensato algunos hombres instruidos no merecen más respeto que muchos que no lo son?

SÓCRATES - Sería injusto, Agatón, si sospechase que pudiera haber en ti algo vulgar. Sé muy bien que si te encontrases entre algunos a quienes tuvieses por más sabios, tendrías más en consideración su opinión que la del vulgo. Pero nosotros no somos de esos sabios y asistimos también al teatro y éramos de su vulgo. Encontrándote con otros sabios te avergonzarías delante de ellos si pensases hacer algo que fuese feo: ¿no es eso?

AGATÓN - Es verdad.

SÓCRATES - Y delante del vulgo, ¿no te avergonzarías también si pensases hacer alguna acción fea?

FEDRO (interrumpiendo) - Querido Agatón, si continúas respondiendo a Sócrates, nada te importará de lo que aquí pase, con tal que tenga con quién conversar, sobre todo si su interlocutor es bello.

Yo escucho con gusto, cómo no, la palabra de Sócrates; pero es necesario que me cuide del elogio del Amor y que escuche el discurso de cada uno de vosotros. Cuando hayáis pagado vuestro tributo al dios, podréis conversar cuánto queráis.

AGATÓN - Tienes razón, y nada impide que comience mi discurso, pues muchas otras ocasiones tendré para charlar con Sócrates.

Ante todo os expondré el plan de mi elogio y después lo haré.

Todos los que han hablado hasta aquí han celebrado la dicha de los hombres por los bienes que proporciona Amor, más que alabado al mismo dios. Ninguno ha dicho, tampoco, quién es este dios que otorga esos favores y beneficios. El único modo de hacer un verdadero elogio de cualquier asunto es indicar primeramente su naturaleza y decir luego los efectos que produce. Es justo, pues, que yo alabe al Amor, explicando lo que es, y enumere luego sus dones.

Afirmo que, aunque todos los dioses son felices, el Amor, si es lícito y no impío decirlo, es el más feliz de todos, por ser el más bello y el mejor de todos. Es el más bello, querido Fedro, porque es el más joven de los dioses. Una gran prueba de ello nos la ofrece él mismo, huyendo a todo correr de la vejez, que, veloz, llega a nosotros más pronto de lo que conviene. El Amor, por naturaleza, la aborrece, y ni a gran distancia se acerca a ella. Al contrario, siempre se halla entre jóvenes y con ellos vive, pues como dice muy bien el proverbio: "cada uno se acerca a su semejante".

Ahora bien; aunque estoy de acuerdo en muchas cosas con Fedro, no lo estoy en que el Amor sea más antiguo que Cronos y Japeto, y así afirmo que es el más joven de los dioses y que es siempre joven, y que los antiguos hechos que Parménides y Hesiodo cuentan, si es que pasaron, sucedieron bajo el imperio del Destino y no del Amor, pues de estar el Amor entre los dioses no hubiera habido mutilaciones, aprisionamientos ni otras violencias, sino paz y amistad como ahora, desde que el Amor reina entre los dioses. De modo que el Amor es joven y, por su juventud, delicado. Sería menester un poeta como Homero para demostrar la ternura de este dios. Homero dice que Até es divina y tierna; que "sus pies son delicados, y no posándolos sobre el duro suelo, sólo va pisando sobre las cabezas humanas", demostrando con una buena razón la ternura de la diosa, pues no anda sobre cuerpo duro, sino sobre el blando. De la misma razón me valdré yo para probar que es tierno el Amor. No anda sobre el suelo ni sobre las cabezas (que no son, a verdad, muy blandas), sino que anda y mora en lo que es más blando que todo: en el corazón; en el corazón y el alma de los dioses y hombres fija su asiento, y no en todas las almas indistintamente, porque si encuentra alguna de dura condición se aparta de ella, estableciéndose sólo en la que halla blanda. Pues el que toca siempre con los pies y con todo en lo más blando de las cosas que más blandas son, necesariamente ha de ser de la ternura más exquisita, y no sólo es joven y tierno, sino que además es sutil, porque no podría envolverlo todo ni penetrar en todas las almas, ocultándose al entrar y al salir, si no fuese sutil. De su bien proporcionada y esbelta figura es una buena prueba el gracioso continente que, por concesión de todos,

distingue al Amor; pues entre la fealdad y el amor hay perpetua guerra. La belleza de su color denota que vive habitualmente entre las flores, y en lo que de su propia flor carece o la tiene marchita, sea cuerpo, alma o cualquier otra cosa, allí no fija su asiento. No mora sino en aquellos lugares donde brotan las flores y se esparcen los perfumes. Sin haber agotado el asunto, creo haber demostrado de un modo suficiente la belleza natural del dios, para que me sea permitido ahora hablar de sus virtudes.

Lo que hay de más grande en el Amor es que no ofende a los dioses ni al hombre, ni por ellos puede ser ofendido. Si sufre violencia, si es que puede sufrir algo, la violencia no alcanza al Amor, como tampoco cuando él obra hace violencia; porque todo el mundo sirve gustoso al Amor en todo, y las leyes, reinas de la ciudad, establecen que es justo todo aquello en que conviene uno con otro, si lo hacen voluntariamente. Pero además de la Justicia, participa el Amor de la Templanza. Sabido es que la Templanza es la facultad de dominar los placeres y deseos, y no hay placer ninguno más poderoso que el Amor; si los deseos son inferiores a él, serán dominados por el Amor, y éste será el que domine. Luego el Amor que domina a los placeres y concupiscencias tendrá la Templanza en grado sumo. En Fortaleza, ni el mismo Ares le iguala, porque no es Ares el que tiene en su poder al Amor, sino el Amor el que posee, inspirándole según la fábula, una pasión por Afrodita; y si es más fuerte el que retiene que el retenido, el que domina al que es más fuerte que los demás no será el más fuerte de todos.

He hablado ya de la Justicia, de la Templanza y de la Fortaleza de este dios, réstame hablar de la Sabiduría, y procuraré no quedarme atrás sobre el particular. Ante todo, para honrar mi arte, como Erixímaco ha honrado el suyo, diré que este dios es tan hábil poeta que sabe hacer poetas a otros. Por ajeno que sea un hombre a las Musas, inmediatamente que el Amor le toca, uno se hace poeta. Esto basta a probarnos que el Amor es un excelente poeta y que posee toda la invención que se refiere a las Musas, porque ninguno puede dar a otro lo que él no tiene ni enseñarle lo que él no sabe. En cuanto a la producción de todos los animales, ¿quién sostendrá que no es la sabiduría del Amor la que a todos ellos engendra y produce? Y por lo que hace a la invención de las artes, ¿el artista instruído por tal dios no se hace célebre e ilustre, y queda oscurecido el que no es inspirado por él? A instigación de la pasión y del Amor, Apolo descubrió el arte de arrojar las flechas, el de la medición y el de la adivinación. Si Apolo fue en eso discípulo del Amor, las Musas lo fueron en la música; Hephaisto, en el arte de labrar los metales; Atenea, en el arte de tejer, y Zeus, en el de gobernar y dirigir a los hombres y a los dioses. De aquí nace que las obras de los dioses fueran dispuestas interviniendo el Amor, que, evidentemente, es la Belleza, porque el Amor no es la fealdad. Antes de esto, como dije al principio, sucedieron entre los dioses muchas cosas terribles, según se cuenta, bajo el imperio del Destino; pero después de que nació este dios, por el amor

a lo bello vinieron todos los bienes a los dioses y a los hombres. He aquí por qué, Fedro, me parece que el Amor es, primeramente, el más bello y excelente, y, además, la causa de que las demás cosas lo sean.

A las mientes me vienen unos versos que dicen que este dios es el que proporciona

La paz al hombre

La calma al mar,

Quietud al viento

Y cama y sueño

Al que ha pesar.

Este dios es quien destruye nuestras aversiones y nos llena de amistad. Preside reuniones como ésta, para estrechar las relaciones; preside las fiestas, las danzas, los sacrificios; abre paso a la dulzura, destierra la fiereza, es pródigo en bondad, avaro en odio, propicio a los fueros, admirado de los sabios, agradable a los dioses; le desean los que no le tienen, y es un tesoro para los que le poseen. Es padre de los goces suaves, del deleite de las gracias, del deseo y de la pasión amorosa; cuida de los buenos, y desampara a los malos. Es nuestro guía en nuestros esfuerzos; en nuestros temores, nuestro compañero de armas; en el fomento de nuestros deseos, nuestro sostén; en el dolor, nuestro salvador soberano. Rige la conducta de los hombres y de los dioses; es el guía más bello y excelente, al cual debe seguir todo hombre y celebrarle con himnos, repitiendo con él la bella canción que canta, para calmar el espíritu de los hombres y de los dioses. Este es, ¡oh Fedro!, el discurso semi jocoso, semi serio, que consagro al dios, según alcanzan mis escasas fuerzas.

Un murmullo de aprobación se oye entre los concurrentes.

SÓCRATES (Dirigiéndose a Erixímaco) - ¡Eh! ¿Te parece, hijo de Acumenos, que era infundado mi temor de antes, y no era yo un buen adivino cuando decía que Agatón hablaría admirablemente y que yo me vería en un gran apuro?

ERIXÍMACO - Has sido buen adivino al anunciar que Agatón haría un buen discurso, pero no lo serás en eso de verte ahora en un aprieto.

SÓCRATES - Pero, ¿cómo, ¡querido mío!, no he de verme apurado, y cualquier otro en mi caso, teniendo que hablar después de haberse pronunciado aquí un discurso tan bello y variado? Todas sus partes son diferentemente admirables. ¿Quién no se pasmaría de admiración al oír esa elegancia de palabras y de frases con que ha

terminado? No es extraño que al considerarme incapaz de acercarme siquiera a decir nada tan bello, poco falte para que, avergonzado, piense en escaparme si es posible. El discurso de Agatón me ha hecho recordar a Gorgias, de suerte que me ha sucedido verdaderamente lo de Homero. He temido que Agatón, al acabar su discurso, lanzase sobre mi palabra la cabeza de Gorgias y me dejase muso como una piedra. Entonces comprendí lo ridículo que había sido cuando contraí con vosotros el compromiso de que en mi turno elogiaría al Amor, y cuando dije que era entendido en cosas de cosas de amor, siendo así que no sé absolutamente cómo debe encomiarse una cosa, cualquiera que sea. Ciertamente yo, por efecto de mi simpleza, creía que era necesario decir la verdad respecto de aquello que se elogiase, y que el elogiar consistía en que eligiendo de estas cosas verdaderas las más bellas, se dispusiesen en el orden más conveniente. Y estaba muy ufano creyendo que había de hablar bien, porque sabía el verdadero modo de alabar una cosa. Pero, según parece, no era éste el modo conveniente de hacer un elogio, sino el atribuir al objeto todo lo más grande y más excelente, sea verdadero o no, porque si es falso nada importa. Más, según se ve, lo que se ha propuesto es que parezca que cada uno de nosotros hace el elogio del Amor, no que el Amor sea realmente encomiado. Por esto, yo pienso que todos vuestros panegíricos han procurado atribuir toda perfección al Amor, proclamarle grande y autor de todas las cosas y hacerle pasar ante los ignorantes, pero no ante los doctos, por el más bello y el mejor de los seres. Está bien y es magnífica semejante manera de alabar; pero desconocía esta forma, y no conociéndola me comprometí con vosotros a hacerla cuando me tocase. Lo prometió, efectivamente, mi lengua, pero no mi corazón. Lejos de mí semejante cosa. Yo no elogio de esa manera porque no podría hacerlo. No me niego, sin embargo; pero he de hacerlo, si queréis, diciendo la verdad y según mi manera de decir, no para competir con vuestra elocuencia, a fin de no hacerme acreedor a vuestra risa. Mira, pues, Fedro, si quieres oír un discurso en el que se diga la verdad sobre el Amor en el lenguaje y estilo que primero ocurra.

Fedro y los demás le instan a que hable como lo juzgue más oportuno.

Bien, Fedro. Permíteme que haga algunas preguntas a Agatón para que, puesto de acuerdo con él sobre ciertos extremos, principie mi discurso.

FEDRO - Permitido. Puedes preguntar.

SÓCRATES - Me parece, querido Agatón, que comenzaste bien tu discurso diciendo que primero debía explicarse lo que era el Amor y después exponer sus defectos.

Acepto sin reserva ese principio. Ea, ya que has expuesto la naturaleza y los efectos del Amor con tanta magnificencia y elegancia, dime ahora: El Amor, ¿es amor de alguna cosa o de la nada? No pregunto si es el amor de un padre o de una madre: eso sería ridículo. Pero supón que, a propósito de un padre, interrogo: Un padre, ¿es el padre de

alguno o no? Para contestarme bien tendrías que decirme que un padre, como padre, es padre de un hijo o de una hija. ¿No es así?

AGATÓN - Sin duda.

SÓCRATES - ¿Y no sucede lo mismo respecto de una madre?

AGATÓN - Convengo en ello.

SÓCRATES - Respóndeme todavía a algunas preguntas más, para que comprendas mejor lo que quiero decir. Si te preguntara: ¿un hermano, como hermano, es hermano de alguien o no? ¿Qué dirías?

AGATÓN - Que sí lo es.

SÓCRATES - ¿Y lo sería de algún hermano o hermana?

AGATÓN - De una o de otro.

SÓCRATES - Procura contestarme lo mismo respecto al Amor. El Amor, ¿es amor de algo o de nada?

AGATÓN - De algo.

SÓCRATES - Guárdalo en tu memoria para que puedas recordar de qué. Mas ahora dime: El Amor, ¿desea aquello de que es amor o no?

AGATÓN - Sí.

SÓCRATES - ¿Y tiene eso mismo que desea y ama o no?

AGATÓN - Verosímilmente no posee el objeto de su deseo.

SÓCRATES - ¡Verosímilmente! Repara más bien, si en vez de verosímil es absolutamente necesario que todo el que desee una cosa desee lo que le falta, y no la desee si de ella no carece. Estas deducciones son rigurosamente exactas. ¿No te parecen a ti, Agatón?

AGATÓN - Sí.

SÓCRATES - Perfectamente. ¿Y podría uno querer ser grande o robusto, siéndolo ya?

AGATÓN - Imposible, según acabamos de convenir.

SÓCRATES - Porque ciertamente no estaría falto de estas cualidades el que ya las tiene.

AGATÓN - Dices verdad.

SÓCRATES - Sin embargo, alguno siendo robusto podría querer serlo, como ligero siendo ya ligero, y sano siendo sano; y quizá haya quien piense que los que son todo esto y tienen ya estas cualidades desean aquello mismo que tienen.

Insisto sobre el particular para no engañarnos. Si lo reflexionas bien, Agatón, los actuales poseedores de tales cualidades las tienen, quieran o no; y ¿quién ha de desear lo que ya tiene? Si alguno dijese: yo que tengo salud quiero tenerla, y siendo rico quiero serlo, y, por consiguiente, deseo lo mismo que tengo, le diríamos: Tú, que posees riqueza, salud y robustez, deseas poseerlas también para lo porvenir, pues en el

presente, quieras o no, las tienes. Cuando dices yo deseo lo que al presente tengo, no dices otra cosa más que: deseo tener en lo futuro lo que tengo ahora al presente. ¿No es así?

AGATÓN - Así es.

SÓCRATES - Bien. Y el deseo que uno tiene de conservar para más adelante lo que se tiene ahora, ¿no amar no que no está a disposición y que uno no tiene?

AGATÓN - Desde luego.

SÓCRATES - Luego éste y cualquier otro que desea, desea lo que no tiene, lo que no es presente, lo que no posee, lo que él mismo no es y aquello de que carece. Y éstas y otras cosas semejantes, ¿no son las consecuencias del deseo y del amor?

AGATÓN - Evidentemente.

SÓCRATES - Pues, ¡adelante! Recapitulemos lo que se ha dicho. Primero: El Amor, ¿es el amor de alguna cosa? Segundo: ¿Es también el amor de algo que no se tiene?

AGATÓN - Perfectamente.

SÓCRATES - Recuerda, además: el Amor, ¿de qué cosa dijiste que era amor? Te lo recordaré. Dijiste que los dioses dispusieron las cosas por el amor de lo bello, pues de cosas feas no podía haber amor. ¿No fué así?

AGATÓN - Así dije.

SÓCRATES - Y has hablado muy bien, amigo mío. Mas si esto es así, ¿podrá ser el Amor otra cosa que amor de la belleza y no de la fealdad?

AGATÓN - Conforme.

SÓCRATES - Pero, ¿no hemos convenido que se ama aquello de que se carece y no se tiene?

AGATÓN - Sí.

SÓCRATES - Luego el Amor carece de belleza y no la tiene.

AGATÓN - Ciertamente.

SÓCRATES - ¿El Amor carece, pues, de belleza y no la posee?

AGATÓN - Necesariamente.

SÓCRATES - ¡Cómo! ¿Llamarás bello a lo que carece de belleza y de ningún modo la posee?

AGATÓN - De ningún modo.

SÓCRATES - Pues si es así, ¿cómo dices que el Amor es bello?

AGATÓN - Temo, Sócrates, no haber comprendido nada de lo que antes dije.

SÓCRATES - Dices bien; pero respóndeme todavía a una pequeña pregunta. ¿No te parece que lo bueno también es bello?

AGATÓN - Tal me parece.

SÓCRATES - Pues si el Amor carece de belleza y todo lo bueno es bello, el Amor carecerá de bondad.

AGATÓN - No puedo contradecirte y ...sea como dices.

SÓCRATES - No podrás, amado Agatón, contradecir a la verdad, porque contradecir a Sócrates no es nada difícil. Pero, en fin, te dejo aquí, y contaré el discurso que sobre el Amor oí en otro tiempo a Diotima, mujer de Mantinea. Era esta mujer docta en esta y otras muchas materias. Por haber hecho los atenienses, según su consejo, sacrificios antes de la peste, logró que se suspendiese ese azote por diez años. Es a esta mujer también a quien debo todo lo que sé sobre el Amor. Trataré, pues, de exponer la doctrina que me enseñó, partiendo de lo que hemos convenido Agatón y yo, y lo haré refiriéndolo como mejor pueda. Siguiendo tu método, Agatón, hablaría primeramente de la naturaleza y atributos del Amor, y después, de sus efectos; pero me parece que es más fácil para mí referirlo del mismo modo que lo hizo la extranjera conduciendo el diálogo. Había yo dicho poco más o menos lo mismo que me ha respondido Agatón; esto es, que el Amor era un gran dios y que era de los objetos más bellos. Ma arguyó con las mismas razones que yo a éste, probando que, según mi razonamiento, no era al Amor ni bello ni bueno.

ESCENA CUARTA

Un jardín de Atenas - Es el atardecer

SÓCRATES y DIOTIMA

SÓCRATES - ¿Qué es lo que dices, Diotima; por ventura es el Amor feo y malo?

DIOTIMA - ¿Quieres hablar con propiedad? ¿Crees que lo que no es bello ha de ser forzosamente feo?

SÓCRATES - Ciertamente.

DIOTIMA - También creerás así que el que no es sabio es ignorante. ¿Es que no sabes que hay un medio entre la sabiduría y la ignorancia?

SÓCRATES - ¿Y qué medio es ese?

DIOTIMA - El opinar acertadamente sin saber dar razón de ello no es ciencia, porque no puede serlo sin saber la razón. Pero tampoco es ignorancia, porque ¿cómo ha de serlo el poseer la verdad? De modo que una opinión conforme a la verdad es como una cosa media entre la ciencia y la ignorancia.

SÓCRATES - Es verdad.

DIOTIMA - Pues no juzgues que lo que no es bello ha de ser forzosamente feo, y lo que no es bueno, necesariamente malo. De modo que aunque creas que el Amor no es

bueno ni bello, no juzgues por eso que ha de ser por fuerza feo y malo, sino un medio entre ambas cosas.

SÓCRATES - Pero aun así, todos confiesan que el Amor es un gran dios.

DIOTIMA - ¿Todos los doctos o todos los ignorantes? ¿A quién te refieres?

SÓCRATES - A todos por igual.

DIOTIMA (Riéndose) - ¿Y cómo han de confesar que es un gran dios los que afirman que ni es dios siquiera?

SÓCRATES - ¿Quiénes lo afirman?

DIOTIMA - Uno...que eres tú. Y otro...que soy yo.

SÓCRATES - ¿Por qué dices eso?

DIOTIMA - Vas a verlo. ¿No dices que todos los dioses son bellos y dichosos? ¿O te atreves a decir que alguno de ellos no es ni lo uno ni lo otro?

SÓCRATES - ¡Por Zeus!

DIOTIMA - ¿Y no llamamos dichosos a los que poseen cosas buenas y bellas?

SÓCRATES - Desde luego.

DIOTIMA - Pues bien; has dicho que el Amor, por carecer de lo bueno y lo bello, desea eso mismo que le falta.

SÓCRATES - S; lo he dicho.

DIOTIMA - ¿Y cómo ha de ser un dios en que no participa de lo uno y de lo otro?

SÓCRATES - Claro, según parece.

DIOTIMA - Luego tú tampoco tienes por dios al Amor.

SÓCRATES - Entonces, ¿será mortal?

DIOTIMA - De ningún modo.

SÓCRATES - ¿Qué podrá ser?

DIOTIMA - Pues, como antes dijimos...un medio entre mortal e inmortal.

SÓCRATES - ¿Y qué cosa es?

DIOTIMA - Un gran genio, Sócrates, porque todo genio es un ser intermedio entre dios, y mortal.

SÓCRATES - ¿Y qué poder tiene?

DIOTIMA - El de servir de intérprete y transmitir a los dioses los deseos de los hombres, y a los hombres las voluntades de los dioses. De parte de los hombres, las súplicas y los sacrificios; y de parte de los dioses, los mandatos y las remuneraciones por los sacrificios. Encontrándose el Amor entre unos y otros, llena un vacío, de modo que todo el conjunto de los seres forma entre sí un todo. Por medio de él viene todo el arte de la adivinación, y el de los sacerdotes, respecto a los sacrificios, iniciaciones, encantos, predicción y magia. La naturaleza divina, como no entra nunca en comunicación directa con el hombre, se sirve de los genios para relacionarse con él, ya en la vigilia, ya en el

sueño. El que es sabio en todas estas cosas, es genial, y el que es hábil en todo lo demás, en las artes y en los oficios es un simple artesano.

Los genios son muchos y de muchas clases, y el Amor es uno de ellos.

SÓCRATES - ¿Quiénes han sido sus padres?

DIOTIMA - Largo será de contar, pero trataré de hacerlo.

Cuando nació Afrodita, los dioses celebraron un festín en el que se halló, entre otros, el potentado Poros (la Abundancia), hijo de Metis (la Prudencia). Al final acudió Penia (la Pobreza) a solicitar las sobras. Poros, embriagado por el néctar, porque el vino no existía aún, con los ojos cargados de cansancio, salió a los jardines de Zeus y quedó dormido. Penia, empujada por su miseria, concibió el tener un hijo de Poros, y yació a su lado, engendrando así al Amor, que por haber sido engendrado el mismo día del nacimiento de Afrodita ama lo bello por naturaleza y a Afrodita, que es bella, haciéndose servidor y compañero de la diosa.

Y véase, desde entonces, como hijo de Poros y de Penia, cuál ha sido su destino. Por una parte, es siempre pobre, y lejos de ser bello y delicado, como se cree generalmente, es flaco, desaseado, con los pies descalzos, sin domicilio, sin más lecho que la tierra, sin tener con qué cubrirse, durmiendo a la luna, junto a la puerta o en las calles; en fin, lo mismo que su madre, está siempre peleando con la miseria. Por otra parte, según el natural de su padre, siempre está al acecho de lo que es bello y bueno; es varonil, atrevido, perseverante, cazador astuto; ansioso de saber, siempre maquinando algún artificio, aprendiendo con facilidad, filosofando sin cesar, encantador, mágico, sofista. De suyo no es mortal ni inmortal; pero en un mismo día aparece floreciente y lleno de vida, mientras está en la abundancia, y después se extingue para volver a revivir, según lo que tiene por parte de su padre. Todo lo que adquiere lo disipa sin cesar, de suerte que nunca es rico ni pobre. Ocupa un lugar medio entre la sabiduría y la ignorancia.

La razón de esto es la siguiente: ninguno de los dioses filosofa ni desea ser sabio; son sabios ya, y ninguno que sea sabio filosofa. Los ignorantes, igualmente, ni filosofan ni desean ser sabios, porque lo peor que tiene la ignorancia es que hace que el que no es honesto, ni bueno, ni sabio crea que es todo eso; y por lo mismo que no se cree falto de una cosa, no desea lo que juzga que ya tiene.

SÓCRATES - ¿Quiénes son entonces, Diotima, los que filosofan, si no son los sabios ni los ignorantes?

DIOTIMA – Los que ocupan un lugar medio entre ambos, y a esta clase pertenece el Amor. Es una cosa que saben hasta los niños. Es la sabiduría una de las cosas más bellas, y el Amor es amar a lo bello; de modo que el Amor necesariamente es filósofo, y siéndolo, está entre el sabio y el ignorante. Y la razón de ello es su origen, pues procede de un padre sabio y opulento y de una madre que no es una cosa no otra. Tal es, amigo

Sócrates, la naturaleza de este genio. Y no extraño que hayas concebido otra idea del Amor, porque creías, según adivino por lo que has dicho, que el Amor era el amado, no el amante. Por eso, a mi entender, te había parecido tan bello el Amor; porque lo que es digno del amor, es, en realidad, bello, tierno, perfecto y dichoso; pero otra diferente es la idea del que ama, que es como he dicho.

SÓCRATES – Sea, pues, hablas perfectamente; mas siendo asó el Amor, ¿qué utilidad presta al hombre?

DIOTIMA – Esto es lo que trataré de enseñarte ahora. Nosotros conocemos el origen y las cualidades de este genio; sabemos que es como has dicho que es el Amor a la belleza. Y, sin embargo, si alguno nos preguntase: “¿Por qué, Sócrates y Diotima, el Amor es amor a lo bello?” O de otro modo: “El que ama la belleza, ¿qué es lo que desea?”

SÓCRATES – Poseerla.

DIOTIMA – Esa respuesta hace necesaria otra pregunta: ¿Qué tendrá aquel que llegue a poseer la belleza?

SÓCRATES – No sé, por el momento, qué contestar a esa pregunta.

DIOTIMA – Si en vez de la palabra belleza pusiese la palabra bien, qué dirías si te preguntase: ¿Qué ama, Sócrates, el que desea el bien?

SÓCRATES – Ama su posesión.

DIOTIMA - ¿Y qué tendrá el que posea el bien?

SÓCRATES – La respuesta es sencilla: será feliz.

DIOTIMA – Perfectamente. Por la posesión del bien son felices los que lo son, y no hay necesidad de preguntar para qué quiere ser feliz el que desea serlo, sino que parece que la respuesta tiene ya el fin.

SÓCRATES – Es verdad.

DIOTIMA - ¿Pero crees que este deseo y este amor son comunes a todos los hombres y que quieren siempre poseer lo que es bueno?

SÓCRATES – Creo que ese deseo y ese amor son comunes a todos los hombres.

DIOTIMA - ¿Pues por qué si todos aman las mismas cosas y siempre, no decimos de todos que aman? ¿Por qué decimos de unos que aman y de otros que no?

SÓCRATES – Me admiro de ello también.

DIOTIMA – No hay que admirarse. Nosotros distinguimos una manera particular de amar que llamamos, en general, amar, y usamos de diferentes designaciones para indicar las demás maneras de amar.

SÓCRATES – Veamos un ejemplo.

DIOTIMA – Helo aquí. Tú sabes que la palabra *creación* tiene diferentes acepciones. En general significa toda acción que hace pasar una cosa del no ser al ser. Así los trabajos

de todo arte son *creaciones, poesías*, y los artesanos de cualquier oficio, *creadores, poetas*.

SÓCRATES – Es cierto.

DIOTIMA – Pero sabes, sin embargo, que no se llama a todos los artesanos *creadores, poetas*, y que se los designa por diferentes nombres, y que de todo lo que es *poesía*, la parte que se ocupa de la música y el arte del verso es la que ha recibido el nombre de todo el género. Solamente a ella se llama Poesía, y los que se dedican a la misma se les llama poetas.

SÓCRATES – Es verdad.

DIOTIMA – Lo mismo ocurre con la palabra amor. Significa, en un sentido amplio, el deseo universal de cuanto es bueno y nos hace dichosos: el amor más grande y seductor. Pero de todos los que tienden a satisfacer diversamente este deseo, hombres enamorados de los negocios, de la gimnasia, de la filosofía, no se dice que aman ni se les llama amantes. Únicamente a los que se entregan a una especie determinada de amor se les da el nombre de todo el género y se les aplica las palabras amor, amar y amantes.

SÓCRATES – Creo que tienes razón.

DIOTIMA – Es un dicho común que los que buscan su propia mitad son los que aman. Yo creo que el Amor no es el deseo ni de la mitad ni del todo, a no ser, amigo mío, que lo encuentren buenos. Así es como consentimos que nos corten los brazos o los pies cuando nos son perjudiciales. Y no es, creo yo, lo propio, lo que cada uno ama, a no ser que uno llame propio y suyo a todo lo que es bueno, y ajeno a todo lo que es malo; porque los hombres no aman ninguna cosa más que el bien. ¿No te parece?

SÓCRATES - ¡Pr Zeus, que sí!

DIOTIMA - ¿Y no es esto decir sencillamente que los hombres aman el bien?

SÓCRATES – Seguramente.

DIOTIMA - ¿No podremos añadir que también aman la posesión del bien?

SÓCRATES – Hay que añadirlo.

DIOTIMA - ¿Y también que desean poseerlo, pero poseerlo siempre?

SÓCRATES – También.

DIOTIMA – Luego el Amor, en suma, es el deseo de poseer siempre el bien.

SÓCRATES – Nada más cierto.

DIOTIMA – Pues siendo en general eso el Amor, ¿de qué modo ir en prosecución del bien y en qué obra el esfuerzo y perseverancia recibe especialmente en nombre de amor? ¿Qué obra es esa? ¿Puedes decírmelo?

SÓCRATES – Si pudiera responderte, Diotima, ni admiraría tu sabiduría ni hubiera venido a ti para aprenderlo.

DIOTIMA – Te lo diré. Hay una generación corporal en lo bello, como la hay espiritual.

SÓCRATES – No comprendo lo que dices; tendría que ser adivino para ello.

DIOTIMA – Me explicaré más claramente. Todos los hombres, Sócrates, pueden engendrar con la carne y con el espíritu; al llegar a cierta edad su naturaleza, sienten el deseo de parir; pero no pueden dar a luz en lo feo, sino exclusivamente en lo bello. La unión del hombre con la mujer es una producción, y una producción divina, pues la fecundación y la generación es lo que aseguran la inmortalidad a todos los seres vivos y sujetos a la muerte. Semejantes efectos no podrían realizarse en lo que no es armónico. Lo feo está en desacuerdo con todo lo divino; pero lo bello es armónico. La belleza hace en la generación lo que Moira e Ilitia. Por esta razón, cuando lo que concibe tiene comercio con lo bello, se llena de contento y de gozo, se dilata y produce y engendra; y cuando el comercio es con lo feo, de tristeza y de dolor se contrae, se retira y aparta y no engendra, reteniendo con dolor el germen que guarda. De ahí que el que es fecundo y siente vivos deseos amorosos busque lo que es bello para librarse del tremendo dolor de engendrar que le posee. El objeto del amor, Sócrates, no es amor de lo bello como imaginas.

SÓCRATES – ¿Pues qué es?

DIOTIMA – Amor de engendrar y de producir en lo bello.

SÓCRATES – Sea.

DIOTIMA – Es que es así.

SÓCRATES - ¿Y por qué es amor de la generación?

DIOTIMA – Porque la generación es para el ser mortal lo eterno e inmortal, y según hemos dicho es de necesidad que deseemos la inmortalidad en el bien, si es que el amor consiste en el deseo de poseer el bien siempre. Nuestras propias palabras prueban, pues, que al Amor es asimismo amor de la inmortalidad.

Pausa

¿Cuál crees, Sócrates, que es la causa de este amor y de este deseo? ¿No has observado de qué vehemencia se revisten todos los animales cuando desean engendrar? Aves y cuadrúpedos, todos están como enfermos y poseídos de amor, primeramente por emparejarse y luego para alimentar a los hijos, disponiéndose, los más débiles, a luchar con los más fuertes y a morir por defenderlos, a resistir el hambre por alimentarlos y hacer todo género de sacrificios. Los hombres pueden hacer todo eso por raciocinio; pero los animales, ¿de dónde sacan sus solicitudes amorosas? ¿Puedes explicármelo?

SÓCRATES – No.

DIOTIMA - ¿Y piensas conocer a fondo la ciencia de los amores sin saber esas cosas?

SÓCRATES - ¡Diotima! Ye dije antes que vengo aquí porque necesito maestros. Explícame la causa de esto y todas las demás cosas que se refieren al Amor.

DIOTIMA – Si crees que el objeto natural del Amor es lo que hemos dicho muchas veces, no te admirarás. Porque aquí, en virtud del mismo principio que en lo precedente, la naturaleza mortal tiende a perpetuarse en cuanto puede y a immortalizarse, siendo para ello el único medio la generación, que deja tras de sí siempre un ser nuevo en vez de uno viejo. Efectivamente, aunque se dice de un animal que vive, que es siempre el mismo, desde que es pequeño hasta que se hace viejo, sin embargo, jamás tiene en sí lo mismo, continuamente pierde unas partes y adquiere otras, y eso en el cabello, en la carne, en los huesos, en la sangre y en todo el cuerpo. Y no sólo se renueva su cuerpo, sino sus hábitos, costumbres, opiniones, deseos, placeres, dolores, temores; todas y cada una de estas cosas jamás son las mismas en el individuo, sino que nacen unas y perecen otras. Y es todavía mucho más extraño que esto que nuestros conocimientos cambian, no sólo porque adquirimos unos y perdemos otros, y jamás somos los mismos en orden a los conocimientos, sino que cada uno de ellos pasa por las mismas vicisitudes. Porque lo que se llama meditar supone que ha salido de nosotros un conocimiento; el olvido es la salida o la pérdida de un conocimiento; pero la meditación, suscitando otra vez una nueva memoria, en vez de la que se perdió, conserva aquel conocimiento, de manera que parece que es el mismo. Así es como se conserva todo lo mortal, no porque sea siempre y absolutamente lo mismo, como es lo divino, sino porque lo que envejece y se va deja siempre tras sí otro individuo nuevo semejante a sí propio. He aquí por qué medio, Sócrates, todo lo que nace mortal participa de la inmortalidad, tanto el cuerpo como las demás cosas. La inmortalidad es imposible para él de otro modo. No te admires ya de que todos los seres, por natural instinto, estimen su propio germen, porque en todo existe la misma solicitud y el mismo amor por alcanzar la inmortalidad.

SÓCRATES – (Admirado y reflexivo después) - ¡Bien, sapientísima Diotima! ¿Es esto verdaderamente así?

DIOTIMA – (Como un consumado sofista) – No lo dudes, Sócrates. Si quieres reflexionar, desde luego, sobre el deseo de gloria de los hombres, te sorprenderás de su inconsecuencia con los principios que hemos sentado, a menos que no piensen con qué vehemencia son agitados por el deseo de hacer célebre su nombre y hacerse inmortales, disponiéndose a arrostrar todos los peligros, más aún que por los hijos, consumiendo su fortuna, padeciendo mil trabajos y llegar hasta la muerte por conseguirlo.

¿Crees que Alceste habría muerto en lugar de Admeto, o Aquiles por vengar a Patrodo, o que nuestro rey Codro, por asegurar el reinado de sus hijos, si no hubieses creído que sería inmortal el recuerdo de su valor que aun conservamos?

Muy lejos de ello, estoy en que todos obran así por la memoria imperecedera de su virtud y por tan ínclita fama, y cuanto mejores son, tanto más esfuerzos hacen, porque aman la inmortalidad.

Aquellos que son grandes en cuanto al cuerpo, se inclinan más bien a las mujeres, y su amor consiste en asegurarse por la procreación de hijos la inmortalidad, la perpetuación de su nombre y, acaso también, una felicidad perdurable. Pero los que son fecundos en cuanto al espíritu... porque hay hombres que tienen un alma más prolífica que el cuerpo para las cosas, conciben lo que conviene al alma haber concebido y concebir. ¿Y qué es lo que le conviene concebir?, la prudencia y las demás virtudes, de las cuales son generadores todos los poetas y todos los artistas dotados de genio creador. Pero la prudencia más bella y mejor de todas es la que se refiere al buen orden y régimen de la ciudad y de la familia, y a la cual se da el nombre de templanza y justicia. Cuando un joven lleva desde su infancia en el alma el germen de estas virtudes, al llegar a la edad madura siente el deseo de crear y producir. Busca por todas partes un ser bello en que engendrar, porque un feo nunca engendrará. Como está lleno de este deseo, prefiere los cuerpos bellos a los feos, y si además concurre con tal belleza un alma bella, noble y de buena índole, entonces acoge con entero contento ambas bellezas. Este hombre encuentra luego abundancia de recursos para discurrir sobre la virtud, y tarta de instruirse acerca de lo que debe ser el hombre bueno y de lo que debe ser objeto de su cuidado. Así, creo, que por el contacto y la familiaridad con la belleza, engendra y hace fecundo el germen de que hace tiempo estaba llena su alma. Está siempre pensando en él, ya está presente o ausente, y nutre en común con su amado el fruto que engendró. Entonces la afinidad y el afecto que relaciona entre sí a estos dos seres son mucho más grandes y más fuertes de los que pueden sujetarles a un hogar, porque están unidos para procrear hijos mucho más inmortales y hermosos. Cualquiera preferiría haber engendrado semejantes hijos, más que hijos de carne y hueso, y miraría con noble emulación a Homero, a Hesiodo y a otros buenos poetas, atendiendo a las producciones que han dejado, que siendo ellas por sí inmortales prestan a sus autores una gloria y fama inmortal; y tales como son, si quieres, los que en Lacedemonia dejó Licurgo, que fueron los salvadores, y, por decirlo así, de toda la Grecia. También Solón es honrado entre nosotros como padre de sus leyes, y otros varones en otras muchas partes, así entre los griegos como entre los bárbaros, que mostraron al mundo muchas y muy bellas obras y engendraron virtudes de todo género. Por tales hijos se han erigido numerosos templos, lo que no se ha hecho en ninguna parte por engendrar hijos de carne.

Quizá, Sócrates, puedas tú mismo iniciarte en estos primeros misterios del Amor; pero no sé si será capaz de hacerlo respecto de los grados supremos y revelación de los arcanos mayores, a cuyo fin están dispuestos aquéllos por vía de iniciación. Yo, por mi parte, te enseñaré y no quedará por falta de solicitud; pero sígueme si eres capaz de ello.

Conviene que el que quiera proceder con acierto en este negocio comience desde joven a dirigirse a los cuerpos bellos, y que en primer lugar, si su guía le dirige bien para que ame sólo un cuerpo y lo fecunde con hermosas máximas. Luego debe comprender en seguida que la belleza que hay en un cuerpo es hermana de la que hay en otro, y si ha de ir en persecución de la belleza de su idea misma, sería mucha necedad, en efecto, no considerar como una sola y misma belleza la que existe en todos los demás. Penetrado de este pensamiento, debe entonces amar a todos los cuerpos bellos y cederá en la vehemencia de su amor a uno solo, despreciando y teniendo en poco este amor exclusivo. Después de esto debe reputar la belleza del alma superior a la del cuerpo, de modo que si encuentra un alma convenientemente dispuesta, aunque su carne no sea de gran hermosura, debe bastar para atraer su amor y solícitos cuidados y excitarle a producir bellas máximas y buscar las más a propósito para mejorar a los jóvenes, a fin de que precisado a contemplar la belleza en las acciones y en las leyes, conozca que toda belleza es congénere consigo misma, para que estime en poca cosa la belleza de la carne. De la contemplación de las acciones se elevará a la de las ciencias para percibir en ella la belleza particular, y dirigiendo su mirada a una más amplia belleza, no será ya en adelante esclavo vil y humilde de un joven bello, de un hombre o de una sola acción, sino que, volviéndose a contemplar el piélago de belleza, produzca numerosos, bellos y magníficos discursos en una abundante y rica filosofía, hasta que su espíritu, robusteciéndose y creciendo en ella, llegue a la única contemplación de una ciencia: la ciencia única de la belleza.

Procura ahora, Sócrates, prestarme la mayor atención posible. El que haya sido guiado en los misterios del Amor hasta el punto en que estamos, el de la contemplación metódica y exacta de las bellezas particulares, al llegar al supremo grado de su iniciación observará de pronto una belleza de naturaleza admirabilísima; ésta es, Sócrates, aquella por la que han sido todas nuestras precedentes fatigas: belleza eterna, increada, imperecedera, ejemplo de crecimiento y disminución; belleza que no es bella por esto y fea por lo otro, en un tiempo sí y en otro no, con relación a una cosa, y no con relación a otra; bella para unos y fea para otros. No se le representará la belleza como una cara, ni con manos o como cualquier forma corpórea. Tampoco como un pensamiento, ni como una ciencia determinada, ni residiendo en otra cosa que ella misma, en un animal, en la tierra, en el cielo o en otra parte cualquiera, sino que subsiste

ella en sí misma, eternamente idéntica consigo; belleza de la que participan todas las demás bellezas de modo que ya nazcan o perezcan cada una, no por eso la belleza es mayor, ni menor, ni sufre variación alguna. Cuando uno, por un amor bien entendido a la juventud, ascendiendo comienza a ver aquella belleza, ya está a punto de llegar al fin, alcanzando la epoptía o revelación de los misterios del Amor. Efectivamente, el verdadero método para iniciarse por sí propio en el Amor o para ser iniciado por otro en él, es comenzar por amar las bellezas inferiores para elevarse en seguida al amor de la Suprema Belleza, franqueando, como escalones, todos los grados de esta ascensión, pasando desde uno a dos, desde dos a todos los cuerpos bellos, desde éstos a las bellas acciones y desde éstas a los conocimientos bellos, hasta que de conocimiento en conocimiento acaba por conocer la ciencia que tiene por objeto la belleza en sí misma, y conoce, por último, lo que es la Belleza.

Si la vida para el hombre, ¡oh querido Sócrates!, vale la pena ser vivida, es en este momento en que contempla la Belleza absoluta. Si la llegas a ver alguna vez, te parecerá que es mucho más preciada que el oro, y los suntuosos vestidos de los jóvenes y bellos mancebos que tanto te embelesan, hasta el punto de considerarlos tus amantes y vivir cerca de ellos eternamente, si posible fuese, sin comer, sin beber, sólo contemplándolos y en su compañía. ¿Qué pensarías tú de aquel q quien le fuera dado contemplar la Belleza pura, simple, sin mezcla, no revestida de carne ni colores humanos, sino bella en sí, divina y uniforme? ¿Piensas que sería vida despreciable para un mortal tener los ojos fijos sobre esa Belleza y vivir en la contemplación y comunicación con tal objeto? ¿No comprendes que sólo entonces, cuando vea la Belleza con el único órgano con que es visible, será cuando produzca, no imágenes de virtudes (pues que no son imágenes las que percibe), sino verdaderas virtudes, porque la verdad es lo que alcanza su inteligencia; y el que produce verdaderas virtudes y las cultiva viene a ser querido de Zeus, y que si algún hombre ha de llegar a ser inmortal ese vendrá a serlo?

ESCENA QUINTA

Cenáculo de Agatón

SÓCRATES, ARISTODEMO, AGATÓN, FEDRO, PAUSANIAS, ERÍXÍMACO,
 ARISTÓFANES, sentados en sus triclíneos, como al final de la escena tercera.

SÓCRATES – Tales fueron, ¡oh Fedro y demás amigos que me escucháis!, las palabras de Diotima. Ellas me persuadieron, y yo me esfuerzo en persuadir, por ello, a los demás, de que ninguno hallará fácilmente otro auxiliar más poderoso que el Amor para que la naturaleza humana llegue a la posesión de este bien. Yo, por mi parte, afirmo así que todo hombre debe honrar al Amor; por ello tengo en gran estima las cosas de amor, las

ejercito con singular preferencia, exhorto a ello a los demás, y ahora y siempre encomio cuanto puedo su poder y su fuerza.

Considera, Fedro, este discurso como un elogio del Amor, si lo quieres llamar así, o llámalo si quieres de otro modo.

Todos los comensales se deshacen en alabanzas a SÓCRATES. ARISTÓFANES se levanta para tomar la palabra, como si fuera a recoger una alusión, cuando se oyen golpes fuera de la sala, rumor de gentes alegres y embriagadas y el eco de una flautista.

AGATÓN – (A los esclavos) – Ea, muchachos; ved quién es. Si es alguno den uestros amigos, decidle que entre; pero si no, decid que ya hemos acabado de beber y estamos descansando.

Se oye en el atrio la voz de ALCIBÍADES, barullo, confusión, disputas en el exterior, etc., etc.

ALCIBÍADES – (Apareciendo en la puerta coronado de yedra y violetas, sostenido por una flautista y algunos compañeros, en lamentable estado de embriaguez, deteniéndose a la entrada.) – Saludo a los amigos. ¿Admitís a beber con vosotros a un hombre completamente ebrio o nos marchamos después de haber coronado a Agatón, que es a lo que venimos?

Ayer no pude venir, y por eso vengo hoy con estas bandas a la cabeza, que pasarán a ceñir luego la del que, si así puedo decirlo, es el más sabio y hermoso de los hombres. ¿Os reís de mí porque estoy borracho? Pues, aunque os riáis, yo sé que digo la verdad. Pero contestadme: ¿Permitís que penetre con las condiciones dichas o no? ¿Queréis que bebamos juntos?

Todos prorrumpen en aclamaciones, le exhortan a que entre y se siente con ellos.

AGATÓN – Aquí, a mi lado.

ALCIBÍADES se adelanta, apoyado en los tenentes que le comportan, despojándose de las vendas que lleva en la cabeza para coronar con ella a AGATÓN. SÓCRATES le hace sitio para que se siente y ALCIBÍADES corona a AGATÓN, felicitándole.

¡Ea, muchachos!, despojad del calzado a Alcibíades para que sea el tercero en este triclinio.

ALCIBÍADES – Muy bien. Pero, ¿quién es el tercero de vosotros? (Se vuelve inquiriendo, y al ver a Sócrates a su lado da un salto, admirándose) ¡Por Heracles! ¿Qué es esto? ¿Estabas tú aquí? ¿Emboscado así, para aparecer de repente, como de costumbre, donde menos podía yo pensar que estuvieses? Bien; ¿y a qué has venido? ¿Por qué ocupas este lugar, y en vez de estar al lado de Aristófanes o de cualquier otro burlón, o que trate de serlo, has procurado por todos los medios sentarte al lado del hombre más hermoso que hay en el salón?

SÓCRATES – (Aparte a Agatón) – Defiéndeme. El amor de este hombre me pone en gran apuro, pues desde que comencé a amarle no me permite mirar a ningún hombre hermoso, ni hablar con él, sin que, movido de celos y envidia, haga las cosas más estupendas, me injurie y falte poco para pegarme. Procura que no haga nada de eso; reconcílianos, y si trata de hacer algo violento, defiéndeme, porque su furor y sus arrebatos amorosos me hacen temblar.

ALCIBÍADES – (Dirigiéndose a Agatón) – No hay reconciliación posible entre nosotros. Pero, en fin, yo aplazo mi venganza para más adelante. Ahora dame, Agatón, tus bandas para coronar también la admirable cabeza de este hombre. No quiero que me reproche luego no haberle coronado cuando ha vencido por sus discursos a todos los hombres, no sólo anteayer, como tú, sino siempre.

Al mismo tiempo, tomando algunas vendas, con las que ha coronado antes a AGATÓN, ciñe con ellas la cabeza de SÓCRATES.

Ea, amigos míos; parece que estáis muy sobrios, y no puedo consentirlo. Es preciso beber, porque es lo convenido. Me proclamo, pues, a mí mismo el rey del vino hasta que hayáis bebido cuanto se deba beber. Si hay algún vaso grande, que lo traigan, Agatón; pero no hace falta. (A un esclavo) Muchacho, trae esa taza magnífica que veo ahí.

Un esclavo coge la taza que ha señalado ALCIBÍADES. Taza que tiene de cabida unos ocho cotiles, o sean algo más de dos litros. ALCIBÍADES bebe primero en ella así que la llena el esclavo, y luego la pasa a SÓCRATES.

Esta estratagema, amigos míos, no me vale contra Sócrates, porque puede beber cuanto se le mande sin que llegue a embriagarse nunca.

SÓCRATES bebe.

ERIXÍMACO - ¿Qué vamos a hacer Alcibiades? ¿Vamos a pasarnos así bebiendo sin hablar ni cantar un poco? ¿Es que estamos verdaderamente sedientos?

ALCIBÍADES - ¡Ah! ¡Erixímaco, el mejor de los hijos del mejor y más prudente de los padres, yo te saludo!

ERIXÍMACO – Te correspondo. Pero, ¿qué vamos a hacer?

ALCIBÍADES – Lo que mandes; no hay más remedio que obedecerte, porque
 por muchos hombres juntos vale un médico.

Manda lo que quieras.

ERIXÍMACO – Escucha. Antes de que vinieses convinimos que cada uno, por turno, de izquierda a derecha, pronunciara, lo mejor que le fuese posible, un elogio del Amor. Todos lo hemos hecho ya, y justo es que tú lo hagas, que no has dicho nada, pero que has bebido. Cuando hayas hablado ordena a Sócrates lo que quieras; éste lo hará con el de su derecha, y así todos los demás.

ALCIBÍADES – Está bien, Erixímaco; pero no es equitativo que un hombre ebrio parangone su discurso con los de hombres sobrios y serenos. Y, además, ¡oh bienaventurado varón! ¿acaso te ha persuadido Sócrates de lo que ahora poco ha dicho? ¿No sabes que es todo lo contrario de lo que él decía? Si en su presencia me atreviese yo a alabar a otro que a él, lo mismo fuese dios que hombre, no dejaría de poner sus manos sobre mí.

SÓCRATES - ¡Comienza con buen augurio!

ALCIBÍADES – Por Poseidon, no repliques a esto, porque no podría yo alabar a otro estando tú presente.

ERIXÍMACO - ¡Sea! Haznos, si te parece, el elogio de Sócrates.

ALCIBÍADES - ¿Qué dices? ¿Te parece que así conviene que lo haga? ¿Acometeré a este hombre y me vengaré de él delante de vosotros?

SÓCRATES – (A Alcibíades) - ¿Qué piensas hacer? ¿Vas a elogiarme en sentido burlesco? ¿Qué te propones?

ALCIBÍADES – Decir la verdad, si es que lo consientes.

SÓCRATES – Consiento que digas la verdad y te exijo que la digas.

ALCIBÍADES – Enseguida; pero te ruego que si en algo no la digo me interrumpas, si quieres, y digas que aquello es falso y rectifiques mis errores, porque a sabiendas no he de mentir. Sin embargo, si paso de una cosa a otra, según me venga a las mientes, no te admires, porque no es fácil al que se halla en mi estado exponer con soltura e ingenio tus originalidades.

Tendré que recurrir a las imágenes, amigos míos, para hacer el elogio de Sócrates. Tal vez crea éste que es por ridiculizarle; pero mis símiles tienen por objeto la verdad y no la burla.

Desde luego digo que Sócrates se parece mucho a los silenos que hay en los talleres de los escultores, a los cuales, a los cuales ellos representan con caramillos y flautas, y que si los abris por medio veréis que tienen dentro las imágenes de los dioses. Y digo más: digo que te pareces especialmente al sátiro Marsyas. En cuanto a lo exterior, ni tú mismo puedes dudarlo. A la vista está. Por lo que toca al interior, te pregunto: ¿eres un burlón desvergonzado, o no? Si no confiesas, presentaré testigos. ¿No eres también un flautista más admirable que él? Marsyas deleitaba a los hombres con las melodías que con sus labios sacaba de los instrumentos, y hoy deleitaría también el que de nuevo las tocase. Y digo Marsyas, porque yo creo que lo que se atribuye a Olimpos era de Marsyas, porque éste se lo enseñó. Aquellas melodías, sea bueno o malo el flautista que las toque, tienen por sí solas la virtud de arrebatarnos nuestro ánimo, y, por ser divinas, dicen quiénes son los que tienen necesidad de los dioses y de sus iniciaciones.

Únicamente te diferencias de Marsyas en que sin instrumentos, sólo con tus discursos, haces lo mismo. Cuando oímos perorar a otros, aunque sean buenos oradores, no nos interesan sus discursos; pero cuando te oímos a ti o a otro que refiere los tuyos, aunque los pronuncie mal, todo el que los oye, mujer, hombre o muchacho, queda sorprendido y cautivado.

Si no temiese, amigos míos, que me habríais de creer completamente ebrio, os diría, bajo juramento, lo que he experimentado y experimento todavía con los discursos de este hombre.

Cuantas veces le oigo, siento palpar mi corazón con más agitación que la de los coribantes, y se me arrasan los ojos de lágrimas, lo que también acontece a quienes experimentan las mismas emociones. Cuando yo oía a Pericles y a otros buenos oradores gozaba, desde luego, de su elocuencia; pero no me pasaba nada semejante, ni se turbaba mi alma, ni se indignaba contra sí propia por sentirse servilmente esclavizada. Pero este Marsyas me ha puesto muchas veces en tal disposición, que he llegado a creer que vivir como vivo no es vivir. Ahora mismo estoy seguro que de prestarle oídos no podría resistirle sin que me volviésemos a ocurrir semejante cosa.

Este hombre me obliga a reconocer que falto yo de tantas cualidades me preocupó, sin embargo, de los intereses de los atenienses. Y he de cerrar por fuerza mis oídos a sus palabras y escapar, como a los cantos de las sirenas, para no quedarme a su lado hasta envejecer. Sólo ante este hombre he experimentado un sentimiento del que no se me creería capaz: la vergüenza. Solamente ante él me lleno de rubor, porque tengo conciencia de que no he de poder contradecirle en lo que mande, aunque al dejarlo ceda yo luego a los favores del pueblo. Huyo de su lado y evito su encuentro, así, llenándome de vergüenza al volverlo a ver, porque no he cumplido mis promesas. Le vería con gusto desaparecer de las gentes; pero si esto ocurriera, tengo la seguridad de que sería yo mucho más desgraciado todavía; de modo que no sé como tratar a este hombre.

He ahí las impresiones que sobre mí y tantos otros ejercen las modulaciones de la flauta de este sátiro.

Ved ahora cómo se asemeja a aquéllos con quienes le he comparado, y qué poder tan admirable tiene. Seguros estáis todos de no conocer a fondo a este hombre. Yo os le mostraré, ya que he empezado.

Notad la pasión que Sócrates siente hacia los jóvenes hermosos; ved cómo siempre está entre ellos y hasta qué punto embelesado, y ved también cómo exteriormente parece que todo lo ignora y nada sabe. ¿No son así los silenos de los talleres, por ventura? Seguramente. Tiene toda su apariencia exterior; pero si abrís su interior, ¿no veis, queridos convidados, cuánta prudencia rebosa? Sabed que no le importa nada que uno sea bellaco; eso lo desprecia hasta un extremo que no podréis sospecharlo nunca.

Tampoco tiene en cuenta la riqueza ni ninguna de esas ventajas que el vulgo celebra. No da ningún valor a esos bienes, como a nosotros que los estimamos, y pasa su vida en una ironía continua, burlándose de los hombres. Pero cuando habla en serio y abre su interior, no sé si alguno ha visto las preciosidades que contiene. Yo las vi hace tiempo y me parecieron tan divinas y de tanto precio, tan soberanamente bellas y admirables, que es menester hacer al punto lo que demanda Sócrates.

Creendo de todas veras que se interesaba por mi hermosura, lo tuve por una fortuna y pensé que se me presentaba una ocasión excelente para complacerle, oyendo yo de él cuanto sabía. No puede pensarse lo orgulloso que estaba yo con mi hermosura. Con este pensamiento, renunciando a la costumbre de estar ante él acompañado, me quedaba a solas.

Os debo toda la verdad, pero prestadme atención, y rectifica, Sócrates, si miento. Hallábame, ¡oh amigos míos!, a solas con él y creía que al punto me diría aquello que un amante suele decir a su amado cuando se hallan en tal caso, regocijándome con esa esperanza. Pero nada de eso pasó. Sócrates conversó como de costumbre, y después de haber pasado el día conmigo se marchó. Después de esto le propuse que hiciésemos juntos ejercicios gimnásticos, esperando adelantar algo. Los hicimos; sin testigos luchamos muchas veces. ¿Y para qué decir más? Tampoco adelanté nada. Viendo que por este medio no lograba nada, me pareció que debía acometer con más fuerza, y que no debía desistir, ya que había comenzado. Como un amante que tiende un lazo a su amado, le invité a cenar conmigo. De primera intención rehusó; pero después de algún tiempo accedió a ello. Cuando aceptó por primera vez, quiso retirarse después de la cena, y en aquella ocasión, por vergüenza, le dejé marchar. Tendí de nuevo mis redes, y otra vez, después de haber cenado, prolongué la conversación hasta muy adelantada la noche, y cuando quiso ausentarse, pretextando que era tarde, le obligué a quedarse. Se acostó sobre de un lecho próximo al mío, sobre el mismo en que había cenado, y nadie más que los dos dormía en aquella habitación.

Hasta aquí todo puede decirse delante de cualquiera; pero lo que desde aquí en adelante voy a decir no lo oiréis si no fuese porque, como dice el proverbio, los niños y los borrachos dicen las verdades. Sería, además, injusto callar el hecho más relevante de Sócrates cuando estoy haciendo su elogio. Me encuentro también en una situación análoga a la del que ha sido mordido por una víbora. Dicen que el que lo ha sido no quiere decir a nadie su mal, sino a los que también han sido mordidos, porque sólo ellos conocen el mal y le han de perdonar que se atreva a hacer y decir cualquier cosa por efecto del dolor. Pues bien, yo he sido mordido por lo que produce un dolor muy agudo y en la parte más dolorosa que puede ser mordido uno, porque he sido picado y mordido en mi corazón o en el alma, o como quiera llamarse, por los razonamientos de la

filosofía, más crueles que las mordeduras de una víbora, cuando se apoderan de un alma joven. Viendo a Fedro, Agatón, Erixímaco, Pausianas, Aristodemo, Aristófanes, sin hablar de Sócrates, y a todos los demás, participando del delirio y manía por la filosofía, no vacilaré en proseguir mi relato, porque perdonaréis mis actos de ayer y mis palabras de hoy. Vosotros, los domésticos, y si hay alguno otro rústico y profano, cerrad vuestros oídos con las puertas más recias y pesadas.

Una vez apagada la lámpara y los esclavos fuera, me pareció que no debía hablarle con ambages, sino decirle con toda libertad lo que pensaba. Y tocándole, dije: ¿Duermes, Sócrates? – No, respondió él. - ¿Sabes lo que he pensado? - ¿Qué? – Creo, repuse, que eres el único amante digno de mí, y parece que tienes reparo en que llegue este instante. Por mi parte estimo que sería una sinrazón no complacerte, así en esto como en cualquier otra cosa que necesites de mi fortuna o de mis amigos. Nada más arraigado hay en mí que el deseo de perfeccionarme, y pienso que a este fin no hay auxiliar más a propósito que tú. Me avergonzaría más de las censuras de los hombres sensatos por no complacer a un hombre como tú, que de las de los necios y el vulgo por haberte complacido. Cuando oyó esto, con la ironía y vivacidad que le son peculiares, dijo: - ¡Oh querido Alcibíades! Me parece, de veras, que no eres ningún necio, si es verdad lo que dices de mí, y si verdaderamente tengo la facultad de mejorarte. Para que así sea es preciso que hayas visto en mí una belleza maravillosa e infinitamente superior a la hermosura de tu juventud. Si ese conocimiento te lleva a comunicar conmigo y a cambiar belleza por belleza, es que piensas obtener más ganancia que yo, y no poca; pues en vez de belleza aparente pretendes poseer belleza verdadera, y en realidad piensas cambiar cobre por oro. Pero, ¡Oh afortunado joven!, reflexiónalo bien, no sea que se te haya ocultado que nada valgo. Los ojos del entendimiento no comienzan a ver con más penetración, sino cuando los del cuerpo se debilitan, y tú no estás en esa edad todavía. – Tales son, sin embargo, mis sentimientos, repuse; resuelve por tu parte lo que juzgues mejor para ambos. – En eso dices bien, respondió, porque en lo sucesivo deliberaremos de común acuerdo y haremos lo que mejor nos parezca, así en esto como en lo demás. Después de esta conversación, juzgándole como traspasado por un dardo, me levanté y sin permitirle decir una palabra más me envolví en este manto, pues era invierno, me recliné sobre el miserable de este hombre, y tendiendo mis brazos en torno de este varón, verdaderamente divino y admirable, pasé a su lado toda la noche. Y en esto tampoco dirás, Sócrates, que miento. Hasta tal grado, a pesar de haber hecho todo esto, triunfó Sócrates de mi hermosura, la despreció, se burló de ella y la ultrajó; y sin embargo creía que yo que era de algún valor, ¡oh, jueces!, porque jueces sois de esta soberbia de Sócrates. Tened por cierto, y lo juro por los dioses y las diosas, que después de

haber dormido con Sócrates me levanté como lo hubiera hecho con mi padre o un hermano mayor.

Desde entonces comprenderéis cuáles han debido ser mis sentimientos frente a él. De un lado, me veía despreciado; de otro, admiraba su carácter, su templanza y su fortaleza, y pensaba que había encontrado un hombre como no podía hallarse otro ninguno ni en prudencia, ni en imperio sobre sí. Con tales pensamientos no podía irritarme contra él y privarme de su trato ni buscar medio de reducirle. Sabía perfectamente que era mucho más invulnerable a las riquezas de Ajax a la lanza, y veía que me había frustrado también el único medio por el que había pensado cautivarle. No sabía qué hacer y erraba en torno suyo subyugado por él como jamás lo ha sido nadie por hombre alguno. Tales fueron mis relaciones con él cuando, en esas cosas, hubimos de hacer la expedición a Potidea, encontrándonos como camaradas. Allí, en el resistir de las fatigas, no sólo me superaba a mí, sino a todos los demás. Cuando nos veíamos reducidos a no tener qué comer, como suele ocurrir en campaña, nadie le igualaba en soportarlo con valor. En los casos de abundancia era también el único en saber sacar partido; él, que de ordinario se abstenía de beber, cuando se le obligaba aventajaba a todos, y lo más sorprendente es que ninguno le ha visto ebrio jamás. Esto lo vais a comprobar muy pronto. Por lo que hace a soportar los rigores del frío – y allí eran muy crudos los inviernos – hacía cosas que maravillaban. Cuando las heladas eran más fuertes y todos los demás, o no salían de sus tiendas o, de hacerlo, iban bien abrigados y con los pies envueltos en telas de fieltro o en pieles de cordero, Sócrates salía y entraba con el mismo manto de costumbre, con los pies descalzos sobre el hielo, con la misma facilidad que los demás que iban calzados, y no tan seguramente que los soldados, creyendo que quería despreciarlos, le miraban de reojo. Tal fue Sócrates en Potidea.

Mas ved también lo que hizo este valiente. En una ocasión, como le viniese a la mente un pensamiento, se puso a meditar desde la aurora, y no habiendo obtenido resultado no desistió, sino que permaneció en pie y continuó meditando. Era ya medio día y los soldados que lo habían advertido se admiraban y decían: <<Sócrates está en pie desde la aurora, absorto en una meditación.>> Por último, cuando ya era de noche, unos soldados jonios, luego que cenaron, sacaron sus camas al fresco, por entonces verano, y se acostaron; pero al mismo tiempo observaban si Sócrates se pasaba de pie toda la noche. Efectivamente, se mantuvo allí de pie hasta la aurora, y después de salir el sol, adorándole, se retiró.

¿Queréis saber ahora cómo se comporté este hombre en los combates? Os lo diré, porque es justo darle lo que corresponde. Cuando se dio la batalla, por la cual los estrategas me adjudicaron el premio del valor, yo debí mi salvación a este hombre, que

viéndome herido no quiso abandonarme y me salvó con armas y todo. Yo aconsejé entonces a los estrategas, y no dirás que miento, Sócrates, que te diesen el premio del valor; pero cuando aquéllos, atendiendo más a mi dignidad, querían premiarme a mí, mostraste más empeño que ellos mismos en que fuera yo el premiado que tú.

Pero más debe admirarse, amigos míos, a Sócrates cuando nuestro ejército hizo la retirada de Delio. Yo iba a caballo y él a pie. En dispersión ya los soldados, venían juntos Sócrates y Laches; me encontré por casualidad con ellos, y al verlo les exhorté a que tuviesen buen ánimo, diciéndoles que no les abandonaría. Entonces se me ofreció mejor ocasión que en Potidea de admirar a este hombre, ya que yendo yo a caballo tenía menos que temer. Desde luego observé que Sócrates tenía más serenidad que Laches, y además me pareció, ¡oh Aristófanes! (y esta frase es tuya), que también allí, como en Atenas, “marchaba con majestuosa arrogancia y con la mirada torva y fija”, mirando con serenidad, ya a los nuestros, ya a los enemigos; mostrando claramente a todos que si alguno se atreviese a atacarle sería rechazado con energía. Gracias a esa actitud, él y su compañero hicieron la retirada seguramente. En la guerra, en efecto, no se ataca, de ordinario, a los que muestran tal disposición, y se persigue, en cambio, a los que huyen en precipitada fuga.

Podéis añadir en elogio de Sócrates otros muchos hechos análogos; pero por lo que es digno de admiración es porque no se asemeja a ningún hombre, así antiguo como moderno. Porque, por ejemplo, con Aquiles se podría comparar a Brasidas, a Nestor con Pericles, a Antenor con otros, y de esta misma manera entre sí a muchos más. Pero un hombre tan original como éste, así en su persona como en su discurso, ni aún buscándolo puede encontrarse que se le aproxime, así entre los pasados como entre los presentes, salvo que se le compare, así a él como a sus discursos, como yo lo hago, no con ningún hombre, sino con los silenos y los sátiros.

Y esto es precisamente lo que he omitido antes: sus discursos son muy semejantes a los silenos de los escultores, que se abren por el medio. Porque cuando uno oye sus discursos, en los primeros momentos le parecen grotescos, pues están vestidos con tales palabras y frases que son como la piel de un insolente sátiro. Tiene siempre en boca las frases: asno con albarda, herreros, zapateros, curtidores, y parece que dice siempre las mismas cosas con los mismos términos, de suerte que cualquier ignorante se reiría de sus discursos. Pero si alguno los ve abiertos y penetra en el fondo de ellos, hallará en primer lugar que entre todos los discursos los suyos tienen un sentido más profundo, verá que son divinos, que contienen muchas imágenes de virtud y que comprenden cuanto conviene que medite el que aspira a ser apuesto y virtuoso.

Esto es, amigos míos, cuanto tengo que decir en elogio de Sócrates, y también en son de queja, pues en la alabanza a él he mezclado las ofensas que me ha hecho. Pero no

solamente ha obrado conmigo así, sino también con Carmidas, hijo de Glaucon; con Eutidemo, el de Diocles, y con otros muchos a los cuales engañó aparentando ser amante, llegando a ser así amado. Por lo cual te advierto a ti, Agatón, que no te dejes engañar también, que te cures en salud, aprendas de lo que he sufrido y no te conduzcas como el necio que, según dice el proverbio, no escarmienta en cabeza ajena.

Todos se ríen de la franqueza con que ha hablado ALCIBÍADES, que, naturalmente, parece prendado de amor de SÓCRATES.

SÓCRATES – Me parece, Alcibíades, que no estás hoy embriagado. De otro modo, no hubieras dado este rodeo con tanta sagacidad y entendimiento, encubriendo el objeto principal, del que incidentalmente, encubriendo el objeto principal, del que incidentalmente has hablado al final de tu discurso, como si todo lo que has dicho no fuese encaminado a enemistarnos a Agatón y a mí, porque piensas que sólo debo amar a ti y no a ningún otro, y que Agatón debe ser amado de ti y no de otro alguno. Pero... no has logrado ocultarlo, pues tu drama satírico y silénico lo ha puesto de manifiesto. Mas, amigo Agatón, obra de modo que éste no obtenga resultado y prepárate para que nadie pueda enemistarnos.

AGATÓN – Acaso sea verdad, Sócrates, lo que dices, y lo sospecho, porque Alcibíades vino a sentarse entrambos para tenernos separados. Pero nada adelantará con eso, porque voy a sentarme a tu lado.

SÓCRATES - ¡Perfectamente! Ven y siéntate aquí.

ALCIBÍADES - ¡Por Zeus! ¡Qué cosas tengo que sufrir de este hombre! Cree sin duda que en todo debo ser vencido. Pero permite, admirable Sócrates, que por lo menos Agatón se siente entre los dos.

SÓCRATES - ¡Imposible! Tú has hecho mi elogio y yo debo elogiar al que está a mi derecha. Si Agatón se sienta junto a ti, no es justo que él haga también mi elogio antes de ser alabado por mí. Déjalo y no tengas envidia, amigo mío, de que alabe a este joven, porque deseo vivamente hacer su elogio.

AGATÓN – No, no hay medio de que yo permanezca aquí; antes bien, estoy resuelto a cambiar de asiento para ser alabado por Sócrates.

ALCIBÍADES - ¡Esto es lo de siempre! Estando Sócrates presente, es imposible que ninguno tenga partido entre los jóvenes bellos. Ved con qué facilidad encontró un argumento persuasivo para que Agatón se siente a su lado.

Se levanta AGATÓN para ir a sentarse al lado de SÓCRATES; pero de pronto penetra en el salón una turba de bebedores, que beben y hacen beber a los convidados.

EPÍLOGO

En las afueras de Atenas

APOLODORO, UN AMIGO suyo y el CORO

APOLODORO (*Continuando su discurso.*) – Sí; de pronto legó a las puertas una turba de bebedores, y encontrándolas abiertas, porque salía uno de los invitados, entraron y se sentaron a la mesa. Todo se llenó de confusión y de desorden, y obligaron los irruptores a beber vino sin regla ni medida.

Erixímaco, Fedro y algún otro se retiraron. Yo, cogido por el sueño, estuve durmiendo bastante tiempo. Ya sabéis que en esa estación son muy largas las noches, y me desperté al venir el día, cuando ya cantaban los gallos. Al despertarme vi que unos estaban durmiendo y que otros habían desaparecido. Solamente estaban despiertos Agatón, Aristófanes y Sócrates, que bebían por turno, de izquierda a derecha, en una crátera grande.

Sócrates discutía con ellos.

No recuerdo los pormenores de la conversación, porque como estaba dormitando sólo pude saber de ella al final. El resumen del debate fué que Sócrates obligó a sus interlocutores a confesar que es propio de un mismo hombre saber hacer tragedias y comedias, y que el que tiene talento para ser autor trágico lo tiene también para ser cómico. Forzados a convenir con ello, apenas podrían seguir ya la conversación y comenzaban a dormirse. Aristófanes cayó el primero, y Agatón luego, cuando alboreaba; Sócrates, dejándolos dormidos, se levantó y se marchó acompañado por mí, según costumbre.

Llegó al Liceo, se bañó, dedicó el resto del día a sus quehaceres, y después, al caer la tarde se retiró a descansar.

TELÓN

TEXTO ADAPTADO: *El banquete de Platón para audiolibro:*

PRÓLOGO

—Creo que conozco el asunto sobre el cual me preguntáis —exclamó Apolodoro mientras se dirigía hacia Atenas junto a unos amigos—, porque justamente yendo yo hace unos días desde mi casa de Falereo a la ciudad, me llamó un conocido desde lejos y, bromeando por mi lento andar, gritó:

« —Eh, Apolodoro, no corras tanto, espérame.

Me paré y aguardé.

—Precisamente —dijo— hace poco te buscaba, porque quería que me contaras los discursos sobre el Amor que se pronunciaron en el banquete que tuvieron Sócrates, Agatón, Alcibíades y los demás que asistieron a la cena; me lo contó uno que lo había oído a Fénix, el hijo de Filipo, y sin poder concretar más, añadió que tú lo sabías. Cuéntamelo, porque es justo que me des a conocer las palabras de tu amigo. Pero antes dime, ¿tú estuviste o no?

—En verdad —respondí— el que te ha hallado, por lo visto, nada te ha contado con certeza cuando crees que esa fiesta se ha efectuado hace poco y que yo he podido asistir a ella.

—Sí; lo creía.

—¿Y de dónde sacas eso, Glaucón? ¿No sabes que Agatón hace ya muchos años que no ha venido a Atenas, que yo trato a Sócrates sólo desde hace tres años y que procuro más y más cada día saber cuánto hace y dice? Antes de eso yo iba a la deriva, de aquí para allí, creyendo obrar razonablemente, siendo, en realidad, mucho más infeliz que nadie por pensar, como tú piensas ahora, que uno debe hacer cualquier cosa antes que filosofar.

—Déjate de bromas —dijo—, y dime cuándo fue esa reunión.

—Siendo yo niño aún, cuando Agatón obtuvo el premio por su primera tragedia, y al día siguiente de celebrar con sus coristas los sacrificios por su triunfo.

—Mucho tiempo hace, según eso. ¿Quién te lo contó entonces? ¿Fue el mismo Sócrates?

—No, por Zeus, sino el mismo que a Fénix: uno llamado Aristodemo de Cidateneo, bajito, y que iba siempre descalzo. Había estado en la reunión, y creo que era uno de los que más amaban a Sócrates entre todos los de su tiempo. Pero también pregunté luego a Sócrates sobre algunas cosas que aquél me dijo y estuvo de acuerdo con lo que me había referido Aristodemo.

—¿Y por qué no me lo cuentas? —me dijo— El camino que hemos de andar hasta la ciudad es muy a propósito para ello.»

Echamos a andar y fuimos hablando de ello por el camino, de modo que, como os dije al principio, sé de memoria el asunto. Si queréis que también os lo cuente a vosotros, lo haré con gusto.

»Cuando hablo de filosofía u oigo hablar de ella a los demás, no sólo encuentro provecho, sino que hasta siento placer. Cuando oigo, en cambio, conversaciones de otro género, sobre todo las de vosotros, los ricos y hombres de negocios, siento disgusto y os compadezco, porque pensáis, amigos míos, que hacéis algo bueno y no hacéis nada. Vosotros también pensaréis que yo soy un desdichado, en lo cual me parece que tenéis razón. Pero yo no sólo lo pienso de vosotros, sino que, además, estoy seguro de ello.

—Eres siempre el mismo, Apolodoro —exclamó uno de sus amigos—. Hablas tristemente de ti, de los demás, y ya sospecho que tienes por desgraciados a todos los hombres, empezando por ti; a todos menos a Sócrates. Has adquirido esa fama de maníaco no sé por qué; pero lo cierto es que siempre eres así en tus discursos. Tratas agriamente a todos, igual a ti que a los demás. Salvo, siempre, a Sócrates.

—Cierto, amigo mío —contestó Apolodoro—. Pensando así de mí mismo y de los otros, desvarío y estoy loco.

—Bien; no disputemos ahora por ello y haz el favor de contarnos cómo fueron los discursos que te hemos pedido.

—Pues fueron, poco más o menos, así. Pero procuraré contároslo todo desde el principio, tal como Aristodemo lo refirió. Fue de este modo.

ESCENA PRIMERA

Sócrates andaba por las calles de Atenas. Limpio y aseado, como el que acaba de tomar un baño, ese día se había calzado con sandalias, contra su costumbre. Se encontró con Aristodemo que se dirigió a él:

—¿Dónde vas tan engalanado, Sócrates?

—Voy a cenar a casa de Agatón —respondió Sócrates—. No quise ir ayer a la fiesta de los sacrificios en celebración de su triunfo, temiendo a la gente; pero le prometí que asistiría hoy a la cena. Me he engalanado por eso, para ir elegante a casa del elegante. Y tú, ¿estás dispuesto a venir, aunque no te hayan invitado?

—Si tú lo mandas.

—Pues vente, para que no sea cierto el proverbio y lo cambiemos diciendo: «al convite de los buenos van los buenos, aun sin ser convidados».

»Por cierto, —continuó Sócrates— Homero no echó por tierra el proverbio, sino que lo despreció. En su poema, después de presentarnos a Agamenón, distinguido y esforzado en los combates, y a Menelao, flojo y mal guerrero; cuando Agamenón celebra un banquete después de un sacrificio, hace que Menelao vaya a la cena sin ser invitado. Es decir, sienta a un cobarde a la mesa de un valiente.

—Quizá me esponga a no ser como tú dices —replicó Aristodemo—, sino como dice Homero, y siendo un ignorante vaya al convite de un sabio sin ser invitado. Pero tú me llevas y me disculparás, ¿no es eso? Porque yo no digo que voy sin ser llamado, sino convidado por ti.

—Ya que vamos juntos, antes de llegar veremos lo que hemos de decir. Vamos.

Anduvieron juntos, quedándose Sócrates un poco rezagado, sumido en sus propios pensamientos. Aristodemo quiso aguardarle, pero Sócrates le indicó que siguiera adelante.

ESCENA SEGUNDA

Una vez llegaron a la casa de Agatón, encontraron la puerta abierta de par en par, concurrida por el ir y venir de esclavos y criados. Uno de estos, al notar la presencia de Aristodemo, salió a su encuentro y lo condujo al interior donde reinaba un ambiente animado y festivo.

ESCENA TERCERA

—Llegas a tiempo, Aristodemo, para que cenes con nosotros —exclamó Agatón al ver a éste entrar por la puerta—; pero si te trae otra cosa, déjalo para mejor ocasión. Ayer estuve buscándote, por cierto, para invitarte y no te pude hallar. Pero ¿no viene contigo Sócrates?

Aristodemo volvió la cabeza a varios lados buscando al maestro, y al no encontrarlo a su lado exclamó:

—Sí...no. Ha venido conmigo mismo... ¡Si he sido invitado precisamente por él a la cena!

—Has hecho bien; pero ¿dónde está? —insistió Agatón.

—El caso es que venía hace un momento detrás de mí. Me extraña. No sé dónde podrá estar.

Agatón se dirigió entonces a un esclavo:

—Busca a Sócrates y hazle entrar. Tú, Aristodemo, siéntate ahí, junto a Erixímaco.

Mientras lavaban los pies a Aristodemo, según la costumbre en estos casos, el esclavo que había salido en busca de Sócrates volvió a la estancia y dijo:

—Sócrates se ha metido en una habitación inmediata y no quiere venir.

—Qué cosas más raras dices —replicó Agatón—. Anda, llámale, y no le dejes hasta que venga.

Aristodemo interrumpió a Agatón diciendo:

—Dejadlo, tiene esa costumbre. A veces se queda en cualquier sitio y se detiene un momento. Pero vendrá enseguida. No le molestéis. Vendrá.

Agatón, no muy convencido, contestó:

—Bien; dejadlo. Si lo crees así...Pero vosotros, muchachos —dijo dirigiéndose a los esclavos—, servid la comida a los demás. Poned en la mesa lo que queráis, puesto que nadie os dirige ni yo lo he hecho nunca. Haced como si yo, y todos, hubiéramos sido invitados a cenar por vosotros, y cuidad de que todo esté con esmero, para que os prodiguemos nuestras alabanzas.

Tras este breve diálogo, los invitados se acomodaron en los triclinios y los esclavos empezaron a servir. Agatón llamó a un esclavo para darle un recado, pero Aristodemo

volvió a intervenir para disuadirle. Mientras avanzaba la cena entre risas y chanzas, Agatón volvió a intentar mandar a un esclavo a buscar a Sócrates pero, de nuevo, Aristodemo se lo impidió.

Cuando, por fin, apareció Sócrates, Agatón se levantó y se acercó a él:

—Sócrates, ven y siéntate a mi lado, para que se me pegue algo de tu meditación en el vestíbulo. Indudablemente has encontrado lo que buscabas y lo tienes ya, porque de otro modo no hubieras venido aún.

Sócrates se sentó al lado de Agatón y replicó:

—Bueno sería, Agatón, que la sabiduría fuera de tal naturaleza que por el simple contacto de unos con otros corriese desde el más lleno al más vacío, como el agua entre dos copas por una cinta de lana.

»Si la sabiduría fuera así, valoraría mucho estar sentado junto a ti, porque imagino que habría de verme lleno de la abundante y clarísima sabiduría que posees.

»La mía es de poco valor. Muy dudosa. Es como un ensueño; mientras que la tuya, magnífica y esplendorosa ya desde tu juventud, ha brillado anteayer, haciéndose ilustre ante más de treinta mil helenos.

—Burlón estás, Sócrates —dijo Agatón—; pero ya veremos eso más despacio los dos luego, sirviéndonos Dionisios de juez. Pero ahora, cena.

Sócrates, bien acomodado junto al anfitrión, cenó como los demás. Tras hacer las libaciones, beber y entonar los himnos a Zeus, Pausanias empezó a hablar:

—Veamos, amigos míos, de qué modo hemos de beber sin que nos haga daño. Yo, lo confieso, me encuentro molesto por lo mucho que bebimos ayer y necesito un poco de descanso. Creo que a vosotros os pasa lo mismo, porque también asististeis ayer a la fiesta; de manera que veamos cómo podremos beber sin inconveniente.

—Dices bien, Pausanias —intervino Aristófanes—; hemos de procurar moderarnos, porque yo también soy de los que ayer bebieron en exceso.

—Perfectamente —asintió Erixímaco—; pero falta consultar el parecer de uno. ¿Cómo te encuentras, Agatón?

El aludido afirmó encontrarse en la misma situación que los demás, entonces continuó Erixímaco:

—Tanto mejor para Aristodemo, para Fedro y para los demás si vosotros os dais por vencidos, siendo tan valientes, porque nosotros somos siempre ruines bebedores. No hablo de Sócrates, que bebe siempre lo que le place y no le importa lo que proponemos. Así, ya que no hay nadie con deseos de excederse, seré menos inoportuno si os digo unas cuantas verdades sobre la embriaguez. Mi experiencia de médico me ha probado perfectamente que es funesto para el hombre el exceso de la bebida. Evitaré siempre este exceso en cuanto pueda y jamás lo aconsejaré a los demás... sobre todo cuando su cabeza está aún mareada por la orgía de la víspera.

En este punto intervino Fedro:

—Yo acostumbro a suscribir tu opinión sobre todo lo que se refiera a medicina; y en este momento también los demás, si lo reflexionan bien.

Después de estas palabras todos acordaron en que se debe beber, asintiendo a las palabras de Fedro, no para embriagarse, sino para gozar del vino.

—Convenido en que cada uno beba cuanto quiera —continuó Erixímaco— y no se obligue a nadie; propongo, además, que se despida a la joven flautista que hace poco entró, y que toque para sí o, si lo prefiere, para las mujeres que están allá dentro. Nosotros charlaremos, y si queréis indicaré sobre qué asunto podemos hablar.

Todos estuvieron de acuerdo y animaron a Erixímaco a proponer un tema:

—Comenzaré por este verso de *La Melanipa*: «Lo que voy a decir no es cosa mía», ya que la idea es de Fedro.

»Fedro me dice muchas veces: «¿No es curioso que los poetas hayan dedicado himnos y canciones a todos los dioses menos al Amor, siendo tan grande y excelente dios? En las obras de los sofistas de más mérito, como en las del doctísimo Pródico, se ven elogios de Heracles y de otros. Es más: he encontrado un libro de un hombre sabio, en el que se hacen grandes alabanzas a la sal por la utilidad que suministra. Y por este estilo podría citar la celebración y elogio de muchas cosas de este género».

»Creo que Fedro tiene razón al decir que muchos han puesto gran cuidado en ocuparse en esos asuntos y que ninguno se ha atrevido a celebrar dignamente el Amor, dejándolo en el olvido. Deseo pagarle por eso mi tributo, y me parece que los que estamos reunidos aquí podemos honrar al postergado dios. Si os parece bien, éste puede ser el tema de nuestra conversación. Cada uno debe pronunciar, lo mejor que pueda, un elogio al Amor, comenzando de izquierda a derecha, debiendo empezar Fedro, puesto que está sentado el primero y es también el autor de esta idea.

—Ninguno, Erixímaco, votará en contra —dijo Sócrates—. Yo, que hago gala de saber las cosas sólo por amor, no podré oponerme a ello. Agatón y Pausanias no renunciarán a ello, y Aristófanes, que tiene a Dionisios y a Afrodita por toda ocupación, tampoco, así como ninguno de los presentes

»Pero no es la cosa igual de justa para los que estamos sentados los últimos. Sin embargo, nos daremos por satisfechos si los que están delante hablan bien. Que comience Fedro y elogie al Amor.

Asintieron los asistentes y tras un breve silencio empezó Fedro con su discurso:

—Gran dios es el Amor y digno de admiración, así entre los hombres como entre las divinidades, por muchos y diversos motivos; pero, sobre todo, por su origen, porque es el más antiguo de los dioses. Tanto, que no tiene padre ni madre, ni hay nadie que se los dé. Hesíodo dice que primeramente existió el Caos, después apareció la Tierra con su seno inmenso, base eterna e inquebrantable de todas las cosas...y el Amor. De modo que, según el poeta, al Caos suceden la Tierra y el Amor. Parménides ha dicho que el Amor fue el primer dios concebido y Acusilao coincide con la opinión de Hesíodo. Hay como un acuerdo en que el Amor es el más antiguo de los dioses.

»También es de todos ellos el que hace más bien a los hombres. No conozco ninguna dicha mayor para un joven que tener un amante virtuoso, ni para un amante que amar un objeto virtuoso. Ni el nacimiento, ni los honores, ni las riquezas pueden inspirar al hombre como el Amor lo que necesita para vivir honradamente: la vergüenza del mal y la emulación del bien, sin cuyas cosas es imposible que un hombre o un Estado hagan jamás nada bello y grande. Así me atrevo a decirlo; un hombre que ama, si ha cometido una mala acción o no ha rechazado un ultraje, tiene más vergüenza de presentarse ante su amado que ante su padre, sus parientes o cualquier otra persona. Y lo mismo le sucede al amado, que jamás se presenta más confundido ante el amante como al cogerle en una falta.

»Un Estado o un ejército que por arte de encantamiento se compusiera de amantes y amados, llevaría como ninguno hasta sus límites el horror al vicio y la emulación por la virtud. Los hombres, unidos por un vínculo semejante, aunque fuesen pocos, podrían vencer al mundo entero. Porque si hay alguien de quien un amante no quiere ser visto desertado de filas o tirando las armas, es de quien ama. Un amante preferiría morir mil veces antes que abandonar a su amada viéndola en peligro y sin prestarla auxilio. No hay hombre tan cobarde a quien el Amor no haga valiente y transforme en héroe.

»Lo que dice Homero que inspiran los dioses audacias a ciertos hombres de guerra, puede decirse con más razón del Amor mismo que de todos los seres divinos. Sólo los amantes saben morir el uno por el otro.

»No sólo los hombres, sino las mujeres también han dado su vida por salvar a los que amaban. Un hermoso ejemplo lo ofrece Alceste, hija de Pelías, queriendo morir por su esposo, aunque éste tenía padre y madre. El amor del amante sobrepasó tanto al afecto por sus padres, que los declaró, por decirlo así, personas extrañas para su hijo y como si fuesen parientes sólo de nombre.

»Se han realizado en el mundo muchas acciones magníficas; pero es muy reducido el número de los que han rescatado del Infierno a los que han entrado en él. Sin embargo, la acción de Alceste pareció tan hermosa a los ojos de los hombres y de los dioses, que admirados éstos de su valor, la volvieron a la vida. ¡Tan cierto es que el Amor noble y generoso se hace estimar de los mismos dioses!

»Orfeo, hijo de Eagro, no fue tratado así, sino arrojado al Infierno, sin acceder a su petición. En lugar de devolverle su mujer, que andaba buscando, le presentaron un fantasma, una sombra de ella, porque como buen músico le faltó valor para morir por el ser amado. Lejos de imitar a Alceste, se las ingenió para bajar vivo a los Infiernos, por lo que, indignados los dioses, castigaron su cobardía haciéndole morir a manos de las mujeres. En cambio, honraron a Aquiles, hijo de Tetis, y le recompensaron, enviándole a las Islas de los Bienaventurados, porque habiéndole predicho su madre que si mataba a Héctor moriría en el acto, y aconsejado que volviera a la casa paterna, donde moriría cargado de años, Aquiles, sin dudar, prefirió la venganza de Patrodo a su propia vida, y quiso, no sólo morir por su amigo, sino también sobre su cadáver. Y los dioses le honraron más que a todos los demás hombres, mereciendo su admiración por el sacrificio que hizo en obsequio de la persona que le amaba.

»Esquilo se burla de nosotros cuando dice que el amado era Patrodo. Aquiles era más hermoso no sólo que éste, sino que todos los demás héroes. No tenía vello en el rostro aún y era mucho más joven, como dice Homero.

»Si los dioses aprueban lo que se hace por la persona que se ama, más estiman, admiran y recompensan lo que se hace por la persona de quien uno es amado. El que ama tiene algo más de divino que el que es amado, porque en su alma existe un dios. De ahí que haya sido tratado mejor Aquiles que Alceste, en las Islas de los Bienaventurados, después de su muerte.

»Concluyo que de todos los dioses el Amor es el más antiguo, el más augusto y el más capaz de hacer al hombre feliz y virtuoso en la vida y después de la muerte.

Tras un silencio, intervino Pausanias:

—No me parece bien, Fedro, la proposición que has hecho de que celebremos sencillamente al Amor. Hubiera sido justa, si no hubiera más que un Amor; pero ese dios no es uno, y como no es uno habría estado más en razón que nos hubieras dicho, desde luego, qué Amor teníamos que elogiar.

»Procuraré, pues, reparar esa falta tuya indicando primeramente qué Amor es el que debe elogiarse y haré luego una alabanza digna de ese dios.

»Todos sabemos que Afrodita va siempre acompañada del Amor. De modo que, si Afrodita es una, el Amor también debe ser uno, y puesto que hay dos Afroditas, debe haber también dos Amores. ¿Y quién puede dudar que existen dos Afroditas? Una, la mayor, hija de Uranos y sin madre, la llamamos Afrodita Celeste o Urania; otra, la más joven, hija de Zeus y de Dione, es la llamada Afrodita simplemente, la Afrodita vulgar. Existiendo ambas diosas, deben tener dos auxiliares, y es justo llamar así: al uno, Amor celeste, y al otro, Amor sólo o Amor vulgar. Mas como es conveniente que elogiemos a todos los dioses, procuraré exponeros el destino de cada uno de los Amores.

»Toda acción, como obra, en sí no es buena ni mala. Lo que estamos haciendo ahora: beber, cantar y conversar no es bueno ni malo por sí mismo, pero cualquier acción puede serlo por la manera como se cumpla. Resulta buena si se hace con belleza y justicia; es mala si se efectúa con iniquidad. Eso mismo ocurre al amar. Todo Amor no es por sí mismo loable y bello, sino que es bello el que nos lleva a amar con belleza. El Amor de la Afrodita corriente es un amor verdaderamente vulgar, no inspira otra cosa que acciones sin importancia: es el Amor que experimentan los hombres corrientes por el que se prendan, de buenas a primeras, tanto de las mujeres como de los jóvenes; es el que prescindiendo del alma se fija sólo en el cuerpo, por el que se atiende sólo a gozar, y no a vivir o no vivir en belleza; el que los convierte en las más estúpidas criaturas. Los que se entregan al azar en sus relaciones, lo mismo les da lo bueno que lo malo. Su amor procede más que de la diosa mayor, de la joven, de la Afrodita vulgar en cuya generación participaron un macho y una hembra. La Afrodita celeste no procede de mujer, ha nacido sólo de hombre, y el amor que sugiere no se enamora más que de los jóvenes. Servidor de una diosa de más edad y exenta de arrebatos, ese Amor, habiendo de amar un sexo naturalmente más robusto e inteligente, lleva al macho a quien puede inspirarlos.

»En el amor que los hombres tienen por los jóvenes es donde se reconoce los que incita el Amor celeste. No buscan así los que son demasiado muchachos, sino aquellos cuya inteligencia comienza a desarrollarse; es decir, a quienes ya les empieza a crecer la barba.

»Creo que los que se empeñan en ese Amor están dispuestos a quererse toda la vida, a pasarla en común y, de ningún modo, a engañar al amante inexperto, que han seducido como un niño, ni a ponerle en ridículo y a dejarle para precipitarse en brazos de otro. Convendría que hubiera una ley que prohibiera amar a los muchachos demasiado jóvenes, para que no se perdieran tantos esfuerzos en obtener un resultado incierto; porque incierto es el fin en que el vicio o la virtud, la mente o el cuerpo orientaran la evolución de la infancia. Las personas prudentes se imponen a sí mismas esa ley, pero habría que obligar a ella a los amantes vulgares, así como les obligamos, en cuanto podemos, a que no amen a las mujeres de condición libre. Éstos son los que han deshonrado el Amor, hasta el punto de que algunos se hayan atrevido a decir que era vergonzoso dispensar favores a un amante. Hablan reparando sólo en esos amantes vulgares y viendo su proceder e injusticia con sus amados; pues, sin duda, todo lo que se hace honesta y legítimamente no puede censurarse de ningún modo.

»No es difícil comprender las leyes sobre el amor de otros países, porque son precisas y claras. Sólo las costumbres de Atenas y Lacedemonia necesitan explicación. En Elida, y entre los beocios poco hábiles en el arte de la palabra, se admite fácilmente que uno otorgue sus favores a un amante. Nadie, joven ni viejo, lo encuentra vergonzoso. Y es preciso creer que en esos países está autorizada esa costumbre de allanar las dificultades y no tener que seducir a los amados por los artificios de la palabra de que son incapaces. En Jonia y en otras muchas partes donde se vive bajo el régimen de los bárbaros, semejante comercio se reputa infame. Y con la proscripción de este amor como cosa vergonzosa, se proscriben también entre los bárbaros la filosofía y la gimnasia; pues, según creo, no conviene a los que ejercen el mando que se forme entre los súbditos sentimientos elevados, amistades profundas y asociaciones, todo lo cual, y otras muchas cosas, sabe infundir el Amor. Por experiencia aprendieron esto nuestros gobernantes; porque el amor de Aristogitón y la firme amistad de Harmodio destruyeron su poder. Así es donde se ha establecido que es vergonzoso otorgar favores a los amantes, se ha hecho por maldad de los que hicieron las leyes; por ambición de los que mandan y por falta de energía varonil en los súbditos; y en donde el uso corriente lo autoriza como bueno, se ha hecho por excesiva indolencia de los legisladores.

»Entre nosotros, la legislación amorosa está sabiamente ordenada; pero, como he dicho, nuestras costumbres no son fáciles de comprender. Reflexionando se ve que admitimos mejor el amor públicamente que en secreto, y que es preferible enamorarse de los más nobles y virtuosos, aunque sean a veces menos bellos. Es sorprendente cómo se interesa todo el mundo por el triunfo del hombre que ama; se le anima, lo que no se haría si no se tuviese por cosa buena. Se le aprecia cuando ha triunfado y se le desprecia si no ha conseguido el triunfo. La costumbre permite al amante emplear medios mágicos para llegar a su objeto, y perdería la estimación de los sabios si se sirviese de ellos para otra cosa que no fuera hacerse amar. Porque si un hombre, con el fin de enriquecerse, de obtener un empleo o crearse una posición, se atreviera a tener por alguien la menor de las complacencias que tiene un amante para el que ama; si emplease las súplicas, si se valiese de las lágrimas y los ruegos, si hiciese juramento, si durmiese en el umbral de su puerta, si se rebajase a bajezas que un esclavo se avergonzaría hacer, ninguno de sus enemigos o amigos dejaría que se envileciera hasta ese extremo. Unos le echarían en cara su adulación y esclavitud; otros, ruborizados, procurarían corregirlo. Y todo esto, sin embargo, sienta maravillosamente a un hombre que ama. No sólo se admiten sus bajezas sin tenerlas por deshonorosas, sino que se le mira como un hombre que cumple con su deber; y lo curioso es que se quiere que los amantes sean los únicos perjuros que los dioses dejen de castigar, porque se dice que los juramentos de amor no obligan. Así, pues, los hombres y los dioses aseguran a los amantes una plena libertad, libertad que nuestras leyes locales consagran, estando todos persuadidos de que amar y prendarse de los que aman es seguir un uso bueno y corriente.

»Mas viendo también, por otra parte, a los padres imponer preceptores a sus hijos para impedir que hablen con los amados; a los amigos y compañeros insultar a esos jóvenes favoritos cuando les sorprenden en tales coloquios, y a los ancianos, no queriendo oponerse a esos insultos y al castigo de sus autores, ¿no se dirá, considerando esas costumbres, que nuestra ciudad mira como una vergüenza amar a los muchachos y ser amados de ellos? Semejante paradoja la resuelvo así: No es el amor una cosa sencilla. Como he dicho ya, las acciones no son, en sí mismas, bellas ni feas; son bellas, si se hacen en vista de lo bello; feas, si es lo feo quien las provoca. Así, es feo otorgar bajamente sus favores a un ser inferior, y es bello ofrecerlos bellamente al amor de un ser bello. Un ser bajo es para mí un amante vulgar que, más que del alma, está enamorado de la carne. Semejante amador no puede ser constante porque no ama nada constante, y así, en cuanto la flor de la carne se marchita, cesa de amar, vuela a otros amores y falta a su palabra y a sus promesas. El enamorado de un alma bella

permanece, en cambio, fiel durante toda su vida, porque ama una cosa permanente. Nuestras costumbres quieren que se examine al bien y lo bello antes de decidirse, que se busque el agrandar a los unos y evitar a los otros, y se nos exhorta por eso a buscar a unos y a escapar de otros, según se discierne y comprueba qué clase de amor siente el que ama y el que es amado. Convenimos así que es indigno el entregarse en seguida, y que no lo es ceder en el momento oportuno para entregarse de lleno. Es vergonzoso también entregarse a los ricos y a los poderosos, sea por temor o debilidad, ya por conseguir riquezas o situaciones políticas envidiables, porque tales razones para amar no tienen un fundamento sólido ni bastante duradero para engendrar un afecto generoso. Sólo resta un motivo por el que en nuestras costumbres se puede decentemente favorecer a un amante; porque, así como la servidumbre voluntaria de una amante hacía el objeto de su amor no se tiene por adulación, ni puede echársele en cara tal cosa, en igual forma hay otra suerte de servidumbre voluntaria que no puede reprenderse nunca, porque la escoge el hombre en vista de la virtud. Entre nosotros se admite que, si uno se somete a servir a otro con la esperanza de perfeccionarse en una ciencia o en cualquier virtud, semejante servidumbre no es vergonzosa ni se considera como adulación.

»Es preciso tratar al Amor como a la filosofía y a la virtud, y que sus leyes tiendan al mismo fin, si se quiere que sea honesto favorecer a aquel que nos ama; porque si el amante y el amado se aman mutuamente bajo una ley: que el amante, en reconocimiento de los favores recibidos, esté dispuesto a hacerle al que ama todos los servicios que la equidad le permita; y que el amado, a su vez, en recompensa de los cuidados de su amante para hacerle sabio y virtuoso, tenga con él todas las consideraciones debidas. Si el amante es verdaderamente capaz de dar ciencia y virtud al que ama y éste tiene verdadero deseo de adquirir instrucción y sabiduría; si todas estas condiciones se verifican, entonces sólo es decoroso conceder sus favores al que nos ama. El amor no puede permitirse por ninguna otra razón, y entonces no es vergonzoso verse engañado. En cualquier otro caso sí lo es, pues si con la esperanza de utilidad o de ganancia se entrega uno a un amante que se creía rico, que después resulta pobre, y que no puede cumplir su palabra, no es menos indigno, poniéndose en evidencia, demostrando que por el interés se arroja a todo, lo que no tiene nada de bello. Por el contrario, si después de haber favorecido a un amante a quien se creía hombre de bien, y con la esperanza de hacerle uno mejor por medio de su amistad, llega a resultar que no es tal y carece de virtud, no es deshonesto verse uno, en este caso, engañado; porque ha mostrado el fondo de su corazón y puesto en evidencia que, por

la virtud, y con la esperanza de llegar a una mayor perfección, es uno capaz de emprenderlo todo; nada más glorioso que este pensamiento.

»Es bello amar cuando la causa es la virtud. Ese amor es de la Afrodita celeste, y celeste por sí mismo es útil a los particulares y a las ciudades, puesto que obliga al amante y al amado a esforzarse en hacerse mutuamente virtuosos. Todos los demás amores pertenecen a la Afrodita corriente. He aquí, Fedro, todo lo que puedo decir así, improvisadamente, sobre el Amor.

En ese momento, Pausanias hizo una señalada pausa. Aristófanes se inclinó sobre la mesa para hablar, pero se detuvo y se dirigió a Erixímaco:

—Es preciso, Erixímaco, que me libres de este hipo o que hables en mi lugar hasta que haya cesado.

—Haré ambas cosas —respondió el aludido—. Hablaré en tu lugar, y cuando estés bien lo harás tú en el mío. Mientras, procura contener el aliento y cesará el hipo. Si continúa, haz gárgaras con agua, y si persiste, pellízcate la nariz, y estornudando te lo quitarás.

—Adelante. Habla, que te obedezco.

Empezó entonces Erixímaco su elogio del Amor:

—Ha comenzado muy bellamente su discurso Pausanias; pero no acabándolo como era debido, trataré de completarlo a mi manera.

»La distinción que ha establecido entre los dos Amores me parece bien hecha. Pero, gracias a la medicina, que es mi arte, creo haber descubierto que el Amor no reside sólo en el alma de los hombres para llevarlos hacia los más bellos entre sí, sino que reside también, para otros fines, en muchas cosas, como en el cuerpo de los animales, en todo lo que puebla la tierra y en todos los seres, pues por su brillo en todas las obras divinas y humanas he podido reconocer la grandeza y las maravillas de este dios. Comenzaré a demostrarlo por medio de la medicina para honrar también mi arte.

»La naturaleza de los cuerpos contiene los dos Amores. En efecto, el estado de salud y el de enfermedad son, de manera indiscutible, dos estados diferentes y desemejantes, y lo contrario ama y desea lo contrario. Además del amor que reside en el cuerpo sano hay el amor que vive en un cuerpo enfermo. El precepto que Pausanias acaba de enunciar: que es honesto conceder los favores a los hombres buenos y vergonzoso el entregarse a los perversos, es un precepto aplicable también al cuerpo. Bueno y necesario es complacer lo que hay de robusto y sano en cada organismo. En cambio, es vergonzoso favorecer lo que hay de malo y mórbido en él, no habiendo de tenerse

complacencia alguna para tales principios si uno quiere ser un médico experto. La medicina, definiéndola brevemente, puede decirse que es la ciencia de los amores de los cuerpos en lo que afecta a la plenitud y a la evacuación. El médico más hábil es el que sabe diagnosticar mejor si, para tales fines, tal amor es bueno o tal amor es malo. El que sabe trocar esos amores, cambiarlos uno por otro e infundir en el cuerpo donde no existe el amor que debe existir y expulsar el que hay, ese es el más perito en el arte, pues sabe provocar la amistad entre los elementos más enemigos e inspirar a todos un mutuo amor.

»Los elementos más enemigos entre sí son los más contrarios: el frío y el calor, lo amargo y lo dulce, lo seco y lo húmedo, y toda otra cosa semejante. Por haber sabido introducir el amor y la concordia entre todos esos contrarios es por lo que nuestro antecesor Esculapio, según dicen los poetas y yo mismo creo, instituyó nuestro arte. Toda la medicina, me atrevo a decir, está gobernada por este dios, que preside también la gimnasia y la agricultura. En el mismo caso está la música, siendo eso lo que Heráclito, quizá sin expresarlo con claridad, quiso decir, indicando que la unidad, oponiéndose a sí misma, se acuerda consigo como la armonía de un arco o de una lira. Heráclito habría proferido un gran absurdo si hubiera querido sostener que la armonía es una oposición o que resulta de elementos simultáneamente opuestos. Tal vez quiso decir que la armonía procede de elementos primeramente opuestos, como lo grave y lo agudo, acordada después por el arte músico. De lo grave y lo agudo, mientras se hallen entre sí desacordes, no puede surgir la armonía. En efecto, la armonía es una consonancia y la consonancia, un acuerdo; y un acuerdo de cosas discordes, mientras lo son, es imposible. Lo que discorda y no se pone en consonancia es imposible que armonice. Del mismo modo, las notas rápidas y lentas, primero en desacuerdo, acordándose después han originado el ritmo. Y el acuerdo entre todos esos contrarios es la música quien lo establece, engendrando entre ellos el amor y la concordia.

»La música puede definirse como la ciencia de los amores entre la armonía y el ritmo. En la constitución de ellos no es difícil encontrar el Amor. No se encuentran en ambos las dos clases de amores; pero cuando se trata de valerse del ritmo y de la armonía para crear, lo que se llama composición musical, o de usar acertadamente las melodías y cadencias ya creadas, que llamamos instrucción musical, la dificultad aumenta y hay necesidad de un artista excelente. Y aquí surge otra vez la doctrina anterior de que es preciso corresponder a los hombres virtuosos y conservar hacia los que tratan de serlo el amor honesto, el amor celeste, el amor de la musa Urania. En cuanto al amor vulgar que inspira Polimnia, conviene comportarse con él con cautela y de tal modo, que el placer que proporcione no produzca ningún desarreglo. En el arte médico constituye

una gran dificultad el gozar discretamente de los manjares delicados, de modo que se disfrute del placer sin daño para la salud. En la música, en la medicina y en todas las cosas divinas y humanas, debemos distinguir cuidadosamente uno y otro amor, porque los dos están en todo.

»En la misma constitución de las estaciones del año existen estos dos amores; porque cuando los elementos de que antes hablaba, el calor y el frío o la sequedad y la humedad, se unen en mutuo y moderado amor; guardan entre sí armonía, nace una temperatura media, traen consigo un año fértil, la salud para los hombres, para los animales, para las plantas y a nada dañan. Pero cuando el amor intemperante domina con violencia en las estaciones del año, destruye y daña muchas cosas. De ahí las pestes y tantas y tan diversas enfermedades en los animales y en las plantas.

»Las escarchas y el granizo nacen del predominio y desarreglo que reina en los amores de unos elementos sobre otros, y la ciencia que trata de estos amores, en lo que se refiere al movimiento de los astros y a las estaciones, se llama Astronomía.

»Además, todo el arte de los sacrificios, los ritos adivinatorios (ritos y artes que ponen a los hombres en relación con los dioses), no tienen más objeto que conservar el amor bueno y conjurar el malo. Toda impiedad nace de que uno no quiere agradar al amor ordenado, sino de aplicarnos a honrar, favorecer y reverenciar al desordenado, ya en las relaciones que afectan a nuestros padres vivos o difuntos, ya a los dioses mismos. Está encomendado al arte adivinatorio vigilar y cuidar estos dos amores, y producir, además, la amistad entre los dioses y los hombres por conocer lo que en las indicaciones humanas tiende a la justicia o a la impiedad. Así, pues, el Amor tiene un múltiple, un considerable, un universal poder. Pero el amor que, mediante la moderación y la justicia, cumple el bien, así en cuanto a los hombres como en cuanto a los dioses, tiene ese poder en mayor grado, nos procura la felicidad suprema y hace que podamos tratar unos con otros y con los dioses, que están por encima de todo. Quizá yo también, al elogiar al Amor, haya omitido muchas cosas; pero no habrá sido voluntariamente. Si he olvidado algo, es deber tuyo, Aristófanes, llenar ese vacío; y si piensas elogiarlo de otra manera, hazlo, ya que ha cesado tu hipo.

Aristófanes carraspeó y empezó a hablar:

—Ha cesado, en efecto, así que he estornudado, y en verdad me maravillo de que hayan sido necesarios un ruido y un cosquilleo como estos para restablecer *el orden en la armonía del cuerpo*, pues en cuanto empecé a estornudar, cesó el hipo.

—Mira bien, querido Aristófanes, lo que dices —intervino Erixímaco—. Empiezas ya burlándote, y me obligas a escucharte con atención por si dices algo ridículo.

Aristógenes se rió y dijo:

—Tienes razón, Erixímaco; ten mis palabras por no dichas, y no estés al acecho de las que sigan, porque me temo, no decir algo que haga reír, lo que me sería fácil y es natural de mi musa, sino decir algo que me sea ridículo.

—¿Después de lanzar el dardo quieres escapar? —contestó Erixímaco— Piensa bien lo que vas a decir, y habla como quien ha de dar cuenta de sus palabras. Tal vez así podré dejarte en paz.

Entonces empezó Aristófanes su discurso:

—Bien, Erixímaco, tengo intención de tratar este asunto de distinta manera que tú y Pausianas lo habéis hecho. Creo que, hasta ahora, los hombres han desconocido de todo punto el poder del Amor, pues de haberlo conocido le hubieran erigido magníficos templos y altares y ofrendado soberbios sacrificios, lo que ahora miso no se hace, debiendo hacerse mejor que con cualquier otro. Sin embargo, el Amor es el más humanitario de todos los dioses, el protector de los hombres y el médico salvador de todos los males, que una vez vencidos darían a la Humanidad la felicidad suprema. Trataré de explicaros cuál es su poder, y vosotros lo explicaréis luego a los demás. Pero antes de empezar conviene que conozcáis la naturaleza humana y los cambios que ha sufrido.

»La naturaleza humana en otro tiempo fue muy distinta de lo que es hoy. La Humanidad se dividía en tres géneros, y no en dos sexos, como vemos. Al lado de los sexos masculino y femenino había un tercer sexo compuesto de ambos, sexo que ha desaparecido, pero cuyo nombre subsiste. Era el andrógino, llamado así porque participaba de uno y otro a la vez. En segundo lugar, el cuerpo de esos hombres era cilíndrico, con la espalda y los costados en forma circular. Tenían cuatro manos y otras tantas piernas, y sobre un cuello también redondo, dos caras semejantes en todo, y una sola cabeza, con las dos caras que miraban en direcciones opuestas; cuatro oídos, dobles los órganos de la generación, y todo lo demás, como puede imaginarse, del mismo modo. Marchaban también en posición recta, como ahora, sin tener que volverse hacia cualquier dirección que quisieran ir. Cuando querían andar más de prisa, se apoyaban sobre sus ocho miembros y caminaban con gran velocidad con un movimiento circular, de la misma manera que los que dan vueltas con la cabeza hacia abajo y las piernas arriba, moviéndose en círculo. La diferencia entre estas tres clases de hombres

procedía de que el sexo masculino traía su origen del Sol, el femenino de la Tierra y el compuesto de la Luna, porque la Luna participa a la vez del Sol y de la Tierra. Estos andróginos eran de figura circular, como su andar, por la semejanza con sus progenitores. Su robustez y su fuerza eran grandes y, sintiéndose arrogantes, trataron de luchar con los dioses, y lo que dice Homero de Efiltes y de Otos, que intentaron escalar el cielo para sobreponerse a los dioses, lo dice por aquéllos.

»Zeus y los demás dioses deliberaron sobre lo que convenía hacer, y se hallaban perplejos; no querían matar ni hacer desaparecer a esos hombres, destruyéndolos con el rayo como a los gigantes, pues habrían cesado al mismo tiempo los sacrificios y los honores que les tributaban los hombres, ni podían dejarlos tampoco perseverar en tal insolencia. Por fin Zeus, después de meditación laboriosa, se expresó en estos términos:

«Creo tener el medio de dejar vivir a estos hombres haciéndolos cesar al mismo tiempo en su petulancia, debilitando sus fuerzas. Dividiré a cada uno en dos, y debilitados los individuos, duplicaré el número de servidores para nosotros. En adelante marcharán así sobre dos pies, y si persisten en su insolencia los dividiré de nuevo, de tal modo que tengan que andar sobre uno.»

»Y diciendo esto, dividió a los hombres en dos, como los que cortan una serba para guardarla en sal o parten un huevo con un pelo. Pero al paso que los iba dividiendo mandaba a Apolo que les curase el corte y les volviera la cara y mitad del cuello donde se había hecho la amputación, para que viendo la cortadura fuera el hombre menos osado. Apolo puso a la parte opuesta la cara de cada uno, estiró toda la piel hacia lo que se llama hoy vientre y, recogiénola como una bolsa atada por la boca, quedó una ligadura, que es el ombligo. Aliso casi todas las arrugas de la piel, hizo las articulaciones del pecho sirviéndose de un lujador como el que usan los zapateros para asentar el cuero sobre la horma y dejó sólo algunas arrugas (las del vientre y el ombligo) para recuerdo perpetuo del castigo infligido.

»Después de la división del hombre en dos, cada uno, echando de menos a su otra mitad, se arrojaba en brazos de ella, permaneciendo firmemente enlazados, por el deseo de volver a la antigua unión, y morían de hambre y de inanición por no querer hacer nada uno sin otro. Cuando moría uno de ambos, el que quedaba pescaba a otro y se abrazaba a él, ya se encontrase con una mitad de un todo mujer, que es lo que ahora llamamos mujer, ya con la de un todo hombre, y de este modo el género humano se iba extinguiendo.

»Compadecido Zeus ideó otro medio y les puso delante los órganos de la generación, pues hasta entonces los andróginos los tenían atrás, engendrando y concibiendo, no el

uno del otro, sino esparciendo en el suelo la semilla, como las cigarras. Zeus transportó los órganos de la generación, y ésta se efectuó entonces entre ellos por la penetración del macho en la hembra, a fin de que si en el abrazo se uniese un hombre con una mujer engendrasen y propagasen la especie. Si se uniese un varón con otro, viniese la saciedad de estar unidos, y separándose volviesen al trabajo y a las atenciones de la vida. De ahí viene el mutuo e innato amor entre los hombres, que nos hace volver a nuestra naturaleza primitiva, tratando de hacer de dos seres uno y de restablecer la naturaleza humana.

»Cada uno de nosotros es, por consiguiente, la mitad de un hombre, como la mitad cortada de un todo, a semejanza de un lenguado; y de uno que fuera se hizo dos. Por esto busca cada uno su propia mitad. Cuantos hombres son mitad amputada de aquel género común que se llamaba andrógino, son amigos de mujeres, y la mayor parte de los adúlteros nace de este género; de él nacen también las mujeres apasionadas por los hombres y las adúlteras. Las mujeres que son mitades amputadas de un todo mujer no hacen caso absolutamente de los hombres, siendo más bien aficionadas a las mujeres, y de este género provienen las tribades. Los que son mitad de un todo varón buscan el sexo masculino, y mientras son niños, siendo algo así como pequeñas fracciones de un varón, aman a los hombres y se complacen con estar con ellos y permanecer abrazados; éstos son los mejores entre todos los jóvenes y adolescentes, porque son por naturaleza más varoniles. Se engañan los que les acusan de impúdicos, porque no hacen esto por falta de pudor, sino por doble audacia, por fortaleza e índole varonil, porque aman lo que les es semejante. Una gran prueba de ello es ésta: en la edad adulta son los únicos que se dedican a los negocios públicos y, hechos hombres, aman a los jóvenes y no son aficionados al matrimonio ni a tener hijos, si no son obligados por la ley. Bástales vivir unos con otros y en el celibato.

»Un hombre de esta especie es muy amante de los jóvenes y afectuoso con sus amigos, apasionado siempre por lo que es semejante a él. Cuando un amante de los jóvenes o cualquier otro se encuentra con el que es su propia mitad, ambos se sienten arrebatados por un transporte de afecto, de intimidad y de amor sin querer separarse el uno del otro ni un instante. Estos son los que se pasan la vida juntos y no sabrían decir qué es lo que desean ambos recíprocamente. No es de creer que sea el goce de la unión sexual lo que los lleve con tanto ardor a esa vida en común. Evidentemente sus almas desean otra cosa que ellos mismos no aciertan a explicarse y que más bien adivinan y conjeturan.

»Si, hallándose uno en brazos del otro, apareciese Hefesto con los instrumentos de su arte y les preguntase: «¿Qué es lo que queréis que se haga con vosotros dos recíprocamente?» Y no sabiendo ellos qué responder les preguntase de nuevo: «¿Deseáis estar los dos juntos de esta misma manera el mayor tiempo posible, de modo que no os separéis ni de día ni de noche? Si esto es lo que queréis, voy a fundiros en uno, de tal modo que seréis uno solo, viviendo una vida sola, y aun muertos, en el Hades, también seréis uno en vez de dos. Ved si esto es lo que deseáis, y si quedaréis satisfechos con lograrlo.»

»Estoy seguro de que, si oyesen hablar así a Hefesto, ninguno rehusaría ni manifestaría querer otra cosa, creyendo oír exactamente lo que hace tiempo desean: unirse y confundirse con el ser amado hasta formar con él un ser único. Todo ello se debe a que nuestra primitiva naturaleza era así, formando un todo completo. Lo que llamamos hoy amor no es sino el deseo y la persecución de la unidad perdida. Antes, como he dicho, ya no éramos más que uno; pero después de nuestra caída fuimos separados por Zeus, como los arcadios por los lacedemonios. Y sería de temer que volviéramos a ofender a los dioses, porque entonces seríamos divididos de nuevo, partidos de perfil por la nariz, como las figuras que vemos grabadas en las estelas, lo mismo que las contraseñas de hospitalidad. Así, conviene que todo hombre exhorte a los demás a evitar ese castigo, sirviéndose para ello del Amor para no hacerse odioso a los dioses. Reconciliémonos con ellos, hagámonos amigos suyos, y hallaremos y conseguiremos cada uno nuestra propia mitad (lo cual consiguen pocos en estos tiempos).

Aristófanes miró a Erixímaco un instante y continuó:

—No me interrumpas, Erixímaco, para bromear sobre estas últimas palabras, viendo una alusión a Pausanias y a Agatón. Quizá ellos sean de los pocos que lo consiguen, y acaso sean mitades de todo un varón. Pero yo me refiero a todos, así hombres como mujeres, y digo que sería dichoso el linaje humano si, encontrando cada persona su propia mitad, se uniera a ella para volver a su primer estado. Si volver a ese tiempo es lo mejor, lo que nos aproxime a ello lo será también. Pero semejante perfección se adquiere por la posesión de un amante, según su alma.

»Si debemos alabar al dios que proporciona todos esos bienes, loemos al Amor, que al presente nos sirve muchísimo, conduciéndonos al encuentro de nuestra propia mitad y que para el futuro nos ofrece, si guardamos a los dioses la veneración debida, restablecer nuestra naturaleza primera y, cuidándonos de nuestros males, hacernos felices y dichosos. Este es, Erixímaco, mi discurso sobre el Amor. Muy distinto del tuyo. Y ahora, como al principio, te ruego no te burles de él, a fin de que oigamos lo que dicen los demás; mejor dicho, Agatón y Sócrates que nos quieren hablar.

—Accederé a tus deseos —dijo Erixímaco—, porque tu discurso me ha encantado, y si no supiese que Sócrates y Agatón son muy sabios en materias de amor, temería que no tuviesen nada que decir, porque la verdad es que se han dicho hasta ahora muchas y muy variadas cosas. Sin embargo, no pierdo la esperanza.

—Has luchado muy bien en el certamen, Erixímaco —intervino Sócrates—; pero si te encontraras en el caso en que estoy ahora o, mejor dicho, en el que estaré después que hable Agatón, lo temerías mucho más y te encontrarías en el mayor aprieto, como yo ahora.

—Quieres fascinarme, Sócrates —dijo Agatón—, para que me turbe al pensar en la gran atención que ya me conceden estos espectadores.

—No. Flaco de memoria sería yo, Agatón, si habiendo visto tu serenidad y atrevimiento al salir a la escena entre los cómicos, a presencia de un considerable público, al representar tus obras, pensase ahora que pudieras perturbarte por la presencia de unos cuantos hombres.

—¿Qué dices? —replicó Agatón— ¿Me imaginas de tal modo embriagado por los aplausos que llegue a olvidarme que para un hombre sensato algunos hombres instruidos no merecen más respeto que muchos que no lo son?

—Sería injusto, Agatón —contestó Sócrates—, si sospechase que pudiera haber en ti algo vulgar. Sé muy bien que si te encontrases entre algunos a quienes tuvieses por más sabios, tendrías más en consideración su opinión que la del vulgo. Pero nosotros no somos de esos sabios y asistimos también al teatro y éramos de su vulgo. Encontrándote con otros sabios te avergonzarías delante de ellos si pensases hacer algo que fuese feo: ¿no es eso?

—Es verdad.

—Y delante del vulgo —continuó Sócrates—, ¿no te avergonzarías también si pensases hacer alguna acción fea?

—Querido Agatón —interrumpió Fedro—, si continúas respondiendo a Sócrates, nada te importará de lo que aquí pase, con tal que tenga con quién conversar, sobre todo si su interlocutor es bello.

»Yo escucho con gusto, cómo no, la palabra de Sócrates; pero es necesario que me cuide del elogio del Amor y que escuche el discurso de cada uno de vosotros. Cuando hayáis pagado vuestro tributo al dios, podréis conversar cuánto queráis.

Agatón asintió y dijo:

—Tienes razón, y nada impide que comience mi discurso, pues muchas otras ocasiones tendré para charlar con Sócrates. Ante todo, os expondré el plan de mi elogio y después lo haré.

»Todos los que han hablado hasta ahora han celebrado la dicha de los hombres por los bienes que proporciona el Amor, más que alabado al mismo dios. Ninguno ha dicho, tampoco, quién es este dios que otorga esos favores y beneficios. El único modo de hacer un verdadero elogio de cualquier asunto es indicar primero su naturaleza y decir luego los efectos que produce. Es justo que yo alabe al Amor, explicando lo que es y enumere luego sus dones.

»Afirmo que, aunque todos los dioses son felices, el Amor, si es lícito y no impío decirlo, es el más feliz de todos, por ser el más bello y el mejor de todos. Es el más bello, querido Fedro, porque es el más joven de los dioses. Una gran prueba de ello nos la ofrece él mismo, huyendo a todo correr de la vejez, que, veloz, llega a nosotros más pronto de lo que conviene. El Amor, por naturaleza, la aborrece, y ni a gran distancia se acerca a ella. Al contrario, siempre se halla entre jóvenes y con ellos vive, pues como dice muy bien el proverbio: «cada uno se acerca a su semejante».

»Ahora bien; aunque estoy de acuerdo en muchas cosas con Fedro, no lo estoy en que el Amor sea más antiguo que Cronos y Jápeto. Afirmo que es el más joven de los dioses y que es siempre joven; los antiguos hechos que Parménides y Hesíodo cuentan, si es que pasaron, sucedieron bajo el imperio del Destino y no del Amor, pues de estar el Amor entre los dioses no hubiera habido mutilaciones, aprisionamientos ni otras violencias, sino paz y amistad como ahora, desde que el Amor reina entre los dioses. De modo que el Amor es joven y, por su juventud, delicado. Sería menester un poeta como Homero para demostrar la ternura de este dios. Homero dice que Ate es divina y tierna; que «sus pies son delicados, y no posándolos sobre el duro suelo, sólo va pisando sobre las cabezas humanas», demostrando con una buena razón la ternura de la diosa, pues no anda sobre cuerpo duro, sino sobre el blando. De la misma razón me valdré yo para probar que es tierno el Amor. No anda sobre el suelo ni sobre las cabezas (que no son, en realidad, muy blandas), sino que anda y mora en lo que es más blando que todo: en el corazón. En el corazón y el alma de los dioses y hombres fija su asiento, y no en todas las almas indistintamente, porque si encuentra alguna de dura condición se aparta de ella, estableciéndose sólo en la que encuentra blanda. Pues el que toca siempre con los pies y con todo en lo más blando de las cosas que más blandas son, necesariamente ha de ser de la ternura más exquisita, y no sólo es joven y tierno, sino que además es sutil, porque no podría envolverlo todo ni penetrar en todas las almas, ocultándose al entrar y al salir, si no fuese sutil. De su bien proporcionada y esbelta figura es una buena prueba el gracioso continente que, por concesión de todos, distingue al Amor; pues entre la fealdad y el amor hay perpetua guerra. La belleza de su color denota que vive habitualmente entre las flores, y en lo que de su propia flor

carece o la tiene marchita, sea cuerpo, alma o cualquier otra cosa, allí no fija su asiento. No mora sino en aquellos lugares donde brotan las flores y se esparcen los perfumes.

»Sin haber agotado el asunto, creo haber demostrado de un modo suficiente la belleza natural del dios, para que me sea permitido ahora hablar de sus virtudes. Lo que hay de más grande en el Amor es que no ofende a los dioses ni al hombre, ni por ellos puede ser ofendido. Si sufre violencia, si es que puede sufrir algo, la violencia no alcanza al Amor, como tampoco cuando él obra hace violencia; porque todo el mundo sirve gustoso al Amor en todo, y las leyes, reinas de la ciudad, establecen que es justo todo aquello en que conviene uno con otro, si lo hacen voluntariamente. Pero además de la Justicia, participa el Amor de la Templanza. Sabido es que la Templanza es la facultad de dominar los placeres y deseos, y no hay placer ninguno más poderoso que el Amor; si los deseos son inferiores a él, serán dominados por el Amor, y éste será el que domine. Luego el Amor que domina a los placeres y ambiciones tendrá la Templanza en grado sumo. En Fortaleza, ni el mismo Ares le iguala, porque no es Ares el que tiene en su poder al Amor, sino el Amor el que posee, inspirándole según la fábula, una pasión por Afrodita; y si es más fuerte el que retiene que el retenido, el que domina al que es más fuerte que los demás será el más fuerte de todos.

»He hablado ya de la Justicia, de la Templanza y de la Fortaleza de este dios, me falta hablar de la Sabiduría, y procuraré no quedarme atrás sobre el particular. Ante todo, para honrar mi arte, como Erixímaco ha honrado el suyo, diré que este dios es tan hábil poeta que sabe hacer poetas a otros. Por ajeno que sea un hombre a las Musas, inmediatamente que el Amor le toca, uno se hace poeta. Esto basta a probarnos que el Amor es un excelente poeta y que posee toda la invención que se refiere a las Musas, porque ninguno puede dar a otro lo que él no tiene ni enseñarle lo que él no sabe. En cuanto a la producción de todos los animales, ¿quién sostendrá que no es la sabiduría del Amor la que a todos ellos engendra y produce? Y por lo que hace a la invención de las artes, ¿el artista instruido por tal dios no se hace célebre e ilustre, y queda oscurecido el que no es inspirado por él? A instigación de la pasión y del Amor, Apolo descubrió el arte de arrojar las flechas, el de la medición y el de la adivinación. Si Apolo fue en eso discípulo del Amor, las Musas lo fueron en la música; Hefesto, en el arte de labrar los metales; Atenea, en el arte de tejer, y Zeus, en el de gobernar y dirigir a los hombres y a los dioses. De aquí nace que las obras de los dioses fueran dispuestas interviniendo el Amor, que es la Belleza, porque el Amor no es la fealdad. Antes de esto, como dije al principio, sucedieron entre los dioses muchas cosas terribles, según se cuenta, bajo el imperio del Destino; pero después del nacimiento de este dios, por el amor a lo bello vinieron todos los bienes a los dioses y a los hombres. He aquí por qué, Fedro, me

parece que el Amor es, en primer lugar, el más bello y excelente y, además, la causa de que las demás cosas lo sean.

»Me vienen a la cabeza unos versos que dicen que este dios es el que proporciona

la paz al hombre

la calma al mar,

quietud al viento

y cama y sueño

al que ha pesar.

»Este dios es quien destruye nuestras aversiones y nos llena de amistad. Preside reuniones como ésta, para estrechar las relaciones; preside las fiestas, las danzas, los sacrificios; abre paso a la dulzura, destierra la fiereza, es pródigo en bondad, avaro en odio, propicio a los fueros, admirado de los sabios, agradable a los dioses; le desean los que no le tienen, y es un tesoro para los que le poseen. Es padre de los goces suaves, del deleite de las gracias, del deseo y de la pasión amorosa; cuida de los buenos, y desampara a los malos. Es nuestro guía en nuestros esfuerzos; en nuestros temores, nuestro compañero de armas; en el fomento de nuestros deseos, nuestro sostén; en el dolor, nuestro salvador soberano. Rige la conducta de los hombres y de los dioses; es el guía más bello y excelente, al cual debe seguir todo hombre y celebrarle con himnos, repitiendo con él la bella canción que canta, para calmar el espíritu de los hombres y de los dioses. Este es, Fedro, el discurso semi jocoso, semi serio, que consagro al dios, según alcanzan mis escasas fuerzas.

Se oyó un murmullo de aprobación entre los presentes cuando Sócrates tomó la palabra dirigiéndose a Erixímaco:

—¿Te parece, hijo de Acumenos, que era infundado mi temor de antes, y no era yo un buen adivino cuando decía que Agatón hablaría admirablemente y que yo me vería en un gran apuro?

—Has sido buen adivino al anunciar que Agatón haría un buen discurso —le respondió Erixímaco—, pero no lo serás en eso de verte ahora en un aprieto.

—Pero ¿cómo, ¡querido mío! —replicó Sócrates—, no he de verme apurado, y cualquier otro en mi caso, teniendo que hablar después de haberse pronunciado aquí un discurso tan bello y variado? Todas sus partes son admirables. ¿Quién no se pasmaría de admiración al oír esa elegancia de palabras y de frases con que ha terminado? No es

extraño que al considerarme incapaz de acercarme siquiera a decir nada tan bello, poco falte para que, avergonzado, piense en escaparme si es posible.

»El discurso de Agatón me ha hecho recordar a Gorgias, de modo que me ha sucedido verdaderamente lo de Homero. He temido que Agatón, al acabar su discurso, lanzase sobre mi palabra la cabeza de Gorgias y me dejase mudo como una piedra. Entonces comprendí lo ridículo que había sido cuando contraje con vosotros el compromiso de que en mi turno elogiaría al Amor, y cuando dije que era entendido en cosas de amor, siendo así que no sé absolutamente cómo debe encomiarse una cosa, cualquiera que sea. Ciertamente yo, por efecto de mi simpleza, creía que era necesario decir la verdad respecto de aquello que se elogiase y que el elogiar consistía en que, eligiendo de estas cosas verdaderas las más bellas, se dispusiesen en el orden más conveniente. Y estaba muy ufano creyendo que había de hablar bien, porque sabía el verdadero modo de alabar una cosa. Pero, según parece, no era éste el modo conveniente de hacer un elogio, sino el atribuir al objeto todo lo más grande y más excelente, sea verdadero o no, porque si es falso nada importa. Más, según se ve, lo que se ha propuesto es que parezca que cada uno de nosotros hace el elogio del Amor, no que el Amor sea realmente encomiado. Por esto, yo pienso que todos vuestros panegíricos han procurado atribuir toda perfección al Amor, proclamarle grande y autor de todas las cosas y hacerle pasar ante los ignorantes, pero no ante los doctos, por el más bello y el mejor de los seres. Está bien y es magnífica semejante manera de alabar; pero desconocía esta forma, y no conociéndola me comprometí con vosotros a hacerla cuando me tocase. Lo prometió, efectivamente, mi lengua, pero no mi corazón. Lejos de mí semejante cosa. Yo no elogio de esa manera porque no podría hacerlo. No me niego a hablar, sin embargo; pero he de hacerlo diciendo la verdad y a mi manera, no para competir con vuestra elocuencia, a fin de no hacerme acreedor a vuestra risa. Mira Fedro, si quieres oír un discurso en el que se diga la verdad sobre el Amor en el lenguaje y estilo que primero se me ocurra.

Fedro y los demás le instaron a hablar como lo juzgase más oportuno y Sócrates siguió hablando:

—Bien, Fedro. Permíteme que haga algunas preguntas a Agatón para que, puesto de acuerdo con él sobre ciertos extremos, inicie mi discurso.

—Permitido. Puedes preguntar —aceptó Fedro.

—Me parece, querido Agatón —continuó Sócrates—, que comenzaste bien tu discurso diciendo que primero debía explicarse lo que era el Amor y después exponer sus efectos.

Acepto sin reserva ese principio. Ya que has expuesto la naturaleza y los efectos del Amor con tanta magnificencia y elegancia, dime ahora: El Amor, ¿es amor de alguna

cosa o de la nada? No pregunto si es el amor de un padre o de una madre: eso sería ridículo. Pero supón que, a propósito de un padre, interrogo: Un padre, ¿es el padre de alguno o no? Para contestarme bien tendrías que decirme que un padre, como padre, es padre de un hijo o de una hija. ¿No es así?

—Sin duda —asintió Agatón.

—¿Y no sucede lo mismo —continuó Sócrates— respecto de una madre?

—Convengo en ello.

—Respóndeme todavía a algunas preguntas más, para que comprendas mejor lo que quiero decir. Si te preguntara: ¿un hermano, como hermano, es hermano de alguien o no? ¿Qué dirías?

—Que sí lo es.

—¿Y lo sería de algún hermano o hermana?

Agatón convino en ello.

—Procura contestarme lo mismo respecto al Amor —continuó Sócrates—. El Amor, ¿es amor de algo o de nada?

—De algo.

—Guárdalo en tu memoria para que puedas recordar de qué. Mas ahora dime: El Amor, ¿desea aquello de que es amor o no?

—Sí —respondió Agatón.

—¿Y tiene eso mismo que desea y ama o no? —dijo Sócrates.

—Verosímilmente no posee el objeto de su deseo.

—¡Verosímilmente! —siguió Sócrates— Repara más bien, si en vez de verosímil es absolutamente necesario que todo el que desee una cosa desee lo que le falta, y no la desee si de ella no carece. Estas deducciones son rigurosamente exactas. ¿No te parecen a ti, Agatón?

Agatón estuvo de acuerdo mientras Sócrates continuó preguntándole:

—Perfectamente. ¿Y podría uno querer ser grande o robusto, siéndolo ya?

—Imposible, según acabamos de convenir.

—Porque ciertamente no estaría falto de estas cualidades el que ya las tiene. Sin embargo, alguno siendo robusto podría querer serlo, como ligero siendo ya ligero, y sano siendo sano; y quizá haya quien piense que los que son todo esto y tienen ya estas cualidades desean aquello mismo que tienen.

»Insisto sobre el particular para no engañarnos. Si lo reflexionas bien, Agatón, los actuales poseedores de tales cualidades las tienen, quieran o no; y ¿quién ha de desear lo que ya tiene? Si alguno dijese: yo que tengo salud quiero tenerla, y siendo rico quiero serlo y, por consiguiente, deseo lo mismo que tengo, le diríamos: «Tú, que posees riqueza, salud y robustez, deseas poseerlas también en el porvenir, pues en el presente,

quieras o no, las tienes. Cuando dices yo deseo lo que tengo en el presente, no dices otra cosa más que: deseo tener en el futuro lo que tengo ahora». ¿No es así?

Todos asintieron y dijo Sócrates, retomando sus preguntas:

—Bien. Y el deseo que uno tiene de conservar para más adelante lo que se tiene ahora, ¿no ama lo que no está a su disposición y que uno no tiene?

—Desde luego —respondió Agatón.

—Luego éste y cualquier otro que desea —siguió Sócrates—, desea lo que no tiene, lo que no es presente, lo que no posee, lo que él mismo no es y aquello de que carece. Y éstas y otras cosas semejantes, ¿no son las consecuencias del deseo y del amor?

—Evidentemente.

—Pues, ¡adelante! Recapitulemos lo que se ha dicho —exclamó triunfante Sócrates—. Primero: El Amor, ¿es el amor de alguna cosa? Segundo: ¿Es también el amor de algo que no se tiene? Recuerda, además: el Amor, ¿de qué cosa dijiste que era amor? Te lo recordaré. Dijiste que los dioses dispusieron las cosas por el amor de lo bello, pues de cosas feas no podía haber amor. ¿No fue así?

—Así dije —afirmó Agatón.

—Y has hablado muy bien, amigo mío —continuó Sócrates—. Mas si esto es así, ¿podrá ser el Amor otra cosa que amor de la belleza y no de la fealdad?

—Conforme.

—Pero ¿no hemos convenido que se ama aquello de que se carece y no se tiene? Luego el Amor carece de belleza y no la tiene.

Agatón asentía a todas las afirmaciones que iba formulando Sócrates, que siguió diciendo:

—¿El Amor carece, pues, de belleza y no la posee?

—Necesariamente —respondió Agatón.

—¡Cómo! —dijo Sócrates— ¿Llamarás bello a lo que carece de belleza y de ningún modo la posee?

—De ningún modo.

—Pues si es así, ¿cómo dices que el Amor es bello?

—Temo, Sócrates, —exclamó Agatón— no haber comprendido nada de lo que antes dije.

—Dices bien; pero respóndeme todavía a una pequeña pregunta. ¿No te parece que lo bueno también es bello?

—Tal me parece.

—Pues si el Amor carece de belleza y todo lo bueno es bello, el Amor carecerá de bondad.

—No puedo contradecirte —respondió Agatón— y ...será como dices.

—No podrás, amado Agatón —concluyó Sócrates—, contradecir a la verdad, porque contradecir a Sócrates no es nada difícil. Pero, en fin, te dejo aquí, y contaré el discurso que sobre el Amor oí en otro tiempo a Diotima, mujer de Mantinea. Era esta mujer docta en esta y otras muchas materias. Por haber hecho los atenienses, según su consejo, sacrificios antes de la peste, logró que se suspendiese ese azote por diez años. Es a esta mujer también a quien debo todo lo que sé sobre el Amor. Trataré de exponer la doctrina que me enseñó, partiendo de lo que hemos convenido Agatón y yo, y lo haré refiriéndolo como mejor pueda. Siguiendo tu método, Agatón, hablaré primeramente de la naturaleza y atributos del Amor, y después, de sus efectos; pero me parece que es más fácil para mí referirlo del mismo modo que lo hizo la extranjera conduciendo el diálogo. Había yo dicho poco más o menos lo mismo que me ha respondido Agatón; esto es, que el Amor era un gran dios y que era de los objetos más bellos. Me arguyó con las mismas razones que yo a éste, probando que, según mi razonamiento, no era al Amor ni bello ni bueno.

ESCENA CUARTA

Un día al atardecer, Sócrates y Diotima paseaban juntos por un jardín de Atenas. Él empezó a hablar:

—¿Qué es lo que dices, Diotima; es el Amor feo y malo?

—¿Quieres hablar con propiedad? —respondió ella— ¿Crees que lo que no es bello ha de ser forzosamente feo?

—Ciertamente —asintió Sócrates.

—También creerás así que el que no es sabio es ignorante. ¿Es que no sabes que hay un punto medio entre la sabiduría y la ignorancia? —preguntó Diotima

—¿Y qué medio es ese?

—El opinar acertadamente sin saber dar razón de ello no es ciencia, porque no puede serlo sin saber la razón. Pero tampoco es ignorancia, porque ¿cómo ha de serlo el poseer la verdad? De modo que una opinión conforme a la verdad es como una cosa media entre la ciencia y la ignorancia.

Sócrates se mostró de acuerdo.

—Pues no juzgues —continuó Diotima— que lo que no es bello ha de ser forzosamente feo, y lo que no es bueno, necesariamente malo. De modo que, aunque creas que el Amor no es bueno ni bello, no juzgues por eso que ha de ser por fuerza feo y malo, sino un medio entre ambas cosas.

—Pero, aun así, todos confiesan que el Amor es un gran dios —repuso Sócrates.

- ¿Todos los doctos o todos los ignorantes? ¿A quién te refieres? —preguntó Diotima.
- A todos por igual.
- ¿Y cómo han de confesar que es un gran dios los que afirman que ni es dios siquiera?
- dijo ella riéndose.
- ¿Quiénes lo afirman?
- Uno...que eres tú. Y otra...que soy yo.
- ¿Por qué dices eso?
- Vas a verlo —continuó la mujer—. ¿No dices que todos los dioses son bellos y dichosos? ¿O te atreves a decir que alguno de ellos no es ni lo uno ni lo otro?
- ¡Por Zeus! —exclamó Sócrates.
- ¿Y no llamamos dichosos a los que poseen cosas buenas y bellas?
- Desde luego.
- Pues bien —dijo Diotima—; has dicho que el Amor, por carecer de lo bueno y lo bello, desea eso mismo que le falta.
- Sí; lo he dicho.
- ¿Y cómo ha de ser un dios el que no participa de lo uno y de lo otro?
- Claro, según parece.
- Luego tú tampoco tienes por dios al Amor —afirmó la mujer.
- Entonces, ¿será mortal? —preguntó Sócrates.
- De ningún modo.
- ¿Qué podrá ser?
- Pues, como antes dijimos...un medio entre mortal e inmortal.
- ¿Y qué cosa es?
- Un gran genio, Sócrates, porque todo genio es un ser intermedio entre dios y mortal.
- ¿Y qué poder tiene?
- El de servir de intérprete —continuó Diotima— y transmitir a los dioses los deseos de los hombres, y a los hombres las voluntades de los dioses. De parte de los hombres, las súplicas y los sacrificios; y de parte de los dioses, los mandatos y las remuneraciones por los sacrificios. Encontrándose el Amor entre unos y otros, llena un vacío, de modo que todo el conjunto de los seres forma entre sí un todo. Por medio de él viene todo el arte de la adivinación y el de los sacerdotes, respecto a los sacrificios, iniciaciones, encantos, predicción y magia. La naturaleza divina, como no entra nunca en comunicación directa con el hombre, se sirve de los genios para relacionarse con él, ya en la vigilia, ya en el sueño. El que es sabio en todas estas cosas, es genial, y el que es hábil en todo lo demás, en las artes y en los oficios es un simple artesano. Los genios son muchos y de muchas clases, y el Amor es uno de ellos.
- ¿Quiénes han sido sus padres? —preguntó Sócrates.

—Largo será de contar, pero trataré de hacerlo —repuso Diotima—. Cuando nació Afrodita, los dioses celebraron un festín en el que se halló, entre otros, el potentado Poros (la Abundancia), hijo de Metis (la Prudencia). Al final acudió Penia (la Pobreza) a solicitar las sobras. Poros, embriagado por el néctar, porque el vino no existía aún, con los ojos cargados de cansancio, salió a los jardines de Zeus y quedó dormido. Penia, empujada por su miseria, concibió el tener un hijo de Poros y yació a su lado, engendrando así al Amor, que por haber sido engendrado el mismo día del nacimiento de Afrodita ama lo bello por naturaleza y a Afrodita, que es bella, haciéndose servidor y compañero de la diosa.

»Y, desde entonces, como hijo de Poros y de Penia, ¿cuál ha sido su destino? Por una parte, es siempre pobre y lejos de ser bello y delicado, como se cree generalmente, es flaco, desaseado, con los pies descalzos, sin domicilio, sin más lecho que la tierra, sin tener con qué cubrirse, durmiendo bajo la luna, junto a una puerta o en las calles; en fin, lo mismo que su madre, está siempre peleando con la miseria. Por otra parte, según el natural de su padre, siempre está al acecho de lo que es bello y bueno; es varonil, atrevido, perseverante, cazador astuto; ansioso de saber, siempre maquinando algún artificio, aprendiendo con facilidad, filosofando sin cesar, encantador, mágico, sofista. Como tal no es mortal ni inmortal; en un mismo día aparece floreciente y lleno de vida, mientras está en la abundancia, y después se extingue para volver a revivir, según lo que tiene por parte de su padre. Todo lo que adquiere lo disipa sin cesar, de modo que nunca es rico ni pobre. Ocupa un lugar medio entre la sabiduría y la ignorancia.

»La razón de esto es la siguiente: ninguno de los dioses filosofa ni desea ser sabio; son sabios ya, y ninguno que sea sabio filosofa. Los ignorantes, por otro lado, ni filosofan ni desean ser sabios, porque lo peor que tiene la ignorancia es que hace que el que no es honesto, ni bueno, ni sabio crea que es todo eso; y por lo mismo que no se cree falto de una cosa, no desea lo que juzga que ya tiene.

—¿Quiénes son entonces, Diotima, los que filosofan, si no son los sabios ni los ignorantes? —intervino Sócrates.

—Los que ocupan un lugar medio entre ambos, y a esta clase pertenece el Amor. Es una cosa que saben hasta los niños. Es la sabiduría una de las cosas más bellas y el Amor es amar a lo bello; de modo que el Amor necesariamente es filósofo, y siéndolo, está entre el sabio y el ignorante. Y la razón de ello es su origen, pues procede de un padre sabio y opulento y de una madre que no es una cosa ni otra. Tal es, amigo Sócrates, la naturaleza de este genio. Y no extraño que hayas concebido otra idea del Amor, porque creías, según adivino por lo que has dicho, que el Amor era el amado, no el amante. Por eso te había parecido tan bello el Amor; porque lo que es digno de amor,

es bello, tierno, perfecto y dichoso; pero otra diferente es la idea del que ama, que es como he dicho.

—Hablas perfectamente —dijo Sócrates—; más siendo así el Amor, ¿qué utilidad presta al hombre?

—Esto es lo que trataré de enseñarte ahora —continuó Diotima—. Nosotros conocemos el origen y las cualidades de este genio; sabemos que es como has dicho que es el Amor a la belleza. Y, sin embargo, si alguno nos preguntase: «¿Por qué, Sócrates y Diotima, el Amor es amor a lo bello?» O de otro modo: «El que ama la belleza, ¿qué es lo que desea?»

—Poseerla —contestó el maestro.

—Esa respuesta hace necesaria otra pregunta —dijo Diotima—: ¿Qué tendrá aquel que llegue a poseer la belleza?

—No sé, por el momento, qué contestar a esa pregunta.

—Si en vez de la palabra belleza pusiese la palabra bien, qué dirías si te preguntase: ¿Qué ama, Sócrates, el que desea el bien?

—Ama su posesión.

—¿Y qué tendrá el que posea el bien?

—La respuesta es sencilla: será feliz.

—Perfectamente —continuó Diotima—. Por la posesión del bien son felices los que lo son, y no hay necesidad de preguntar para qué quiere ser feliz el que desea serlo, sino que parece que la respuesta tiene ya el fin.

—Es verdad.

—¿Pero crees que este deseo y este amor son comunes a todos los hombres y que quieren siempre poseer lo que es bueno?

—Creo que ese deseo y ese amor son comunes a todos los hombres —contestó Sócrates.

—¿Pues por qué si todos aman las mismas cosas y las aman siempre, no decimos de todos que aman? ¿Por qué decimos de unos que aman y de otros que no? —siguió preguntando Diotima.

—Me sorprende también.

—No hay que sorprenderse. Nosotros distinguimos una manera particular de amar que llamamos, en general, *amar* y usamos diferentes designaciones para indicar las demás maneras de amar.

—Veamos un ejemplo.

—Helo aquí. Tú sabes que la palabra *creación* tiene diferentes acepciones. En general significa toda acción que hace pasar una cosa del no ser al ser. Así los trabajos de todo arte son *creaciones* o *poesías*, y los artesanos de cualquier oficio, *creadores*, *poetas*.

Sócrates asentía mientras Diotima continuaba su explicación:

—Pero sabes, sin embargo, que no se llama a todos los artesanos *creadores* o *poetas* y que se los designa por diferentes nombres. Que de todo lo que es *poesía*, la parte que se ocupa de la música y el arte del verso es la que ha recibido el nombre de todo el género. Solamente a ella se llama Poesía, y los que se dedican a la misma se les llama *poetas*.

—Es verdad.

—Lo mismo ocurre con la palabra *amor*. Significa, en un sentido amplio, el deseo universal de cuanto es bueno y nos hace dichosos: el amor más grande y seductor. Pero de todos los que tienden a satisfacer diversamente este deseo, hombres enamorados de los negocios, de la gimnasia, de la filosofía, no se dice que aman ni se les llama amantes. Únicamente a los que se entregan a una especie determinada de amor se les da el nombre de todo el género y se les aplica las palabras *amor*, *amar* y *amantes*.

»Es un dicho común que los que buscan su propia mitad son los que aman. Yo creo que el Amor no es el deseo ni de la mitad ni del todo, a no ser, amigo mío, que los encuentren buenos. Así es como consentimos que nos corten los brazos o los pies cuando nos son perjudiciales. Y no es, creo yo, lo propio, lo que cada uno ama, a no ser que uno llame propio y suyo a todo lo que es bueno, y ajeno a todo lo que es malo; porque los hombres no aman ninguna cosa más que el bien. ¿No te parece?

—¡Por Zeus, que sí! —respondió Sócrates.

—¿Y no es esto decir sencillamente que los hombres aman el bien?

—Seguramente.

—¿No podremos añadir que también aman la posesión del bien?

—Hay que añadirlo.

—¿Y también que desean poseerlo, pero poseerlo siempre?

Sócrates estuvo de acuerdo.

—Luego el Amor, en suma, es el deseo de poseer siempre el bien.

—Nada más cierto —afirmó Sócrates y Diotima continuó hablando.

—Pues siendo en general eso el Amor, ¿de qué modo ir en persecución del bien y en qué obra el esfuerzo y perseverancia recibe especialmente el nombre de amor? ¿Qué obra es esa? ¿Puedes decírmelo?

—Si pudiera responderte, Diotima —dijo Sócrates—, ni admiraría tu sabiduría ni hubiera venido a ti para aprenderlo.

—Te lo diré. Hay una generación corporal en lo bello, como la hay espiritual.

—No comprendo lo que dices —repuso Sócrates—; tendría que ser adivino para ello.

Entonces la mujer dijo:

—Me explicaré más claramente. Todos los hombres, Sócrates, pueden engendrar con la carne y con el espíritu; al llegar a cierta edad su naturaleza, sienten el deseo de parir; pero no pueden dar a luz en lo feo, sino exclusivamente en lo bello. La unión del hombre con la mujer es una producción, y una producción divina, pues la fecundación y la generación es lo que aseguran la inmortalidad a todos los seres vivos y sujetos a la muerte. Semejantes efectos no podrían realizarse en lo que no es armónico. Lo feo está en desacuerdo con todo lo divino; pero lo bello es armónico. La belleza hace en la generación lo que Moira e Ilitía. Por esta razón, cuando lo que concibe tiene comercio con lo bello, se llena de contento y de gozo, se dilata, produce y engendra; y cuando el comercio es con lo feo, de tristeza y de dolor se contrae, se retira, se aparta y no engendra, reteniendo con dolor el germen que guarda. De ahí que el que es fecundo y siente vivos deseos amorosos busque lo que es bello para librarse del tremendo dolor de engendrar que le posee. El objeto del amor, Sócrates, no es amor de lo bello como imaginas.

—¿Pues qué es?

—Amor de engendrar y de producir en lo bello —respondió Diotima.

Sócrates continuó preguntando a la mujer:

—¿Y por qué es amor de la generación?

—Porque la generación es —respondió ella— para el ser mortal lo eterno e inmortal, y según hemos dicho es de necesidad que deseemos la inmortalidad en el bien, si es que el amor consiste en el deseo de poseer el bien siempre. Nuestras propias palabras prueban, pues, que al Amor es asimismo amor de la inmortalidad.

»¿Cuál crees, Sócrates, que es la causa de este amor y de este deseo? ¿No has observado de qué vehemencia se revisten todos los animales cuando desean engendrar? Aves y cuadrúpedos, todos están como enfermos y poseídos de amor; primero por emparejarse y luego para alimentar a los hijos, disponiéndose, los más débiles, a luchar con los más fuertes y a morir por defenderlos, a resistir el hambre por alimentarlos y hacer todo género de sacrificios. Los hombres pueden hacer todo eso por raciocinio; pero los animales, ¿de dónde sacan sus solicitudes amorosas? ¿Puedes explicármelo?

Mientras Sócrates negaba, Diotima prosiguió:

—¿Y piensas conocer a fondo la ciencia de los amores sin saber esas cosas?

—¡Diotima! —protestó Sócrates— Ya dije antes que vengo aquí porque necesito maestros. Explícame la causa de esto y todas las demás cosas que se refieren al Amor.

—Si crees —dijo Diotima— que el objeto natural del Amor es lo que hemos dicho muchas veces, no te sorprenderás. Porque aquí, en virtud del mismo principio que en lo

precedente, la naturaleza mortal tiende a perpetuarse en cuanto puede y a immortalizarse, siendo para ello el único medio la generación, que deja tras de sí siempre un ser nuevo en vez de uno viejo. Efectivamente, se dice de un animal vivo que siempre es el mismo, desde que es pequeño hasta que se hace viejo; sin embargo, jamás tiene dentro de sí lo mismo. Continuamente pierde unas partes y adquiere otras, y eso pasa en el cabello, en la carne, en los huesos, en la sangre y en todo el cuerpo. Y no sólo se renueva su cuerpo, sino sus hábitos, costumbres, opiniones, deseos, placeres, dolores, temores; todas y cada una de estas cosas jamás son las mismas en el individuo, sino que nacen unas y perecen otras. Y es todavía mucho más extraño esto que nuestros conocimientos cambien, no sólo porque adquirimos unos y perdemos otros, y jamás somos los mismos en orden a los conocimientos, sino que cada uno de ellos pasa por las mismas vicisitudes. Porque lo que se llama meditar supone que ha salido de nosotros un conocimiento. El olvido es la salida o la pérdida de un conocimiento pero la meditación, suscitando otra vez una nueva memoria, en vez de la que se perdió, conserva aquel conocimiento, de manera que parece que es el mismo. Así es como se conserva todo lo mortal, no porque sea siempre y absolutamente lo mismo, como es lo divino, sino porque lo que envejece y se va deja siempre tras sí otro individuo nuevo semejante a sí mismo. He aquí por qué medio, Sócrates, todo lo que nace mortal participa de la inmortalidad, tanto el cuerpo como las demás cosas. La inmortalidad es imposible para él de otro modo. No te sorprendas ya de que todos los seres, por natural instinto, estimen su propio germen, porque en todo existe la misma solicitud y el mismo amor por alcanzar la inmortalidad.

Sócrates se mostró admirado y reflexivo. Entonces preguntó:

—¡Bien, sapientísima Diotima! ¿Es esto verdaderamente así?

—No lo dudes, Sócrates —respondió Diotima—. Si quieres reflexionar, desde luego, sobre el deseo de gloria de los hombres, te sorprenderás de su inconsecuencia con los principios que hemos sentado, a menos que pienses con qué vehemencia son agitados por el deseo de hacer célebre su nombre y hacerse inmortales, disponiéndose a arrostrar todos los peligros, más aún que por los hijos, consumiendo su fortuna, padeciendo mil trabajos y llegar hasta la muerte por conseguirlo.

»¿Crees que Alceste habría muerto en lugar de Admeto, o Aquiles por vengar a Patrodo, o que nuestro rey Codro, por asegurar el reinado de sus hijos, si no hubiese creído que sería inmortal el recuerdo de su valor que aun conservamos? Muy lejos de ello, creo que todos obran así por la memoria imperecedera de su virtud y por tan ilustre fama y, cuanto mejores son, más esfuerzos hacen, porque aman la inmortalidad.

»Aquellos que son grandes en cuanto al cuerpo, se inclinan más bien a las mujeres, y su amor consiste en asegurarse por la procreación de hijos la inmortalidad, la

perpetuación de su nombre y, también, una felicidad perdurable. Pero los que son fecundos en cuanto al espíritu... porque hay hombres que tienen un alma más prolífica que el cuerpo para las cosas, conciben lo que conviene al alma haber concebido y concebir. ¿Y qué es lo que le conviene concebir? La prudencia y las demás virtudes, de las cuales son generadores todos los poetas y todos los artistas dotados de genio creador. Pero la prudencia más bella y mejor de todas es la que se refiere al buen orden y régimen de la ciudad y de la familia, y a la cual se da el nombre de templanza y justicia. »Cuando un joven lleva desde su infancia en el alma el germen de estas virtudes, al llegar a la edad madura siente el deseo de crear y producir. Busca por todas partes un ser bello en que engendrar, porque un feo nunca engendrará. Como está lleno de este deseo, prefiere los cuerpos bellos a los feos y si además concurre con tal belleza un alma bella, noble y de buena índole, entonces acoge con entero contento ambas bellezas. Este hombre encuentra luego abundancia de recursos para discurrir sobre la virtud y trata de instruirse acerca de lo que debe ser el hombre bueno y de lo que debe ser objeto de su cuidado. Así, por el contacto y la familiaridad con la belleza, engendra y hace fecundo el germen de que hace tiempo estaba llena su alma. Está siempre pensando en él, esté presente o ausente, y nutre en común con su amado el fruto que engendró. Entonces la afinidad y el afecto que relaciona entre sí a estos dos seres son mucho más grandes y más fuertes de los que pueden sujetarles a un hogar, porque están unidos para procrear hijos mucho más inmortales y hermosos. Cualquiera preferiría haber engendrado semejantes hijos, más que hijos de carne y hueso, y miraría con noble emulación a Homero, a Hesíodo y a otros buenos poetas, atendiendo a las producciones que han dejado, ya que, siendo ellas por sí inmortales, prestan a sus autores una gloria y fama inmortal; hijos como los que dejó Licurgo, que fueron los salvadores de Lacedemonia y de toda la Grecia. También Solón es honrado entre nosotros como padre de sus leyes y otros varones, en otras muchas partes, así entre los griegos como entre los bárbaros, que mostraron al mundo muchas y muy bellas obras y engendraron virtudes de todo género. Por tales hijos se han erigido numerosos templos, lo que no se ha hecho en ninguna parte por engendrar hijos de carne.

»Quizá, Sócrates, puedas tú mismo iniciarte en estos primeros misterios del Amor; pero no sé si serás capaz de hacerlo respecto de los grados supremos y la revelación de los arcanos mayores, a cuyo fin están dispuestos aquéllos por vía de iniciación. Yo, por mi parte, te enseñaré y no quedará por falta de solicitud; pero sígueme si eres capaz de ello.

»Conviene que el que quiera proceder con acierto en este negocio comience desde joven a dirigirse a los cuerpos bellos y que, en primer lugar, si su guía le dirige bien, que ame sólo un cuerpo y lo fecunde con hermosas máximas. Luego debe comprender en

seguida que la belleza que hay en un cuerpo es hermana de la que hay en otro y, si ha de ir en persecución de la belleza, de su idea misma, sería mucha necedad no considerar como una sola y misma belleza la que existe en todos los demás. Penetrado de este pensamiento, debe entonces amar a todos los cuerpos bellos y cederá en la vehemencia de su amor a uno solo, despreciando y teniendo en poco este amor exclusivo. Después de esto debe reputar la belleza del alma superior a la del cuerpo, de modo que si encuentra un alma convenientemente dispuesta, aunque su carne no sea de gran hermosura, debe bastar para atraer su amor y solícitos cuidados y excitarle a producir bellas máximas y buscar los razonamientos más a propósito para mejorar a los jóvenes, a fin de que precisado a contemplar la belleza en las acciones y en las leyes, conozca que toda belleza es congénere consigo misma, para que estime en poca cosa la belleza de la carne. De la contemplación de las acciones se elevará a la de las ciencias para percibir en ella la belleza particular, y dirigiendo su mirada a una más amplia belleza, no será ya en adelante esclavo vil y humilde de un joven bello, de un hombre o de una sola acción, sino que, volviéndose a contemplar la vastedad de la belleza, produzca numerosos, bellos y magníficos discursos en una abundante y rica filosofía, hasta que su espíritu, robusteciéndose y creciendo en ella, llegue a la única contemplación de una ciencia: la ciencia única de la belleza.

»Procura ahora, Sócrates, prestarme la mayor atención posible. El que haya sido guiado en los misterios del Amor hasta el punto en que estamos, el de la contemplación metódica y exacta de las bellezas particulares, al llegar al supremo grado de su iniciación, observará de pronto una belleza de naturaleza admirabilísima; ésta es, Sócrates, aquella por la que han sido todas nuestras precedentes fatigas: belleza eterna, increada, imperecedera, ejemplo de crecimiento y disminución; belleza que no es bella por esto y fea por lo otro, en un tiempo sí y en otro no, con relación a una cosa, y no con relación a otra; bella para unos y fea para otros. No se le representará la belleza como una cara, ni con manos o como cualquier forma corpórea. Tampoco como un pensamiento, ni como una ciencia determinada, ni residiendo en otra cosa que ella misma, en un animal, en la tierra, en el cielo o en otra parte cualquiera, sino que subsiste ella en sí misma, eternamente idéntica consigo; belleza de la que participan todas las demás bellezas de modo que, aunque nazcan o perezcan cada una, no por eso la belleza es mayor, ni menor, ni sufre variación alguna. Cuando uno, por un amor bien entendido a la juventud, ascendiendo comienza a ver aquella belleza, ya está a punto de llegar al fin, alcanzando la revelación de los misterios del Amor. Efectivamente, el verdadero método para iniciarse por uno mismo en el Amor o para ser iniciado por otro en él, es comenzar por amar las bellezas inferiores para elevarse en seguida al amor de la Suprema Belleza, franqueando, como escalones, todos los grados de esta ascensión,

pasando desde uno a dos, desde dos a todos los cuerpos bellos, desde éstos a las bellas acciones y desde éstas a los conocimientos bellos, hasta que de conocimiento en conocimiento acaba por conocer la ciencia que tiene por objeto la belleza en sí misma, y conoce, por último, lo que es la Belleza.

»Si la vida para el hombre, ¡oh querido Sócrates!, vale la pena ser vivida, es en este momento en que contempla la Belleza absoluta. Si la llegas a ver alguna vez, te parecerá que es mucho más preciada que el oro y los suntuosos vestidos de los jóvenes y bellos muchachos que tanto te embelesan, hasta el punto de considerarlos tus amantes y vivir cerca de ellos eternamente, si fuese posible, sin comer, sin beber, sólo contemplándolos y en su compañía. ¿Qué pensarías tú de aquel a quien le fuera dado contemplar la Belleza pura, simple, sin mezcla, no revestida de carne ni colores humanos, sino bella en sí, divina y uniforme? ¿Piensas que sería vida despreciable para un mortal tener los ojos fijos sobre esa Belleza y vivir en la contemplación y comunicación con tal objeto? ¿No comprendes que sólo entonces, cuando vea la Belleza con el único órgano con que es visible, será cuando produzca, no imágenes de virtudes (pues no son imágenes las que percibe), sino verdaderas virtudes, porque la verdad es lo que alcanza su inteligencia?; y el que produce verdaderas virtudes y las cultiva viene a ser querido de Zeus, y que si algún hombre ha de llegar a ser inmortal ese vendrá a serlo —concluyó Diotima.

ESCENA QUINTA

En casa de Agatón, todos los presentes escucharon con atención el relato de Sócrates sobre la conversación que mantuvo con Diotima. Sócrates continuó diciendo:

—Tales fueron, ¡oh Fedro y demás amigos que me escucháis!, las palabras de Diotima. Ellas me persuadieron, y yo me esfuerzo en persuadir, por ello, a los demás, de que ninguno hallará fácilmente otro auxiliar más poderoso que el Amor para que la naturaleza humana llegue a la posesión de este bien. Yo, por mi parte, afirmo así que todo hombre debe honrar al Amor; por ello tengo en gran estima las cosas del amor, las ejercito con singular preferencia, exhorto a ello a los demás, y ahora y siempre encomio cuanto puedo su poder y su fuerza. Considera, Fedro, este discurso como un elogio del Amor, si lo quieres llamar así, o llámalo si quieres de otro modo.

Todos los comensales alabaron a Sócrates y, mientras Aristófanes se levantaba para tomar la palabra, se oyeron golpes fuera de la sala, rumor de gentes alegres y embriagadas y el eco de una flautista. Agatón se dirigió a los esclavos:

—Muchachos; ved quién es. Si es alguno de nuestros amigos, decidle que entre; pero si no, decid que ya hemos acabado de beber y estamos descansando.

Desde el atrio llegó la voz de Alcibíades junto a ruido de disputas y confusión. Éste apareció de pronto en la puerta coronado de yedra y violetas, sostenido por una flautista y algunos compañeros y en lamentable estado de embriaguez. Se detuvo en la entrada y se dirigió a los presentes:

—Saludo a los amigos. ¿Admitís a beber con vosotros a un hombre completamente ebrio o nos marchamos después de haber coronado a Agatón, que es a lo que venimos? »Ayer no pude venir, y por eso vengo hoy con estas bandas en la cabeza, que pasarán a ceñir luego la del que, si así puedo decirlo, es el más sabio y hermoso de los hombres. ¿Os reís de mí porque estoy borracho? Pues, aunque os riais, yo sé que digo la verdad. Pero contestadme: ¿Permitís que penetre con las condiciones dichas o no? ¿Queréis que bebamos juntos?

Los presentes prorrumpieron en aclamaciones y le exhortaron a entrar y a sentarse con ellos.

—Aquí, a mi lado —le dijo Agatón.

Alcibíades se adelantó, apoyado en los compañeros que lo sostenían, despojándose de las vendas que llevaba en la cabeza para coronar con ellas a Agatón. Sócrates le hizo sitio y así Alcibíades pudo felicitar y coronar al anfitrión, que dijo:

—¡Muchachos!, despojad del calzado a Alcibíades para que sea el tercero en este triclinio.

—Muy bien —dijo Alcibíades—. Pero ¿quién es el tercero de vosotros? —se volvió y al ver a Sócrates dio un respingo— ¡Por Heracles! ¿Qué es esto? ¿Estabas tú aquí? ¿Emboscado así, para aparecer de repente, como de costumbre, donde menos podía yo pensar que estuvieses? Bien; ¿y a qué has venido? ¿Por qué ocupas este lugar, y en vez de estar al lado de Aristófanes o de cualquier otro burlón, o que trate de serlo, has procurado por todos los medios sentarte al lado del hombre más hermoso que hay en el salón?

—Defiéndeme —dijo Sócrates, dirigiéndose a Agatón en voz baja—. El amor de este hombre me pone en gran apuro, pues desde que comencé a amarle no me permite mirar a ningún hombre hermoso, ni hablar con él, sin que, movido de celos y envidia, haga las cosas más estupendas, me injurie y falte poco para pegarme. Procura que no haga nada de eso; reconcílianos, y si trata de hacer algo violento, defiéndeme, porque su furor y sus arrebatos amorosos me hacen temblar.

—No hay reconciliación posible entre nosotros —dijo Alcibíades dirigiéndose también a Agatón—. Pero, en fin, yo aplazo mi venganza para más adelante. Ahora dame, Agatón, tus bandas para coronar también la admirable cabeza de este hombre. No quiero que me reproche luego no haberle coronado cuando ha vencido por sus discursos a todos los hombres, no sólo anteayer, como tú, sino siempre.

Alcibíades tomó algunas de las vendas que había usado para coronar antes a Agatón y ciñó con ellas la cabeza de Sócrates mientras continuaba hablando:

—Amigos míos; parece que estáis muy sobrios, y no puedo consentirlo. Es preciso beber, porque es lo convenido. Me proclamo, pues, a mí mismo el rey del vino hasta que hayáis bebido cuanto se deba beber. Si hay algún vaso grande, que lo traigan, Agatón; pero no hace falta. Muchacho —llamó a un esclavo—, trae esa taza magnífica que veo ahí.

El esclavo aludido cogió la taza, con una capacidad de unos dos litros, que le había señalado Alcibíades. Éste bebió en ella y, una vez fue llenada de nuevo, se la pasó a Sócrates diciendo:

—Esta estratagema, amigos míos, no me vale contra Sócrates, porque puede beber cuanto se le mande sin que llegue a embriagarse nunca.

Sócrates bebió y Erixímaco tomó la palabra:

—¿Qué vamos a hacer Alcibíades? ¿Vamos a pasarnos así bebiendo sin hablar ni cantar un poco? ¿Es que estamos verdaderamente sedientos?

—¡Ah! ¡Erixímaco —contestó Alcibíades—, el mejor de los hijos del mejor y más prudente de los padres, yo te saludo!

—Te correspondo. Pero ¿qué vamos a hacer?

—Lo que mandes; no hay más remedio que obedecerte, porque «por muchos hombres juntos vale un médico». Manda lo que quieras.

—Escucha —le explicó Erixímaco—. Antes de que vinieses convinimos que cada uno, por turno, de izquierda a derecha, pronunciara, lo mejor que le fuese posible, un elogio del Amor. Todos lo hemos hecho ya, y justo es que tú lo hagas, que no has dicho nada, pero que has bebido. Cuando hayas hablado ordena a Sócrates lo que quieras; éste lo hará con el de su derecha, y así todos los demás.

—Está bien, Erixímaco —dijo Alcibíades—; pero no es equitativo que un hombre ebrio paragone su discurso con los de hombres sobrios y serenos. Y, además, ¡oh bienaventurado varón! ¿acaso te ha persuadido Sócrates de lo que ahora poco ha dicho? ¿No sabes que es todo lo contrario de lo que él decía? Si en su presencia me atreviese yo a alabar a otro distinto a él, lo mismo fuese dios que hombre, no dejaría de poner sus manos sobre mí.

—¡Comienza con buen augurio! —intervino Sócrates.

—Por Poseidón —continuó Alcibíades—, no repliques a esto, porque no podría yo alabar a otro estando tú presente.

Erixímaco, queriendo zanjar la cuestión, dijo:

—¡Sea! Haznos, si te parece, el elogio de Sócrates.

—¿Qué dices? —se sorprendió Alcibíades— ¿Te parece que conviene que lo haga?
¿Acometeré a este hombre y me vengaré de él delante de vosotros?

Sócrates se dirigió a Alcibíades y le dijo:

—¿Qué piensas hacer? ¿Vas a elogiarme en sentido burlesco? ¿Qué te propones?

—Decir la verdad, si es que lo consientes —dijo éste.

—Consiento que digas la verdad y te exijo que la digas —le respondió Sócrates.

Entonces Alcibíades empezó a hablar:

—Enseguida; pero te ruego que si en algo no la digo me interrumpas, si quieres, y digas que aquello es falso y rectifiques mis errores, porque a sabiendas no he de mentir. Sin embargo, si paso de una cosa a otra, según me venga a la mente, no te sorprendas, porque no es fácil para el que se halla en mi estado exponer con soltura e ingenio tus originalidades. Tendré que recurrir a las imágenes, amigos míos, para hacer el elogio de Sócrates. Tal vez crea éste que es por ridiculizarle; pero mis símiles tienen por objeto la verdad y no la burla.

»Desde luego digo que Sócrates se parece mucho a los silenos que hay en los talleres de los escultores, a los cuales ellos representan con caramillos y flautas, y que si los abrís por el medio veréis que tienen dentro las imágenes de los dioses. Y digo más: digo que te pareces especialmente al sátiro Marsias. En cuanto a lo exterior, ni tú mismo puedes dudarlo. A la vista está. Por lo que toca al interior, te pregunto: ¿eres un burlón desvergonzado, o no? Si no confiesas, presentaré testigos. ¿No eres también un flautista más admirable que él? Marsias deleitaba a los hombres con las melodías que con sus labios sacaba de los instrumentos, y hoy deleitaría también el que de nuevo las tocase. Y digo Marsias, porque yo creo que lo que se atribuye a Olimpo era de Marsias, porqué éste se lo enseñó. Aquellas melodías, sea bueno o malo el flautista que las toque, tienen por sí solas la virtud de arrebatarnos nuestro ánimo, y, por ser divinas, dicen quiénes son los que tienen necesidad de los dioses y de sus iniciaciones.

»Únicamente te diferencias de Marsias en que, sin instrumentos, sólo con tus discursos, haces lo mismo. Cuando oímos perorar a otros, aunque sean buenos oradores, no nos interesan sus discursos; pero cuando te oímos a ti o a otro que refiere los tuyos, aunque los pronuncie mal, todo el que los oye, mujer, hombre o muchacho, queda sorprendido y cautivado.

»Si no temiese, amigos míos, que me habríais de creer completamente ebrio, os diría, bajo juramento, lo que he experimentado y experimento todavía con los discursos de este hombre. Cuantas veces le oigo, siento palpar mi corazón con más agitación que la de los coribantes, y se me arrasan los ojos de lágrimas, lo que también acontece a quienes experimentan las mismas emociones. Cuando yo oía a Pericles y a otros buenos oradores gozaba, desde luego, de su elocuencia; pero no me pasaba nada

semejante, ni se turbaba mi alma, ni se indignaba contra sí misma por sentirse servilmente esclavizada. Pero este Marsias me ha puesto muchas veces en tal disposición, que he llegado a creer que vivir como vivo no es vivir. Ahora mismo estoy seguro de que, de prestarle oídos, no podría resistir sin que me volviese a ocurrir semejante cosa.

»Este hombre me obliga a reconocer que, aún y estando yo falto de tantas cualidades, me preocupo, sin embargo, de los intereses de los atenienses. Y he de cerrar por fuerza mis oídos a sus palabras y escapar, como a los cantos de las sirenas, para no quedarme a su lado hasta envejecer. Sólo ante este hombre he experimentado un sentimiento del que no se me creería capaz: la vergüenza. Solamente ante él me lleno de rubor, porque tengo conciencia de que no he de poder contradecirle en lo que mande, aunque al dejarlo ceda yo luego a los favores del pueblo. Huyo de su lado y evito su encuentro, llenándome de vergüenza al volverlo a ver, porque no he cumplido mis promesas. Le vería con gusto desaparecer de las gentes; pero, si esto ocurriera, tengo la seguridad de que sería yo mucho más desgraciado todavía; de modo que no sé cómo tratar a este hombre. He ahí las impresiones que sobre mí y tantos otros ejercen las modulaciones de la flauta de este sátiro.

»Ved ahora cómo se asemeja a aquéllos con quienes le he comparado y qué poder tan admirable tiene. Seguros estáis todos de no conocer a fondo a este hombre. Yo os lo mostraré, ya que he empezado.

»Notad la pasión que Sócrates siente hacia los jóvenes hermosos; ved cómo siempre está entre ellos y hasta qué punto embelesado, y ved también cómo exteriormente parece que todo lo ignora y nada sabe. ¿No son así los silenos de los talleres? Seguramente. Tiene toda su apariencia exterior; pero si abrís su interior, ¿no veis, queridos invitados, cuánta prudencia rebosa? Sabed que no le importa nada que uno sea bello; eso lo desprecia hasta un extremo que no podréis sospecharlo nunca. Tampoco tiene en cuenta la riqueza ni ninguna de esas ventajas que el vulgo celebra. No da ningún valor a esos bienes, como a nosotros que los estimamos, y pasa su vida en una ironía continua, burlándose de los hombres. Pero cuando habla en serio y abre su interior, no sé si alguno ha visto las preciosidades que contiene. Yo las vi hace tiempo y me parecieron tan divinas y de tanto precio, tan bellas y admirables, que es menester hacer al punto lo que demanda Sócrates.

»Creyendo de veras que se interesaba por mi hermosura, lo tuve por una fortuna y pensé que se me presentaba una ocasión excelente para complacerle, oyendo yo de él cuanto sabía. No puede pensarse lo orgulloso que estaba yo con mi hermosura. Con este pensamiento, renunciando a la costumbre de estar ante él acompañado, me quedaba a solas.

»Os debo toda la verdad, pero prestadme atención, y rectificas, Sócrates, si miento. Me hallaba, ¡oh amigos míos!, a solas con él y creía que al punto me diría aquello que un amante suele decir a su amado cuando se hallan en tal caso, regocijándome con esa esperanza. Pero nada de eso pasó. Sócrates conversó como de costumbre y, después de haber pasado el día conmigo, se marchó. Después de esto le propuse que hiciésemos juntos ejercicios gimnásticos, esperando adelantar algo. Los hicimos; sin testigos luchamos muchas veces. ¿Y para qué decir más? Tampoco adelanté nada. Viendo que por este medio no lograba nada, me pareció que debía acometer con más fuerza y que no debía desistir, ya que había empezado. Como un amante que tiende un lazo a su amado, le invité a cenar conmigo. De primera intención rehusó pero, después de algún tiempo accedió a ello. Cuando aceptó por primera vez, quiso retirarse después de la cena, y en aquella ocasión, por vergüenza, le dejé marchar. Tendí de nuevo mis redes y otra vez, después de haber cenado, prolongué la conversación hasta muy adelantada la noche y cuando quiso ausentarse, pretextando que era tarde, le obligué a quedarse. Se acostó sobre un lecho próximo al mío, sobre el mismo en que había cenado, y nadie más que los dos dormía en aquella habitación.

»Hasta aquí todo puede decirse delante de cualquiera; pero lo que desde aquí en adelante voy a decir no lo oiréis si no fuese porque, como dice el proverbio, los niños y los borrachos dicen las verdades. Sería, además, injusto callar el hecho más relevante de Sócrates cuando estoy haciendo su elogio. Me encuentro también en una situación análoga a la del que ha sido mordido por una víbora. Dicen que el que lo ha sido no quiere decir a nadie su mal, sino a los que también han sido mordidos, porque sólo ellos conocen el mal y le han de perdonar que se atreva a hacer y decir cualquier cosa por efecto del dolor. Pues bien, yo he sido mordido por lo que produce un dolor muy agudo y en la parte más dolorosa que puede ser mordido uno, porque he sido picado y mordido en mi corazón o en el alma, o como quiera llamarse, por los razonamientos de la filosofía, más crueles que las mordeduras de una víbora, cuando se apoderan de un alma joven. Viendo a Fedro, Agatón, Erixímaco, Pausanias, Aristodemo, Aristófanes, sin hablar de Sócrates, y a todos los demás, participando del delirio y manía por la filosofía, no vacilaré en proseguir mi relato, porque perdonaréis mis actos de ayer y mis palabras de hoy. Vosotros, los domésticos, y si hay alguno otro rústico y profano, cerrad vuestros oídos con las puertas más recias y pesadas.

»Una vez apagada la lámpara —continuó Alcibíades— cuando los esclavos se fueron, me pareció que no debía hablarle con ambages, sino decirle con toda libertad lo que pensaba. Y tocándole, dije:

«—¿Duermes, Sócrates?

—No, respondió él.

—¿Sabes lo que he pensado?

—¿Qué?

—Creo —repuse—, que eres el único amante digno de mí y parece que tienes reparo en que llegue este instante. Por mi parte estimo que sería una sinrazón no complacerte, así en esto como en cualquier otra cosa que necesites de mi fortuna o de mis amigos. Nada más arraigado hay en mí que el deseo de perfeccionarme y pienso que a este fin no hay auxiliar más a propósito que tú. Me avergonzaría más de las censuras de los hombres sensatos por no complacer a un hombre como tú, que de las de los necios y el vulgo por haberte complacido.

Cuando oyó esto, con la ironía y vivacidad que le son peculiares, dijo:

—¡Oh, querido Alcibíades! Me parece, de veras, que no eres ningún necio si es verdad lo que dices de mí y si verdaderamente tengo la facultad de mejorarte. Para que así sea es preciso que hayas visto en mí una belleza maravillosa e infinitamente superior a la hermosura de tu juventud. Si ese conocimiento te lleva a comunicar conmigo y a cambiar belleza por belleza, es que piensas obtener más ganancia que yo, y no poca; pues en vez de belleza aparente pretendes poseer belleza verdadera y, en realidad, piensas cambiar cobre por oro. Pero ¡Oh afortunado joven!, reflexiónalo bien, no sea que se te haya ocultado que nada valgo. Los ojos del entendimiento no comienzan a ver con más penetración, sino cuando los del cuerpo se debilitan y tú no estás en esa edad todavía. —Tales son, sin embargo, mis sentimientos —repuse—; resuelve por tu parte lo que juzgues mejor para ambos.

—En eso dices bien —respondió—, porque en lo sucesivo deliberaremos de común acuerdo y haremos lo que mejor nos parezca, así en esto como en lo demás.»

»Después de esta conversación —continuó contando Alcibíades—, juzgándole como traspasado por un dardo, me levanté y sin permitirle decir una palabra más me envolví en este manto, pues era invierno, me recliné sobre el miserable de este hombre, y tendiendo mis brazos en torno de este varón, verdaderamente divino y admirable, pasé a su lado toda la noche. Y en esto tampoco dirás, Sócrates, que miento. Hasta tal grado, a pesar de haber hecho todo esto, triunfó Sócrates de mi hermosura, la despreció, se burló de ella y la ultrajó; y sin embargo creía yo que era de algún valor, ¡oh, jueces!, porque jueces sois de esta soberbia de Sócrates. Tened por cierto, y lo juro por los dioses y las diosas, que después de haber dormido con Sócrates me levanté como lo hubiera hecho con mi padre o un hermano mayor.

»Desde entonces comprenderéis cuáles han debido ser mis sentimientos frente a él. De un lado, me veía despreciado; de otro, admiraba su carácter, su templanza y su fortaleza. Pensaba que había encontrado un hombre como no podía hallarse otro ninguno ni en prudencia, ni en imperio sobre sí. Con tales pensamientos no podía

irritarme contra él y privarme de su trato ni buscar medio de reducirle. Sabía perfectamente que era mucho más invulnerable a las riquezas que Áyax a la lanza, y veía que me había frustrado también el único medio por el que había pensado cautivarle. No sabía qué hacer y erraba en torno suyo subyugado por él como jamás lo ha sido nadie por hombre alguno. Tales fueron mis relaciones con él cuando hubimos de hacer la expedición a Potidea, encontrándonos como camaradas. Allí, en el resistir de las fatigas, no sólo me superaba a mí, sino a todos los demás. Cuando nos veíamos reducidos a no tener qué comer, como suele ocurrir en campaña, nadie le igualaba en soportarlo con valor. En los casos de abundancia era también el único en saber sacar partido; él, que de ordinario se abstenía de beber, cuando se le obligaba aventajaba a todos, y lo más sorprendente es que ninguno le ha visto ebrio jamás. Esto lo vais a comprobar muy pronto. Por lo que hace a soportar los rigores del frío (y allí eran muy crudos los inviernos) hacía cosas que maravillaban. Cuando las heladas eran más fuertes y todos los demás, o no salían de sus tiendas o, de hacerlo, iban bien abrigados y con los pies envueltos en telas de fieltro o en pieles de cordero, Sócrates salía y entraba con el mismo manto de costumbre, con los pies descalzos sobre el hielo, con la misma facilidad que los demás que iban calzados, y hasta los soldados, creyendo que quería despreciarlos, le miraban de reojo. Tal fue Sócrates en Potidea.

»Mas ved también lo que hizo este valiente. En una ocasión, como le vino a la mente un pensamiento, se puso a meditar desde la aurora, y no habiendo obtenido resultado no desistió, sino que permaneció en pie y continuó meditando. Era ya mediodía y los soldados que lo habían advertido se admiraban y decían: «Sócrates está en pie desde la aurora, absorto en una meditación». Por último, cuando ya era de noche, unos soldados jonios, después de cenar, sacaron sus camas al fresco, por entonces verano, y se acostaron; pero al mismo tiempo observaban si Sócrates se pasaba de pie toda la noche. Efectivamente, se mantuvo allí de pie hasta la aurora, y después de salir el sol, adorándole, se retiró.

»¿Queréis saber ahora cómo se comportó este hombre en los combates? Os lo diré, porque es justo darle lo que corresponde. Cuando se dio la batalla, por la cual los estrategas me adjudicaron el premio del valor, yo debí mi salvación a este hombre que, viéndome herido, no quiso abandonarme y me salvó con armas y todo. Yo aconsejé entonces a los estrategas, y no dirás que miento, Sócrates, que te diesen el premio del valor; pero cuando aquéllos, atendiendo más a mi dignidad, querían premiarme a mí, mostraste más empeño que ellos mismos en que fuera yo el premiado y no tú.

»Pero más debe admirarse, amigos míos, a Sócrates cuando nuestro ejército hizo la retirada de Delio. Yo iba a caballo y él a pie. En dispersión estaban ya los soldados y venían juntos Sócrates y Laches; me encontré por casualidad con ellos y, al verlos, les

exhorté a que tuviesen buen ánimo, diciéndoles que no les abandonaría. Entonces se me ofreció mejor ocasión que en Potidea de admirar a este hombre, ya que yendo yo a caballo tenía menos que temer. Desde luego observé que Sócrates tenía más serenidad que Laches y además me pareció, ¡oh Aristófanes! (y esta frase es tuya) que también allí, como en Atenas, «marchaba con majestuosa arrogancia y con la mirada torva y fija» mirando con serenidad, ya a los nuestros, ya a los enemigos; mostrando claramente a todos que si alguno se atreviese a atacarle sería rechazado con energía. Gracias a esa actitud, él y su compañero hicieron la retirada de forma segura. En la guerra no se ataca, de ordinario, a los que muestran tal disposición y se persigue, en cambio, a los que huyen en precipitada fuga.

»Podéis añadir en elogio de Sócrates otros muchos hechos análogos; pero por lo que es digno de admiración es porque no se asemeja a ningún hombre, ni antiguo ni moderno. Porque, por ejemplo, con Aquiles se podría comparar a Brasidas, a Nestor con Pericles, a Antenor con otros, y de esta misma manera entre sí a muchos más. Pero un hombre tan original como éste, así en su persona como en su discurso, ni aun buscándolo puede encontrarse que se le aproxime, así entre los pasados como entre los presentes, salvo que se le compare, tanto a él como a sus discursos, como hago yo, no con ningún hombre, sino con los silenos y los sátiros.

»Y esto es precisamente lo que he omitido antes: sus discursos son muy semejantes a los silenos de los escultores, que se abren por el medio. Porque cuando uno oye sus discursos, en los primeros momentos le parecen grotescos, pues están vestidos con tales palabras y frases que son como la piel de un insolente sátiro. Tiene siempre en boca las frases: asno con albarda, herreros, zapateros, curtidores, y parece que dice siempre las mismas cosas con los mismos términos, de modo que cualquier ignorante se reiría de sus discursos. Pero si alguno los ve abiertos y penetra en el fondo de ellos, hallará en primer lugar que entre todos los discursos los suyos tienen un sentido más profundo, verá que son divinos, que contienen muchas imágenes de virtud y que comprenden cuanto conviene que medite el que aspira a ser apuesto y virtuoso.

»Esto es, amigos míos, cuanto tengo que decir en elogio de Sócrates, y también en son de queja, pues en la alabanza a él he mezclado las ofensas que me ha hecho. Pero no solamente ha obrado conmigo así, sino también con Cármides, hijo de Glaucón; con Eutidemo, el de Diocles, y con otros muchos a los cuales engañó aparentando ser amante, llegando a ser así amado. Por lo cual te advierto a ti, Agatón, que no te dejes engañar también, que te cures en salud, aprendas de lo que he sufrido y no te conduzcas como el necio que, según dice el proverbio, no escarmienta en cabeza ajena.

Todos rieron de la franqueza con que habló Alcibíades que parecía totalmente prendado de amor por Sócrates.

—Me parece, Alcibíades —dijo Sócrates—, que no estás hoy embriagado. De otro modo, no hubieras dado este rodeo con tanta sagacidad y entendimiento, encubriendo el objeto principal, del que de manera casual has hablado al final de tu discurso, como si todo lo que has dicho no fuese encaminado a enemistarnos a Agatón y a mí, porque piensas que sólo debo amarte a ti y no a ningún otro, y que Agatón debe ser amado por ti y no por otro. Pero... no has logrado ocultarlo, pues tu drama satírico y silénico lo ha puesto de manifiesto. Amigo Agatón, obra de modo que éste no obtenga resultado y prepárate para que nadie pueda enemistarnos.

—Acaso sea verdad, Sócrates, lo que dices —intervino Agatón—, y lo sospecho porque Alcibíades vino a sentarse entre ambos para tenernos separados. Pero nada adelantará con eso, porque voy a sentarme a tu lado.

—¡Perfectamente! Ven y siéntate aquí —dijo Sócrates.

—¡Por Zeus! —gritó Alcibíades— ¡Qué cosas tengo que sufrir de este hombre! Cree sin duda que en todo debo ser vencido. Pero permite, admirable Sócrates, que por lo menos Agatón se siente entre los dos.

—¡Imposible! —respondió Sócrates— Tú has hecho mi elogio y yo debo elogiar al que está a mi derecha. Si Agatón se sienta junto a ti, no es justo que él haga también mi elogio antes de ser alabado por mí. Déjalo y no tengas envidia, amigo mío, de que alabe a este joven, porque deseo vivamente hacer su elogio.

—No, no hay medio de que yo permanezca aquí —dijo Agatón—; estoy resuelto a cambiar de asiento para ser alabado por Sócrates.

—¡Esto es lo de siempre! —concluyó la disputa Alcibíades— Estando Sócrates presente, es imposible que ninguno tenga partido entre los jóvenes bellos. Ved con qué facilidad encontró un argumento persuasivo para que Agatón se siente a su lado.

Agatón se dirigía a sentarse al lado de Sócrates, cuando una turba de bebedores penetró en el salón y todos los invitados siguieron bebiendo.

EPÍLOGO

En las afueras de Atenas, Apolodoro estaba terminando de contar la historia del banquete que Aristodemo le había contado:

—Sí; de pronto llegó a las puertas una turba de bebedores, y encontrándolas abiertas, porque salía uno de los invitados, entraron y se sentaron a la mesa. Todo se llenó de confusión y de desorden, y obligaron los irruptores a beber vino sin regla ni medida.

»Erixímaco, Fedro y algún otro se retiraron. Aristodemo, cogido por el sueño, estuvo durmiendo bastante tiempo. Ya sabéis que en esa estación son muy largas las noches, y se despertó al venir el día, cuando ya cantaban los gallos. Al despertarse vio que unos estaban durmiendo y que otros habían desaparecido. Solamente estaban despiertos Agatón, Aristófanes y Sócrates, que bebían por turno, de izquierda a derecha, en una tinaja grande. Sócrates discutía con ellos.

»Aristodemo me dijo que no recordaba los pormenores de la conversación porque, como estaba dormitando, sólo pudo saber de ella al final. El resumen del debate fue que Sócrates obligó a sus interlocutores a confesar que es propio de un mismo hombre saber hacer tragedias y comedias, y que el que tiene talento para ser autor trágico lo tiene también para ser cómico. Forzados a convenir con ello, apenas podían seguir ya la conversación y comenzaban a dormirse. Aristófanes cayó el primero, y Agatón luego, cuando alboreaba; Sócrates, dejándolos dormidos, se levantó y se marchó acompañado por Aristodemo, según su costumbre. Llegó al Liceo, se bañó, dedicó el resto del día a sus quehaceres, y después, al caer la tarde se retiró a descansar.

FIN

Anexo II – Edición enriquecida con los comentarios de Cynthia Santana

EL BANQUETE

PLATÓN

PREFACIO

¡Bienvenido, Bienvenida, a una de las obras más importantes de la filosofía! Comencemos por contextualizarla, aunque primero debemos contextualizar al autor, en este caso Platón.

¿Quién fue Platón? Nada más y nada menos que uno de los pensadores más grandes, no sólo de su época, sino hasta nuestros días. Nacido en Atenas, Grecia, en el año 427 y fallecido en el 347 a.C. El ateniense es reconocido por sus reflexiones plasmadas mediante diversos personajes en sus obras, las cuales, en su mayoría, fueron escritas a manera de diálogo. Sus obras se dividen en 4 etapas: diálogos de juventud, de transición, de madurez y de vejez.

La obra presente pertenece a la etapa de madurez; aquí Platón ya se iba formando su propio criterio, pues al ser fiel seguidor de su maestro Sócrates, sus obras de las etapas de juventud y transición aún tienen una influencia muy marcada del pensamiento socrático. No es hasta los diálogos de vejez donde encontramos a un Platón más independiente y con criterio propio.

Quizá te estés preguntando en este momento: ¿Por qué Platón escribía en forma de diálogos? Se debe a que la transmisión de conocimiento tenía más peso si era por medio de la oralidad, memorización o audición. En realidad, la escritura era algo que se consideraba «inferior» debido a que, si se planteaba una idea escrita, no había posibilidad de que el lector expusiera sus dudas al autor, mucho menos de iniciar un debate o simplemente un intercambio de ideas, a diferencia del diálogo, por supuesto. Así que Platón intentó escribir de la manera más «oral» posible, con el objetivo de que esas conversaciones no se perdieran y que en un futuro pudiéramos tener ese conocimiento. Un pensamiento, debemos decir, muy distinto al de su maestro Sócrates, ya que él se mostraba totalmente en contra de la escritura por las razones anteriores.

En los diálogos platónicos se abarcan diversos temas como el amor, la política, la belleza, la ética, el lenguaje... Esta es una de las razones por las cuales tenemos que

reconocer que Platón se ha vuelto muy importante tanto en el ámbito académico como fuera de él, debido a que en sus obras plasma la esencia pura de la filosofía: dudar de los conceptos, proponer nuevas definiciones, dialogar pacíficamente, y todo dentro de un contexto cotidiano y callejero, sobre temáticas tan amplias que, estoy segura, todos en algún momento nos hemos sentido curiosos.

Yo te acompañaré a través de comentarios que te servirán para entender un poco mejor las ideas principales de cada discurso presentado, además de contextualizarte un poco para entender los porqués de muchas situaciones normalizadas en aquél entonces y que ahora nos parecerían inconcebibles.

En el presente diálogo nos encontraremos con diferentes concepciones del amor. Cada personaje nos ofrecerá su definición y lo que personalmente entiende por el Eros, el Dios del amor. Cuestiones como ¿qué es el amor?, ¿cómo se manifiesta? ¿cómo podemos identificarlo?, se plasmarán a continuación.

PRÓLOGO

—Creo que conozco el asunto sobre el cual me preguntáis —exclamó Apolodoro mientras se dirigía hacia Atenas junto a unos amigos—, porque justamente yendo yo hace unos días desde mi casa de Falereo a la ciudad, me llamó un conocido desde lejos y, bromeando por mi lento andar, gritó:

« —Eh, Apolodoro, no corras tanto, espérame.

Me paré y aguardé.

—Precisamente —dijo— hace poco te buscaba, porque quería que me contaras los discursos sobre el Amor que se pronunciaron en el banquete que tuvieron Sócrates, Agatón, Alcibíades y los demás que asistieron a la cena; me lo contó uno que lo había oído a Fénix, el hijo de Filipo, y sin poder concretar más, añadió que tú lo sabías. Cuéntamelo, porque es justo que me des a conocer las palabras de tu amigo. Pero antes dime, ¿tú estuviste o no?

—En verdad —respondí— el que te ha hallado, por lo visto, nada te ha contado con certeza cuando crees que esa fiesta se ha efectuado hace poco y que yo he podido asistir a ella.

—Sí; lo creía.

—¿Y de dónde sacas eso, Glaucón? ¿No sabes que Agatón hace ya muchos años que no ha venido a Atenas, que yo trato a Sócrates sólo desde hace tres años y que procuro más y más cada día saber cuánto hace y dice? Antes de eso yo iba a la deriva, de aquí para allí, creyendo obrar razonablemente, siendo, en realidad, mucho más infeliz que nadie por pensar, como tú piensas ahora, que uno debe hacer cualquier cosa antes que filosofar.

Apolodoro fue una de las tantas personas a las cuales Sócrates hacía reflexionar de manera continua gracias a su método de la «mayéutica», también conocido como el «método socrático». Este método consiste en entablar un diálogo por medio de preguntas orientadas hacia un objetivo, como sería la definición de algún concepto (justicia, paz, amor, virtud...). Por ejemplo: Sócrates paseaba por los rincones de Atenas y si se encontraba a algún abogado se detenía a preguntarle «¿qué es la justicia?». El abogado respondía lo que él creía y Sócrates comenzaba a hacerle preguntas sobre su respuesta. Así era como Sócrates hacía «parir el conocimiento» para que, a través de esas cuestiones, las personas se acercaran cada vez más a la verdad o, como diríamos hoy en día, llegaran a una definición más exacta respecto al concepto a analizar. Por ello, Apolodoro menciona que antes creía obrar razonablemente, pero, después de haber intercambiado ideas con Sócrates, se dio cuenta de que no era así. Aquí concluimos en que el filósofo cumplía con su deber.

—Déjate de bromas —dijo—, y dime cuándo fue esa reunión.

—Siendo yo niño aún, cuando Agatón obtuvo el premio por su primera tragedia, y al día siguiente de celebrar con sus coristas los sacrificios por su triunfo.

—Mucho tiempo hace, según eso. ¿Quién te lo contó entonces? ¿Fue el mismo Sócrates?

—No, por Zeus, sino el mismo que a Fénix: uno llamado Aristodemo de Cidateneo, bajito, y que iba siempre descalzo. Había estado en la reunión, y creo que era uno de los que más amaban a Sócrates entre todos los de su tiempo. Pero también pregunté luego a Sócrates sobre algunas cosas que aquél me dijo y estuvo de acuerdo con lo que me había referido Aristodemo.

—¿Y por qué no me lo cuentas? —me dijo— El camino que hemos de andar hasta la ciudad es muy a propósito para ello.»

Echamos a andar y fuimos hablando de ello por el camino, de modo que, como os dije al principio, sé de memoria el asunto. Si queréis que también os lo cuente a vosotros, lo haré con gusto.

»Cuando hablo de filosofía u oigo hablar de ella a los demás, no sólo encuentro provecho, sino que hasta siento placer. Cuando oigo, en cambio, conversaciones de otro género, sobre todo las de vosotros, los ricos y hombres de negocios, siento disgusto y os compadezco, porque pensáis, amigos míos, que hacéis algo bueno y no hacéis nada. Vosotros también pensaréis que yo soy un desdichado, en lo cual me parece que tenéis razón. Pero yo no sólo lo pienso de vosotros, sino que, además, estoy seguro de ello.

—Eres siempre el mismo, Apolodoro —exclamó uno de sus amigos—. Hablas tristemente de ti, de los demás, y ya sospecho que tienes por desgraciados a todos los hombres, empezando por ti; a todos menos a Sócrates. Has adquirido esa fama de maníaco no sé por qué; pero lo cierto es que siempre eres así en tus discursos. Tratas agriamente a todos, igual a ti que a los demás. Salvo, siempre, a Sócrates.

—Cierto, amigo mío —contestó Apolodoro—. Pensando así de mí mismo y de los otros, desvarío y estoy loco.

—Bien; no disputemos ahora por ello y haz el favor de contarnos cómo fueron los discursos que te hemos pedido.

—Pues fueron, poco más o menos, así. Pero procuraré contároslo todo desde el principio, tal como Aristodemo lo refirió. Fue de este modo.

ESCENA PRIMERA

Sócrates andaba por las calles de Atenas. Limpio y aseado, como el que acaba de tomar un baño, ese día se había calzado con sandalias, contra su costumbre. Se encontró con Aristodemo que se dirigió a él:

—¿Dónde vas tan engalanado, Sócrates?

—Voy a cenar a casa de Agatón —respondió Sócrates—. No quise ir ayer a la fiesta de los sacrificios en celebración de su triunfo, temiendo a la gente; pero le prometí que asistiría hoy a la cena. Me he engalanado por eso, para ir elegante a casa del elegante. Y tú, ¿estás dispuesto a venir, aunque no te hayan invitado?

—Si tú lo mandas.

—Pues vente, para que no sea cierto el proverbio y lo cambiemos diciendo: «al convite de los buenos van los buenos, aun sin ser convidados».

»Por cierto, —continuó Sócrates— Homero no echó por tierra el proverbio, sino que lo despreció. En su poema, después de presentarnos a Agamenón, distinguido y esforzado en los combates, y a Menelao, flojo y mal guerrero; cuando Agamenón celebra un banquete después de un sacrificio, hace que Menelao vaya a la cena sin ser invitado. Es decir, sienta a un cobarde a la mesa de un valiente.

—Quizá me exponga a no ser como tú dices —replicó Aristodemo—, sino como dice Homero, y siendo un ignorante vaya al convite de un sabio sin ser invitado. Pero tú me llevas y me disculparás, ¿no es eso? Porque yo no digo que voy sin ser llamado, sino convidado por ti.

—Ya que vamos juntos, antes de llegar veremos lo que hemos de decir. Vamos.

Anduvieron juntos, quedándose Sócrates un poco rezagado, sumido en sus propios pensamientos. Aristodemo quiso aguardarle, pero Sócrates le indicó que siguiera adelante.

ESCENA SEGUNDA

Una vez llegaron a la casa de Agatón, encontraron la puerta abierta de par en par, concurrida por el ir y venir de esclavos y criados. Uno de estos, al notar la presencia de Aristodemo, salió a su encuentro y lo condujo al interior donde reinaba un ambiente animado y festivo.

ESCENA TERCERA

—Llegas a tiempo, Aristodemo, para que cenes con nosotros —exclamó Agatón al ver a éste entrar por la puerta—; pero si te trae otra cosa, déjalo para mejor ocasión. Ayer estuve buscándote, por cierto, para invitarte y no te pude hallar. Pero ¿no viene contigo Sócrates?

Aristodemo volvió la cabeza a varios lados buscando al maestro, y al no encontrarlo a su lado exclamó:

—Sí...no. Ha venido conmigo mismo... ¡Si he sido invitado precisamente por él a la cena!

—Has hecho bien; pero ¿dónde está? —insistió Agatón.

—El caso es que venía hace un momento detrás de mí. Me extraña. No sé dónde podrá estar.

Agatón se dirigió entonces a un esclavo:

—Busca a Sócrates y hazle entrar. Tú, Aristodemo, siéntate ahí, junto a Erixímaco.

Mientras lavaban los pies de Aristodemo, según la costumbre en estos casos, el esclavo que había salido en busca de Sócrates volvió a la estancia y dijo:

—Sócrates se ha metido en una habitación inmediata y no quiere venir.

—Qué cosas más raras dices —replicó Agatón—. Anda, llámale, y no le dejes hasta que venga.

Aristodemo interrumpió a Agatón diciendo:

—Dejadlo, tiene esa costumbre. A veces se queda en cualquier sitio y se detiene un momento. Pero vendrá enseguida. No le molestéis. Vendrá.

Agatón, no muy convencido, contestó:

—Bien; dejadlo. Si lo crees así...Pero vosotros, muchachos —dijo dirigiéndose a los esclavos—, servid la comida a los demás. Poned en la mesa lo que queráis, puesto que nadie os dirige ni yo lo he hecho nunca. Haced como si yo, y todos, hubieramos sido invitados a cenar por vosotros, y cuidad de que todo esté con esmero, para que os prodiguemos nuestras alabanzas.

Tras este breve diálogo, los invitados se acomodaron en los triclinios y los esclavos empezaron a servir. Agatón llamó a un esclavo para darle un recado, pero Aristodemo volvió a intervenir para disuadirle. Mientras avanzaba la cena entre risas y chanzas, Agatón volvió a intentar mandar a un esclavo a buscar a Sócrates pero, de nuevo, Aristodemo se lo impidió.

Cuando, por fin, apareció Sócrates, Agatón se levantó y se acercó a él:

—Sócrates, ven y siéntate a mi lado, para que se me pegue algo de tu meditación en el vestíbulo. Indudablemente has encontrado lo que buscabas y lo tienes ya, porque de otro modo no hubieras venido aún.

Sócrates se sentó al lado de Agatón y replicó:

—Bueno sería, Agatón, que la sabiduría fuera de tal naturaleza que por el simple contacto de unos con otros corriese desde el más lleno al más vacío, como el agua entre dos copas por una cinta de lana.

»Si la sabiduría fuera así, valoraría mucho estar sentado junto a ti, porque imagino que habría de verme lleno de la abundante y clarísima sabiduría que posees.

»La mía es de poco valor. Muy dudosa. Es como un ensueño; mientras que la tuya, magnífica y esplendorosa ya desde tu juventud, ha brillado anteayer, haciéndose ilustre ante más de treinta mil helenos.

—Burlón estás, Sócrates —dijo Agatón—; pero ya veremos eso más despacio los dos luego, sirviéndonos Dionisios de juez. Pero ahora, cena.

Sócrates, bien acomodado junto al anfitrión, cenó como los demás. Tras hacer las libaciones, beber y entonar los himnos a Zeus, Pausanias empezó a hablar:

—Veamos, amigos míos, de qué modo hemos de beber sin que nos haga daño. Yo, lo confieso, me encuentro molesto por lo mucho que bebimos ayer y necesito un poco de descanso. Creo que a vosotros os pasa lo mismo, porque también asististeis ayer a la fiesta; de manera que veamos cómo podremos beber sin inconveniente.

—Dices bien, Pausanias —intervino Aristófanes—; hemos de procurar moderarnos, porque yo también soy de los que ayer bebieron en exceso.

—Perfectamente —asintió Erixímaco—; pero falta consultar el parecer de uno. ¿Cómo te encuentras, Agatón?

El aludido afirmó encontrarse en la misma situación que los demás, entonces continuó Erixímaco:

—Tanto mejor para Aristodemo, para Fedro y para los demás si vosotros os dais por vencidos, siendo tan valientes, porque nosotros somos siempre ruines bebedores. No hablo de Sócrates, que bebe siempre lo que le place y no le importa lo que proponemos. Así, ya que no hay nadie con deseos de excederse, seré menos inoportuno si os digo unas cuantas verdades sobre la embriaguez. Mi experiencia de médico me ha probado perfectamente que es funesto para el hombre el exceso de la bebida. Evitaré siempre este exceso en cuanto pueda y jamás lo aconsejaré a los demás... sobre todo cuando su cabeza está aún mareada por la orgía de la víspera.

En este punto intervino Fedro:

—Yo acostumbro a suscribir tu opinión sobre todo lo que se refiera a medicina; y en este momento también los demás, si lo reflexionan bien.

Después de estas palabras todos acordaron en que se debe beber, asintiendo a las palabras de Fedro, no para embriagarse, sino para gozar del vino.

—Convenido en que cada uno beba cuanto quiera —continuó Erixímaco— y no se obligue a nadie; propongo, además, que se despida a la joven flautista que hace poco entró, y que toque para sí o, si lo prefiere, para las mujeres que están allá dentro. Nosotros charlaremos, y si queréis indicaré sobre qué asunto podemos hablar.

Alquilar esclavas flautistas era bastante común en los banquetes. Los banquetes eran el equivalente a reuniones de varias personas donde se dialogaba y debatían diversos temas, justo como se muestra en esta obra. Se sabe que, cuando los participantes ya estaban borrachos, ellas, quienes además cantaban, fungían como sus parejas sexuales. Si confiamos en lo que Platón nos dice en su diálogo «Protágoras», la opinión de Sócrates respecto a que se alquilaran flautistas durante los banquetes era totalmente negativa, pues él creía que hacer esto era propio de gente ignorante incapaz de mantener una conversación. ¿Por qué pongo en duda lo que dijo Platón? Porque no tenemos evidencia directa de que Sócrates haya opinado eso. Es más ni siquiera sabemos si en realidad existió, pues él jamás escribió, así que lo único que tenemos de él son algunas referencias de filósofos, entre ellos, por supuesto, Platón.

Todos estuvieron de acuerdo y animaron a Erixímaco a proponer un tema:

—Comenzaré por este verso de *La Melanipa* «Lo que voy a decir no es cosa mía», ya que la idea es de Fedro.

»Fedro me dice muchas veces: «¿No es curioso que los poetas hayan dedicado himnos y canciones a todos los dioses menos al Amor, siendo tan grande y excelente dios? En las obras de los sofistas de más mérito, como en las del doctísimo Pródico, se ven elogios de Heracles y de otros. Es más: he encontrado un libro de un hombre sabio, en el que se hacen grandes alabanzas a la sal por la utilidad que suministra. Y por este estilo podría citar la celebración y elogio de muchas cosas de este género».

»Creo que Fedro tiene razón al decir que muchos han puesto gran cuidado en ocuparse en esos asuntos y que ninguno se ha atrevido a celebrar dignamente el Amor, dejándolo en el olvido. Deseo pagarle por eso mi tributo, y me parece que los que estamos

reunidos aquí podemos honrar al postergado dios. Si os parece bien, éste puede ser el tema de nuestra conversación. Cada uno debe pronunciar, lo mejor que pueda, un elogio al Amor, comenzando de izquierda a derecha, debiendo empezar Fedro, puesto que está sentado el primero y es también el autor de esta idea.

—Ninguno, Erixímaco, votará en contra —dijo Sócrates—. Yo, que hago gala de saber las cosas sólo por amor, no podré oponerme a ello. Agatón y Pausanias no renunciarán a ello, y Aristófanes, que tiene a Dionisios y a Afrodita por toda ocupación, tampoco, así como ninguno de los presentes

»Pero no es la cosa igual de justa para los que estamos sentados los últimos. Sin embargo, nos daremos por satisfechos si los que están delante hablan bien. Que comience Fedro y elogie al Amor.

Asintieron los asistentes y tras un breve silencio empezó Fedro con su discurso:

—Gran dios es el Amor y digno de admiración, así entre los hombres como entre las divinidades, por muchos y diversos motivos; pero, sobre todo, por su origen, porque es el más antiguo de los dioses. Tanto, que no tiene padre ni madre, ni hay nadie que se los dé. Hesíodo dice que primeramente existió el Caos, después apareció la Tierra con su seno inmenso, base eterna e inquebrantable de todas las cosas... y el Amor. De modo que, según el poeta, al Caos suceden la Tierra y el Amor. Parménides ha dicho que el Amor fue el primer dios concebido y Acusilao coincide con la opinión de Hesíodo. Hay como un acuerdo en que el Amor es el más antiguo de los dioses.

»También es de todos ellos el que hace más bien a los hombres. No conozco ninguna dicha mayor para un joven que tener un amante virtuoso, ni para un amante que amar un objeto virtuoso. Ni el nacimiento, ni los honores, ni las riquezas pueden inspirar al hombre como el Amor lo que necesita para vivir honradamente: la vergüenza del mal y la emulación del bien, sin cuyas cosas es imposible que un hombre o un Estado hagan jamás nada bello y grande. Así me atrevo a decirlo; un hombre que ama, si ha cometido una mala acción o no ha rechazado un ultraje, tiene más vergüenza de presentarse ante su amado que ante su padre, sus parientes o cualquier otra persona. Y lo mismo le sucede al amado, que jamás se presenta más confundido ante el amante como al cogerle en una falta.

»Un Estado o un ejército que por arte de encantamiento se compusiera de amantes y amados, llevaría como ninguno hasta sus límites el horror al vicio y la emulación por la virtud. Los hombres, unidos por un vínculo semejante, aunque fuesen pocos, podrían vencer al mundo entero. Porque si hay alguien de quien un amante no quiere ser visto

desertado de filas o tirando las armas, es de quien ama. Un amante preferiría morir mil veces antes que abandonar a su amada viéndola en peligro y sin prestarla auxilio. No hay hombre tan cobarde a quien el Amor no haga valiente y transforme en héroe.

»Lo que dice Homero que inspiran los dioses audacias a ciertos hombres de guerra, puede decirse con más razón del Amor mismo que de todos los seres divinos. Sólo los amantes saben morir el uno por el otro.

»No sólo los hombres, sino las mujeres también han dado su vida por salvar a los que amaban. Un hermoso ejemplo lo ofrece Alceste, hija de Pelías, queriendo morir por su esposo, aunque éste tenía padre y madre. El amor del amante sobrepasó tanto al afecto por sus padres, que los declaró, por decirlo así, personas extrañas para su hijo y como si fuesen parientes sólo de nombre.

»Se han realizado en el mundo muchas acciones magníficas; pero es muy reducido el número de los que han rescatado del Infierno a los que han entrado en él. Sin embargo, la acción de Alceste pareció tan hermosa a los ojos de los hombres y de los dioses, que admirados éstos de su valor, la volvieron a la vida. ¡Tan cierto es que el Amor noble y generoso se hace estimar de los mismos dioses!

»Orfeo, hijo de Eagro, no fue tratado así, sino arrojado al Infierno, sin acceder a su petición. En lugar de devolverle su mujer, que andaba buscando, le presentaron un fantasma, una sombra de ella, porque como buen músico le faltó valor para morir por el ser amado. Lejos de imitar a Alceste, se las ingenió para bajar vivo a los Infiernos, por lo que, indignados los dioses, castigaron su cobardía haciéndole morir a manos de las mujeres. En cambio, honraron a Aquiles, hijo de Tetis, y le recompensaron, enviándole a las Islas de los Bienaventurados, porque habiéndole predicho su madre que si mataba a Héctor moriría en el acto, y aconsejado que volviera a la casa paterna, donde moriría cargado de años, Aquiles, sin dudar, prefirió la venganza de Patrodo a su propia vida, y quiso, no sólo morir por su amigo, sino también sobre su cadáver. Y los dioses le honraron más que a todos los demás hombres, mereciendo su admiración por el sacrificio que hizo en obsequio de la persona que le amaba.

»Esquilo se burla de nosotros cuando dice que el amado era Patrodo. Aquiles era más hermoso no sólo que éste, sino que todos los demás héroes. No tenía vello en el rostro aún y era mucho más joven, como dice Homero.

»Si los dioses aprueban lo que se hace por la persona que se ama, más estiman, admiran y recompensan lo que se hace por la persona de quien uno es amado. El que ama tiene algo más de divino que el que es amado, porque en su alma existe un dios.

De ahí que haya sido tratado mejor Aquiles que Alceste, en las Islas de los Bienaventurados, después de su muerte.

»Concluyo que de todos los dioses el Amor es el más antiguo, el más augusto y el más capaz de hacer al hombre feliz y virtuoso en la vida y después de la muerte.

El discurso de Fedro radica en que Eros es el Dios más grande e importante de todos. Dentro de la mitología griega, Eros es el Dios del amor y la atracción sexual. Y así como su origen es divino, éste aterriza en la Tierra con los humanos, por lo que dioses y humanos somos capaces de amar. Pero, eso sí: quien ama es más virtuoso que quien es amado.

Antes de seguir con la explicación del discurso, contextualicemos la relevancia del concepto «virtud» en la antigua Grecia: lo era todo. Lo que llamaríamos ahora «una buena persona», «un ciudadano ejemplar», «un ejemplo a seguir», es lo que los antiguos griegos llamarían: una persona virtuosa. Ahora sí, prosigamos con el análisis del discurso.

En definitiva, para Fedro, amar es un acto heroico y, por lo tanto, virtuoso, pues un héroe está dispuesto a dar la vida por su ser amado. Una guerra es caótica y quien puede acabar una guerra es considerado un héroe. Ese héroe actúa por amor porque es capaz de terminar con ese caos y darle un sentido a su vida. Y quien baja a la Tierra para dar sentido a la vida humana es Eros, el dios del amor. Es también gracias al amor que podemos sentir vergüenza al obrar de manera inadecuada, mala, porque no sólo nos fallamos a nosotros mismos, sino también a nuestro ser amado.

La frase: «No hay hombre tan cobarde a quien el Amor no haga valiente y transforme en héroe» es fundamental y da justo en la base del discurso de Fedro. El amor es también una fuente de inspiración; es lo que nos motiva a mejorar como personas, a alcanzar esa virtud, tanto así que incluso llegamos a dar la vida por quien amamos. Por ello se expone la leyenda de Alceste, hija de Pelías, quien da la vida por su amado. Esto fue un acto tan lleno de amor, que logró conmovir al propio dios Heracles, por lo que decidió traerla de la muerte a la vida nuevamente para que su amor se siguiera consumando, lo que nos da a entender que el amor trasciende a la muerte: no porque alguien muera, se deja de amar.

Tras un silencio, intervino Pausanias:

—No me parece bien, Fedro, la proposición que has hecho de que celebremos sencillamente al Amor. Hubiera sido justa, si no hubiera más que un Amor; pero ese dios no es uno, y como no es uno habría estado más en razón que nos hubieras dicho, desde luego, qué Amor teníamos que elogiar.

»Procuraré, pues, reparar esa falta tuya indicando primeramente qué Amor es el que debe elogiarse y haré luego una alabanza digna de ese dios.

»Todos sabemos que Afrodita va siempre acompañada del Amor. De modo que, si Afrodita es una, el Amor también debe ser uno, y puesto que hay dos Afroditas, debe haber también dos Amores. ¿Y quién puede dudar que existen dos Afroditas? Una, la mayor, hija de Uranos y sin madre, la llamamos Afrodita Celeste o Urania; otra, la más joven, hija de Zeus y de Dione, es la llamada Afrodita simplemente, la Afrodita vulgar. Existiendo ambas diosas, deben tener dos auxiliares, y es justo llamar así: al uno, Amor celeste, y al otro, Amor sólo o Amor vulgar. Mas como es conveniente que elogiemos a todos los dioses, procuraré exponeros el destino de cada uno de los Amores.

»Toda acción, como obra, en sí no es buena ni mala. Lo que estamos haciendo ahora: beber, cantar y conversar no es bueno ni malo por sí mismo, pero cualquier acción puede serlo por la manera como se cumpla. Resulta buena si se hace con belleza y justicia; es mala si se efectúa con iniquidad. Eso mismo ocurre al amar. Todo Amor no es por sí mismo loable y bello, sino que es bello el que nos lleva a amar con belleza. El Amor de la Afrodita corriente es un amor verdaderamente vulgar, no inspira otra cosa que acciones sin importancia: es el Amor que experimentan los hombres corrientes por el que se prendan, de buenas a primeras, tanto de las mujeres como de los jóvenes; es el que prescindiendo del alma se fija sólo en el cuerpo, por el que se atiende sólo a gozar, y no a vivir o no vivir en belleza; el que los convierte en las más estúpidas criaturas. Los que se entregan al azar en sus relaciones, lo mismo les da lo bueno que lo malo. Su amor procede más que de la diosa mayor, de la joven, de la Afrodita vulgar en cuya generación participaron un macho y una hembra. La Afrodita celeste no procede de mujer, ha nacido sólo de hombre, y el amor que sugiere no se enamora más que de los jóvenes. Servidor de una diosa de más edad y exenta de arrebatos, ese Amor, habiendo de amar un sexo naturalmente más robusto e inteligente, lleva al macho a quien puede inspirarlos.

»En el amor que los hombres tienen por los jóvenes es donde se reconoce los que incita el Amor celeste. No buscan así los que son demasiado muchachos, sino aquellos cuya inteligencia comienza a desarrollarse; es decir, a quienes ya les empieza a crecer la barba.

»Creo que los que se empeñan en ese Amor están dispuestos a quererse toda la vida, a pasarla en común y, de ningún modo, a engañar al amante inexperto, que han seducido como un niño, ni a ponerle en ridículo y a dejarle para precipitarse en brazos de otro. Convendría que hubiera una ley que prohibiera amar a los muchachos demasiado jóvenes, para que no se perdieran tantos esfuerzos en obtener un resultado incierto; porque incierto es el fin en que el vicio o la virtud, la mente o el cuerpo orientaran la evolución de la infancia. Las personas prudentes se imponen a sí mismas esa ley, pero habría que obligar a ella a los amantes vulgares, así como les obligamos, en cuanto podemos, a que no amen a las mujeres de condición libre. Éstos son los que han deshonrado el Amor, hasta el punto de que algunos se hayan atrevido a decir que era vergonzoso dispensar favores a un amante. Hablan reparando sólo en esos amantes vulgares y viendo su proceder e injusticia con sus amados; pues, sin duda, todo lo que se hace honesta y legítimamente no puede censurarse de ningún modo.

»No es difícil comprender las leyes sobre el amor de otros países, porque son precisas y claras. Sólo las costumbres de Atenas y Lacedemonia necesitan explicación. En Elida, y entre los beocios poco hábiles en el arte de la palabra, se admite fácilmente que uno otorgue sus favores a un amante. Nadie, joven ni viejo, lo encuentra vergonzoso. Y es preciso creer que en esos países está autorizada esa costumbre de allanar las dificultades y no tener que seducir a los amados por los artificios de la palabra de que son incapaces. En Jonia y en otras muchas partes donde se vive bajo el régimen de los bárbaros, semejante comercio se reputa infame. Y con la proscripción de este amor como cosa vergonzosa, se proscriben también entre los bárbaros la filosofía y la gimnasia; pues, según creo, no conviene a los que ejercen el mando que se forme entre los súbditos sentimientos elevados, amistades profundas y asociaciones, todo lo cual, y otras muchas cosas, sabe infundir el Amor. Por experiencia aprendieron esto nuestros gobernantes; porque el amor de Aristogitón y la firme amistad de Harmodio destruyeron su poder. Así es donde se ha establecido que es vergonzoso otorgar favores a los amantes, se ha hecho por maldad de los que hicieron las leyes; por ambición de los que mandan y por falta de energía varonil en los súbditos; y en donde el uso corriente lo autoriza como bueno, se ha hecho por excesiva indolencia de los legisladores.

»Entre nosotros, la legislación amorosa está sabiamente ordenada; pero, como he dicho, nuestras costumbres no son fáciles de comprender. Reflexionando se ve que admitimos mejor el amor públicamente que en secreto, y que es preferible enamorarse de los más nobles y virtuosos, aunque sean a veces menos bellos. Es sorprendente cómo se interesa todo el mundo por el triunfo del hombre que ama; se le anima, lo que no se haría si no se tuviese por cosa buena. Se le aprecia cuando ha triunfado y se le desprecia si no ha conseguido el triunfo. La costumbre permite al amante emplear medios mágicos para llegar a su objeto, y perdería la estimación de los sabios si se sirviese de ellos para otra cosa que no fuera hacerse amar. Porque si un hombre, con el fin de enriquecerse, de obtener un empleo o crearse una posición, se atreviera a tener por alguien la menor de las complacencias que tiene un amante para el que ama; si emplease las súplicas, si se valiese de las lágrimas y los ruegos, si hiciese juramento, si durmiese en el umbral de su puerta, si se rebajase a bajezas que un esclavo se avergonzaría hacer, ninguno de sus enemigos o amigos dejaría que se envileciera hasta ese extremo. Unos le echarían en cara su adulación y esclavitud; otros, ruborizados, procurarían corregirlo. Y todo esto, sin embargo, sienta maravillosamente a un hombre que ama. No sólo se admiten sus bajezas sin tenerlas por deshonorosas, sino que se le mira como un hombre que cumple con su deber; y lo curioso es que se quiere que los amantes sean los únicos perjuros que los dioses dejen de castigar, porque se dice que los juramentos de amor no obligan. Así, pues, los hombres y los dioses aseguran a los amantes una plena libertad, libertad que nuestras leyes locales consagran, estando todos persuadidos de que amar y prendarse de los que aman es seguir un uso bueno y corriente.

»Mas viendo también, por otra parte, a los padres imponer preceptores a sus hijos para impedir que hablen con los amados; a los amigos y compañeros insultar a esos jóvenes favoritos cuando les sorprenden en tales coloquios, y a los ancianos, no queriendo oponerse a esos insultos y al castigo de sus autores, ¿no se dirá, considerando esas costumbres, que nuestra ciudad mira como una vergüenza amar a los muchachos y ser amados de ellos? Semejante paradoja la resuelvo así: No es el amor una cosa sencilla. Como he dicho ya, las acciones no son, en sí mismas, bellas ni feas; son bellas, si se hacen en vista de lo bello; feas, si es lo feo quien las provoca. Así, es feo otorgar bajamente sus favores a un ser inferior, y es bello ofrecerlos bellamente al amor de un ser bello. Un ser bajo es para mí un amante vulgar que, más que del alma, está enamorado de la carne. Semejante amador no puede ser constante porque no ama nada constante, y así, en cuanto la flor de la carne se marchita, cesa de amar, vuela a otros amores y falta a su palabra y a sus promesas. El enamorado de un alma bella

permanece, en cambio, fiel durante toda su vida, porque ama una cosa permanente. Nuestras costumbres quieren que se examine al bien y lo bello antes de decidirse, que se busque el agrandar a los unos y evitar a los otros, y se nos exhorta por eso a buscar a unos y a escapar de otros, según se discierne y comprueba qué clase de amor siente el que ama y el que es amado. Convenimos así que es indigno el entregarse en seguida, y que no lo es ceder en el momento oportuno para entregarse de lleno. Es vergonzoso también entregarse a los ricos y a los poderosos, sea por temor o debilidad, ya por conseguir riquezas o situaciones políticas envidiables, porque tales razones para amar no tienen un fundamento sólido ni bastante duradero para engendrar un afecto generoso. Sólo resta un motivo por el que en nuestras costumbres se puede decentemente favorecer a un amante; porque, así como la servidumbre voluntaria de una amante hacía el objeto de su amor no se tiene por adulación, ni puede echarse en cara tal cosa, en igual forma hay otra suerte de servidumbre voluntaria que no puede reprenderse nunca, porque la escoge el hombre en vista de la virtud. Entre nosotros se admite que, si uno se somete a servir a otro con la esperanza de perfeccionarse en una ciencia o en cualquier virtud, semejante servidumbre no es vergonzosa ni se considera como adulación.

»Es preciso tratar al Amor como a la filosofía y a la virtud, y que sus leyes tiendan al mismo fin, si se quiere que sea honesto favorecer a aquel que nos ama; porque si el amante y el amado se aman mutuamente bajo una ley: que el amante, en reconocimiento de los favores recibidos, esté dispuesto a hacerle al que ama todos los servicios que la equidad le permita; y que el amado, a su vez, en recompensa de los cuidados de su amante para hacerle sabio y virtuoso, tenga con él todas las consideraciones debidas. Si el amante es verdaderamente capaz de dar ciencia y virtud al que ama y éste tiene verdadero deseo de adquirir instrucción y sabiduría; si todas estas condiciones se verifican, entonces sólo es decoroso conceder sus favores al que nos ama. El amor no puede permitirse por ninguna otra razón, y entonces no es vergonzoso verse engañado. En cualquier otro caso sí lo es, pues si con la esperanza de utilidad o de ganancia se entrega uno a un amante que se creía rico, que después resulta pobre, y que no puede cumplir su palabra, no es menos indigno, poniéndose en evidencia, demostrando que por el interés se arroja a todo, lo que no tiene nada de bello. Por el contrario, si después de haber favorecido a un amante a quien se creía hombre de bien, y con la esperanza de hacerle uno mejor por medio de su amistad, llega a resultar que no es tal y carece de virtud, no es deshonesto verse uno, en este caso, engañado; porque ha mostrado el fondo de su corazón y puesto en evidencia que, por

la virtud, y con la esperanza de llegar a una mayor perfección, es uno capaz de emprenderlo todo; nada más glorioso que este pensamiento.

»Es bello amar cuando la causa es la virtud. Ese amor es de la Afrodita celeste, y celeste por sí mismo es útil a los particulares y a las ciudades, puesto que obliga al amante y al amado a esforzarse en hacerse mutuamente virtuosos. Todos los demás amores pertenecen a la Afrodita corriente. He aquí, Fedro, todo lo que puedo decir así, improvisadamente, sobre el Amor.

Para Pausanias existen dos tipos de amor: Afrodita Celeste y Afrodita vulgar. Recordemos que, en la mitología griega, Afrodita es la diosa del amor, la belleza y la sensualidad. Aquí habrá que contextualizar un poco lo que se entendía por «amor» en la antigua Grecia, ya que no partimos de las mismas definiciones que ahora.

Anteriormente, el amor estaba más ligado a lo erótico y no tanto a lo romántico como lo está en la actualidad. Incluso el concepto de «amor platónico» se ha entendido popularmente de una manera que poco o nada tiene que ver con el significado original, pero de eso hablaremos más adelante.

Todo lo que hagamos en cuanto a la acción no es ni bueno ni malo, simplemente es. Lo que determina si es bueno o malo, en términos del amor, son las propias intenciones, es decir, por cuál Afrodita nos estamos guiando en nuestro actuar. Por ejemplo: el acto de matar en sí mismo no es bueno ni malo, pero si matamos por el amor celeste, sería bueno, incluso podría considerarse bello, ya que este tipo de amor es el más puro de los dos. En cambio, si se mata a alguien teniendo a la Afrodita vulgar como estandarte, sería algo malo, feo, vil, pues no será razón suficiente para haberle quitado la vida a alguien, mucho menos será virtuoso.

Quizá el ejemplo de que el acto de matar en sí mismo no es ni bueno ni malo podría ser un tanto impactante en la actualidad, así que hay que tener en cuenta el contexto desde el cual hablamos. En la Antigua Grecia matar no era raro; recordemos que, en general, la sociedad era muy bélica y punitiva: si hacías algo que se considerara «malo» (de acuerdo con la moralidad de aquél entonces) terminaban con tu vida. Esto era visto como bueno porque, de alguna forma, se estarían deshaciendo de algo que corrompía a los ciudadanos o que ponía en riesgo a todos. Pero, actualmente, el acto en sí mismo de matar lo vemos desde la perspectiva negativa en su totalidad, es decir, ¿quién va a



decir en estos tiempos que matar es bueno e incluso bello? Entonces, para salirnos de ese binomio de bueno y bello, veámoslo como «defendible», o sea: podemos llegar a «defender» el acto de matar si fue por cuestiones de defensa propia, por ejemplo.

El pensamiento de fondo que nos expone Pausanias es que no todo el amor es bello, pues hay uno que es vulgar y superficial, y éste no debe ser reconocido ni honrado. Mientras que el otro, el Celeste, es digno de hombres virtuosos, pues lleva consigo valores: honestidad, equidad, respeto y permanencia. Quien está dispuesto a amar de manera permanente se considera virtuoso, pues es capaz de aceptar los defectos y equivocaciones que su amado cometa, siempre y cuando el sentir sea mutuo. En cambio el amor vulgar es superficial y efímero. Quien dice amar cuando en realidad se tienen otros intereses de por medio o el simple deseo de la carne no es digno y carece de total virtud.

Algo que nos entreabre la ventana de lo que en realidad quiere decir el «amor platónico» es la admiración de la cual nos habla Pausanias: ambos amantes reciben recompensas del uno al otro, por eso se dice que es equitativo, pues ambos deben dar, no sólo recibir, ya que deben motivarse mutuamente a mejorar y adquirir sabiduría.

En ese momento, Pausanias hizo una señalada pausa. Aristófanes se inclinó sobre la mesa para hablar, pero se detuvo y se dirigió a Erixímaco:

—Es preciso, Erixímaco, que me libres de este hipo o que hables en mi lugar hasta que haya cesado.

—Haré ambas cosas —respondió el aludido—. Hablaré en tu lugar, y cuando estés bien lo harás tú en el mío. Mientras, procura contener el aliento y cesará el hipo. Si continúa, haz gárgaras con agua, y si persiste, pellízcate la nariz, y estornudando te lo quitarás.

—Adelante. Habla, que te obedezco.

Empezó entonces Erixímaco su elogio del Amor:

—Ha comenzado muy bellamente su discurso Pausanias; pero no acabándolo como era debido, trataré de completarlo a mi manera.

»La distinción que ha establecido entre los dos Amores me parece bien hecha. Pero, gracias a la medicina, que es mi arte, creo haber descubierto que el Amor no reside sólo en el alma de los hombres para llevarlos hacia los más bellos entre sí, sino que reside

también, para otros fines, en muchas cosas, como en el cuerpo de los animales, en todo lo que puebla la tierra y en todos los seres, pues por su brillo en todas las obras divinas y humanas he podido reconocer la grandeza y las maravillas de este dios. Comenzaré a demostrarlo por medio de la medicina para honrar también mi arte.

»La naturaleza de los cuerpos contiene los dos Amores. En efecto, el estado de salud y el de enfermedad son, de manera indiscutible, dos estados diferentes y desemejantes, y lo contrario ama y desea lo contrario. Además del amor que reside en el cuerpo sano hay el amor que vive en un cuerpo enfermo. El precepto que Pausanias acaba de enunciar: que es honesto conceder los favores a los hombres buenos y vergonzoso el entregarse a los perversos, es un precepto aplicable también al cuerpo. Bueno y necesario es complacer lo que hay de robusto y sano en cada organismo. En cambio, es vergonzoso favorecer lo que hay de malo y mórbido en él, no habiendo de tenerse complacencia alguna para tales principios si uno quiere ser un médico experto. La medicina, definiéndola brevemente, puede decirse que es la ciencia de los amores de los cuerpos en lo que afecta a la plenitud y a la evacuación. El médico más hábil es el que sabe diagnosticar mejor si, para tales fines, tal amor es bueno o tal amor es malo. El que sabe trocar esos amores, cambiarlos uno por otro e infundir en el cuerpo donde no existe el amor que debe existir y expulsar el que hay, ese es el más perito en el arte, pues sabe provocar la amistad entre los elementos más enemigos e inspirar a todos un mutuo amor.

»Los elementos más enemigos entre sí son los más contrarios: el frío y el calor, lo amargo y lo dulce, lo seco y lo húmedo, y toda otra cosa semejante. Por haber sabido introducir el amor y la concordia entre todos esos contrarios es por lo que nuestro antecesor Esculapio, según dicen los poetas y yo mismo creo, instituyó nuestro arte. Toda la medicina, me atrevo a decir, está gobernada por este dios, que preside también la gimnasia y la agricultura. En el mismo caso está la música, siendo eso lo que Heráclito, quizá sin expresarlo con claridad, quiso decir, indicando que la unidad, oponiéndose a sí misma, se acuerda consigo como la armonía de un arco o de una lira. Heráclito habría proferido un gran absurdo si hubiera querido sostener que la armonía es una oposición o que resulta de elementos simultáneamente opuestos. Tal vez quiso decir que la armonía procede de elementos primeramente opuestos, como lo grave y lo agudo, acordada después por el arte músico. De lo grave y lo agudo, mientras se hallen entre sí desacordes, no puede surgir la armonía. En efecto, la armonía es una consonancia y la consonancia, un acuerdo; y un acuerdo de cosas discordes, mientras lo son, es imposible. Lo que discorda y no se pone en consonancia es imposible que armonice. Del mismo modo, las notas rápidas y lentas, primero en desacuerdo,

acordándose después han originado el ritmo. Y el acuerdo entre todos esos contrarios es la música quien lo establece, engendrando entre ellos el amor y la concordia.

»La música puede definirse como la ciencia de los amores entre la armonía y el ritmo. En la constitución de ellos no es difícil encontrar el Amor. No se encuentran en ambos las dos clases de amores; pero cuando se trata de valerse del ritmo y de la armonía para crear, lo que se llama composición musical, o de usar acertadamente las melodías y cadencias ya creadas, que llamamos instrucción musical, la dificultad aumenta y hay necesidad de un artista excelente. Y aquí surge otra vez la doctrina anterior de que es preciso corresponder a los hombres virtuosos y conservar hacia los que tratan de serlo el amor honesto, el amor celeste, el amor de la musa Urania. En cuanto al amor vulgar que inspira Polimnia, conviene comportarse con él con cautela y de tal modo, que el placer que proporcione no produzca ningún desarreglo. En el arte médico constituye una gran dificultad el gozar discretamente de los manjares delicados, de modo que se disfrute del placer sin daño para la salud. En la música, en la medicina y en todas las cosas divinas y humanas, debemos distinguir cuidadosamente uno y otro amor, porque los dos están en todo.

»En la misma constitución de las estaciones del año existen estos dos amores; porque cuando los elementos de que antes hablaba, el calor y el frío o la sequedad y la humedad, se unen en mutuo y moderado amor; guardan entre sí armonía, nace una temperatura media, traen consigo un año fértil, la salud para los hombres, para los animales, para las plantas y a nada dañan. Pero cuando el amor intemperante domina con violencia en las estaciones del año, destruye y daña muchas cosas. De ahí las pestes y tantas y tan diversas enfermedades en los animales y en las plantas.

»Las escarchas y el granizo nacen del predominio y desarreglo que reina en los amores de unos elementos sobre otros, y la ciencia que trata de estos amores, en lo que se refiere al movimiento de los astros y a las estaciones, se llama Astronomía.

»Además, todo el arte de los sacrificios, los ritos adivinatorios (ritos y artes que ponen a los hombres en relación con los dioses), no tienen más objeto que conservar el amor bueno y conjurar el malo. Toda impiedad nace de que uno no quiere agradar al amor ordenado, sino de aplicarnos a honrar, favorecer y reverenciar al desordenado, ya en las relaciones que afectan a nuestros padres vivos o difuntos, ya a los dioses mismos. Está encomendado al arte adivinatorio vigilar y cuidar estos dos amores, y producir, además, la amistad entre los dioses y los hombres por conocer lo que en las indicaciones humanas tiende a la justicia o a la impiedad. Así, pues, el Amor tiene un múltiple, un considerable, un universal poder. Pero el amor que, mediante la moderación

y la justicia, cumple el bien, así en cuanto a los hombres como en cuanto a los dioses, tiene ese poder en mayor grado, nos procura la felicidad suprema y hace que podamos tatar unos con otros y con los dioses, que están por encima de todo. Quizá yo también, al elogiar al Amor, haya omitido muchas cosas; pero no habrá sido voluntariamente. Si he olvidado algo, es deber tuyo, Aristófanes, llenar ese vacío; y si piensas elogiarlo de otra manera, hazlo, ya que ha cesado tu hipo.

El discurso del médico Erixímaco es particularmente especial ya que no sólo toma en cuenta al amor en la humanidad, sino que él opina que forma parte de todo; del cosmos, animales, música, naturaleza... 

Ejemplifica su punto de vista, debido a su profesión, con el cuerpo enfermo y saludable. Si alguna parte del cuerpo se encuentra enferma, necesitará de otras partes del cuerpo que estén sanas para recuperarse. Esto nos da a entender que el amor es un apoyo mutuo tanto en iguales como en desiguales para así llegar a la armonía.

Erixímaco no niega la teoría de las dos Afroditas de Pausanias, así que, cuando alguien tiene el conocimiento de estos dos tipos de amor, no se debe elogiar a la vulgar, pues sería lo equivalente a que se elogiara un cuerpo enfermo y dejara a un lado a la salud. El reconocimiento de este aspecto es muy importante pues, como complementa Fedro en su discurso, el amor hace que nos avergoncemos de lo malo y nos sintamos bien con lo bueno.

El amor entre opuestos es algo real, pues demuestra equilibrio y balance en las relaciones, algo que en la actualidad nos hace mucha falta, ¿no crees? En lugar de  dividirnos más por considerarnos «desiguales» o «diferentes», no sólo físicamente, sino en cuanto a pensamiento, deberíamos estar más unidos que nunca. Esta es una manera de llegar a ser más sabios cada vez debido a que nos encontramos en un aprendizaje mutuo de respeto y equidad, como polos opuestos: frío y caliente, dulce y amargo, seco y húmedo; al llegar al punto medio de estos opuestos se alcanza la templanza.

Lo que quiere decir Erixímaco es que de los contrarios puede surgir el Eros, entendiéndolo como algo bello, así como sucede en la música, en cuanto a las armonías: los acordes graves junto con los agudos crean sonidos hermosos y muy estéticos, lo mismo con las notas largas y cortas o rápidas y lentas. En conclusión, el amor no radica en lo igual, sino en lo distinto, en lo contrario: de ahí surge la belleza.

Aristófanes carraspeó y empezó a hablar:

—Ha cesado, en efecto, así que he estornudado, y en verdad me maravillo de que hayan sido necesarios un ruido y un cosquilleo como estos para restablecer *el orden en la armonía del cuerpo*, pues en cuanto empecé a estornudar, cesó el hipo.

—Mira bien, querido Aristófanes, lo que dices —intervino Erixímaco—. Empiezas ya burlándote, y me obligas a escucharte con atención por si dices algo ridículo.

Aristóganes se rió y dijo:

—Tienes razón, Erixímaco; ten mis palabras por no dichas, y no estés al acecho de las que sigan, porque me temo, no decir algo que haga reír, lo que me sería fácil y es natural de mi musa, sino decir algo que me sea ridículo.

—¿Después de lanzar el dardo quieres escapar? —contestó Erixímaco— Piensa bien lo que vas a decir, y habla como quien ha de dar cuenta de sus palabras. Tal vez así podré dejarte en paz.

Entonces empezó Aristófanes su discurso:

—Bien, Erixímaco, tengo intención de tratar este asunto de distinta manera que tú y Pausianas lo habéis hecho. Creo que, hasta ahora, los hombres han desconocido de todo punto el poder del Amor, pues de haberlo conocido le hubieran erigido magníficos templos y altares y ofrendado soberbios sacrificios, lo que ahora miso no se hace, debiendo hacerse mejor que con cualquier otro. Sin embargo, el Amor es el más humanitario de todos los dioses, el protector de los hombres y el médico salvador de todos los males, que una vez vencidos darían a la Humanidad la felicidad suprema. Trataré de explicaros cuál es su poder, y vosotros lo explicaréis luego a los demás. Pero antes de empezar conviene que conozcáis la naturaleza humana y los cambios que ha sufrido.

»La naturaleza humana en otro tiempo fue muy distinta de lo que es hoy. La Humanidad se dividía en tres géneros, y no en dos sexos, como vemos. Al lado de los sexos masculino y femenino había un tercer sexo compuesto de ambos, sexo que ha desaparecido, pero cuyo nombre subsiste. Era el andrógino, llamado así porque participaba de uno y otro a la vez. En segundo lugar, el cuerpo de esos hombres era cilíndrico, con la espalda y los costados en forma circular. Tenían cuatro manos y otras tantas piernas, y sobre un cuello también redondo, dos caras semejantes en todo, y una sola cabeza, con las dos caras que miraban en direcciones opuestas; cuatro oídos, dobles los órganos de la generación, y todo lo demás, como puede imaginarse, del

mismo modo. Marchaban también en posición recta, como ahora, sin tener que volverse hacia cualquier dirección que quisieran ir. Cuando querían andar más de prisa, se apoyaban sobre sus ocho miembros y caminaban con gran velocidad con un movimiento circular, de la misma manera que los que dan vueltas con la cabeza hacia abajo y las piernas arriba, moviéndose en círculo. La diferencia entre estas tres clases de hombres procedía de que el sexo masculino traía su origen del Sol, el femenino de la Tierra y el compuesto de la Luna, porque la Luna participa a la vez del Sol y de la Tierra. Estos andróginos eran de figura circular, como su andar, por la semejanza con sus progenitores. Su robustez y su fuerza eran grandes y, sintiéndose arrogantes, trataron de luchar con los dioses, y lo que dice Homero de Efialtes y de Otos, que intentaron escalar el cielo para sobreponerse a los dioses, lo dice por aquéllos.

»Zeus y los demás dioses deliberaron sobre lo que convenía hacer, y se hallaban perplejos; no querían matar ni hacer desaparecer a esos hombres, destruyéndolos con el rayo como a los gigantes, pues habrían cesado al mismo tiempo los sacrificios y los honores que les tributaban los hombres, ni podían dejarlos tampoco perseverar en tal insolencia. Por fin Zeus, después de meditación laboriosa, se expresó en estos términos:

«Creo tener el medio de dejar vivir a estos hombres haciéndolos cesar al mismo tiempo en su petulancia, debilitando sus fuerzas. Dividiré a cada uno en dos, y debilitados los individuos, duplicaré el número de servidores para nosotros. En adelante marcharán así sobre dos pies, y si persisten en su insolencia los dividiré de nuevo, de tal modo que tengan que andar sobre uno.»

»Y diciendo esto, dividió a los hombres en dos, como los que cortan una serba para guardarla en sal o parten un huevo con un pelo. Pero al paso que los iba dividiendo mandaba a Apolo que les curase el corte y les volviera la cara y mitad del cuello donde se había hecho la amputación, para que viendo la cortadura fuera el hombre menos osado. Apolo puso a la parte opuesta la cara de cada uno, estiró toda la piel hacia lo que se llama hoy vientre y, recogiendo como una bolsa atada por la boca, quedó una ligadura, que es el ombligo. Aliso casi todas las arrugas de la piel, hizo las articulaciones del pecho sirviéndose de un lujador como el que usan los zapateros para asentar el cuero sobre la horma y dejó sólo algunas arrugas (las del vientre y el ombligo) para recuerdo perpetuo del castigo infligido.

»Después de la división del hombre en dos, cada uno, echando de menos a su otra mitad, se arrojaba en brazos de ella, permaneciendo firmemente enlazados, por el deseo de volver a la antigua unión, y morían de hambre y de inanición por no querer hacer nada uno sin otro. Cuando moría uno de ambos, el que quedaba pescaba a otro

y se abrazaba a él, ya se encontrase con una mitad de un todo mujer, que es lo que ahora llamamos mujer, ya con la de un todo hombre, y de este modo el género humano se iba extinguendo.

»Compadecido Zeus ideó otro medio y les puso delante los órganos de la generación, pues hasta entonces los andróginos los tenían atrás, engendrando y concibiendo, no el uno del otro, sino esparciendo en el suelo la semilla, como las cigarras. Zeus transportó los órganos de la generación, y ésta se efectuó entonces entre ellos por la penetración del macho en la hembra, a fin de que si en el abrazo se uniese un hombre con una mujer engendrasen y propagasen la especie. Si se uniese un varón con otro, viniese la saciedad de estar unidos, y separándose volviesen al trabajo y a las atenciones de la vida. De ahí viene el mutuo e innato amor entre los hombres, que nos hace volver a nuestra naturaleza primitiva, tratando de hacer de dos seres uno y de restablecer la naturaleza humana.

»Cada uno de nosotros es, por consiguiente, la mitad de un hombre, como la mitad cortada de un todo, a semejanza de un lenguado; y de uno que fuera se hizo dos. Por esto busca cada uno su propia mitad. Cuantos hombres son mitad amputada de aquel género común que se llamaba andrógino, son amigos de mujeres, y la mayor parte de los adúlteros nace de este género; de él nacen también las mujeres apasionadas por los hombres y las adúlteras. Las mujeres que son mitades amputadas de un todo mujer no hacen caso absolutamente de los hombres, siendo más bien aficionadas a las mujeres, y de este género proviene las tribades. Los que son mitad de un todo varón buscan el sexo masculino, y mientras son niños, siendo algo así como pequeñas fracciones de un varón, aman a los hombres y se complacen con estar con ellos y permanecer abrazados; éstos son los mejores entre todos los jóvenes y adolescentes, porque son por naturaleza más varoniles. Se engañan los que les acusan de impúdicos, porque no hacen esto por falta de pudor, sino por doble audacia, por fortaleza e índole varonil, porque aman lo que les es semejante. Una gran prueba de ello es ésta: en la edad adulta son los únicos que se dedican a los negocios públicos y, hechos hombres, aman a los jóvenes y no son aficionados al matrimonio ni a tener hijos, si no son obligados por la ley. Bástales vivir unos con otros y en el celibato.

»Un hombre de esta especie es muy amante de los jóvenes y afectuoso con sus amigos, apasionado siempre por lo que es semejante a él. Cuando un amante de los jóvenes o cualquiera otro se encuentra con el que es su propia mitad, ambos se sienten arrebatados por un transporte de afecto, de intimidad y de amor sin querer separarse el uno del otro ni un instante. Estos son los que se pasan la vida juntos y no sabrían decir



qué es lo que desean ambos recíprocamente. No es de creer que sea el goce de la unión sexual lo que los lleve con tanto ardor a esa vida en común. Evidentemente sus almas desean otra cosa que ellos mismos no aciertan a explicarse y que más bien adivinan y conjeturan.

»Si, hallándose uno en brazos del otro, apareciese Hefesto con los instrumentos de su arte y les preguntase: «¿Qué es lo que queréis que se haga con vosotros dos recíprocamente?» Y no sabiendo ellos qué responder les preguntase de nuevo: «¿Deseáis estar los dos juntos de esta misma manera el mayor tiempo posible, de modo que no os separéis ni de día ni de noche? Si esto es lo que queréis, voy a fundiros en uno, de tal modo que seréis uno solo, viviendo una vida sola, y aun muertos, en el Hades, también seréis uno en vez de dos. Ved si esto es lo que deseáis, y si quedaréis satisfechos con lograrlo.»

»Estoy seguro de que, si oyesen hablar así a Hefesto, ninguno rehusaría ni manifestaría querer otra cosa, creyendo oír exactamente lo que hace tiempo desean: unirse y confundirse con el ser amado hasta formar con él un ser único. Todo ello se debe a que nuestra primitiva naturaleza era así, formando un todo completo. Lo que llamamos hoy amor no es sino el deseo y la persecución de la unidad perdida. Antes, como he dicho, ya no éramos más que uno; pero después de nuestra caída fuimos separados por Zeus, como los arcadios por los lacedemonios. Y sería de temer que volviéramos a ofender a los dioses, porque entonces seríamos divididos de nuevo, partidos de perfil por la nariz, como las figuras que vemos grabadas en las estelas, lo mismo que las contraseñas de hospitalidad. Así, conviene que todo hombre exhorte a los demás a evitar ese castigo, sirviéndose para ello del Amor para no hacerse odioso a los dioses. Reconciliémonos con ellos, hagámonos amigos suyos, y hallaremos y conseguiremos cada uno nuestra propia mitad (lo cual consiguen pocos en estos tiempos).

Aristófanes miró a Erixímaco un instante y continuó:

—No me interrumpas, Erixímaco, para bromear sobre estas últimas palabras, viendo una alusión a Pausanias y a Agatón. Quizá ellos sean de los pocos que lo consiguen, y acaso sean mitades de todo un varón. Pero yo me refiero a todos, así hombres como mujeres, y digo que sería dichoso el linaje humano si, encontrando cada persona su propia mitad, se uniera a ella para volver a su primer estado. Si volver a ese tiempo es lo mejor, lo que nos aproxime a ello lo será también. Pero semejante perfección se adquiere por la posesión de un amante, según su alma.

»Si debemos alabar al dios que proporciona todos esos bienes, loemos al Amor, que al presente nos sirve muchísimo, conduciéndonos al encuentro de nuestra propia mitad y que para el futuro nos ofrece, si guardamos a los dioses la veneración debida,

restablecer nuestra naturaleza primera y, cuidándonos de nuestros males, hacernos felices y dichosos. Este es, Erixímaco, mi discurso sobre el Amor. Muy distinto del tuyo. Y ahora, como al principio, te ruego no te burles de él, a fin de que oigamos lo que dicen los demás; mejor dicho, Agatón y Sócrates que nos quieren hablar.

El discurso que Aristófanes nos comparte es un mito lleno de amor, pasión y tragedia, el cual también actualmente es conocido como «El mito del andrógino». Éste relata la historia de cómo eran los humanos en la antigüedad, mucho más allá de la antigüedad griega, evidentemente.

Es muy interesante lo que se plantea, pues no sólo habla de lo que es el amor, sino del perfil humano dependiendo de su origen: el hombre que viene de dos hombres será homosexual, siendo ésta la unión más superior; la hembra que viene de dos hembras será una tríbade o, como ahora le llamamos, lesbiana; y, finalmente, quien venga de un andrógino, será heterosexual, el más inferior de los 3, puesto que el amor reside en la unidad de lo semejante, esto es, de su mismo sexo. Esta es la justificación para afirmar que los hombres homosexuales son los más aptos para servir al Estado, ya que demuestran valor varonil y un alma fuerte.

A diferencia de lo que muchos pensarían, dentro del círculo filosófico de la antigua Grecia la homosexualidad no era mal vista o juzgada de algún modo. Era algo totalmente cotidiano e incluso admirable, ya que, quienes estuvieran con personas de su mismo sexo, se veía como alguien al cual le importaba más lo que pudiera aprender del otro, pues la reproducción no era algo posible. Así que estas relaciones se entendían por el lado de la sapiosexualidad, es decir, la atracción por la inteligencia o sabiduría del otro. 

Sin embargo, los andróginos eran tan fuertes que esta separación se dio porque quisieron atacar a los dioses siendo, en realidad, un castigo por falta de humildad y soberbia. Pero ahí no terminó: Recordemos que Zeus, padre de todos los dioses y hombres, amenazó a los andróginos diciéndoles: «si siguen comportándose de la misma manera, los volveré a cortar a la mitad para que sean aún más débiles». Así que la forma en la que podríamos no ser castigados o, mejor aún, regresar al estado natural andrógino, es mediante el amor... Es decir, siendo virtuosos unos con los otros.

Y así como el amor será la salvación, también es lo que nos motiva a reencontrarnos con quien era nuestra mitad... Sí, de aquí viene la frase de «encontrar a tu media naranja».

Un dato que no podemos dejar pasar y que seguramente te habrás dado cuenta a lo largo de la obra, son las relaciones entre niños y adultos. Así es, hablamos de la pedofilia en la Antigua Grecia, una práctica normalizada entre los hombres de aquel tiempo. Si bien ahora tenemos muy presente el concepto de la infancia, no era así en la antigüedad. De hecho, la niñez es un descubrimiento relativamente moderno, pues no fue hasta que el filósofo francés Jean Jacques Rousseau durante el siglo XVIII hizo investigaciones al respecto que se contempló oficialmente la infancia. Este es un claro ejemplo del porqué debemos ser cuidadosos al momento de analizar un texto. Como decía una de mis maestras de la licenciatura en filosofía: «no hay texto sin contexto», y qué razón tiene, ¿cierto?

Ahora sabemos que la infancia ni siquiera era una palabra contemplada por los antiguos griegos. Para ellos lo que ahora llamamos «niño» no era más que un «adulto pequeño», «adulto inexperto» o «adulto aprendiz» por su casi nula experiencia con el mundo exterior. Con esta visión arcaica nos damos una idea de por qué existían y eran normalizadas este tipo de relaciones.

Aunque parezca difícil de creer, esto no podía considerarse algo malo como lo hacemos en la actualidad, debido a que... ¿recuerdan lo que dijimos sobre la sapiosexualidad?, pues el objetivo de estas relaciones era la «transmisión del conocimiento» por medio del contacto entre hombres. De hecho, para un hombre maduro era preferible estar con un hombre joven, lo que ahora conocemos como niño o adolescente, que estar con una mujer. Ya que los varones sí eran considerados ciudadanos y podían hacer aportaciones sociales y políticas utilizando la información que el hombre maduro le transmitía al hombre joven; en cambio, las mujeres, como bien se sabe, no tenían ni voz ni voto. Con ellas había que relacionarse con el principal objetivo de procrear. Las uniones pedófilas conllevaban beneficios para ambos varones: por un lado, el varón joven obtenía reconocimiento social al estar relacionado con hombres mayores sabios que podían aportarle su sabiduría. Por otro lado, los adultos admiraban la belleza de la juventud, así que quien tuviera como pareja a un joven llamaba la atención de los demás, pues se entendía que portaba tanta sabiduría que un joven estaba dispuesto a aprender de él. Cabe aclarar que, habitualmente, estas relaciones eran consensuadas por los padres de los jóvenes.

—Accederé a tus deseos —dijo Erixímaco—, porque tu discurso me ha encantado, y si no supiese que Sócrates y Agatón son muy sabios en materias de amor, temería que no tuviesen nada que decir, porque la verdad es que se han dicho hasta ahora muchas y muy variadas cosas. Sin embargo, no pierdo la esperanza.

—Has luchado muy bien en el certamen, Erixímaco —intervino Sócrates—; pero si te encontraras en el caso en que estoy ahora o, mejor dicho, en el que estaré después que hable Agatón, lo temerías mucho más y te encontrarías en el mayor aprieto, como yo ahora.

—Quieres fascinarme, Sócrates —dijo Agatón—, para que me turbe al pensar en la gran atención que ya me conceden estos espectadores.

—No. Flaco de memoria sería yo, Agatón, si habiendo visto tu serenidad y atrevimiento al salir a la escena entre los cómicos, a presencia de un considerable público, al representar tus obras, pensase ahora que pudieras perturbarte por la presencia de unos cuantos hombres.

—¿Qué dices? —replicó Agatón— ¿Me imaginas de tal modo embriagado por los aplausos que llegue a olvidarme que para un hombre sensato algunos hombres instruidos no merecen más respeto que muchos que no lo son?

—Sería injusto, Agatón —contestó Sócrates—, si sospechase que pudiera haber en ti algo vulgar. Sé muy bien que si te encontrases entre algunos a quienes tuvieses por más sabios, tendrías más en consideración su opinión que la del vulgo. Pero nosotros no somos de esos sabios y asistimos también al teatro y éramos de su vulgo. Encontrándote con otros sabios te avergonzarías delante de ellos si pensases hacer algo que fuese feo: ¿no es eso?

—Es verdad.

—Y delante del vulgo —continuó Sócrates—, ¿no te avergonzarías también si pensases hacer alguna acción fea?

—Querido Agatón —interrumpió Fedro—, si continúas respondiendo a Sócrates, nada te importará de lo que aquí pase, con tal que tenga con quién conversar, sobre todo si su interlocutor es bello.

»Yo escucho con gusto, cómo no, la palabra de Sócrates; pero es necesario que me cuide del elogio del Amor y que escuche el discurso de cada uno de vosotros. Cuando hayáis pagado vuestro tributo al dios, podréis conversar cuánto queráis.

Agatón asintió y dijo:

—Tienes razón, y nada impide que comience mi discurso, pues muchas otras ocasiones tendré para charlar con Sócrates. Ante todo, os expondré el plan de mi elogio y después lo haré.

»Todos los que han hablado hasta ahora han celebrado la dicha de los hombres por los bienes que proporciona el Amor, más que alabado al mismo dios. Ninguno ha dicho, tampoco, quién es este dios que otorga esos favores y beneficios. El único modo de hacer un verdadero elogio de cualquier asunto es indicar primero su naturaleza y decir luego los efectos que produce. Es justo que yo alabe al Amor, explicando lo que es y enumere luego sus dones.

»Afirmo que, aunque todos los dioses son felices, el Amor, si es lícito y no impío decirlo, es el más feliz de todos, por ser el más bello y el mejor de todos. Es el más bello, querido Fedro, porque es el más joven de los dioses. Una gran prueba de ello nos la ofrece él mismo, huyendo a todo correr de la vejez, que, veloz, llega a nosotros más pronto de lo que conviene. El Amor, por naturaleza, la aborrece, y ni a gran distancia se acerca a ella. Al contrario, siempre se halla entre jóvenes y con ellos vive, pues como dice muy bien el proverbio: «cada uno se acerca a su semejante».

»Ahora bien; aunque estoy de acuerdo en muchas cosas con Fedro, no lo estoy en que el Amor sea más antiguo que Cronos y Jápeto. Afirmo que es el más joven de los dioses y que es siempre joven; los antiguos hechos que Parménides y Hesíodo cuentan, si es que pasaron, sucedieron bajo el imperio del Destino y no del Amor, pues de estar el Amor entre los dioses no hubiera habido mutilaciones, aprisionamientos ni otras violencias, sino paz y amistad como ahora, desde que el Amor reina entre los dioses. De modo que el Amor es joven y, por su juventud, delicado. Sería menester un poeta como Homero para demostrar la ternura de este dios. Homero dice que Ate es divina y tierna; que «sus pies son delicados, y no posándolos sobre el duro suelo, sólo va pisando sobre las cabezas humanas», demostrando con una buena razón la ternura de la diosa, pues no anda sobre cuerpo duro, sino sobre el blando. De la misma razón me valdré yo para probar que es tierno el Amor. No anda sobre el suelo ni sobre las cabezas (que no son, en realidad, muy blandas), sino que anda y mora en lo que es más blando que todo: en el corazón. En el corazón y el alma de los dioses y hombres fija su asiento, y no en todas las almas indistintamente, porque si encuentra alguna de dura condición se aparta de ella, estableciéndose sólo en la que encuentra blanda. Pues el que toca siempre con los pies y con todo en lo más blando de las cosas que más blandas son, necesariamente ha de ser de la ternura más exquisita, y no sólo es joven y tierno, sino que además es sutil, porque no podría envolverlo todo ni penetrar en todas las almas, ocultándose al entrar y al salir, si no fuese sutil. De su bien proporcionada y esbelta figura es una buena prueba el gracioso continente que, por concesión de todos,

distingue al Amor; pues entre la fealdad y el amor hay perpetua guerra. La belleza de su color denota que vive habitualmente entre las flores, y en lo que de su propia flor carece o la tiene marchita, sea cuerpo, alma o cualquier otra cosa, allí no fija su asiento. No mora sino en aquellos lugares donde brotan las flores y se esparcen los perfumes.

»Sin haber agotado el asunto, creo haber demostrado de un modo suficiente la belleza natural del dios, para que me sea permitido ahora hablar de sus virtudes. Lo que hay de más grande en el Amor es que no ofende a los dioses ni al hombre, ni por ellos puede ser ofendido. Si sufre violencia, si es que puede sufrir algo, la violencia no alcanza al Amor, como tampoco cuando él obra hace violencia; porque todo el mundo sirve gustoso al Amor en todo, y las leyes, reinas de la ciudad, establecen que es justo todo aquello en que conviene uno con otro, si lo hacen voluntariamente. Pero además de la Justicia, participa el Amor de la Templanza. Sabido es que la Templanza es la facultad de dominar los placeres y deseos, y no hay placer ninguno más poderoso que el Amor; si los deseos son inferiores a él, serán dominados por el Amor, y éste será el que domine. Luego el Amor que domina a los placeres y ambiciones tendrá la Templanza en grado sumo. En Fortaleza, ni el mismo Ares le iguala, porque no es Ares el que tiene en su poder al Amor, sino el Amor el que posee, inspirándole según la fábula, una pasión por Afrodita; y si es más fuerte el que retiene que el retenido, el que domina al que es más fuerte que los demás será el más fuerte de todos.

»He hablado ya de la Justicia, de la Templanza y de la Fortaleza de este dios, me falta hablar de la Sabiduría, y procuraré no quedarme atrás sobre el particular. Ante todo, para honrar mi arte, como Erixímaco ha honrado el suyo, diré que este dios es tan hábil poeta que sabe hacer poetas a otros. Por ajeno que sea un hombre a las Musas, inmediatamente que el Amor le toca, uno se hace poeta. Esto basta a probarnos que el Amor es un excelente poeta y que posee toda la invención que se refiere a las Musas, porque ninguno puede dar a otro lo que él no tiene ni enseñarle lo que él no sabe. En cuanto a la producción de todos los animales, ¿quién sostendrá que no es la sabiduría del Amor la que a todos ellos engendra y produce? Y por lo que hace a la invención de las artes, ¿el artista instruido por tal dios no se hace célebre e ilustre, y queda oscurecido el que no es inspirado por él? A instigación de la pasión y del Amor, Apolo descubrió el arte de arrojar las flechas, el de la medición y el de la adivinación. Si Apolo fue en eso discípulo del Amor, las Musas lo fueron en la música; Hefesto, en el arte de labrar los metales; Atenea, en el arte de tejer, y Zeus, en el de gobernar y dirigir a los hombres y a los dioses. De aquí nace que las obras de los dioses fueran dispuestas interviniendo el Amor, que es la Belleza, porque el Amor no es la fealdad. Antes de esto, como dije al principio, sucedieron entre los dioses muchas cosas terribles, según se cuenta, bajo el imperio del Destino; pero después del nacimiento de este dios, por el amor a lo bello

vinieron todos los bienes a los dioses y a los hombres. He aquí por qué, Fedro, me parece que el Amor es, en primer lugar, el más bello y excelente y, además, la causa de que las demás cosas lo sean.

»Me vienen a la cabeza unos versos que dicen que este dios es el que proporciona

la paz al hombre

la calma al mar,

quietud al viento

y cama y sueño

al que ha pesar.

»Este dios es quien destruye nuestras aversiones y nos llena de amistad. Preside reuniones como ésta, para estrechar las relaciones; preside las fiestas, las danzas, los sacrificios; abre paso a la dulzura, destierra la fiereza, es pródigo en bondad, avaro en odio, propicio a los fueros, admirado de los sabios, agradable a los dioses; le desean los que no le tienen, y es un tesoro para los que le poseen. Es padre de los goces suaves, del deleite de las gracias, del deseo y de la pasión amorosa; cuida de los buenos, y desampara a los malos. Es nuestro guía en nuestros esfuerzos; en nuestros temores, nuestro compañero de armas; en el fomento de nuestros deseos, nuestro sostén; en el dolor, nuestro salvador soberano. Rige la conducta de los hombres y de los dioses; es el guía más bello y excelente, al cual debe seguir todo hombre y celebrarle con himnos, repitiendo con él la bella canción que canta, para calmar el espíritu de los hombres y de los dioses. Este es, Fedro, el discurso semi jocoso, semi serio, que consagro al dios, según alcanzan mis escasas fuerzas.

El discurso de Agatón, el anfitrión del banquete y amante de Pausanias, a diferencia de Fedro, menciona que Eros, el Dios del amor, es un Dios joven, pues de haber sido el más antiguo de ellos, jamás en la historia habría habido guerras, violencia e injusticias, ya que el amor está por encima de todo. Es decir, fácilmente Eros habría acabado con Ares, el Dios de la guerra, pero no fue así. Este es el razonamiento que presenta Agatón para decir que Eros llegó en un tiempo posterior .

Para Agatón, al igual que Pausanias, el amor va más allá del humano, por lo que se encuentra en todo ser vivo, incluyendo todo aquello que crea el hombre, como las artes, puesto que es una extensión de él al expresarse por ese medio. Incluso menciona que,

de no ser por Eros, no estarían reunidos en ese momento conviviendo y celebrando. Básicamente, el amor es el origen de toda relación y sociedad.

Se oyó un murmullo de aprobación entre los presentes cuando Sócrates tomó la palabra dirigiéndose a Erixímaco:

—¿Te parece, hijo de Acumenos, que era infundado mi temor de antes, y no era yo un buen adivino cuando decía que Agatón hablaría admirablemente y que yo me vería en un gran apuro?

—Has sido buen adivino al anunciar que Agatón haría un buen discurso —le respondió Erixímaco—, pero no lo serás en eso de verte ahora en un aprieto.

—Pero ¿cómo, ¡querido mío! —replicó Sócrates—, no he de verme apurado, y cualquier otro en mi caso, teniendo que hablar después de haberse pronunciado aquí un discurso tan bello y variado? Todas sus partes son admirables. ¿Quién no se pasmaría de admiración al oír esa elegancia de palabras y de frases con que ha terminado? No es extraño que al considerarme incapaz de acercarme siquiera a decir nada tan bello, poco falte para que, avergonzado, piense en escaparme si es posible.

»El discurso de Agatón me ha hecho recordar a Gorgias, de modo que me ha sucedido verdaderamente lo de Homero. He temido que Agatón, al acabar su discurso, lanzase sobre mi palabra la cabeza de Gorgias y me dejase mudo como una piedra. Entonces comprendí lo ridículo que había sido cuando contraje con vosotros el compromiso de que en mi turno elogiaría al Amor, y cuando dije que era entendido en cosas de amor, siendo así que no sé absolutamente cómo debe encomiarse una cosa, cualquiera que sea. Ciertamente yo, por efecto de mi simpleza, creía que era necesario decir la verdad respecto de aquello que se elogiase y que el elogiar consistía en que, eligiendo de estas cosas verdaderas las más bellas, se dispusiesen en el orden más conveniente. Y estaba muy ufano creyendo que había de hablar bien, porque sabía el verdadero modo de alabar una cosa. Pero, según parece, no era éste el modo conveniente de hacer un elogio, sino el atribuir al objeto todo lo más grande y más excelente, sea verdadero o no, porque si es falso nada importa. Más, según se ve, lo que se ha propuesto es que parezca que cada uno de nosotros hace el elogio del Amor, no que el Amor sea realmente encomiado. Por esto, yo pienso que todos vuestros panegíricos han procurado atribuir toda perfección al Amor, proclamarle grande y autor de todas las cosas y hacerle pasar ante los ignorantes, pero no ante los doctos, por el más bello y el mejor de los seres. Está bien y es magnífica semejante manera de alabar; pero desconocía esta forma, y no conociéndola me comprometí con vosotros a hacerla

cuando me tocase. Lo prometió, efectivamente, mi lengua, pero no mi corazón. Lejos de mí semejante cosa. Yo no elogio de esa manera porque no podría hacerlo. No me niego a hablar, sin embargo; pero he de hacerlo diciendo la verdad y a mi manera, no para competir con vuestra elocuencia, a fin de no hacerme acreedor a vuestra risa. Mira Fedro, si quieres oír un discurso en el que se diga la verdad sobre el Amor en el lenguaje y estilo que primero se me ocurra.

Fedro y los demás le instaron a hablar como lo juzgase más oportuno y Sócrates siguió hablando:

—Bien, Fedro. Permíteme que haga algunas preguntas a Agatón para que, puesto de acuerdo con él sobre ciertos extremos, inicie mi discurso.

—Permitido. Puedes preguntar —aceptó Fedro.

—Me parece, querido Agatón —continuó Sócrates—, que comenzaste bien tu discurso diciendo que primero debía explicarse lo que era el Amor y después exponer sus efectos.

Acepto sin reserva ese principio. Ya que has expuesto la naturaleza y los efectos del Amor con tanta magnificencia y elegancia, dime ahora: El Amor, ¿es amor de alguna cosa o de la nada? No pregunto si es el amor de un padre o de una madre: eso sería ridículo. Pero supón que, a propósito de un padre, interrogo: Un padre, ¿es el padre de alguno o no? Para contestarme bien tendrías que decirme que un padre, como padre, es padre de un hijo o de una hija. ¿No es así?

—Sin duda —asintió Agatón.

—¿Y no sucede lo mismo —continuó Sócrates— respecto de una madre?

—Convengo en ello.

—Respóndeme todavía a algunas preguntas más, para que comprendas mejor lo que quiero decir. Si te preguntara: ¿un hermano, como hermano, es hermano de alguien o no? ¿Qué dirías?

—Que sí lo es.

—¿Y lo sería de algún hermano o hermana?

Agatón convino en ello.

—Procura contestarme lo mismo respecto al Amor —continuó Sócrates—. El Amor, ¿es amor de algo o de nada?

—De algo.

—Guárdalo en tu memoria para que puedas recordar de qué. Mas ahora dime: El Amor, ¿desea aquello de que es amor o no?

—Sí —respondió Agatón.

—¿Y tiene eso mismo que desea y ama o no? —dijo Sócrates.

—Verosímilmente no posee el objeto de su deseo.

—¡Verosímilmente! —siguió Sócrates— Repara más bien, si en vez de verosímil es absolutamente necesario que todo el que desee una cosa desee lo que le falta, y no la desee si de ella no carece. Estas deducciones son rigurosamente exactas. ¿No te parecen a ti, Agatón?

Agatón estuvo de acuerdo mientras Sócrates continuó preguntándole:

—Perfectamente. ¿Y podría uno querer ser grande o robusto, siéndolo ya?

—Imposible, según acabamos de convenir.

—Porque ciertamente no estaría falto de estas cualidades el que ya las tiene. Sin embargo, alguno siendo robusto podría querer serlo, como ligero siendo ya ligero, y sano siendo sano; y quizá haya quien piense que los que son todo esto y tienen ya estas cualidades desean aquello mismo que tienen.

»Insisto sobre el particular para no engañarnos. Si lo reflexionas bien, Agatón, los actuales poseedores de tales cualidades las tienen, quieran o no; y ¿quién ha de desear lo que ya tiene? Si alguno dijese: yo que tengo salud quiero tenerla, y siendo rico quiero serlo y, por consiguiente, deseo lo mismo que tengo, le diríamos: «Tú, que posees riqueza, salud y robustez, deseas poseerlas también en el porvenir, pues en el presente, quieras o no, las tienes. Cuando dices yo deseo lo que tengo en el presente, no dices otra cosa más que: deseo tener en el futuro lo que tengo ahora». ¿No es así?

Todos asintieron y dijo Sócrates, retomando sus preguntas:

—Bien. Y el deseo que uno tiene de conservar para más adelante lo que se tiene ahora, ¿no ama lo que no está a su disposición y que uno no tiene?

—Desde luego —respondió Agatón.

—Luego éste y cualquier otro que desee —siguió Sócrates—, desea lo que no tiene, lo que no es presente, lo que no posee, lo que él mismo no es y aquello de que carece. Y éstas y otras cosas semejantes, ¿no son las consecuencias del deseo y del amor?

—Evidentemente.

—Pues, ¡adelante! Recapitulemos lo que se ha dicho —exclamó triunfante Sócrates—. Primero: El Amor, ¿es el amor de alguna cosa? Segundo: ¿Es también el amor de algo que no se tiene? Recuerda, además: el Amor, ¿de qué cosa dijiste que era amor? Te lo recordaré. Dijiste que los dioses dispusieron las cosas por el amor de lo bello, pues de cosas feas no podía haber amor. ¿No fue así?

—Así dije —afirmó Agatón.

—Y has hablado muy bien, amigo mío —continuó Sócrates—. Mas si esto es así, ¿podrá ser el Amor otra cosa que amor de la belleza y no de la fealdad?

—Conforme.

—Pero ¿no hemos convenido que se ama aquello de que se carece y no se tiene? Luego el Amor carece de belleza y no la tiene.

Agatón asentía a todas las afirmaciones que iba formulando Sócrates, que siguió diciendo:

—¿El Amor carece, pues, de belleza y no la posee?

—Necesariamente —respondió Agatón.

—¡Cómo! —dijo Sócrates— ¿Llamarás bello a lo que carece de belleza y de ningún modo la posee?

—De ningún modo.

—Pues si es así, ¿cómo dices que el Amor es bello?

—Temo, Sócrates, —exclamó Agatón— no haber comprendido nada de lo que antes dije.

—Dices bien; pero respóndeme todavía a una pequeña pregunta. ¿No te parece que lo bueno también es bello?

—Tal me parece.

—Pues si el Amor carece de belleza y todo lo bueno es bello, el Amor carecerá de bondad.

—No puedo contradecirte —respondió Agatón— y ...será como dices.

—No podrás, amado Agatón —concluyó Sócrates—, contradecir a la verdad, porque contradecir a Sócrates no es nada difícil. Pero, en fin, te dejo aquí, y contaré el discurso que sobre el Amor oí en otro tiempo a Diotima, mujer de Mantinea. Era esta mujer docta en esta y otras muchas materias. Por haber hecho los atenienses, según su consejo, sacrificios antes de la peste, logró que se suspendiese ese azote por diez años. Es a esta mujer también a quien debo todo lo que sé sobre el Amor. Trataré de exponer la doctrina que me enseñó, partiendo de lo que hemos convenido Agatón y yo, y lo haré refiriéndolo como mejor pueda. Siguiendo tu método, Agatón, hablaré primeramente de la naturaleza y atributos del Amor, y después, de sus efectos; pero me parece que es más fácil para mí referirlo del mismo modo que lo hizo la extranjera conduciendo el diálogo. Había yo dicho poco más o menos lo mismo que me ha respondido Agatón; esto es, que el Amor era un gran dios y que era de los objetos más bellos. Me arguyó con las mismas razones que yo a éste, probando que, según mi razonamiento, no era al Amor ni bello ni bueno.

¿Quién es Diotima de Mantinea? Creo que antes de analizar la figura de Diotima sería conveniente hablar un poco sobre el papel de la mujer en la Antigua Grecia.

Como es bien sabido, históricamente, la mujer ha sido invisibilizada de muchas maneras, sobre todo en cuestiones intelectuales, y Grecia no era la excepción. A pesar de que había hombres que abogaban por que a las mujeres también se las considerara ciudadanas, se hacía bajo una condición: ser esposa y madre. Así que no se permitía

la ciudadanía por el hecho de ser mujer, sino que seguía siendo necesario estar con un hombre. Como mencionamos anteriormente, el único objetivo para que los hombres se relacionaran con ellas era la procreación y, claro, para que se hicieran cargo de las tareas del hogar y la crianza de los hijos.

¿Qué era una «buena mujer» en la Antigua Grecia? ¿Una mujer inteligente? ¿Una mujer sabia y astuta? ¡Definitivamente no! Una «buena mujer» era aquella que tejía las ropas para sus hijos y su marido, cocinaba y mantenía limpio el hogar... ¿les suena familiar? Hablamos de una sociedad patriarcal en su estado más puro. Así que, entendiendo este contexto, ¿cómo es posible la admiración y la transmisión de sabiduría de parte de una mujer a un varón?, y, digámoslo como es, no cualquier varón, sino Sócrates, una figura sumamente importante en Atenas.

Ahora que sabemos un poco sobre cómo vivían las mujeres griegas, sorprende bastante que Platón mencione a un personaje FEMENINO PROTAGONISTA en una de sus obras más importantes, dentro de una sociedad totalmente dominada por hombres. Esto nos hace pensar que debió haber sido alguien realmente relevante para incluirla en un diálogo como MAESTRA DE SÓCRATES, el personaje más querido de Platón.

Ahora sí, analicemos la figura de esta mujer docta. En primera instancia, no podemos afirmar que Diotima en verdad existió, ya que la única referencia que tenemos de ella es esta obra; y debido a que algunos de los personajes que utiliza Platón en sus diálogos son ficticios, ésta podría no ser una excepción. Es decir, imagínate, si la vida de Sócrates aún se pone en duda porque no hay evidencia fidedigna que respalde su existencia, ¿qué nos espera de un personaje femenino que sólo aparece una vez en un diálogo platónico?

¿Cómo es que Diotima llega a Atenas? Además de la aportación sobre el amor que a continuación escucharemos, Diotima fue una heroína, pues Pericles, el entonces gobernador de Atenas, mandó llamarla ya que requería de sus dotes de sacerdotisa para salvar a la ciudad de la peste. Ella terminó haciendo un ritual de purificación con el cual logró aplazar la peste por 10 años; peste que, por cierto, terminó matando a Pericles y a muchos atenienses más después de ese lapso.

En general, las mujeres en Grecia llevaban una vida como la explicada anteriormente, pero había algunas que salían de esa vida promedio. Un ejemplo, por supuesto es Diotima, pero ¿por qué? ¿Por qué su vida era así cuando el papel social de la mujer era

otro totalmente distinto? Dentro del terreno religioso las mujeres tenían permitido desempeñar otro tipo de actividades como: adorar divinidades, realizar rituales y funerales, por poner algunos ejemplos. Para estas actividades, las mujeres que se dedicaban a esto, generalmente llamadas «sacerdotisas», debían tener conocimiento sobre los dioses. Por ello tenían acceso a un ámbito más intelectual, pues al obtener esa información podían darse la libertad de reflexionar sobre nuevos temas. Era este estilo de vida lo que le daba a Diotima herramientas para filosofar.

ESCENA CUARTA

Un día al atardecer, Sócrates y Diotima paseaban juntos por un jardín de Atenas. Él empezó a hablar:

—¿Qué es lo que dices, Diotima; es el Amor feo y malo?

—¿Quieres hablar con propiedad? —respondió ella— ¿Crees que lo que no es bello ha de ser forzosamente feo?

—Ciertamente —asintió Sócrates.

—También creerás así que el que no es sabio es ignorante. ¿Es que no sabes que hay un punto medio entre la sabiduría y la ignorancia? —preguntó Diotima

—¿Y qué medio es ese?

—El opinar acertadamente sin saber dar razón de ello no es ciencia, porque no puede serlo sin saber la razón. Pero tampoco es ignorancia, porque ¿cómo ha de serlo el poseer la verdad? De modo que una opinión conforme a la verdad es como una cosa media entre la ciencia y la ignorancia.

Sócrates se mostró de acuerdo.

—Pues no juzgues —continuó Diotima— que lo que no es bello ha de ser forzosamente feo, y lo que no es bueno, necesariamente malo. De modo que, aunque creas que el Amor no es bueno ni bello, no juzgues por eso que ha de ser por fuerza feo y malo, sino un medio entre ambas cosas.

—Pero, aun así, todos confiesan que el Amor es un gran dios —repuso Sócrates.

—¿Todos los doctos o todos los ignorantes? ¿A quién te refieres? —preguntó Diotima.

—A todos por igual.

- ¿Y cómo han de confesar que es un gran dios los que afirman que ni es dios siquiera?
- dijo ella riéndose.
- ¿Quiénes lo afirman?
- Uno...que eres tú. Y otra...que soy yo.
- ¿Por qué dices eso?
- Vas a verlo —continuó la mujer—. ¿No dices que todos los dioses son bellos y dichosos? ¿O te atreves a decir que alguno de ellos no es ni lo uno ni lo otro?
- ¡Por Zeus! —exclamó Sócrates.
- ¿Y no llamamos dichosos a los que poseen cosas buenas y bellas?
- Desde luego.
- Pues bien —dijo Diotima—; has dicho que el Amor, por carecer de lo bueno y lo bello, desea eso mismo que le falta.
- Sí; lo he dicho.
- ¿Y cómo ha de ser un dios el que no participa de lo uno y de lo otro?
- Claro, según parece.
- Luego tú tampoco tienes por dios al Amor —afirmó la mujer.
- Entonces, ¿será mortal? —preguntó Sócrates.
- De ningún modo.
- ¿Qué podrá ser?
- Pues, como antes dijimos...un medio entre mortal e inmortal.
- ¿Y qué cosa es?
- Un gran genio, Sócrates, porque todo genio es un ser intermedio entre dios y mortal.
- ¿Y qué poder tiene?
- El de servir de intérprete —continuó Diotima— y transmitir a los dioses los deseos de los hombres, y a los hombres las voluntades de los dioses. De parte de los hombres, las súplicas y los sacrificios; y de parte de los dioses, los mandatos y las remuneraciones por los sacrificios. Encontrándose el Amor entre unos y otros, llena un vacío, de modo que todo el conjunto de los seres forma entre sí un todo. Por medio de él viene todo el arte de la adivinación y el de los sacerdotes, respecto a los sacrificios, iniciaciones, encantos, predicción y magia. La naturaleza divina, como no entra nunca en comunicación directa con el hombre, se sirve de los genios para relacionarse con él, ya en la vigilia, ya en el sueño. El que es sabio en todas estas cosas, es genial, y el que es hábil en todo lo demás, en las artes y en los oficios es un simple artesano. Los genios son muchos y de muchas clases, y el Amor es uno de ellos.
- ¿Quiénes han sido sus padres? —preguntó Sócrates.
- Largo será de contar, pero trataré de hacerlo —repuso Diotima—. Cuando nació Afrodita, los dioses celebraron un festín en el que se halló, entre otros, el potentado

Poros (la Abundancia), hijo de Metis (la Prudencia). Al final acudió Penia (la Pobreza) a solicitar las sobras. Poros, embriagado por el néctar, porque el vino no existía aún, con los ojos cargados de cansancio, salió a los jardines de Zeus y quedó dormido. Penia, empujada por su miseria, concibió el tener un hijo de Poros y yació a su lado, engendrando así al Amor, que por haber sido engendrado el mismo día del nacimiento de Afrodita ama lo bello por naturaleza y a Afrodita, que es bella, haciéndose servidor y compañero de la diosa.

»Y, desde entonces, como hijo de Poros y de Penia, ¿cuál ha sido su destino? Por una parte, es siempre pobre y lejos de ser bello y delicado, como se cree generalmente, es flaco, desaseado, con los pies descalzos, sin domicilio, sin más lecho que la tierra, sin tener con qué cubrirse, durmiendo bajo la luna, junto a una puerta o en las calles; en fin, lo mismo que su madre, está siempre peleando con la miseria. Por otra parte, según el natural de su padre, siempre está al acecho de lo que es bello y bueno; es varonil, atrevido, perseverante, cazador astuto; ansioso de saber, siempre maquinando algún artificio, aprendiendo con facilidad, filosofando sin cesar, encantador, mágico, sofista. Como tal no es mortal ni inmortal; en un mismo día aparece floreciente y lleno de vida, mientras está en la abundancia, y después se extingue para volver a revivir, según lo que tiene por parte de su padre. Todo lo que adquiere lo disipa sin cesar, de modo que nunca es rico ni pobre. Ocupa un lugar medio entre la sabiduría y la ignorancia.

»La razón de esto es la siguiente: ninguno de los dioses filosofa ni desea ser sabio; son sabios ya, y ninguno que sea sabio filosofa. Los ignorantes, por otro lado, ni filosofan ni desean ser sabios, porque lo peor que tiene la ignorancia es que hace que el que no es honesto, ni bueno, ni sabio crea que es todo eso; y por lo mismo que no se cree falto de una cosa, no desea lo que juzga que ya tiene.

—¿Quiénes son entonces, Diotima, los que filosofan, si no son los sabios ni los ignorantes? —intervino Sócrates.

—Los que ocupan un lugar medio entre ambos, y a esta clase pertenece el Amor. Es una cosa que saben hasta los niños. Es la sabiduría una de las cosas más bellas y el Amor es amar a lo bello; de modo que el Amor necesariamente es filósofo, y siéndolo, está entre el sabio y el ignorante. Y la razón de ello es su origen, pues procede de un padre sabio y opulento y de una madre que no es una cosa ni otra. Tal es, amigo Sócrates, la naturaleza de este genio. Y no extraño que hayas concebido otra idea del Amor, porque creías, según adivino por lo que has dicho, que el Amor era el amado, no el amante. Por eso te había parecido tan bello el Amor; porque lo que es digno de amor, es bello, tierno, perfecto y dichoso; pero otra diferente es la idea del que ama, que es como he dicho.

—Hablas perfectamente —dijo Sócrates—; más siendo así el Amor, ¿qué utilidad presta al hombre?

—Esto es lo que trataré de enseñarte ahora —continuó Diotima—. Nosotros conocemos el origen y las cualidades de este genio; sabemos que es como has dicho que es el Amor a la belleza. Y, sin embargo, si alguno nos preguntase: «¿Por qué, Sócrates y Diotima, el Amor es amor a lo bello?» O de otro modo: «El que ama la belleza, ¿qué es lo que desea?»

—Poseerla —contestó el maestro.

—Esa respuesta hace necesaria otra pregunta —dijo Diotima—: ¿Qué tendrá aquel que llegue a poseer la belleza?

—No sé, por el momento, qué contestar a esa pregunta.

—Si en vez de la palabra belleza pusiese la palabra bien, qué dirías si te preguntase: ¿Qué ama, Sócrates, el que desea el bien?

—Ama su posesión.

—¿Y qué tendrá el que posea el bien?

—La respuesta es sencilla: será feliz.

—Perfectamente —continuó Diotima—. Por la posesión del bien son felices los que lo son, y no hay necesidad de preguntar para qué quiere ser feliz el que desea serlo, sino que parece que la respuesta tiene ya el fin.

—Es verdad.

—¿Pero crees que este deseo y este amor son comunes a todos los hombres y que quieren siempre poseer lo que es bueno?

—Creo que ese deseo y ese amor son comunes a todos los hombres —contestó Sócrates.

—¿Pues por qué si todos aman las mismas cosas y las aman siempre, no decimos de todos que aman? ¿Por qué decimos de unos que aman y de otros que no? —siguió preguntando Diotima.

—Me sorprende también.

—No hay que sorprenderse. Nosotros distinguimos una manera particular de amar que llamamos, en general, *amar* y usamos diferentes designaciones para indicar las demás maneras de amar.

—Veamos un ejemplo.

—Helo aquí. Tú sabes que la palabra *creación* tiene diferentes acepciones. En general significa toda acción que hace pasar una cosa del no ser al ser. Así los trabajos de todo arte son *creaciones* o *poesías*, y los artesanos de cualquier oficio, *creadores*, *poetas*.

Sócrates asentía mientras Diotima continuaba su explicación:

—Pero sabes, sin embargo, que no se llama a todos los artesanos *creadores* o *poetas* y que se los designa por diferentes nombres. Que de todo lo que es *poesía*, la parte que se ocupa de la música y el arte del verso es la que ha recibido el nombre de todo el género. Solamente a ella se llama Poesía, y los que se dedican a la misma se les llama *poetas*.

—Es verdad.

—Lo mismo ocurre con la palabra *amor*. Significa, en un sentido amplio, el deseo universal de cuanto es bueno y nos hace dichosos: el amor más grande y seductor. Pero de todos los que tienden a satisfacer diversamente este deseo, hombres enamorados de los negocios, de la gimnasia, de la filosofía, no se dice que aman ni se les llama amantes. Únicamente a los que se entregan a una especie determinada de amor se les da el nombre de todo el género y se les aplica las palabras *amor*, *amar* y *amantes*.

»Es un dicho común que los que buscan su propia mitad son los que aman. Yo creo que el Amor no es el deseo ni de la mitad ni del todo, a no ser, amigo mío, que los encuentren buenos. Así es como consentimos que nos corten los brazos o los pies cuando nos son perjudiciales. Y no es, creo yo, lo propio, lo que cada uno ama, a no ser que uno llame propio y suyo a todo lo que es bueno, y ajeno a todo lo que es malo; porque los hombres no aman ninguna cosa más que el bien. ¿No te parece?

—¡Por Zeus, que sí! —respondió Sócrates.

—¿Y no es esto decir sencillamente que los hombres aman el bien?

—Seguramente.

—¿No podremos añadir que también aman la posesión del bien?

—Hay que añadirlo.

—¿Y también que desean poseerlo, pero poseerlo siempre?

Sócrates estuvo de acuerdo.

—Luego el Amor, en suma, es el deseo de poseer siempre el bien.

—Nada más cierto —afirmó Sócrates y Diotima continuó hablando.

—Pues siendo en general eso el Amor, ¿de qué modo ir en persecución del bien y en qué obra el esfuerzo y perseverancia recibe especialmente el nombre de amor? ¿Qué obra es esa? ¿Puedes decírmelo?

—Si pudiera responderte, Diotima —dijo Sócrates—, ni admiraría tu sabiduría ni hubiera venido a ti para aprenderlo.

—Te lo diré. Hay una generación corporal en lo bello, como la hay espiritual.

—No comprendo lo que dices —repuso Sócrates—; tendría que ser adivino para ello.

Entonces la mujer dijo:

—Me explicaré más claramente. Todos los hombres, Sócrates, pueden engendrar con la carne y con el espíritu; al llegar a cierta edad su naturaleza, sienten el deseo de parir;

pero no pueden dar a luz en lo feo, sino exclusivamente en lo bello. La unión del hombre con la mujer es una producción, y una producción divina, pues la fecundación y la generación es lo que aseguran la inmortalidad a todos los seres vivos y sujetos a la muerte. Semejantes efectos no podrían realizarse en lo que no es armónico. Lo feo está en desacuerdo con todo lo divino; pero lo bello es armónico. La belleza hace en la generación lo que Moira e Ilitía. Por esta razón, cuando lo que concibe tiene comercio con lo bello, se llena de contento y de gozo, se dilata, produce y engendra; y cuando el comercio es con lo feo, de tristeza y de dolor se contrae, se retira, se aparta y no engendra, reteniendo con dolor el germen que guarda. De ahí que el que es fecundo y siente vivos deseos amorosos busque lo que es bello para librarse del tremendo dolor de engendrar que le posee. El objeto del amor, Sócrates, no es amor de lo bello como imaginas.

—¿Pues qué es?

—Amor de engendrar y de producir en lo bello —respondió Diotima.

Sócrates continuó preguntando a la mujer:

—¿Y por qué es amor de la generación?

—Porque la generación es —respondió ella— para el ser mortal lo eterno e inmortal, y según hemos dicho es de necesidad que deseemos la inmortalidad en el bien, si es que el amor consiste en el deseo de poseer el bien siempre. Nuestras propias palabras prueban, pues, que al Amor es asimismo amor de la inmortalidad.

»¿Cuál crees, Sócrates, que es la causa de este amor y de este deseo? ¿No has observado de qué vehemencia se revisten todos los animales cuando desean engendrar? Aves y cuadrúpedos, todos están como enfermos y poseídos de amor; primero por emparejarse y luego para alimentar a los hijos, disponiéndose, los más débiles, a luchar con los más fuertes y a morir por defenderlos, a resistir el hambre por alimentarlos y hacer todo género de sacrificios. Los hombres pueden hacer todo eso por raciocinio; pero los animales, ¿de dónde sacan sus solicitudes amorosas? ¿Puedes explicármelo?

Mientras Sócrates negaba, Diotima prosiguió:

—¿Y piensas conocer a fondo la ciencia de los amores sin saber esas cosas?

—¡Diotima! —protestó Sócrates— Ya dije antes que vengo aquí porque necesito maestros. Explícame la causa de esto y todas las demás cosas que se refieren al Amor.

—Si crees —dijo Diotima— que el objeto natural del Amor es lo que hemos dicho muchas veces, no te sorprenderás. Porque aquí, en virtud del mismo principio que en lo precedente, la naturaleza mortal tiende a perpetuarse en cuanto puede y a inmortalizarse, siendo para ello el único medio la generación, que deja tras de sí siempre

un ser nuevo en vez de uno viejo. Efectivamente, se dice de un animal vivo que siempre es el mismo, desde que es pequeño hasta que se hace viejo; sin embargo, jamás tiene dentro de sí lo mismo. Continuamente pierde unas partes y adquiere otras, y eso pasa en el cabello, en la carne, en los huesos, en la sangre y en todo el cuerpo. Y no sólo se renueva su cuerpo, sino sus hábitos, costumbres, opiniones, deseos, placeres, dolores, temores; todas y cada una de estas cosas jamás son las mismas en el individuo, sino que nacen unas y perecen otras. Y es todavía mucho más extraño esto que nuestros conocimientos cambien, no sólo porque adquirimos unos y perdemos otros, y jamás somos los mismos en orden a los conocimientos, sino que cada uno de ellos pasa por las mismas vicisitudes. Porque lo que se llama meditar supone que ha salido de nosotros un conocimiento. El olvido es la salida o la pérdida de un conocimiento pero la meditación, suscitando otra vez una nueva memoria, en vez de la que se perdió, conserva aquel conocimiento, de manera que parece que es el mismo. Así es como se conserva todo lo mortal, no porque sea siempre y absolutamente lo mismo, como es lo divino, sino porque lo que envejece y se va deja siempre tras sí otro individuo nuevo semejante a sí mismo. He aquí por qué medio, Sócrates, todo lo que nace mortal participa de la inmortalidad, tanto el cuerpo como las demás cosas. La inmortalidad es imposible para él de otro modo. No te sorprendas ya de que todos los seres, por natural instinto, estimen su propio germen, porque en todo existe la misma solicitud y el mismo amor por alcanzar la inmortalidad.

Sócrates se mostró admirado y reflexivo. Entonces preguntó:

—¡Bien, sapientísima Diotima! ¿Es esto verdaderamente así?

—No lo dudes, Sócrates —respondió Diotima—. Si quieres reflexionar, desde luego, sobre el deseo de gloria de los hombres, te sorprenderás de su inconsecuencia con los principios que hemos sentado, a menos que pienses con qué vehemencia son agitados por el deseo de hacer célebre su nombre y hacerse inmortales, disponiéndose a arrostrar todos los peligros, más aún que por los hijos, consumiendo su fortuna, padeciendo mil trabajos y llegar hasta la muerte por conseguirlo.

»¿Crees que Alceste habría muerto en lugar de Admeto, o Aquiles por vengar a Patrodo, o que nuestro rey Codro, por asegurar el reinado de sus hijos, si no hubieses creído que sería inmortal el recuerdo de su valor que aun conservamos? Muy lejos de ello, creo que todos obran así por la memoria imperecedera de su virtud y por tan ilustre fama y, cuanto mejores son, más esfuerzos hacen, porque aman la inmortalidad.

»Aquellos que son grandes en cuanto al cuerpo, se inclinan más bien a las mujeres, y su amor consiste en asegurarse por la procreación de hijos la inmortalidad, la perpetuación de su nombre y, también, una felicidad perdurable. Pero los que son fecundos en cuanto al espíritu... porque hay hombres que tienen un alma más prolífica

que el cuerpo para las cosas, conciben lo que conviene al alma haber concebido y concebir. ¿Y qué es lo que le conviene concebir? La prudencia y las demás virtudes, de las cuales son generadores todos los poetas y todos los artistas dotados de genio creador. Pero la prudencia más bella y mejor de todas es la que se refiere al buen orden y régimen de la ciudad y de la familia, y a la cual se da el nombre de templanza y justicia. »Cuando un joven lleva desde su infancia en el alma el germen de estas virtudes, al llegar a la edad madura siente el deseo de crear y producir. Busca por todas partes un ser bello en que engendrar, porque un feo nunca engendrará. Como está lleno de este deseo, prefiere los cuerpos bellos a los feos y si además concurre con tal belleza un alma bella, noble y de buena índole, entonces acoge con entero contento ambas bellezas. Este hombre encuentra luego abundancia de recursos para discurrir sobre la virtud y trata de instruirse acerca de lo que debe ser el hombre bueno y de lo que debe ser objeto de su cuidado. Así, por el contacto y la familiaridad con la belleza, engendra y hace fecundo el germen de que hace tiempo estaba llena su alma. Está siempre pensando en él, esté presente o ausente, y nutre en común con su amado el fruto que engendró. Entonces la afinidad y el afecto que relaciona entre sí a estos dos seres son mucho más grandes y más fuertes de los que pueden sujetarles a un hogar, porque están unidos para procrear hijos mucho más inmortales y hermosos. Cualquiera preferiría haber engendrado semejantes hijos, más que hijos de carne y hueso, y miraría con noble emulación a Homero, a Hesíodo y a otros buenos poetas, atendiendo a las producciones que han dejado, ya que, siendo ellas por sí inmortales, prestan a sus autores una gloria y fama inmortal; hijos como los que dejó Licurgo, que fueron los salvadores de Lacedemonia y de toda la Grecia. También Solón es honrado entre nosotros como padre de sus leyes y otros varones, en otras muchas partes, así entre los griegos como entre los bárbaros, que mostraron al mundo muchas y muy bellas obras y engendraron virtudes de todo género. Por tales hijos se han erigido numerosos templos, lo que no se ha hecho en ninguna parte por engendrar hijos de carne.

»Quizá, Sócrates, puedas tú mismo iniciarte en estos primeros misterios del Amor; pero no sé si serás capaz de hacerlo respecto de los grados supremos y la revelación de los arcanos mayores, a cuyo fin están dispuestos aquéllos por vía de iniciación. Yo, por mi parte, te enseñaré y no quedará por falta de solicitud; pero sígueme si eres capaz de ello.

»Conviene que el que quiera proceder con acierto en este negocio comience desde joven a dirigirse a los cuerpos bellos y que, en primer lugar, si su guía le dirige bien, que ame sólo un cuerpo y lo fecunde con hermosas máximas. Luego debe comprender en seguida que la belleza que hay en un cuerpo es hermana de la que hay en otro y, si ha de ir en persecución de la belleza, de su idea misma, sería mucha necedad no

considerar como una sola y misma belleza la que existe en todos los demás. Penetrado de este pensamiento, debe entonces amar a todos los cuerpos bellos y cederá en la vehemencia de su amor a uno solo, despreciando y teniendo en poco este amor exclusivo. Después de esto debe reputar la belleza del alma superior a la del cuerpo, de modo que si encuentra un alma convenientemente dispuesta, aunque su carne no sea de gran hermosura, debe bastar para atraer su amor y solícitos cuidados y excitarle a producir bellas máximas y buscar los razonamientos más a propósito para mejorar a los jóvenes, a fin de que precisado a contemplar la belleza en las acciones y en las leyes, conozca que toda belleza es congénere consigo misma, para que estime en poca cosa la belleza de la carne. De la contemplación de las acciones se elevará a la de las ciencias para percibir en ella la belleza particular, y dirigiendo su mirada a una más amplia belleza, no será ya en adelante esclavo vil y humilde de un joven bello, de un hombre o de una sola acción, sino que, volviéndose a contemplar la vastedad de la belleza, produzca numerosos, bellos y magníficos discursos en una abundante y rica filosofía, hasta que su espíritu, robusteciéndose y creciendo en ella, llegue a la única contemplación de una ciencia: la ciencia única de la belleza.

»Procura ahora, Sócrates, prestarme la mayor atención posible. El que haya sido guiado en los misterios del Amor hasta el punto en que estamos, el de la contemplación metódica y exacta de las bellezas particulares, al llegar al supremo grado de su iniciación, observará de pronto una belleza de naturaleza admirabilísima; ésta es, Sócrates, aquella por la que han sido todas nuestras precedentes fatigas: belleza eterna, increada, imperecedera, ejemplo de crecimiento y disminución; belleza que no es bella por esto y fea por lo otro, en un tiempo sí y en otro no, con relación a una cosa, y no con relación a otra; bella para unos y fea para otros. No se le representará la belleza como una cara, ni con manos o como cualquier forma corpórea. Tampoco como un pensamiento, ni como una ciencia determinada, ni residiendo en otra cosa que ella misma, en un animal, en la tierra, en el cielo o en otra parte cualquiera, sino que subsiste ella en sí misma, eternamente idéntica consigo; belleza de la que participan todas las demás bellezas de modo que, aunque nazcan o perezcan cada una, no por eso la belleza es mayor, ni menor, ni sufre variación alguna. Cuando uno, por un amor bien entendido a la juventud, ascendiendo comienza a ver aquella belleza, ya está a punto de llegar al fin, alcanzando la revelación de los misterios del Amor. Efectivamente, el verdadero método para iniciarse por uno mismo en el Amor o para ser iniciado por otro en él, es comenzar por amar las bellezas inferiores para elevarse en seguida al amor de la Suprema Belleza, franqueando, como escalones, todos los grados de esta ascensión, pasando desde uno a dos, desde dos a todos los cuerpos bellos, desde éstos a las bellas acciones y desde éstas a los conocimientos bellos, hasta que de conocimiento en

conocimiento acaba por conocer la ciencia que tiene por objeto la belleza en sí misma, y conoce, por último, lo que es la Belleza.

»Si la vida para el hombre, ¡oh querido Sócrates!, vale la pena ser vivida, es en este momento en que contempla la Belleza absoluta. Si la llegas a ver alguna vez, te parecerá que es mucho más preciada que el oro y los suntuosos vestidos de los jóvenes y bellos muchachos que tanto te embelesan, hasta el punto de considerarlos tus amantes y vivir cerca de ellos eternamente, si fuese posible, sin comer, sin beber, sólo contemplándolos y en su compañía. ¿Qué pensarías tú de aquel a quien le fuera dado contemplar la Belleza pura, simple, sin mezcla, no revestida de carne ni colores humanos, sino bella en sí, divina y uniforme? ¿Piensas que sería vida despreciable para un mortal tener los ojos fijos sobre esa Belleza y vivir en la contemplación y comunicación con tal objeto? ¿No comprendes que sólo entonces, cuando vea la Belleza con el único órgano con que es visible, será cuando produzca, no imágenes de virtudes (pues no son imágenes las que percibe), sino verdaderas virtudes, porque la verdad es lo que alcanza su inteligencia?; y el que produce verdaderas virtudes y las cultiva viene a ser querido de Zeus, y que si algún hombre ha de llegar a ser inmortal ese vendrá a serlo —concluyó Diótima.

En el discurso de Diótima, citada por Sócrates y expuesta por Platón, se encuentra la idea principal de lo que se llama «amor platónico». No como lo entendemos en la actualidad, sino como fue originalmente.

Diótima nos ilustra con su sabiduría al decir que, a diferencia de lo que se creía en un principio y en todos los discursos anteriores, el amor no sólo es bello, sino que también es feo; y nos hace entender que no necesariamente lo que no es bello es feo y viceversa. El amor está en un punto medio: entre lo bello y lo feo, entre la mortalidad e inmortalidad, lo bueno y lo malo, la riqueza y la pobreza. Esto es debido a que los padres de Eros, es decir, del amor, son Poros, dios de la abundancia, y Penia, diosa de la pobreza. Sin embargo, una de las más importantes distinciones entre éste y los demás discursos es que Eros no es un Dios, sino un Daimon. Pero ¿qué es un Daimon? A decir verdad, no hay una definición exacta, ya que el término es utilizado por diferentes pensadores a lo largo del tiempo y todos lo definen de manera diferente, así que depende del contexto. En este caso, en el contexto platónico, Daimon se refiere a un ser que se encuentra entre la mortalidad e inmortalidad, es decir, entre ser hombre y divinidad, debido a que un Daimon tiene la capacidad de comunicar asuntos humanos a los Dioses y asuntos

divinos a los humanos. Su principal función era guiar a los hombres durante toda su vida.

Tampoco olvidemos que Eros nació el mismo día que Afrodita, diosa de la belleza, por eso naturalmente se relaciona tanto con lo bello. El término de «carencia» me parece sorprendente, pues tiene completo sentido, ¿no crees?, puesto que hace que te cuestiones: ¿por qué algo que ya es bello desearía la belleza?, esto da a entender que no es permanentemente bello, sino que es cambiante, como los humanos.

Ahora, para comprender el dualismo que presenta Platón, es necesario saber sobre su «Teoría de las ideas». La realidad para Platón se divide en dos partes: el mundo sensible y el mundo de las ideas. ¿Qué quiere decir cada uno? En el mundo sensible, como su nombre indica, se encuentra todo aquello que nosotros como humanos somos capaces de percibir por medio de nuestros sentidos: ver, escuchar, saborear, tocar... En cambio, en el mundo de las ideas reside aquello que somos incapaces de percibir, pero que podemos conocer, lo que llamaríamos ahora conceptos «abstractos»: la idea de justicia, la idea de belleza, la idea del amor, la idea de ética...

Si bien son conceptos que podemos ver representados en el mundo sensible, no existen tal cual como un objeto físico y material el cual podemos tocar y describir a partir de su apariencia. Es decir, el amor no tiene color ni sabor ni textura, pero podemos hacernos una idea de lo que es a partir de situaciones que vemos día a día, por eso nos es más fácil ejemplificar esos «conceptos abstractos» que definirlos.

Algo que nos debe quedar muy claro es que cuando Platón habla de la «idea» de algo, no se refiere a lo que ahora entendemos por idea. No es un pensamiento, no es una ocurrencia, sino que el concepto de «idea» en Platón quiere decir «en sí mismo». Por ello vemos que en el diálogo dice «el amor en sí mismo», ¿qué es esto? Se refiere a la idea del amor que reside en el mundo de las ideas, que es independiente al mundo sensible, y las ideas residen ahí sin necesidad de ser pensadas por los humanos. Esto nos aclara que el «amor en sí mismo» no depende de las personas, sino que existe sin nosotros y es nuestro deber saber cómo es en sí mismo, sin interpretaciones subjetivas, lo cual, hay que admitirlo, es bastante complejo.

Es por este motivo que Platón, en voz de Diotima, presenta algo así como unos pasos para alcanzar la idea en sí misma del amor, como si fueran unos escalones que poco a poco te ayudan a despejar al mundo sensible del mundo de las ideas y llegar a él de la manera más pura posible, a su esencia. 

La teoría de las ideas tiene su origen en «El mito de la caverna» de Platón, la cual explicaré brevemente: en el diálogo de *La República*, en un fragmento que habla sobre el conocimiento, Sócrates dice que imaginemos a un grupo de prisioneros encadenados que han estado desde su infancia en una caverna. En uno de los muros se reflejan sombras gracias al fuego que está en medio y permite proyectarlas. Los prisioneros filosofan, diseñan teorías y crean una realidad a partir de esas sombras. Hasta que un día uno de los prisioneros logra liberarse de sus cadenas, éste observa cómo, más allá del fuego, se ve una luz resplandeciente, a la cual decide acercarse. A pesar de que la luz lo lastima, decide continuar hasta que sus ojos se acostumbran. Cuando el hombre sale de la caverna se da cuenta de que existe un mundo exterior donde no hay sombras, sino que se encuentra con los objetos reales que se reflejaban en aquella caverna.

Sería bueno preguntarnos ¿qué tiene que ver la educación con el mito de la caverna? La caverna representa el conocimiento popular, ahí podríamos encontrarnos con las opiniones y el pensamiento vulgar que representa el mundo sensible; en cambio, el exterior de la caverna es el conocimiento verdadero, la realidad «en sí misma» y, por tanto, representa el mundo de las ideas.

ESCENA QUINTA

En casa de Agatón, todos los presentes escucharon con atención el relato de Sócrates sobre la conversación que mantuvo con Diotima. Sócrates continuó diciendo:

—Tales fueron, ¡oh Fedro y demás amigos que me escucháis!, las palabras de Diotima. Ellas me persuadieron, y yo me esfuerzo en persuadir, por ello, a los demás, de que ninguno hallará fácilmente otro auxiliar más poderoso que el Amor para que la naturaleza humana llegue a la posesión de este bien. Yo, por mi parte, afirmo así que todo hombre debe honrar al Amor; por ello tengo en gran estima las cosas del amor, las ejercito con singular preferencia, exhorto a ello a los demás, y ahora y siempre encomio cuanto puedo su poder y su fuerza. Considera, Fedro, este discurso como un elogio del Amor, si lo quieres llamar así, o llámalo si quieres de otro modo.

Todos los comensales alabaron a Sócrates y, mientras Aristófanes se levantaba para tomar la palabra, se oyeron golpes fuera de la sala, rumor de gentes alegres y embriagadas y el eco de una flautista. Agatón se dirigió a los esclavos:

—Muchachos; ved quién es. Si es alguno de nuestros amigos, decidle que entre; pero si no, decid que ya hemos acabado de beber y estamos descansando.

Desde el atrio llegó la voz de Alcibíades junto a ruido de disputas y confusión. Éste apareció de pronto en la puerta coronado de yedra y violetas, sostenido por una flautista y algunos compañeros y en lamentable estado de embriaguez. Se detuvo en la entrada y se dirigió a los presentes:

—Saludo a los amigos. ¿Admitís a beber con vosotros a un hombre completamente ebrio o nos marchamos después de haber coronado a Agatón, que es a lo que venimos? »Ayer no pude venir, y por eso vengo hoy con estas bandas en la cabeza, que pasarán a ceñir luego la del que, si así puedo decirlo, es el más sabio y hermoso de los hombres. ¿Os reís de mí porque estoy borracho? Pues, aunque os riais, yo sé que digo la verdad. Pero contestadme: ¿Permitís que penetre con las condiciones dichas o no? ¿Queréis que bebamos juntos?

Los presentes prorrumpieron en aclamaciones y le exhortaron a entrar y a sentarse con ellos.

—Aquí, a mi lado —le dijo Agatón.

Alcibíades se adelantó, apoyado en los compañeros que lo sostenían, despojándose de las vendas que llevaba en la cabeza para coronar con ellas a Agatón. Sócrates le hizo sitio y así Alcibíades pudo felicitar y coronar al anfitrión, que dijo:

—¡Muchachos!, despojad del calzado a Alcibíades para que sea el tercero en este triclinio.

—Muy bien —dijo Alcibíades—. Pero ¿quién es el tercero de vosotros? —se volvió y al ver a Sócrates dio un respingo— ¡Por Heracles! ¿Qué es esto? ¿Estabas tú aquí? ¿Emboscado así, para aparecer de repente, como de costumbre, donde menos podía yo pensar que estuvieses? Bien; ¿y a qué has venido? ¿Por qué ocupas este lugar, y en vez de estar al lado de Aristófanes o de cualquier otro burlón, o que trate de serlo, has procurado por todos los medios sentarte al lado del hombre más hermoso que hay en el salón?

—Defiéndeme —dijo Sócrates, dirigiéndose a Agatón en voz baja—. El amor de este hombre me pone en gran apuro, pues desde que comencé a amarle no me permite mirar a ningún hombre hermoso, ni hablar con él, sin que, movido de celos y envidia, haga las cosas más estupendas, me injurie y falte poco para pegarme. Procura que no haga nada de eso; reconcílianos, y si trata de hacer algo violento, defiéndeme, porque su furor y sus arrebatos amorosos me hacen temblar.

—No hay reconciliación posible entre nosotros —dijo Alcibíades dirigiéndose también a Agatón—. Pero, en fin, yo aplazo mi venganza para más adelante. Ahora dame, Agatón, tus bandas para coronar también la admirable cabeza de este hombre. No quiero que

me reproche luego no haberle coronado cuando ha vencido por sus discursos a todos los hombres, no sólo anteayer, como tú, sino siempre.

Alcibíades tomó algunas de las vendas que había usado para coronar antes a Agatón y ciñó con ellas la cabeza de Sócrates mientras continuaba hablando:

—Amigos míos; parece que estáis muy sobrios, y no puedo consentirlo. Es preciso beber, porque es lo convenido. Me proclamo, pues, a mí mismo el rey del vino hasta que hayáis bebido cuanto se deba beber. Si hay algún vaso grande, que lo traigan, Agatón; pero no hace falta. Muchacho —llamó a un esclavo—, trae esa taza magnífica que veo ahí.

El esclavo aludido cogió la taza, con una capacidad de unos dos litros, que le había señalado Alcibíades. Éste bebió en ella y, una vez fue llenada de nuevo, se la pasó a Sócrates diciendo:

—Esta estratagema, amigos míos, no me vale contra Sócrates, porque puede beber cuanto se le mande sin que llegue a embriagarse nunca.

Sócrates bebió y Erixímaco tomó la palabra:

—¿Qué vamos a hacer Alcibíades? ¿Vamos a pasarnos así bebiendo sin hablar ni cantar un poco? ¿Es que estamos verdaderamente sedientos?

—¡Ah! ¡Erixímaco —contestó Alcibíades—, el mejor de los hijos del mejor y más prudente de los padres, yo te saludo!

—Te correspondo. Pero ¿qué vamos a hacer?

—Lo que mandes; no hay más remedio que obedecerte, porque «por muchos hombres juntos vale un médico». Manda lo que quieras.

—Escucha —le explicó Erixímaco—. Antes de que vinieses convinimos que cada uno, por turno, de izquierda a derecha, pronunciara, lo mejor que le fuese posible, un elogio del Amor. Todos lo hemos hecho ya, y justo es que tú lo hagas, que no has dicho nada, pero que has bebido. Cuando hayas hablado ordena a Sócrates lo que quieras; éste lo hará con el de su derecha, y así todos los demás.

—Está bien, Erixímaco —dijo Alcibíades—; pero no es equitativo que un hombre ebrio paragone su discurso con los de hombres sobrios y serenos. Y, además, ¡oh bienaventurado varón! ¿acaso te ha persuadido Sócrates de lo que ahora poco ha dicho? ¿No sabes que es todo lo contrario de lo que él decía? Si en su presencia me atreviese yo a alabar a otro distinto a él, lo mismo fuese dios que hombre, no dejaría de poner sus manos sobre mí.

—¡Comienza con buen augurio! —intervino Sócrates.

—Por Poseidón —continuó Alcibíades—, no repliques a esto, porque no podría yo alabar a otro estando tú presente.

Erixímaco, queriendo zanjar la cuestión, dijo:

—¡Sea! Haznos, si te parece, el elogio de Sócrates.

—¿Qué dices? —se sorprendió Alcibíades— ¿Te parece que conviene que lo haga?
¿Acometeré a este hombre y me vengaré de él delante de vosotros?

Sócrates se dirigió a Alcibíades y le dijo:

—¿Qué piensas hacer? ¿Vas a elogiarme en sentido burlesco? ¿Qué te propones?

—Decir la verdad, si es que lo consientes —dijo éste.

—Consiento que digas la verdad y te exijo que la digas —le respondió Sócrates.

Entonces Alcibíades empezó a hablar:

—Enseguida; pero te ruego que si en algo no la digo me interrumpas, si quieres, y digas que aquello es falso y rectifiques mis errores, porque a sabiendas no he de mentir. Sin embargo, si paso de una cosa a otra, según me venga a la mente, no te sorprendas, porque no es fácil para el que se halla en mi estado exponer con soltura e ingenio tus originalidades. Tendré que recurrir a las imágenes, amigos míos, para hacer el elogio de Sócrates. Tal vez crea éste que es por ridiculizarle; pero mis símiles tienen por objeto la verdad y no la burla.

»Desde luego digo que Sócrates se parece mucho a los silenos que hay en los talleres de los escultores, a los cuales ellos representan con caramillos y flautas, y que si los abris por el medio veréis que tienen dentro las imágenes de los dioses. Y digo más: digo que te pareces especialmente al sátiro Marsias. En cuanto a lo exterior, ni tú mismo puedes dudarlo. A la vista está. Por lo que toca al interior, te pregunto: ¿eres un burlón desvergonzado, o no? Si no confiesas, presentaré testigos. ¿No eres también un flautista más admirable que él? Marsias deleitaba a los hombres con las melodías que con sus labios sacaba de los instrumentos, y hoy deleitaría también el que de nuevo las tocara. Y digo Marsias, porque yo creo que lo que se atribuye a Olimpo era de Marsias, porqué éste se lo enseñó. Aquellas melodías, sea bueno o malo el flautista que las toque, tienen por sí solas la virtud de arrebatarnos nuestro ánimo, y, por ser divinas, dicen quiénes son los que tienen necesidad de los dioses y de sus iniciaciones.

»Únicamente te diferencias de Marsias en que, sin instrumentos, sólo con tus discursos, haces lo mismo. Cuando oímos perorar a otros, aunque sean buenos oradores, no nos interesan sus discursos; pero cuando te oímos a ti o a otro que refiere los tuyos, aunque los pronuncie mal, todo el que los oye, mujer, hombre o muchacho, queda sorprendido y cautivado.

»Si no temiese, amigos míos, que me habríais de creer completamente ebrio, os diría, bajo juramento, lo que he experimentado y experimento todavía con los discursos de este hombre. Cuantas veces le oigo, siento palpitar mi corazón con más agitación que la de los coribantes, y se me arrasan los ojos de lágrimas, lo que también acontece a quienes experimentan las mismas emociones. Cuando yo oía a Pericles y a otros

buenos oradores gozaba, desde luego, de su elocuencia; pero no me pasaba nada semejante, ni se turbaba mi alma, ni se indignaba contra sí misma por sentirse servilmente esclavizada. Pero este Marsias me ha puesto muchas veces en tal disposición, que he llegado a creer que vivir como vivo no es vivir. Ahora mismo estoy seguro de que, de prestarle oídos, no podría resistir sin que me volviese a ocurrir semejante cosa.

»Este hombre me obliga a reconocer que, aún y estando yo falto de tantas cualidades, me preocupo, sin embargo, de los intereses de los atenienses. Y he de cerrar por fuerza mis oídos a sus palabras y escapar, como a los cantos de las sirenas, para no quedarme a su lado hasta envejecer. Sólo ante este hombre he experimentado un sentimiento del que no se me creería capaz: la vergüenza. Solamente ante él me lleno de rubor, porque tengo conciencia de que no he de poder contradecirle en lo que mande, aunque al dejarlo ceda yo luego a los favores del pueblo. Huyo de su lado y evito su encuentro, llenándome de vergüenza al volverlo a ver, porque no he cumplido mis promesas. Le vería con gusto desaparecer de las gentes; pero, si esto ocurriera, tengo la seguridad de que sería yo mucho más desgraciado todavía; de modo que no sé cómo tratar a este hombre. He ahí las impresiones que sobre mí y tantos otros ejercen las modulaciones de la flauta de este sátiro.

»Ved ahora cómo se asemeja a aquéllos con quienes le he comparado y qué poder tan admirable tiene. Seguros estáis todos de no conocer a fondo a este hombre. Yo os lo mostraré, ya que he empezado.

»Notad la pasión que Sócrates siente hacia los jóvenes hermosos; ved cómo siempre está entre ellos y hasta qué punto embelesado, y ved también cómo exteriormente parece que todo lo ignora y nada sabe. ¿No son así los silenos de los talleres? Seguramente. Tiene toda su apariencia exterior; pero si abris su interior, ¿no veis, queridos invitados, cuánta prudencia rebosa? Sabed que no le importa nada que uno sea bello; eso lo desprecia hasta un extremo que no podréis sospecharlo nunca. Tampoco tiene en cuenta la riqueza ni ninguna de esas ventajas que el vulgo celebra. No da ningún valor a esos bienes, como a nosotros que los estimamos, y pasa su vida en una ironía continua, burlándose de los hombres. Pero cuando habla en serio y abre su interior, no sé si alguno ha visto las preciosidades que contiene. Yo las vi hace tiempo y me parecieron tan divinas y de tanto precio, tan bellas y admirables, que es menester hacer al punto lo que demanda Sócrates.

»Creyendo de veras que se interesaba por mi hermosura, lo tuve por una fortuna y pensé que se me presentaba una ocasión excelente para complacerle, oyendo yo de él cuanto sabía. No puede pensarse lo orgulloso que estaba yo con mi hermosura. Con este

pensamiento, renunciando a la costumbre de estar ante él acompañado, me quedaba a solas.

»Os debo toda la verdad, pero prestadme atención, y rectifica, Sócrates, si miento. Me hallaba, ¡oh amigos míos!, a solas con él y creía que al punto me diría aquello que un amante suele decir a su amado cuando se hallan en tal caso, regocijándome con esa esperanza. Pero nada de eso pasó. Sócrates conversó como de costumbre y, después de haber pasado el día conmigo, se marchó. Después de esto le propuse que hiciésemos juntos ejercicios gimnásticos, esperando adelantar algo. Los hicimos; sin testigos luchamos muchas veces. ¿Y para qué decir más? Tampoco adelanté nada. Viendo que por este medio no lograba nada, me pareció que debía acometer con más fuerza y que no debía desistir, ya que había empezado. Como un amante que tiende un lazo a su amado, le invité a cenar conmigo. De primera intención rehusó pero, después de algún tiempo accedió a ello. Cuando aceptó por primera vez, quiso retirarse después de la cena, y en aquella ocasión, por vergüenza, le dejé marchar. Tendí de nuevo mis redes y otra vez, después de haber cenado, prolongué la conversación hasta muy adelantada la noche y cuando quiso ausentarse, pretextando que era tarde, le obligué a quedarse. Se acostó sobre un lecho próximo al mío, sobre el mismo en que había cenado, y nadie más que los dos dormía en aquella habitación.

»Hasta aquí todo puede decirse delante de cualquiera; pero lo que desde aquí en adelante voy a decir no lo oiréis si no fuese porque, como dice el proverbio, los niños y los borrachos dicen las verdades. Sería, además, injusto callar el hecho más relevante de Sócrates cuando estoy haciendo su elogio. Me encuentro también en una situación análoga a la del que ha sido mordido por una víbora. Dicen que el que lo ha sido no quiere decir a nadie su mal, sino a los que también han sido mordidos, porque sólo ellos conocen el mal y le han de perdonar que se atreva a hacer y decir cualquier cosa por efecto del dolor. Pues bien, yo he sido mordido por lo que produce un dolor muy agudo y en la parte más dolorosa que puede ser mordido uno, porque he sido picado y mordido en mi corazón o en el alma, o como quiera llamarse, por los razonamientos de la filosofía, más crueles que las mordeduras de una víbora, cuando se apoderan de un alma joven. Viendo a Fedro, Agatón, Erixímaco, Pausianas, Aristodemo, Aristófanes, sin hablar de Sócrates, y a todos los demás, participando del delirio y manía por la filosofía, no vacilaré en proseguir mi relato, porque perdonaréis mis actos de ayer y mis palabras de hoy. Vosotros, los domésticos, y si hay alguno otro rústico y profano, cerrad vuestros oídos con las puertas más recias y pesadas.

»Una vez apagada la lámpara —continuó Alcibíades— cuando los esclavos se fueron, me pareció que no debía hablarle con ambages, sino decirle con toda libertad lo que pensaba. Y tocándole, dije:

«—¿Duermes, Sócrates?

—No, respondió él.

—¿Sabes lo que he pensado?

—¿Qué?

—Creo —repuse—, que eres el único amante digno de mí y parece que tienes reparo en que llegue este instante. Por mi parte estimo que sería una sinrazón no complacerte, así en esto como en cualquier otra cosa que necesites de mi fortuna o de mis amigos. Nada más arraigado hay en mí que el deseo de perfeccionarme y pienso que a este fin no hay auxiliar más a propósito que tú. Me avergonzaría más de las censuras de los hombres sensatos por no complacer a un hombre como tú, que de las de los necios y el vulgo por haberte complacido.

Cuando oyó esto, con la ironía y vivacidad que le son peculiares, dijo:

—¡Oh, querido Alcibíades! Me parece, de veras, que no eres ningún necio si es verdad lo que dices de mí y si verdaderamente tengo la facultad de mejorarte. Para que así sea es preciso que hayas visto en mí una belleza maravillosa e infinitamente superior a la hermosura de tu juventud. Si ese conocimiento te lleva a comunicar conmigo y a cambiar belleza por belleza, es que piensas obtener más ganancia que yo, y no poca; pues en vez de belleza aparente pretendes poseer belleza verdadera y, en realidad, piensas cambiar cobre por oro. Pero ¡Oh afortunado joven!, reflexiónalo bien, no sea que se te haya ocultado que nada valgo. Los ojos del entendimiento no comienzan a ver con más penetración, sino cuando los del cuerpo se debilitan y tú no estás en esa edad todavía.

—Tales son, sin embargo, mis sentimientos —repuse —; resuelve por tu parte lo que juzgues mejor para ambos.

—En eso dices bien —respondió —, porque en lo sucesivo deliberaremos de común acuerdo y haremos lo que mejor nos parezca, así en esto como en lo demás.»

»Después de esta conversación —continuó contando Alcibíades—, juzgándole como traspasado por un dardo, me levanté y sin permitirle decir una palabra más me envolví en este manto, pues era invierno, me recliné sobre el miserable de este hombre, y tendiendo mis brazos en torno de este varón, verdaderamente divino y admirable, pasé a su lado toda la noche. Y en esto tampoco dirás, Sócrates, que miento. Hasta tal grado, a pesar de haber hecho todo esto, triunfó Sócrates de mi hermosura, la despreció, se burló de ella y la ultrajó; y sin embargo creía yo que era de algún valor, ¡oh, jueces!, porque jueces sois de esta soberbia de Sócrates. Tened por cierto, y lo juro por los dioses y las diosas, que después de haber dormido con Sócrates me levanté como lo hubiera hecho con mi padre o un hermano mayor.

»Desde entonces comprenderéis cuáles han debido ser mis sentimientos frente a él. De un lado, me veía despreciado; de otro, admiraba su carácter, su templanza y su

fortaleza. Pensaba que había encontrado un hombre como no podía hallarse otro ninguno ni en prudencia, ni en imperio sobre sí. Con tales pensamientos no podía irritarme contra él y privarme de su trato ni buscar medio de reducirle. Sabía perfectamente que era mucho más invulnerable a las riquezas que Áyax a la lanza, y veía que me había frustrado también el único medio por el que había pensado cautivarle. No sabía qué hacer y erraba en torno suyo subyugado por él como jamás lo ha sido nadie por hombre alguno. Tales fueron mis relaciones con él cuando hubimos de hacer la expedición a Potidea, encontrándonos como camaradas. Allí, en el resistir de las fatigas, no sólo me superaba a mí, sino a todos los demás. Cuando nos veíamos reducidos a no tener qué comer, como suele ocurrir en campaña, nadie le igualaba en soportarlo con valor. En los casos de abundancia era también el único en saber sacar partido; él, que de ordinario se abstenía de beber, cuando se le obligaba aventajaba a todos, y lo más sorprendente es que ninguno le ha visto ebrio jamás. Esto lo vais a comprobar muy pronto. Por lo que hace a soportar los rigores del frío (y allí eran muy crudos los inviernos) hacía cosas que maravillaban. Cuando las heladas eran más fuertes y todos los demás, o no salían de sus tiendas o, de hacerlo, iban bien abrigados y con los pies envueltos en telas de fieltro o en pieles de cordero, Sócrates salía y entraba con el mismo manto de costumbre, con los pies descalzos sobre el hielo, con la misma facilidad que los demás que iban calzados, y hasta los soldados, creyendo que quería despreciarlos, le miraban de reojo. Tal fue Sócrates en Potidea.

»Mas ved también lo que hizo este valiente. En una ocasión, como le vino a la mente un pensamiento, se puso a meditar desde la aurora, y no habiendo obtenido resultado no desistió, sino que permaneció en pie y continuó meditando. Era ya mediodía y los soldados que lo habían advertido se admiraban y decían: «Sócrates está en pie desde la aurora, absorto en una meditación». Por último, cuando ya era de noche, unos soldados jonios, después de cenar, sacaron sus camas al fresco, por entonces verano, y se acostaron; pero al mismo tiempo observaban si Sócrates se pasaba de pie toda la noche. Efectivamente, se mantuvo allí de pie hasta la aurora, y después de salir el sol, adorándole, se retiró.

»¿Queréis saber ahora cómo se comportó este hombre en los combates? Os lo diré, porque es justo darle lo que corresponde. Cuando se dio la batalla, por la cual los estrategas me adjudicaron el premio del valor, yo debí mi salvación a este hombre que, viéndome herido, no quiso abandonarme y me salvó con armas y todo. Yo aconsejé entonces a los estrategas, y no dirás que miento, Sócrates, que te diesen el premio del valor; pero cuando aquéllos, atendiendo más a mi dignidad, querían premiarme a mí, mostraste más empeño que ellos mismos en que fuera yo el premiado y no tú.

»Pero más debe admirarse, amigos míos, a Sócrates cuando nuestro ejército hizo la retirada de Delio. Yo iba a caballo y él a pie. En dispersión estaban ya los soldados y venían juntos Sócrates y Laches; me encontré por casualidad con ellos y, al verlos, les exhorté a que tuviesen buen ánimo, diciéndoles que no les abandonaré. Entonces se me ofreció mejor ocasión que en Potidea de admirar a este hombre, ya que yendo yo a caballo tenía menos que temer. Desde luego observé que Sócrates tenía más serenidad que Laches y además me pareció, ¡oh Aristófanes! (y esta frase es tuya) que también allí, como en Atenas, «marchaba con majestuosa arrogancia y con la mirada torva y fija» mirando con serenidad, ya a los nuestros, ya a los enemigos; mostrando claramente a todos que si alguno se atreviese a atacarle sería rechazado con energía. Gracias a esa actitud, él y su compañero hicieron la retirada de forma segura. En la guerra no se ataca, de ordinario, a los que muestran tal disposición y se persigue, en cambio, a los que huyen en precipitada fuga.

»Podéis añadir en elogio de Sócrates otros muchos hechos análogos; pero por lo que es digno de admiración es porque no se asemeja a ningún hombre, ni antiguo ni moderno. Porque, por ejemplo, con Aquiles se podría comparar a Brasidas, a Nestor con Pericles, a Antenor con otros, y de esta misma manera entre sí a muchos más. Pero un hombre tan original como éste, así en su persona como en su discurso, ni aun buscándolo puede encontrarse que se le aproxime, así entre los pasados como entre los presentes, salvo que se le compare, tanto a él como a sus discursos, como hago yo, no con ningún hombre, sino con los silenos y los sátiros.

»Y esto es precisamente lo que he omitido antes: sus discursos son muy semejantes a los silenos de los escultores, que se abren por el medio. Porque cuando uno oye sus discursos, en los primeros momentos le parecen grotescos, pues están vestidos con tales palabras y frases que son como la piel de un insolente sátiro. Tiene siempre en boca las frases: asno con albarda, herreros, zapateros, curtidores, y parece que dice siempre las mismas cosas con los mismos términos, de modo que cualquier ignorante se reiría de sus discursos. Pero si alguno los ve abiertos y penetra en el fondo de ellos, hallará en primer lugar que entre todos los discursos los suyos tienen un sentido más profundo, verá que son divinos, que contienen muchas imágenes de virtud y que comprenden cuanto conviene que medite el que aspira a ser apuesto y virtuoso.

»Esto es, amigos míos, cuanto tengo que decir en elogio de Sócrates, y también en son de queja, pues en la alabanza a él he mezclado las ofensas que me ha hecho. Pero no solamente ha obrado conmigo así, sino también con Cármides, hijo de Glaucón; con Eutidemo, el de Diocles, y con otros muchos a los cuales engañó aparentando ser amante, llegando a ser así amado. Por lo cual te advierto a ti, Agatón, que no te dejes

engañar también, que te cures en salud, aprendas de lo que he sufrido y no te conduzcas como el necio que, según dice el proverbio, no escarmienta en cabeza ajena.

¿Recuerdas la distinción entre Afrodita Celeste y Afrodita Urania en el discurso de Pausanias? El discurso de Alcibíades es la contraparte de todos los elogios que hasta antes de Sócrates se habían expuesto, debido a que los demás hablaban y elogiaban a la Afrodita Celeste, a Eros, el Dios del amor. Básicamente no salían de cómo debería ser el amor en términos de perfección.

Sin embargo, Alcibíades no sólo nos habla, sino que nos presenta lo que sería un amor vulgar, referente a la «Afrodita Urania», al llegar ebrio a interrumpir sin previo aviso el banquete, acompañado de más personas, con flautistas y demás. Desde ahí podemos darnos cuenta de que esta escena sería la contraparte de todo lo que se había proclamado, lo cual es maravilloso.

Alcibíades es el único que nos muestra una relación humana, fuera de divinidades y del «deber ser». Es aterrizado, irracional y emocional a la vez, y me encanta que esto se muestre hasta el final del diálogo. Lo que nos expone Alcibíades es una relación mundana y propia de los mortales: imperfecta, celosa, posesiva, envidiosa, llena de reproches... Debido a que no siempre seremos correspondidos por el ser a quien amamos y no hay nada más verdadero que esto.

En el «amar y ser amado» también existe el rechazo, y es algo con lo que debemos lidiar día a día. Tal circunstancia nos puede producir mal estar e inseguridad en nosotros mismos por poner tanto peso en la percepción que tienen los demás de uno mismo. Y de aquí podemos sacar grandes aprendizajes como, por ejemplo, no tomarnos las cosas personales cuando no somos correspondidos.

En el caso de Sócrates y Alcibíades, el filósofo practicaba el ascetismo, que significa renunciar a los placeres materiales con el fin de adquirir la perfección espiritual, y por ello se limitó a mantener con el joven una relación únicamente de admiración y diálogo. Alcibíades se sintió rechazado y ultrajado ante esta situación, lo cual desencadenó un rencor interno hacia Sócrates y, al estar ebrio, no tiene reparo en exponerlo literalmente.

Aquí nos muestran a Alcibíades luchando entre la racionalidad y la emocionalidad; es decir, por su lado racional, es capaz de reconocer el dominio de los placeres carnales

que tiene Sócrates, así como su templanza y fuerza de voluntad; pero, por el lado emocional, vemos a un Alcibíades que le reprocha el haberse sentido ultrajado, rechazado e inseguro al saber que su relación con Sócrates no pasaría al contacto físico. Incluso después de haber ido juntos a hacer ejercicios gimnásticos, ya que esta práctica era conocida por realizarse totalmente desnudo. Los gimnasios eran una clase de centros sociales en los cuales comenzaban relaciones de todo tipo, entre ellas sexuales, la que, evidentemente, era la principal intención de Alcibíades al haber invitado a Sócrates.

En conclusión, Alcibíades nos deja saber que el amor humano no es perfecto; claro, siempre podemos aspirar a mejorar y alcanzar al amor en sí, pero sinceramente, bajando esta idea de su nube, se necesita un dominio de las pasiones total que muy pocas personas, supongo, han logrado; llegar a esto sería equiparable a alcanzar la divinidad.

Reconozcamos, pues, la intervención de este personaje que haya o no existido, nos habla de un amor real. Y que no se me mal entienda, no estoy romantizando la imperfección, sino que se trata de tener en cuenta que los seres humanos no somos perfectos, esto ya bien lo sabemos. Pasaremos por sentimientos positivos y negativos, pero todos estos nos harán crecer y aprender para conocernos, por ello es necesario experimentar ambos. Aunque eso sí, procuremos no ser vengativos como deseaba serlo Alcibíades con Sócrates...

Todos rieron de la franqueza con que habló Alcibíades que parecía totalmente prendado de amor por Sócrates.

—Me parece, Alcibíades —dijo Sócrates—, que no estás hoy embriagado. De otro modo, no hubieras dado este rodeo con tanta sagacidad y entendimiento, encubriendo el objeto principal, del que de manera casual has hablado al final de tu discurso, como si todo lo que has dicho no fuese encaminado a enemistarnos a Agatón y a mí, porque piensas que sólo debo amarte a ti y no a ningún otro, y que Agatón debe ser amado por ti y no por otro. Pero... no has logrado ocultarlo, pues tu drama satírico y silénico lo ha puesto de manifiesto. Amigo Agatón, obra de modo que éste no obtenga resultado y prepárate para que nadie pueda enemistarnos.

—Acaso sea verdad, Sócrates, lo que dices —intervino Agatón—, y lo sospecho porque Alcibíades vino a sentarse entre ambos para tenernos separados. Pero nada adelantará con eso, porque voy a sentarme a tu lado.

—¡Perfectamente! Ven y siéntate aquí —dijo Sócrates.

—¡Por Zeus! —gritó Alcibíades— ¡Qué cosas tengo que sufrir de este hombre! Cree sin duda que en todo debo ser vencido. Pero permite, admirable Sócrates, que por lo menos Agatón se siente entre los dos.

—¡Imposible! —respondió Sócrates— Tú has hecho mi elogio y yo debo elogiar al que está a mi derecha. Si Agatón se sienta junto a ti, no es justo que él haga también mi elogio antes de ser alabado por mí. Déjalo y no tengas envidia, amigo mío, de que alabe a este joven, porque deseo vivamente hacer su elogio.

—No, no hay medio de que yo permanezca aquí —dijo Agatón—; estoy resuelto a cambiar de asiento para ser alabado por Sócrates.

—¡Esto es lo de siempre! —concluyó la disputa Alcibíades— Estando Sócrates presente, es imposible que ninguno tenga partido entre los jóvenes bellos. Ved con qué facilidad encontró un argumento persuasivo para que Agatón se siente a su lado.

Agatón se dirigía a sentarse al lado de Sócrates, cuando una turba de bebedores penetró en el salón y todos los invitados siguieron bebiendo.

EPÍLOGO

En las afueras de Atenas, Apolodoro estaba terminando de contar la historia del banquete que Aristodemo le había contado:

—Sí; de pronto llegó a las puertas una turba de bebedores, y encontrándolas abiertas, porque salía uno de los invitados, entraron y se sentaron a la mesa. Todo se llenó de confusión y de desorden, y obligaron los irruptores a beber vino sin regla ni medida.

»Erixímaco, Fedro y algún otro se retiraron. Aristodemo, cogido por el sueño, estuvo durmiendo bastante tiempo. Ya sabéis que en esa estación son muy largas las noches, y se despertó al venir el día, cuando ya cantaban los gallos. Al despertarse vio que unos estaban durmiendo y que otros habían desaparecido. Solamente estaban despiertos Agatón, Aristófanes y Sócrates, que bebían por turno, de izquierda a derecha, en una tinaja grande. Sócrates discutía con ellos.

»Aristodemo me dijo que no recordaba los pormenores de la conversación porque, como estaba dormitando, sólo pudo saber de ella al final. El resumen del debate fue que Sócrates obligó a sus interlocutores a confesar que es propio de un mismo hombre saber hacer tragedias y comedias, y que el que tiene talento para ser autor trágico lo tiene también para ser cómico. Forzados a convenir con ello, apenas podían seguir ya la conversación y comenzaban a dormirse. Aristófanes cayó el primero, y Agatón luego,

cuando alboreaba; Sócrates, dejándolos dormidos, se levantó y se marchó acompañado por Aristodemo, según costumbre. Llegó al Liceo, se bañó, dedicó el resto del día a sus quehaceres, y después, al caer la tarde se retiró a descansar.

POSTFACIO

Hemos llegado al final de esta gran obra. Algo que me parece sumamente interesante de este diálogo en particular es que cada interlocutor comparte su definición de lo que son los conceptos a analizar, en este caso: el amor y, al final, la belleza. Ya que, en otros diálogos de Platón, por lo general, se suelen intercambiar ideas con Sócrates al momento de que cada personaje intenta dar su definición. Eso sí, Platón siempre será quien le dé voz a Sócrates, por lo que aquí se pueden generar algunas confusiones, como, por ejemplo: ¿qué tanto de las palabras que pone Platón en el personaje de Sócrates pertenece a cada uno?

Una forma de contestar a esto es que, en los diálogos pertenecientes a las etapas de juventud y transición de Platón, que son los primeros, su pensamiento se muestra familiarizado con ciertas ideas, a diferencia de los diálogos pertenecientes a la etapa de madurez y vejez, los últimos, en donde se contradicen con algunas de las ideas anteriores. Por ello se cree que poco a poco Platón fue construyendo su propio criterio.

En los diálogos platónicos la dinámica es muy parecida: se tiene un concepto a analizar; Sócrates es el protagonista; hay uno o varios interlocutores; a estos Sócrates los comienza a cuestionar -por medio del método socrático o mayéutica- con la finalidad de caer en inconsistencias e intentar que cada persona, con un poco de ayuda, sea capaz de «parir conocimiento».

Ahora bien, algo que distingue a *El banquete* de otros diálogos es que Sócrates no interviene inmediatamente al finalizar cada discurso expuesto, sino que espera su turno hasta el final para dar su discurso; y algo que me parece aún más interesante es que no

es un discurso propio, como en otras ocasiones, sino de una sabia que es Diotima a quien justamente le da todo el crédito.

Vemos también una especie de comedia alrededor de las situaciones que nos son narradas. ¿A qué me refiero? Analicemos el contexto: los participantes están en medio de una celebración, embriagándose, halagándose y bromeando los unos con los otros. Desde el inicio, antes de que Apolodoro empiece a compartir la anécdota de lo que sucedió en aquel banquete, notamos que Platón se expresa con humor. Esto acompañado de la ironía de Sócrates, la cual Alcibíades menciona al final comparándolo con Sileno, quien era un sátiro, compañero de Dioniso «el Dios del vino», termina por ser una combinación idónea para que el diálogo sea más digerible.

Otra cosa a resaltar de este diálogo es la tradición de mantener vivas las anécdotas de boca en boca, ya que, desde el origen, es Apolodoro quien comienza contándole a Glaucón lo que Aristodemo le contó en su momento. Y es así como emprendemos el viaje a través de una gran variedad de discursos sobre el amor, todos tan diferentes y complementarios a la vez. Cada uno con un poco de verdad y mentira; con un poco de idealización y realidad.

El uso de los mitos y dioses era muy común dentro de la literatura griega, pues con ellos se pretendían explicar fenómenos naturales, tradiciones, definiciones... Esto, así como lo vemos tan normalizado en todos los diálogos platónicos, fue desapareciendo y, de hecho, se considera el parteaguas del conocimiento filosófico. Se dice que la filosofía comenzó a formalizarse una vez que se dejaron de lado las explicaciones mitológicas con el uso de la razón. Es decir, cuando alguien preguntaba: «¿Por qué existen fenómenos naturales?», si la respuesta era algo así como: «porque Zeus está enojado con los humanos y quiere castigarnos para aprender una lección», sería una respuesta mitológica. En cambio, cuando nos esforzamos por responder de manera razonable podríamos encontrar factores específicos para señalar la causa del porqué suceden estos fenómenos. Si alguna vez escuchas la frase que dice «...el paso del mito al logos», a esto se refiere. El mito, como indica su nombre, habla de la mitología, y el logos, de la razón. Esto fue un gran avance no sólo para la filosofía, sino también para la ciencia, ya que ambas se complementan, o sea: ¿qué sería de la ciencia sin el pensamiento filosófico que da pie a nuevas problemáticas y viceversa? He aquí la importancia de siempre cuestionarnos todo, sin perder el piso, claro.

Un tema que no me gustaría dejar de lado es cómo se ha ido deformando el concepto de «amor platónico». Lo que ahora entendemos como «amor platónico» es ese amor imposible, aquél que nunca podremos alcanzar, el «amor no correspondido». Creo que la confusión se genera a partir de un mal entendimiento del término «utopía», o sea, aquello a lo que debemos aspirar COMO UNA GUÍA. Por eso Diotima menciona que el Eros es un Daimon, porque naturalmente nos dirige hacia el mundo de las ideas donde se encuentran los conceptos en sí mismos. Es decir, «el amor platónico» no es igual al «amor imposible». Más bien se refiere a que es lo que debemos utilizar como guía para intentar llegar a la perfección, dejando de lado los placeres materiales y carnales, ya que la verdadera belleza reside en el interior de las personas y no en su exterior, al menos no en su totalidad. Lo sé, lo sé... ahora esto suena bastante cliché, ¿cierto?, pero estos discursos fueron proclamados en la Antigua Grecia, por lo que recién se llegaba a estas reflexiones que, hasta la fecha, afortunadamente, se mantienen vivas. No por nada lo que conocemos como «cliché» es un «cliché», ¿no?

Además, ¿te has dado cuenta de que pudimos encontrar en este diálogo varios dichos populares?: «Los borrachos y los niños siempre dicen la verdad» en el discurso de Alcibíades; «encontrar a tu otra mitad» en el discurso de Aristófanes; «el amor platónico» en el discurso de Diotima, que es donde Platón expone su teoría de las ideas a grandes rasgos... Esto me hace pensar que nuestros comportamientos siempre serán los mismos, lo que cambia es el contexto, pero la similitud de nuestro actuar y nuestras creencias se verá reflejada en cualquiera de estos.

Espero que la narración tanto de la obra como de los comentarios hayan sido de tu agrado. Agradezco a Anna Caballé, editora de la presente obra, por la oportunidad de participar en este proyecto. Espero que este viaje filosófico te haya generado curiosidad e interés por saber más, que de eso se trata la filosofía: el amor a la sabiduría.

Atte: Cynthia Santana

Anexo III – Certificado de registro ISBN

AGENCIA DEL



Registro ISBN

Nº de Registro

Fecha entrada

ISBN

| | | | | | | |
|--------------------------|-------------------------|--------------------|--------------------------|--|-----------------------|--|
| Título | | | | | | |
| Subtítulo | | | | | | |
| Autorías | | | | | | |
| Editorial o Autor/Editor | | | | | | |
| Formato | | | | | | |
| Edición | Nº y mención de edición | | Fecha de aparición | | ISBN edición anterior | |
| | | | | | | |
| Colección | | | | | | |
| Idioma | De la publicación | | Traducido del | | Original | |
| | | | | | | |
| Descripción | Nº de páginas | Ilustraciones | Tamaño | | | |
| | | | | | | |
| Materias IBIC / THEMA | | | | | | |
| Material anejo | | | | | | |
| Obra en varios volúmenes | Nº de volúmenes | O si es un volumen | ISBN de la obra completa | | Nº de este volumen | |
| | | | | | | |
| Libro de texto | | | | | | |
| Notas | | | | | | |

Agencia del ISBN en España

902 105 389 - agencia@agenciaisbn.es - www.agenciaisbn.es - Cea Bermúdez 44, 28003 Madrid

Anexo IV – Contratos de colaboración

El Anexo IV contiene los contratos de colaboración firmados con la autora de los comentarios añadidos a la obra y con los dos locutores encargados de la grabación del audiolibro. Para acceder a él se debe consultar la memoria completa en formato cartera PDF.